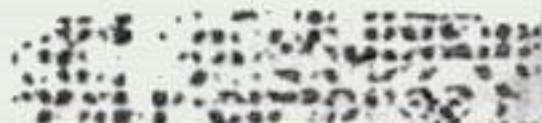
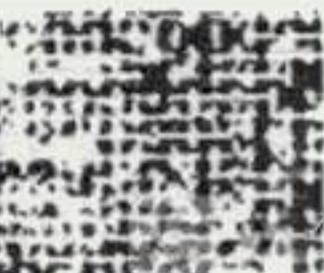
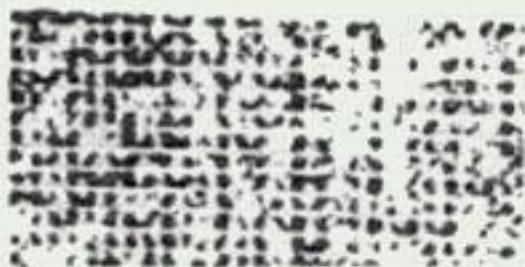
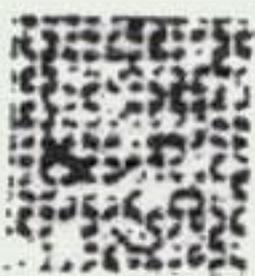


Sebastián Juan Arbó



Sobre las piedras grises

Premio Eugenio Nadal
1948



Lectulandia

Juan Bausá, el protagonista de *Sobre las piedras grises*, es un funcionario gris, los antiguos, los que llevaban «manguitos» para no ensuciarse las mangas con la tinta de los expedientes; Arbó lo describe como un hombre exageradamente bueno, sumiso y dócil hasta el extremo de quedarse arruinado por su bondad, en su simplicidad, Bausá casi no sale de su barrio del Pi más que para ir a las Ramblas o llegar a la plaza Cataluña o el puerto. La novela comienza en 1912, cuando conoce y se casa con Mari Juana, bondadosa como él, pero un poco más despierta. En 1913 nace su hija Lisa. A través del paso del tiempo y de la evolución de estos personajes, y otros que irán apareciendo, iremos viendo diferentes Barcelonas. La Barcelona de su juventud, la del año 1912, estaba viva, brillante, alegre. La cupletista Raquel Meller empezaba a despuntar en el Arnau y la Fornarina y la Chelito triunfaban en el Paralelo. El Cerro-Park había abierto ese año, el casino de la Arrabassada lo había hecho el año anterior y todavía no había entrado en decadencia debido a la prohibición del juego, la Banda Eslava tocaba con gran éxito en el Tibidabo, y el Barça acababa de ganar su segunda copa del Rey, celebrada en el campo de la calle Industria. Los teatros hervían de animación.

Lectulandia

Sebastián Juan Arbó

Sobre las piedras grises

ePub r1.0

Artifex 13.05.14

Título original: *Sobre las piedras grises*

Sebastián Juan Arbó, 1949

Diseño de cubierta: Destino

Editor digital: Artifex

Primer editor: Oleole

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

La femme a cela de commun avec l'ange,
que les êtres souffrants lui appartiennent.

BALZAC
Eugénie Grandet

PRIMERA PARTE

Capítulo I

LLAMÁBASE María Juana, pero en su casa, ya desde niña, la llamaron siempre Mari Juana, anticipándose a la moda que había de imponerse después. Una vez casada, su marido continuó llamándola así en el seno de la familia, y así lo haremos nosotros, pues ese nombre, Mari Juana, armonizaba perfectamente con sus sentimientos, ya que no con su destino. También a ella, aunque por bondad natural y por timidez nada dijese, le gustaba más. Pero, en verdad, su nombre no se acomodó a su destino. Tal vez fuera adecuado al que habían soñado para ellas sus padres, al que, de niña, le habían deseado cuantos la conocieron, viendo su figura graciosa, su carácter bondadoso y paciente, su alegría sana sin exceso y su discreción, pero no al que la vida le deparó. Al fin y al cabo, era esta realidad lo único que contaba; lo demás eran sueños, fantasías, que tenían muy poca relación con la vida, que servían sólo para hacerla más triste, si ya no lo era bastante de por sí, llenándola de nostalgias sin sentido, de deseos vanos.

Ella, Mari Juana, debía haberse llamado Rosa, o Mercedes, o Antonia, como aquellas mujeres de los barrios extremos de la ciudad, cargadas de hijos y de necesidades, que, con las muñecas bien vendadas, iban encorvándose sobre la mesa de planchar, ocupadas desde la mañana a la noche, y aun después de cenar, en que volvían a ponerse al trabajo hasta muy tarde; como aquellas que todas las mañanas, por los lugares céntricos de Barcelona, se arrastraban por el suelo de los cafés, de los bares, de los prostíbulos y cabarets y otros lugares de diversión o de vicio, y que hacían desaparecer las señales de la última juerga de la noche, para retirarse, después, silenciosamente, invisibles, dejándolos dispuestos para la nueva juerga. Pero la suerte y el gusto de sus padres habían querido que le pusieran María Juana, y así habría continuado llamándose, o en su cariñosa contracción de Mari Juana, de haberse casado con alguno de los amigos de sus padres, que frecuentaban la casa, o formaban con ellos tertulia en la Maison Dorée; con Andrés Arumí, por ejemplo, que la había pretendido y que tal vez la había querido también. Pero Andrés Arumí se había casado. Hoy era un rico propietario, con torre en San Gervasio, donde vivía con su mujer y sus tres hijos. A Andrés Arumí le habían atraído más las riquezas de una mujer fea, autoritaria y sin atractivos, que las bondades y la simpatía de Mari Juana, que había tenido la candidez de ilusionarse con sus palabras.

Mari Juana sintió durante mucho tiempo una nostalgia de aquellas relaciones — quizá le duraba todavía—, pero la vida había empujado, implacable; las cosas habían sucedido, no según sus deseos, sino como debían suceder, como en algún lugar del cielo debía de estar determinado. No había ya que pensar en ello. Mari Juana estaba

también casada; tenía una hija ya crecida —pues el empleo de él no daba para más; más bien para menos—, y las vecinas la llamaban simplemente Juana. Aparte de este rebajamiento, a tono de la época y las circunstancias, una vez igualada así con todas las Rosas, Antonias y Josefás de la vecindad, ya no le impusieron ningún tributo más que afectase a la dignidad de su persona. Al contrario: ahora Mari Juana, gracias a su bondad, a sus virtudes de sencillez y de paciencia, era querida por todas sus vecinas, a causa, sobre todo, de su paciencia, que era su virtud principal. Mucha tenía, en efecto, pero toda, y acaso más, la necesitaba para el destino que le había deparado Dios, y tanta, que a veces —sobre todo en los días que siguieron al nacimiento de la pequeña—, Mari Juana sintió que no podía más, que las fuerzas se le acababan, que todo en su alma gritaba «¡Basta!», y se habría dejado caer en cualquier rincón, incapaz de continuar. Pero lo veía a él a su lado; pensaba en la niña, se decía que la necesitaba, y un poder misterioso, brotado del amor que él le profesaba, del cariño entrañable de su niña, y de la bondad de él, parecían infundirle fuerzas renovadas. La vida la reclamaba de nuevo con su voz imperiosa, implacable, como un toque de clarín en medio de un blando sueño, y Mari Juana volvía al combate revestida con la coraza de su paciencia infinita y de su humildad no menos inagotable.

La vida parecía tener ya predestinada a Mari Juana, desde niña, para aquella misión: para sufrir, para cuidar de alguna criatura débil, fuera quien fuese, como una hermana de la caridad amorosa y solícita. Si es verdad, como se ha dicho, que en determinado momento pareció a punto de casarse con Andrés Arumí, es también cierto que no pasó de ser una ilusión. Para Mari Juana constituyó aquello un engaño cruel de la vida, una decepción amarguísima. No obstante, vistas las cosas serenamente, no cabía duda de que el noviazgo, si pudo llamársele así, no podía llegar a buen fin.

Sin darse cuenta, Mari Juana se encontró después en el camino de Juan Bausá, y por más que lo pareciera, no hubo casualidad en este hecho. En él estaba su verdadero destino. La vida, el azar, lo que se quiera, facilitó el encuentro; la piedad hizo lo demás. Mari Juana ya no pudo separarse de él.

Así fue como el bueno de Juan Bausá pudo llevar de nuevo planchado su pantalón, pudo llevar su americana algo más limpia, y sin arrugas, aunque no del todo, porque del todo era imposible; así fue como el bueno de Juan Bausá se sintió de nuevo acompañado en la vida, salvado de la triste soledad en que había quedado después de la muerte de su madre; así fue como pudo dejar aquel aire suyo de atontado, de estar solo, terriblemente solo, con que antes se movía en el mundo. En ella, en Mari Juana, se sintió Juan Bausá salvado de su apocamiento, de la dolorosa orfandad en que se debatía; y tanta y tan viva fue su felicidad, que apenas osó creer en ella. Le parecía que estaba soñando.

Juan Bausá, al contrario que Andrés Arumí, no sabía apenas tratar a las mujeres;

no era, como aquél, un hombre apuesto; no poseía ninguna de las habilidades que constituyen en un joven su primer atractivo y con las cuales saben cautivar a las mujeres. Juan Bausá no sabía ni danzar, ni sonreír a tiempo, ni orientarse con tino en el mar de la vida, como Arumí, o como su propio padre. Éste había sido tan hábil, había mostrado en este difícil arte tal maestría, que parecía que la vida hubiese agotado en él todas las posibilidades favorables, dejándole sólo a su hijo las contrarias. Por fortuna el padre, en este mar tenebroso, antes de morir había cuidado de embarcar a aquél en una nave segura, como si después de haberse abierto camino le sobrara aún virtud para buscárselo a su hijo. Si Dios quería, Juan Bausá, en aquella nave, habría de llegar al puerto.

Que un suceso inesperado pudiera alterar la línea trazada por su padre para su destino, él no lo había pensado nunca. La posibilidad era tan remota que nadie, y menos él, podía preverla, aunque era indudable que en aquella contingencia estaba su naufragio seguro.

El encuentro entre Mari Juana y él acaeció en un momento propicio para su ventura, o para su necesidad, que eran lo mismo. Mari Juana sentíase triste aquella noche, enternecida acaso por algún motivo de los muchos que pueden aún enternecer a una muchacha de corazón sensible; quizás estaba decepcionada por algún secreto desengaño, tal vez nostálgica de algún recuerdo.

Aquella noche, en la tertulia, y como por azar, se había hablado de él, de su buena fe, de su bondad. Se habló también de cómo le habían desposeído de unas tierras que tenía en un pueblo cercano, heredadas de su padre; de cómo una vez vendida la finca, le habían robado el dinero cobrado por la venta, dejándole sin un céntimo.

—Tal vez se lo devuelvan —dijo Mari Juana, interesada, apenada por él.

—Sí, sí, que les eche un galgo. Uno de ellos se alabó incluso de haberle engañado. No hace falta que diga quién es. Todos le conocéis.

Mari Juana se sintió indignada de que abusaran de él de aquel modo, y un comienzo de piedad por Bausá le brotó en el corazón.

—Él —repuso otro— no hace el menor caso. Es el hombre más simple y más desinteresado. Lo que menos le preocupa es el dinero. Apostaría que lo que más sintió fue perder con el dinero la amistad de ellos.

—Y no te equivocarías. Le conozco.

—¿Y vive solo? —preguntó Mari Juana, cada vez más interesada.

—Sí, solo. Una mujer le limpia el piso y le hace la cama. Él come en un bar. La muerte de su madre fue para él un golpe terrible. Desde entonces parece aún más atontado, más fuera del mundo...

Callaron, porque en aquel momento apareció Juan Bausá. Avanzaba hacia ellos con su paso torpe, los pantalones un poco caídos y con su aire distraído de siempre. Saludó a todos y se sentó en una silla. Mari Juana le miró, interesada, complacida y, a

la vez, indignada de que hubiera seres capaces de aprovecharse de su buena fe para robarle y engañarle.

Era una noche de agosto, clara, del año 1912. En España y en el mundo reinaba la paz. Era una tregua, que, como diría Herodoto, duró poco; lo que nos demuestra que las treguas son hoy como las de su tiempo. Sin embargo, en aquellos momentos parecía que iba a durar eternamente. Las amargas decepciones de la guerra con los Estados Unidos habían terminado para España. Se firmó el Tratado de París: se había perdido Cuba, Puerto Rico y Filipinas; queriéndolo o no, los españoles habían tenido que adaptarse a la realidad, y el lance estaba casi olvidado. Olvidados estaban también los horrores de la Semana Trágica en Barcelona, y el atentado contra los reyes, en Madrid, en el día de su boda, que produjo tanta sensación. Canalejas gobernaba al país con mano dura, si podemos llamarle así, en nuestro tiempo, a aquella manera de gobernar. Entonces estaba muy cerca el día en que, también él, como tantos otros políticos españoles, había de caer herido de muerte en una calle de Madrid, bajo las balas de un terrorista, según la moda de aquel tiempo. También la paz de Europa era una paz precaria; sobre ella, hacia las tierras del centro, empezaban ya a acumularse los espesos nubarrones de la tremenda tempestad que había de convulsionarlo todo. En aquellos momentos de 1912 nadie era, sin embargo, capaz de preverla, y menos la violencia con que se desarrolló y lo terrible de sus consecuencias. La vida, sin sospecha de aquella amenaza, transcurría en una atmósfera de encantamiento.

Barcelona, España entera, vivía una de aquellas épocas que, vistas en perspectiva, quisiera uno detener, perpetuarlas, como los momentos de que habla Goethe. Las gentes, después de cenar, en estas noches de verano, abandonaban las casas y se desparramaban por terrazas o por lugares de esparcimiento. En el Turó-Park, por veinticinco céntimos, podían admirarse las primeras películas, proyectadas al aire libre; se daban conciertos; se danzaban sardanas entre los árboles, que brillaban con su verdor, bajo las luces eléctricas. Y para terminar, ya apagadas las luces, en plena noche, se encendían los fuegos de artificio. La Rabassada, en el seno de la montaña, ardía también de animación; en sus salones, en sus jardines, se daban cenas espléndidas y se danzaba después hasta altas horas de la madrugada. La banda Eslava daba sus famosos conciertos en la cumbre del Tibidabo, resplandeciente de luces. En el Bosque, la Fornarina se hacía aplaudir por su fina belleza, y por la gracia de sus cuplés, que eran cantados en toda Barcelona, junto con fragmentos de «Molinos de Viento», o de «La Generala», de Vives, que triunfaban en el Tívoli y en el Cómico, donde el tenor García Romero arrebatava a las damas con sus arias y con la gallardía de su figura, como cualquier galán de cine actual; también en estos años, en un pequeño teatro de barriada, en el Arnau, una jovencita delgada, de grandes ojos negros y de voz deliciosa, no muy guapa, pero llena de simpatía, empezaba a hacerse

famosa con el nombre de Raquel Meller. Los más alegres, o de gustos más fuertes, podían ir a solazarse con Dora la Gitana y sus sesiones de garrotín, o con los cuplés atrevidos de la Chelito, que atraía también su parte de público hacia el Paralelo.

Los domingos había toros; el fútbol empezaba a tomar incremento. El Barcelona era campeón de España, y los aficionados se reunían ya a discutir frente a Canaletas, que al atardecer era un amplio hormiguero de grupos, un zumbar de colmena, sobre el ruido de los coches de punto y el estrépito de los tranvías. «¡Qué tiempos aquéllos!», decían años después en la tertulia. Es verdad que de vez en cuando se producían huelgas, atentados; se asesinaba a Canalejas, o a Dato, como antes a Cánovas o a Prim, se producía al primer momento una honda conmoción, como en la muerte de un torero, como en la del Espartero, que estremeció a toda España en una sacudida de emoción, y por cuya muerte cantaron los ciegos, con sus romances, en todos los pueblos de España:

*La muerte del Espartero
todo Madrid la lloró...*

Pero ni en unos ni en otros, ni en toreros ni en políticos, llegaba la cosa a tener consecuencias. España siempre tenía a punto, como un torero, un político de recambio; se enterraba al muerto, ocupaba uno nuevo su lugar y, bien o mal, hacia atrás o hacia delante, más hacia atrás que hacia delante, la nación iba marchando. Lo de menos era, sin embargo, la política: lo importante eran los estrenos del Novedades; los bailes de Carnaval en el Liceo; las reuniones en Casa Llibre o en los salones del Ritz; las verbenas en el Turó Park y el Tibidabo; los cabellos rubios de la Fornarina; las piernas de la Chelito; las proezas del Gallo en las Arenas. ¡Qué tiempos aquéllos!

En aquellos tiempos, en una noche de agosto, Juan Bausá y Mari Juana se hablaron por primera vez, a pesar de hacer ya años que se conocían. La noche era clara; era una de esas noches tibias de la Barcelona de principios de siglo, rumorosas, tranquilas, con gentes por todas partes, con risas y voces en las terrazas de los cafés, rebosantes de público. Era una de esas noches claras, con luces eléctricas y luces de gas brillando en profusión por las terrazas, por plazas y paseos, y con claras estrellas en el alto cielo, sobre la animación, el ajeteo y las luces de la ciudad.

En las tertulias, en la terraza de la Maison, frente a la plaza de Cataluña, se comentaban los sucesos más recientes. Generalmente, la conversación, aquí en la terraza, solía versar sobre bagatelas; se organizaba alguna cena en común, o alguna excursión; se hablaba de bodas o de trajes, de modas; pero, sobre todo, se reía y se gozaba de la compañía y de la grata atmósfera de la noche de verano que, como don inestimable, la Naturaleza les deparaba en aquellos días de paz, y nadie en estas tertulias se preocupaba de si gobernaba Juan o gobernaba Pedro. Las horas pasaban insensiblemente. A veces, frente a las sillas, se detenía un prestidigitador ambulante; plantaba su mesa y les entretenía un momento con sus juegos de manos, o sus chistes

chocarreros; se detenía tal vez un cantor, ya en decadencia, que hablaba de sus grandes éxitos en Milán, para hacerse perdonar el poco éxito de sus exhibiciones en la vía pública; pasaba la vieja vendedora de fósforos con su cajita, pretexto de una triste mendicidad; las vendedoras de lotería con el pequeñuelo en los brazos, ofreciendo los billetes entre el público... A veces, se detenía un hombre bajo, armado de grandes anillas; desplegaba una larga alfombra, y con toda seriedad, como si realizase la tarea más importante, empezaba a ejecutar sus tristes ejercicios, mientras la mujer, flaca y abatida iba pidiendo por las mesas. De vez en cuando, y para alegrar esta monotonía, un organillo se detenía ante la acera y lanzaba al aire la última canción de moda.

En un extremo de la amplia terraza tenían ellos su tertulia; allí, en verano, los padres de Mari Juana se reunían con algunos amigos a tomar café. Frente a ellos se abría la plaza, con sus palmeras y el espacio del centro iluminado por los faroles, y con los transeúntes cruzándola en todas direcciones. Por la calzada, allí enfrente, pasaban los coches de punto, llevando las gentes hacia las Ramblas o hacia el Paseo de Gracia; pasaba de vez en cuando un automóvil, con gran estrépito, con señoras en los altos asientos, envueltas en velos y con grandes sombreros, o señores con bombín; los tranvías bajaban y subían, con fuerte estrépito de hierros que ahogaba por un momento todo el ruido.

Después se restablecía el silencio, y el alegre rumor de las conversaciones y las risas en la amplia terraza, el sonar alegre del cristal sobre el mármol de las mesas ascendía de nuevo en la atmósfera.

Él, Juan Bausá, había empezado a frecuentar la tertulia mucho tiempo antes, acompañado de su padre. A éste le agradaba llevar a su hijo con él: quería aligerarle un poco de aquel aspecto mohoso, adquirido en la vida sedentaria del barrio, o cuando menos, lo intentaba. Todas las veces que Juan Bausá había ido a la tertulia con su padre, Mari Juana estaba allí sentada entre los suyos, siempre un poco apartada de él. Hablaba con Andrés Arumí, o con otro de los que sabían referir con gracia el último chiste, decirle a Mari Juana una palabra dulce al oído, que la hiciera sonreír; los que sabían danzar, y charlar horas y horas con ella en la penumbra de la terraza, bajo el reflejo de los globos eléctricos, mientras él permanecía en su silla, apartado de los demás, casi siempre en silencio.

Después de la muerte de su padre, Juan Bausá continuó acudiendo a las reuniones. Insensiblemente se había acostumbrado a ellas; allí hallaba un refugio contra la soledad; allí se le toleraba y hasta, aunque no por todos, se le quería. Hablaba poco; no molestaba; costaba incluso notar su presencia; a menudo permanecía allí la velada entera sin que apenas se le oyera la voz; él se sentía acompañado y con esto le bastaba. Sólo sus ojillos iban de uno al otro; escuchaba, sonreía de vez en cuando —como si agradeciese con esto el favor de serle concedido

aquel breve espacio en la alegría de ellos—, y contestaba con un rápido movimiento de cabeza a cualquier palabra que le dirigiesen. Aquél era el goce más vivo, acaso el único goce que le procuraba la existencia.

Juan Bausá, en una de estas noches, se encontró sentado al lado de ella; sin pensarlo, como caído allí desde un astro lejano, tembloroso todo de emoción y de temor. Había estado muchas noches sentado a aquella mesa, pero al lado de ella no lo había estado nunca, ni pensó nunca que pudiera llegar a estarlo. Si dijéramos que en todo aquel tiempo no la había mirado, mentiríamos; más de una vez dirigió Juan Bausá hacia ella sus ojos de niño asustado, pero lo hizo siempre a hurtadillas, aprovechando que ella estuviese distraída y desviando la mirada apenas se volvía hacia él. Su timidez le impedía hacerlo de otro modo.

Es posible aun que en alguna de aquellas miradas hubiese sentido que Mari Juana era linda y adorable; que su sonrisa poseía un irresistible encanto, que debía de existir un goce incomparable en sentirla junto a uno, con aquel algo de bondadoso, de sencillo, de íntimo y fraternal que emanaba de ella, sobre todo del tono de su voz, que a él le traía inevitablemente el recuerdo de su madre muerta. Tal vez sintió todo esto en la dulce agitación de su corazón, que palpitaba de un modo desusado, pero nunca llegó a concebir que alguna vez podría pasar las cuatro o cinco sillas que le separaban de ella, y encontrarse, como en un sueño, sentado a su lado. Ni siquiera en sueños lo habría podido imaginar. Además, Mari Juana no estaba siempre sola con sus padres; muchas noches estaba al lado de Arumí, o de alguno de los otros que la cortejaban, pero sobre todo, con Arumí, con quien durante mucho tiempo creyeron, casi todos, que se había de casar. Él, Juan Bausá, un poco grueso y desgarrado, con el pantalón siempre cayéndole un poco; la americana algo arrugada, su corbata torcida, su cabello no muy bien peinado y sus ojos de niño, o de uno que acaba de caer de la luna, ¿cómo podría compararse con aquel elegante con su cigarrillo en los labios y el traje de corte impecable, el cabello brillante de pomadas, cuidadosamente peinado y perfumado, con el ademán desenvuelto, la conversación fácil y una sonrisa llena de seducción? No; Juan Bausá nunca pudo concebir que Mari Juana pudiese, no sonreírle o dirigirle una palabra amable, sino ni siquiera aceptarle a su lado.

—¿Hace una noche hermosa, verdad? —dijo de repente ella, por decir algo, sin duda, para cortar aquel silencio embarazoso.

Él se agitó en su asiento, trémulo, sin responder. Estaba al lado de ella; pero, antes de sentarse, había apartado un poco la silla, temeroso sin duda de ofenderla con su proximidad. Permanecía como siempre en silencio, mirando ya a uno, ya a otro, con sus ojillos asustados y sonriendo. Y de pronto, se sintió conturbado profundamente oyendo la voz de Mari Juana allí a su lado. ¿Hablaban con él? Juan Bausá miró junto a sí. No había nadie. Hablaban, pues, con él. Se removió de nuevo nervioso, desasosegado; una llamarada le subió al rostro y sintió que el corazón le palpitaba en

su pecho desafortadamente. Sin embargo, no contestó; no sabía qué contestar; no se atrevía ni a mirarla, lleno de vergüenza y de confusión. Mari Juana se sintió un poco ofendida por su silencio, pues no concebía que su timidez pudiese llegar a tanto como para no contestar a una pregunta tan sencilla. Le volvió la espalda decepcionada y él sintió que la plaza y las calles con su tránsito, y la terraza del café con sus luces, sus ruidos, sus voces y su animación, se volvían oscuras y desoladas, y que allí estaba él, despreciado, solo, abandonado como un niño.

No podía soportar aquella sensación, e hizo un esfuerzo por hablar, por disculparse:

—Perdóneme, Mari Juana... —consiguió al fin balbucear—. ¿Habla usted conmigo?

Ella no contestó. La voz de él apenas le había llegado a los oídos, ahogada en un murmullo. Él habría querido insistir, volver a interrogarla, pero no se atrevió. Tenía la garganta seca; los labios le temblaban, y sus ojos tenían un brillo angustiado.

Un organillo se había detenido junto a la acera, un poco más allá. En el aire tranquilo, sobre el amplio vocerío, lánguida, graciosa, con su ritmo dulce y perezoso, vibró la célebre habanera de Iradier, siempre de moda, sobrenadando a través del tiempo, entre las canciones más recientes. Alguien, muy cerca de ellos, la tarareó:

Cuando salí de La Habana, ¡válgame Dios!

Y luego, el suave, el delicado estribillo final, tarareado por el mismo joven casi tiernamente:

Ay, chinita que sí, ay, que dame tu amor, ay, que vente conmigo, chinita, adonde vivo yo...

Cesó la canción. El muchacho del organillo, flaco, medio tullido y con cara de enfermo, manipuló rápidamente en el registro, cambiando la pieza.

Una mujer, con el vientre abultado, iba de mesa en mesa, con el platillo en la mano, pidiendo. Tal vez Mari Juana supo en aquel momento leer en el silencio de él; tal vez su ternura se debiera, en efecto, a la influencia de la canción.

—Es bonita esta canción, ¿no?

—¿Eh?... ¿La canción?... ¡Oh! Sí. Es bonita. Sí, sí, es bonita. —Como si acabase de caer de la luna.

Callaron.

El organillo tocó aún dos piezas más; se oyó la música achulada y ramplona del «Ven y ven», hecha popular por la Meller, y que cantaba toda Barcelona; y en último lugar se escuchó el aria de «Molinos de viento», romántica, sentimental. El joven de al lado continuó tarareando, en voz muy baja:

*Yo he pasado la vida en un sueño
y este sueño me hablaba de amor...*

Cesó la música; el organillo se alejó, arrastrado por el muchacho tullido. La

mujer, severa, con aire fatigado, con el vientre alto por el embarazo, iba al lado del carro ayudando.

El eco de la última canción resonó larga y tristemente en el alma de Mari Juana. Era para ella una canción evocadora de dulces recuerdos. Al lado de Arumí la había oído, en efecto, en una de las noches más felices de su vida, en que fue al Tívoli con sus padres y él les acompañó sentándose a su lado. Un recuerdo le llevó otro, y el alma se le llenó con las escenas de aquel breve idilio desvanecido; se acordó de las noches que habían ido juntos a la Rabassada, de las veces que había bailado con él embriagada de felicidad; de las veces que en esta misma terraza le había tenido a su lado, hablándole, conmoviéndola hasta lo profundo con sus palabras, hasta el punto de que después no lograba dormir. Arumí había ido espaciando su asistencia a la tertulia; había dejado de sentarse al lado de ella, y hasta de hablarle, como no fuese por pura cortesía, y en los últimos días había dejado por completo de asistir. Ahora se hablaba ya de su próxima boda con la rica heredera de los Fabra, la conocida familia de fabricantes en cuya casa había trabajado Arumí. Una profunda tristeza anegó el alma de Mari Juana, que se hizo, a partir de entonces, más callada aún, más sosegada, perdiendo mucha parte de su alegría. Mari Juana ya no esperaba nada; estaba resignada. Y de aquí que esta noche, sin que apenas se hubiese dado cuenta, había visto atraído de pronto su interés hacia aquel bonazo de Bausá. Él llevaba ya tiempo asistiendo a la tertulia, pero ella apenas había notado su presencia. Mari Juana le había visto muchas veces, pero nunca con el sentimiento de esta noche y tampoco había cruzado con él la palabra. Esta noche, Mari Juana, en la tristeza que la embriagaba, con la emoción despertada en ella por la última canción, pensaba aún más compasivamente en él, en el abandono en que vivía, en la manera como le engañaban. Un deseo de consolar, de proteger, de hacerle compañía nacía en su corazón, conmoviéndola tiernamente, y en este deseo se anticipaba también a sí misma una extraña sensación de consuelo y de compañía. Se dijo: «¡Está tan solo y es tan bueno!» Y deseó de nuevo hablarle, preguntarle sobre su vida.

Por el lado del Paseo de Gracia empezaron a aparecer grupos de gente, grupos que se desparramaban por las terrazas, frente al Alhambra, o iban hasta la plaza de Cataluña.

—Es el descanso —dijo ella—. ¡Debe de hacer tanto calor allí! La gente, apenas baja el telón, sale en seguida a tomar el fresco.

—Sí, sí...

—¿No ha ido usted al Tívoli?

—No, no he ido.

—Es lástima. Es una obra que está muy bien. Tiene trozos muy bonitos.

—Sí, sí. Todos lo dicen. Debe de estar muy bien. No hay duda. Pero yo no he ido.

—¿No va usted nunca al teatro?

—Antes iba muchas veces con mi padre: ahora no voy.

Guardó silencio. Mari Juana se dijo: «Piensa en su padre». No era verdad, porque no pensaba en nada; él estaba totalmente anegado en la profunda turbación que le despertaba ella con sus palabras, con la grata compañía inesperada. Pero Mari Juana sintió que una dulce piedad por él agitaba de nuevo su pecho. Le preguntó aún si vivía solo, y él le dijo que sí con la cabeza; le preguntó también si salía algunas veces, aparte de cuando acudía a la tertulia; si iba, por ejemplo, al Turó-Park. Él denegó también con la cabeza. No le hizo ninguna nueva pregunta, y aquella noche ya no hablaron más. Los paseantes, fumando sus cigarrillos, conversando, acalorándose en encendidas discusiones, se habían vuelto al teatro. La terraza aparecía ya con muchas mesas vacías. Por la calzada, allí enfrente, los coches de punto pasaban cada vez más escasos. Los ruidos se habían ido amortiguando; sólo de tiempo en tiempo, por el lado del Paseo de Gracia o por las Ramblas se oía el sordo rumor de un tranvía, que crecía, se hacía intenso, profundo, luego se perdía paulatinamente. De vez en cuando un automóvil se alejaba ruidosamente entre los coches de punto. La plaza de Cataluña, ante ellos con sus palmeras enanas ciñéndola por los cuatro costados; con el ancho espacio central, iluminado vagamente, aparecía casi desierta.

Mari Juana se volvió en aquel momento para contestar a una pregunta de su padre, sentado al otro lado. Juan Bausá quedó en silencio, al lado de ella, pero un poco apartado, como con miedo todavía de ofenderla. Parecía el mismo de siempre, apagado, insignificante, como encogido en su asiento; pero él en esta hora sentía que algo nuevo estaba despertando a su alma, encendía en ella claridades de fiesta. Sentía una vaga opresión en el pecho y levantó los ojos, como buscando espacio para la alegría que le inundaba. El cielo, sobre la plaza, se abría alto, sereno; no pasaba ni un hálito de brisa, y las palmeras reposaban inmóviles, vagamente iluminadas por el reflejo de los focos eléctricos, como aplastadas bajo el peso de sus grandes palmas desmayadas. El cielo, arriba, era de un azul negro suavísimo; era un ancho lago de aguas profundas y tranquilas, en cuyo fondo temblaban débilmente las estrellas. En algún lugar oculto, en aquella suavidad azulada, debía de brillar para él aquella noche un misterioso lucero y debía de brillar con la luz más clara. Juan Bausá no lo veía; pero sentía su luz dentro de sí, se sentía el alma iluminada y la vida, vacía hasta entonces, se llenaba de repente ante él de un sentido profundo y misterioso, y sentíase trastornado.

De regreso a su casa, bajo los altos árboles del Paseo de Gracia, Mari Juana hablaba de él con sus padres.

Entre las ramas se veían pedazos de cielo, y aquí y allí brillaban estrellas solitarias. Juan Bausá se había despedido hacía un momento, alejándose bajo la noche, con su caminar torpe, un poco grueso, un poco pesado, bajo las luces y los

árboles, tal vez un poco más pesado, un poco más torpe, por más que él se sintiera ligero.

—¿Qué milagro ha sucedido esta noche, para que hablara contigo? —le preguntó su padre, bromeando—. ¿Te explicaba acaso las aventuras de Robinsón en su isla, o te contaba lo que ha visto en la luna?

Mari Juana se rió.

—¡Pobre Bausá!... La verdad es que da mucha pena. ¡Tan solo; sin que nadie se preocupe por él!

El rostro de su padre cambió instantáneamente, asumiendo una expresión severa. Miró a su hija, sorprendido, no sin sobresalto, y repuso con voz insegura:

—Bueno, pero hay muchas personas, Mari Juana, dignas de piedad y que viven solas. Tampoco es tan desgraciado él. Tiene un buen empleo...

—Es verdad. Pero, ¡parece tan bueno!

Reinó un momento de silencio. El padre de Mari Juana cambió de conversación. Empleado en un banco, aunque con un empleo secundario, con Mari Juana hija única, vivían sin desahogos, pero cómodamente, de su sueldo. Su mujer era un ser insignificante, pero ambos estaban unidos en un tierno cariño a su hija, y los dos, como ella, se habían ilusionado con el casamiento con Arumí, y también ellos, como su hija, habían sufrido una profunda decepción. El porvenir de su hija era en estos días su preocupación principal. El padre de Mari Juana habló del domingo, que estaban invitados a comer con unos amigos, pero se advertía que lo hacía sin entusiasmo, sólo por huir de aquel pensamiento. El interés súbito despertado en su hija por aquel infeliz no dejaría ya de preocuparle. Calló. Se dijo que era absurda aquella idea; la desechó como una preocupación sin fundamento, y trató de volver de nuevo a la conversación de antes. Tal vez sí fuese un absurdo, pero, a pesar de todo, allí estaba el destino de Mari Juana.

Tres meses después, con su traje negro y sus zapatos de charol, su corbata flamante, con un aire todavía más aturdido, Juan Bausá, acompañado de una tía suya, avanzaba conmovido hacia el altar, en la capilla de la iglesia de la Concepción; la capilla, pequeña e íntima, estaba en esta ocasión adornada con flores, con el altar profusamente iluminado y una mullida alfombra tendida desde la misma entrada hasta el pie del altar.

Juan Bausá había avanzado emocionado. Se arrodilló tembloroso, sin soltura. A su lado estaba el reclinatorio de ella, esperándola. En el fondo percibió un tenue rumor de sedas, de pasos acercándose. Mari Juana estaba ya allí. Él no acertaba a mirarla, el corazón le palpitaba agitadamente. Mari Juana estaba ya allí, arrodillada en un reclinatorio. ¿Rezando tal vez?, ¿pensando acaso en su destino? Estaba con la cabeza baja. La luz de los cirios arrancaba reflejos a sus cabellos; dibujaba en torno a su cabeza una aureola que hacía pensar en una mártir o una santa, como en un

símbolo o premio anticipado con que la hubiese ungido Dios para aquella hora solemne de su vida. Mari Juana volvió de pronto la cabeza; le vio, le sonrió, como desde una orilla lejana. Había, sí, alguna tristeza en su sonrisa; estaba lejos de allí en aquel instante, pero Juan Bausá se sintió tan feliz viéndola allí, cerca de él (era incapaz de ver nada, por tenerla tan cerca), y sonriéndole bajo el reflejo de oro de los cirios, y pensando que iba a ser su mujer, que la tendría junto a él para siempre, los ojos se le llenaron de lágrimas, y tuvo que enjugárselas con la mano.

Él levantó de nuevo los ojos al altar, todavía brillantes de llanto, y quedó en la misma posición, con la cabeza un poco levantada, como sumido en un éxtasis de felicidad, como si desde la tierra, de la oscuridad y rutina de su vida diaria, se hubiese visto trasladado al cielo, donde estaba ella.

Él era feliz, pero ella... Se había adelantado hacia el altar del brazo de su padre, con su traje de raso hasta los pies, la flor de azahar prendida sobre el pecho, un poco pálida por la emoción y acaso también por la tristeza. Pensó por un instante en sus ilusiones, cuando Andrés Arumí empezó a mostrar interés por ella; pensó en su madre y en su padre, y sintió que una desoladora tristeza descendía a su corazón, y también a ella las lágrimas le nublaron la mirada. Se las enjugó con el dedo, disimulando; miró a él, que, arrodillado en el reclinatorio, continuaba en su éxtasis, con el rostro levantado, de cara al altar, en su cielo, donde empezaban a sonar dulces y solemnes las notas del armonio, y una voz clara, pura y delicada elevaba su canto a la altura, como si lo hiciese por su felicidad.

En torno a ellos, no obstante, flotaba una atmósfera oprimente y rara, agobiadora. Todos estaban conmovidos, tristes tal vez. El padre de ella, habitualmente jovial y hablador, apenas había despegado los labios. Había caminado en silencio al lado de su hija, llevándola del brazo; la compadecía y apenas llegaba a concebir cómo había podido someterse de grado a aquel yugo. Aquella mañana, conduciéndola hacia el altar, parecía como si la llevara al sacrificio. Porque, en verdad, ¿qué porvenir podía aguardarle al lado de aquel infeliz? En los últimos días que precedieron a la boda lo había comentado repetidas veces con su mujer, y ésta, un poco como Mari Juana, a pesar de las ilusiones que se había forjado también ella con respecto a su hija, se resignaba pensando en la bondad del marido que Dios había deparado a Mari Juana. También ella había deseado para su hija un marido mejor, pero Dios no lo había querido. Tal vez fuese para su bien; ante todo estaban la bondad y... el cariño; y a las objeciones de su marido contestaba siempre con la misma expresión.

—Pero, ¡es tan bueno!

—Demasiado —replicaba él, sin vacilar—; de eso me quejo.

—Además, él cuenta con una buena colocación, una cosa segura. Mari Juana, ya que no feliz (cosa que parecía imposible), vivirá por lo menos a cubierto de necesidades.

—Es lo único bueno que tiene: su colocación. Y aun ésta, en los tiempos que parecen avecinarse, ¿quién puede asegurar que sea eterna? Imagina por un momento que por una de esas cosas imprevistas se quedara sin su empleo. ¿Qué sería de él y de Mari Juana? No quiero pensarlo. Fuera de su colocación, ya lo sabes, es hombre perdido, y toda su bondad no evitaría que nuestra hija se muriera de hambre. Ya has visto cómo se ha dejado desposeer de las tierras de su padre. Yo le tengo simpatía, puedo decir incluso que le quiero, pero no para nuestra hija. Esto nunca.

—Dios les protegerá —decía la madre, aunque sin mucha convicción, pues también ella sentía cierto temor, suscitado por las reflexiones de su marido.

—Es mejor que no suceda, porque si sucediese... No lo quiero pensar. —Luego, pensativo, a pesar de todo, con la misma inquietud, se retiraba murmurando—. Merecía algo mejor nuestra Mari Juana. ¡Ella tan buena! Merecía algo mejor...

Capítulo II

EN VERDAD el porvenir no se ofrecía nada brillante para Mari Juana. Lo único seguro, si era seguro, lo tenía Juan Bausá en su colocación, aquella colocación donde le había embarcado su padre antes de morir, como asegurándole en ella contra los embates de la vida. Juan Bausá estaba empleado en una institución oficial; como decían ellos, un buen empleo. El padre de Juan, como gaje de sus entusiasmos políticos, había disfrutado de un cargo importante en el Ayuntamiento de la ciudad, cargo que fue absorbiendo sus actividades según disminuyó en él su entusiasmo por la política. Mientras vivió el padre, en la casa se disfrutó de una posición desahogada y hasta brillante. Juan Bausá, de niño, había tenido incluso niñera, y en los veranos iba con sus padres a veranear en pueblos de la costa o de la montaña. Aparte de esto, en un pueblo cercano había adquirido una propiedad que, en manos de un encargado, y bajo la continua vigilancia del padre, rentaba también lo suyo. No obstante, lo gastaron todo, pues al padre de Juan le gustaba vivir cómodamente y hasta con cierto lujo.

Ya de mayor quisieron darle carrera; después de los años de colegio, pasados con escaso provecho, ingresó en el Instituto. Pero fue inútil. Juan Bausá tuvo que sufrir mucho: burlas de los compañeros, bromas de los profesores, insultos, cuchufletas. Él puso cuanto estuvo de su parte; sudó y se afanó, pero nunca logró pasar de algunas nociones rudimentarias sobre las materias más sencillas. Le sacaron del Instituto; le mandaron a una Academia particular para que le enseñaran algo de contabilidad; le perfeccionaron un poco en gramática y empezaron a meditar la solución que podían darle a su destino. Sus conocimientos, a pesar de la buena voluntad que puso en los estudios, no le bastaban para desempeñar ningún papel brillante en la vida, pero había una solución, y para ella, con lo que sabía, todavía le sobraba; otros con menos aptitudes que él, aunque con más influencia, la habían hallado también y aún prosperaban. La solución era un empleo oficial, ya en el Ayuntamiento, donde estaba su padre, ya en alguna otra de las instituciones municipales o del Estado. Su padre empezó a hacer visitas, a remover amistades; Juan Bausá obtuvo su brillante empleo, y un buen día se encontró sentado ante aquella mesa oscura, en aquella silla de brazos, sobre la cual había de sentarse día tras día, mañana y tarde, años y años, y había de envejecer entre el polvo de los expedientes.

En aquella institución, Juan Bausá acabó de perder la poca inteligencia que tenía. A fuerza de leer expedientes y de aprenderse de memoria las fórmulas administrativas, se le fue cerrando el cerebro todavía más y haciéndosele cada vez más estrecho, más obtuso. De este modo llegó que al pobre Juan no le cabía en la cabeza más que un expediente: el que tenía entre las manos. Si le preguntaban algo

fuera de esto, si le mandaban algún otro trabajo, era hombre al agua: tartamudeaba, se ponía blanco, sudaba y miraba angustiosamente. Fuera de esto era un funcionario eficaz y seguro, pero siempre a condición de que no le sacaran de su rutina.

Con Juan Bausá, fuera de las obligaciones de la oficina, sucedía un extraño fenómeno, y era que, a medida que el cerebro se le empequeñecía, parecía agrandársele el corazón. En este sentido había de llegar a un extremo en que la menor desgracia, la vista de una desventura cualquiera, le enternecía hasta saltarle las lágrimas. Poco a poco se vería arrastrado más y más por aquella corriente de sentimiento, más blando, más inclinado en su piedad hacia las desgracias que veía, y más apenado por no poderlas aliviar. En sus últimos días, ya hacia el final de nuestra historia, y cuando la desgracia se hubiese abatido sobre él, se le vería detenerse y hablar con los niños pobres que hallaba a su paso, interrogándoles sobre su vida; conversar con la mujer que, en invierno, tenía su puesto de castañas en la esquina, con la que llegó incluso a trabar amistad; con el ciego que tocaba junto a la iglesia el acordeón, o con la niña que vendía cerillas. Si le contaban cualquier desgracia (y ¿quién, en nuestros días miserables, no tiene alguna que contar?), al bueno de Juan Bausá se le humedecían los ojos en seguida y hubiera hecho cualquiera cosa para ayudar, si hubiera estado en sus manos hacerlo. No podía, y se limitaba, cuando las tenía, a dejarles unas monedas que acaso después harían falta a Mari Juana. De este modo, Juan Bausá fue perdiendo el poco seso que tenía y fue quedándose sólo con aquel corazón suyo tan grande —el corazón sí lo tenía grande—, donde cabía tanta piedad y tanto amor, y con sus ojos asustados en los cuales se reflejaban la bondad y el miedo de su alma.

Mientras vivió su padre y ocupó éste su importante cargo en el Ayuntamiento, a Juan Bausá lo respetaron en la oficina, o cuando menos, se fingió respetarle, y hasta tuvo sus aduladores. En aquella casa, Juan Bausá no tardó en lograr su primer ascenso, que le llenó de ingenua satisfacción, pensando, tal vez, que se debía a méritos suyos personales. Dijeron que lo conseguía por antigüedad, pero la verdad era que lo conseguía por su padre. Éste se sentía ya viejo; padecía los primeros achaques. Llevaba muchos años en la plantilla; conocía a la perfección el secreto mecanismo que rige en tales lugares la concesión de los ascensos y las prebendas. Jorge Bausá sabía, por lo tanto, muy bien que, muerto él, no habría quien se preocupase de la situación de su hijo, ya que éste no sabía hacerlo por sí mismo; no sabía ni intrigar, ni adular, medios, los más seguros, si no los únicos para abrirse camino en tales ambientes. Jorge Bausá preveía claramente lo que, faltando él, habría de ocurrirle a su hijo, y aunque no lo previó todo, procuró, por lo menos, asegurarle lo principal. Tampoco en la finca fiaba mucho, pues dudaba de que su hijo tuviese la habilidad necesaria para sortear las asechanzas, los engaños y las fullerías que estaba seguro le prepararían los encargados.

En cierto momento, pensó buscar un abogado y encargarle de aquel asunto; pero pasó revista mentalmente a los que conocía y desistió de hacerlo. Que se la quitara un abogado o se la quitara el administrador, daba lo mismo. Pensó también que un simple campesino no suele conocer tantas martingalas. En efecto, poco después de muerto él, el administrador se había hecho con la finca. Tal vez no supiese tantas martingalas como el abogado, pero, para el asunto de Juan Bausá, sabía las suficientes.

Previendo esto, su padre le consiguió, al menos, aquel ascenso. Jorge Bausá juzgaba que con ello le aseguraba la existencia contra todas las contingencias posibles; además, si la suerte lo decidía, cosa de que dudaba mucho, su hijo podía incluso casarse y llevar adelante una familia. Entró en lo principal, pues Juan Bausá, contra todas las previsiones, contrajo matrimonio; en cuanto a su colocación, no se equivocó, como tampoco respecto a la finca. A la muerte de él, a su hijo empezaron a perderle el respeto; poco a poco se vio arrinconado hasta ocupar una pobre mesa en un insignificante empleo, donde acabó de embrutecerse, y se le esfumó toda esperanza de mejoramiento; en cuanto a la finca, sucedió lo que había de suceder. Apenas muerto su padre, el administrador se quitó la máscara de honradez con que se había manifestado ante el viejo, por convenirle entonces esa actitud, y empezó a arreglárselas para que la hacienda pasara a su propiedad. Las cosechas empezaron a ir mal; al llegar la siembra faltaba ya el dinero necesario para poner en marcha las tierras. El encargado se avino a adelantar él el dinero. Juan Bausá se lo agradeció y le firmó el primer recibo. Era la escalera por la cual, peldaño a peldaño, había de llegar al final. Cierta día, el encargado se le presentó bastante preocupado y le explicó que no había más remedio que proceder a la venta de la finca, pues las deudas alcanzaban casi la totalidad de su valor y era imposible continuar en tales condiciones. Juan Bausá procuró tranquilizarlo; le dijo que por ello no se afligiera; le dolía, porque había heredado de su padre aquella tierra, pero si no había otro remedio, estaba dispuesto a que se vendiese. Él no era persona de grandes necesidades; por entonces no tenía la menor idea de que llegaría a casarse, y con lo que ganaba, le dijo, tenía suficiente para vivir. Se arregló el asunto; Juan Bausá, como le parecía que el encargado mostraba aún alguna aflicción, le invitó a cenar con él. Una hermana del encargado, para disimular el caso, se quedó con la finca. Era tal la magnitud del fraude que, por vergüenza o por temor, le abonaron incluso una pequeña cantidad, con lo cual quedó zanjado el asunto.

En la tertulia se supo que había cobrado algún dinero, y uno de aquellos días, Juan Bausá, a la salida de la oficina, se encontró con Roda, viejo conocido de la tertulia, pero que últimamente no asistía a ella. Hacía tiempo que no se veían, y a Juan Bausá le extrañó la afectuosidad con que le trató; le extrañó y le alegró a la vez, pues siempre había sentido afecto hacia todos los que acudían allí, aunque muchas

veces no se viera correspondido. Roda le invitó al café; entraron en uno que había cerca, se sentaron, y después de haber charlado de cosas sin importancia, el amigo le habló de un negocio que tenía en perspectiva. Era, según él, de ganancia segura, y le ofrecía participación en él a cambio de que le ayudase con algún dinero. Sin ningún esfuerzo, sin preocupación alguna, duplicaría y hasta triplicaría en poco tiempo el capital. Era un negocio magnífico, que sólo le había comunicado a él por la mucha amistad que les unía. Juan Bausá se sintió halagado, conmovido casi de tantas muestras de simpatía. Le dijo, no obstante, que el negocio no le interesaba, que con su empleo le bastaba y que guardaba aquella reserva por si caía enfermo. Él, para vivir, no tenía necesidad de más. Ahora bien, si deseaba que le prestase una cantidad, él lo haría con gusto, y podría devolvérsela cuando pudiese. Roda opuso aún algunos remilgos, pero, naturalmente, acabó por aceptar. Juan Bausá le dio las pesetas, quedándose sólo con una pequeña parte, «por si caía enfermo». Y el otro, sin firmar nada —de habérselo propuesto, Bausá se habría ofendido—, sin otra garantía que su palabra, se metió el dinero en el bolsillo. El negocio, naturalmente, falló. Algún tiempo después, Roda fue de nuevo en su busca, para decirle, muy afligido, que le era imposible devolverle la cantidad, que el negocio había sido un desastre, pero que no dudaba poder rehacerse aún. Todo había sido por culpa de un ladrón en quien él confió. ¡Malhaya los que fiaban en tales gentes! Eran la deshonra de las familias, la perdición de los pueblos. Y, después de cuatro juramentos más y otras tantas pestes contra aquella plaga de granujas, proferidos con gran convicción, le aseguró que a él no volvería a sucederle. No, el caso no se repetiría. Sólo necesitaba una cosa: un poco más de dinero... Si Bausá podía prestarle las pesetas que le faltaban, él le aseguraba que en un par de meses recobraría todo lo perdido. Pero Bausá ya no podía ayudarle. Hacía sólo dos días que Jaime Aranda, otro amigo de la tertulia, había ido a verle a su casa; le dijo que se encontraba en un grave aprieto, que su mujer estaba enferma, y no tenía con qué pagar al médico ni alimentarla. Juan Bausá guardaba aquella pequeña reserva «por si caía enfermo», pero ante un caso como aquél, no había vacilado en entregarla.

Así, pues, le dijo a Roda que nada podía hacer. Lo sentía mucho. En cuanto a la deuda, que no se apurase; ya se la pagaría cuando pudiera. Se despidieron casi al momento. Juan Bausá le repitió aún que no se afligiera por la deuda y se separaron. Ya no los vio más. Desaparecido el queso, desaparecieron los ratones. Juan Bausá no tuvo ya que preocuparse por su dinero.

Cuando se casó con Mari Juana, a Juan Bausá ya no le quedaba más que su triste empleo, y aun en éste se hallaba, como se ha dicho, arrinconado, y proscrito para siempre de las ventajas del presupuesto, sin esperanza alguna de ascenso ni de mejoramiento. Insignificante, olvidado, se pasaba las horas sentado ante su mesa en un rincón, recomponiendo el último expediente, ordenando bien los documentos, lo

que hacía con sumo cuidado, y cosiéndolo después pulcramente. En esto ponía toda su aplicación.

Los padres de Mari Juana estaban cada vez más tristes. El padre no hacía más que repetir que «su Mari Juana merecía algo mejor», pero ella se sentía de día en día más resignada. «¡Es tan bueno!», se repetía. ¡Y quién sabe! Tal vez estuviese allí, en aquel sacrificio, si lo era, la ocupación verdadera de su vida; tal vez en esto hallara incluso la felicidad, por más extraño que pareciera. Acaso Dios envía estas almas sencillas y candorosas de los Bausás, de esas eternas víctimas, para que otras almas creadas para la piedad, arrinconadas también ellas, puedan elevarse hasta la más noble dedicación que puede ofrecerles la existencia, y convertirse así, sin saberlo, en heroínas de la más oscura y generosa batalla.

Lo cierto es que Mari Juana había seguido el impulso de su corazón. Tal vez Dios le tuviera reservado su premio.

Capítulo III

UNA VEZ CASADOS, Bausá y su mujer se instalaron en el piso que ya ocupaba él, y que había pertenecido a sus padres. Prescindieron de la anciana que le hacía la limpieza y la cama; se despidió él del bar donde comía, y empezaron su vida de casados.

La casa era antigua; de ancho portal, y con balcones. Estaba situada en el extremo de la calle de los Ciegos, muy cerca de la iglesia del Pino, en el corazón de la vieja Barcelona. En la intrincada red de calles y callejuelas que forman aquel lugar, la calle de los Ciegos es de las más cortas, sirviendo sólo de paso entre la plaza del Beato Oriol y la calle de la Boquería. Es estrecha, como todas aquéllas, oscura, formada por viejos edificios, todos de una misma traza. Pero la casa de ellos, en el extremo, daba sobre la plaza del Beato Oriol, y desde sus balcones podía verse la vieja iglesia del Pino, por la parte de atrás, con su mole inmensa, recortada contra el cielo, y sus torres ochavadas. Estas casas, y más aún las de las calles de la parte opuesta de la plaza, residencias casi todas de la antigua aristocracia, eran abandonadas por sus propietarios, que se iban trasladando a los modernos edificios del Paseo de Gracia. Entre ellas había también hermosos palacios con jardines interiores, pero que quedaban confundidos con el aspecto uniforme de los edificios. Los bajos de estas casas, de anchos portales, iban siendo ocupados por las modernas tiendas. En los pisos fueron instalándose después funcionarios públicos, modestos empleados de oficina o propietarios venidos a menos, que vivían de sus pequeñas rentas, de día en día más mermadas. También algún propietario romántico, pegado a las antiguas costumbres, continuaba negándose a marcharse de allí, nostálgico de recuerdos, enamorado de la paz y la quietud de aquellas calles.

Él, acomodado en el nuevo piso, en el saloncito —que fue de su padre, y donde éste pasaba las veladas—, repantigado en el viejo sillón, empezó a gozar de la nueva dicha; porque él era feliz. Entonces, ya con el fuego encendido, leyendo en su sillón, después de cenar, mientras Mari Juana terminaba su trabajo en la cocina o en las otras habitaciones, sintiendo su compañía, salvado de su terrible soledad, se sintió tan feliz, que, a pesar del cariño con que su madre le había tratado siempre, le pareció que solamente con Mari Juana empezaba a vivir. Primero leía «La Vanguardia», de la que había sido suscriptor su padre muchos años, y de la que, ya reformada y embellecida, continuaba siéndolo él. Si se cansaba de «La Vanguardia» (generalmente la leía de cabo a rabo), repasaba la colección de la «Ilustración Española». La tenía en varios tomos de hermosa encuadernación, y hasta su vejez conservó la afición a hojear sus láminas. Cuando entraba ella, una vez terminado el trabajo, él dejaba su lectura, se sentaba a su lado y charlaban un rato hasta la hora de dormir. Entonces, al lado de

ella, oyéndola hablar, preocupándose por sus cosas, no había felicidad en el mundo que pudiera compararse con la suya. Él era feliz, plenamente feliz. El presentimiento del día de su boda no le engañó.

No obstante, para Mari Juana, el día en que entró en aquella casa le pareció como si cerrara una puerta detrás de su vida. En la parte de acá estaba la compañía de él, el cuidado de la casa, planchar, coser, quitarle las manchas del traje, preparar la comida diaria, barrer, lavar; en la parte de allá quedaba para siempre su infancia, su juventud, como la imagen de una patria luminosa a la que —lo presentía— no volvería ya, y en la que había quedado su sueño más hermoso, que no tuvo realidad. No había ya que pensar en ello. El día que atravesó aquella puerta se acabó para Mari Juana todo lo que había embellecido su juventud, perfumándola de gracia y de ventura; que la había hecho deslizarse como en un ambiente de continua fiesta, entre los mimos y las atenciones de todos. Ya no hubo tardes de sol en su existencia, ni cines apenas, ni bailes, ni paseos, ni salidas al campo los domingos. Para Mari Juana se acabaron las sardanas en el Parque en las mañanas de primavera, cuando el cielo se abría con su azul más puro —con volar de palomas y sonoros tañidos de campanas— por encima de los tilos verdes, sobre los castaños floridos, o en el Turó-Park, abierto al amplio cielo de la tarde, cuando la luz empezaba a declinar sobre las cumbres cercanas de San Pedro y de Vallvidrera y todo estaba sumergido en un maravilloso resplandor. ¡Ay, aquellas tardes de junio, en el amplio espacio del Parque, entre los grandes árboles, solitario como un oasis junto al estruendo de la ciudad! El cielo se extendía sereno, tranquilo, con matices de seda y de cristal; en la luz, que iba declinando, volaban, muy altas, las golondrinas; un silencio solemne lo envolvía todo y, en él sonaba vibrante el canto limpio de la *tenora* con su ritmo arrebatador. Muchachos y muchachas, con las manos enlazadas, entre las acacias verdes y las palmeras, giraban a su son en amplios círculos, armoniosamente, infatigables, en la atmósfera de la tarde, saturada de aromas y de suavidad. Aquellas tardes de junio, Mari Juana no las olvidaría jamás.

Con ellas se acabaron también las alegres excursiones de primavera por los bosques de Vallvidrera, por las alturas del Tibidabo. Al regreso, el sol se ocultaba tras la línea irregular de los montes; el horizonte, sobre el llano del Prat, con sus tonos naranja y azul, con su luz deslumbrante, era una pura maravilla; y ellas, fatigadas de correr y retozar, descendían cantando por los senderos, con brazadas de retama florida en la falda.

Se acabaron también las verbenas de San Juan y San Pedro en el Turó-Park o en la Rabassada, en los bellos jardines, resonantes de música, de voces, de canciones; entre los parterres floridos, y los verdes bosquecillos de laureles, adelfas y palmeras, con farolillos de papel prendidos entre los árboles, alumbrando las anchas avenidas; con sonos de organillos invisibles; con la música estrepitosa y alegre de los tiovivos,

mientras desde el fondo, desde la penumbra, llegaba el alto fragor de las montañas rusas, que iba y venía en oleadas, entre chillidos de mujeres. Mari Juana iba con Arumí. A ella no le gustaban las montañas rusas. Tiraba a los muñecos del pim-pam-pum; se divertía con las figuras de cera, reía en la cueva encantada, y volaba después en la noche, junto a él —que la sostenía con el brazo—, volaba en su alegría, sobre el caballo de madera del tiovivo. Suspendida en el aire, bajo las estrellas, era como si volase por el infinito veloz, con el viento en el rostro, mientras abajo, desde todas partes, el son de los organillos, las cajas de música, el vibrar de las canciones, las voces, los gritos, las mil armonías dispersas, ascendían hacia el cielo con toda la alegría de la noche verbenera. ¡Qué noches, aquéllas, Señor, y cuántas alegrías, cuántos recuerdos le guardaba aquella Barcelona! ¡Cómo la quería, a pesar de todo, a su ciudad! Ahora, recordada a través de aquellos momentos, le parecía aún más bella, porque abrigaba el presentimiento de que, como entonces —tan hermosa, tan querida—, no había de verla más.

A veces, en medio de sus trabajos, Mari Juana se ve, por un instante, asaltada por aquellos recuerdos. La visión de aquella felicidad que ahora se le antoja casi como soñada, o como leída en un hermoso cuento, cruza fugaz por su mente y le deja en el alma una vaga sombra de melancolía. Quizá, de haberse casado con Arumí, o incluso con otro cualquiera de sus conocidos de aquel tiempo, hubiese podido renovar aún, parcialmente, aquellas alegrías: ir a la Rabassada una noche; al teatro, al que había sido aficionadísima; ir en las noches de verano a tomar el fresco en la terraza del café, iluminada y ruidosa, ante la cual se detiene de vez en cuando el organillo y llena el aire con la alegría de sus notas. Pero la suerte no lo había querido.

Mari Juana, recobrada de estos pensamientos, pensaba de nuevo en él... «¡Pero es tan bueno!», se repetía una vez más, y ahora con una convicción más firme: «¡Pero es tan bueno!» Y una extraña sensación de consuelo, casi de bienestar, descendía, con esta sencilla reflexión, sobre su tristeza, y se la desvanecía. Mari Juana exhalaba un suspiro, y volvía a su trabajo, acaso un poco más animosa. Entonces terminaba de prisa; salía al saloncito, se sentaba a coser al lado de él, a hablarle, como si quisiera sentir la impresión de su bondad de más de cerca y en ella olvidarse para siempre de sus recuerdos.

SEGUNDA PARTE

Capítulo I

PASARON LOS AÑOS. Los árboles se cubrieron de verde una y otra vez con sus nuevas hojas, adornaron de gracia y de frescor las anchas plazas y las avenidas; una y otra vez las hojas volvieron a amarillear; se volvieron de un hermoso color de cobre, de herrumbre brillante en los castaños, y se desprendieron entre las ráfagas de otoño, entre las lluvias y los vientos; luego volvieron a brotar con el buen tiempo, para dar sombra y belleza, y volvieron a amarillear y a caer. Otras tantas veces, en los parterres de las plazas y de los parques, junto a los monumentos de mármol, se encendieron la roja salvia, que florece en otoño, la caléndula, con su hermoso naranja resplandeciente, o los lirios de color de sangre, y volvieron a desflorece, mientras las estatuas mostraban su blanca desnudez al tibio sol del invierno, o a la bruma de los húmedos anocheceres.

Los años se señalaron también, aparte de eso, con grandes mudanzas. Estalló la guerra, terrible, con tremenda furia homicida, en la tierra, en el cielo y en el mar, y Europa entera resonó de combates y de violencias. Los hombres sucumbieron a millares; las ciudades fueron destruidas, los campos arrasados, y, como en todas las guerras, gimieron millares de inocentes. Luego se hizo la paz. Era la tregua consabida del clásico: «Luego vino una tregua, pero duró poco». Toda la Historia es una repetición de esta frase del viejo Herodoto. España se mantuvo al margen de la contienda, pero ésta tuvo en ella hondas repercusiones; hubo más huelgas, más atentados, más agitación y más violencia, como un reflejo de la violencia y del odio que, no lejos de allí, ensombrecía los campos de Europa, antes bañados por un sol de paz, como quizá no brillará ya nunca.

A pesar de todo, en Barcelona, la vida continuaba igual, al menos aparentemente. La gente hablaba, como siempre, de fútbol y discutía los resultados en las noches del domingo, en nutridos grupos frente a Canaletas, entre el estrépito de los autos y los tranvías; asistía, como siempre, a los toros; llenaba cines y teatros; acudía a los *dancings* y a las diversiones de moda. No obstante, también en este aspecto se produjeron algunos cambios. El vals y la mazurca, que estaban en auge, declinaron, y triunfaron el *fox* y el charlestón; languideció éste a su vez, poco a poco, y acabó por desaparecer; luego vino el tango, que perduró. El vicio de fumar las mujeres traspasó el recinto de los prostíbulos y penetró en las casas particulares, y no sólo el de fumar. Las mujeres se cortaron el pelo y volvieron a dejárselo crecer (más adelante, no contentas con esto, se añadieron postizos). Las Lolas empezaron a llamarse Lolys y las Montserrats, Monses. Se puso de moda la falda corta algunas veces, y la falda larga otras; se llevó ya holgada, ya estrecha. Las señoras llevaron el sombrero hacia

la derecha, hacia la izquierda; de través, redondo o en punta, unas veces a lo Nelson y otras a lo Napoleón. En el orden social y en el político se produjeron también algunos cambios: estallaron importantes huelgas, violentas manifestaciones de obreros, disgustados porque los patronos iban en coche y ellos tenían que ir a pie, porque aquéllos comían en lujosos restaurantes y ellos apenas podían comer, cosa que todavía no se ha resuelto. Se produjeron incidentes; hubo carreras y sustos frente a la Universidad y sonaron tiros. Estallaron, más adelante, graves desórdenes en diferentes puntos de España: la guerra de Marruecos se reprodujo con inusitada violencia; hubo protestas y se anunciaron grandes cambios, pero no sucedió nada. Los desórdenes y el malestar, en lo político y en lo social, continuaron latentes; no se anunció nada, y vino la Dictadura; fue un paréntesis abierto en la agitación; la Dictadura conoció un momento de prosperidad; declinó después rápidamente y acabó también por desaparecer. Con la Dictadura de Primo de Rivera se cerraba una nueva etapa de la Historia de España. Nuevos desórdenes y violencias conmovieron de un extremo al otro todo el país. España, ya desde hacía tiempo, se debatía como en dolores de parto.

En los atardeceres sombríos de la ciudad, nutridas manifestaciones de obreros, con pancartas y banderas, desfilaron por las calles céntricas entonando himnos revolucionarios. Eran los primeros truenos de la tempestad, todavía lejana, que, con violencia desenfrenada había de desencadenarse al fin en guerra inacabable y fratricida.

La plaza del Pino, frente a la iglesia de este nombre, en el corazón de la vieja Barcelona de iglesias y conventos, con sus campanarios, de casas vetustas, conservaba con poca variación la misma fisonomía, y el año 1920 podía confundirse allí con el 30, o con el 12, y hasta con el 40, después de haber estallado la contienda que acabó, al fin, por estallar.

Corría el 1931. Habían muerto algunos seres por un lado; otros, en número aproximadamente equivalente, habían venido al mundo por el otro, y la campana del Pino tañía para los nacimientos y para los entierros. Desde tiempo inmemorial venía sucediendo así; y así se restablecía el equilibrio. Las calles, de este modo, presentaban, poco más o menos, la misma fisonomía; la animación sufría escasas variaciones. Los días parecían también ser idénticos, sin cambios ni mudanzas sensibles; con algunas hojas verdes en los árboles, con algunas hojas secas, o con las ramas desnudas; con golondrinas en el cielo o sin golondrinas; con el puesto de castañas en la esquina en invierno, y el ciego del violín en verano. El movimiento parecía siempre el mismo. La vida pasaba, ola tras ola, pero las olas eran todas iguales, de una aplastante monotonía. Las mismas mujeres iban y venían desde las tiendas a sus casas, o iban a la Boquería, y volvían de ella con el cesto de las provisiones; los mismos chiquillos pálidos y enclenques jugaban en la plaza, frente a

la vieja iglesia del Pino. Sólo la canción del ciego de la esquina iba cambiando, pero nadie se daba cuenta: siempre parecía la misma: como el pino raquítrico y enfermo de la plaza, como la vieja fachada de la iglesia, con su enorme rosetón semejante a un ojo vigilante, como el alto campanario y las torrecillas, como las mujeres que iban y venían, como el traperero que, tarde tras otra tarde, con su voz ronca y quebrada, voz de campana rota, lanzaba su pregón.

También en el hogar de Juan Bausá las cosas se habían desenvuelto hasta entonces con el mismo ritmo; se había producido, sin embargo, una novedad: el nacimiento de Lisa. Lisa había venido para alegrar con su presencia y su bondad el pacífico hogar. Era menuda, esbelta, delgada; llena de gracia y simpatía, cariñosa y sencilla. «Será como su madre», se había dicho Juan Bausá, conmovido. Mari Juana continuaba ocupada en su cocina; en su coser, en su lavar y en su barrer; en cuidar también de que él pudiera llevar su pantalón planchado, su americana no del todo sucia y arrugada, ya que del todo limpia y sin arrugas era imposible, y que pudiera presentarse decentemente en la oficina. También en Mari Juana se advertían cambios; había perdido a sus padres; estaba un poco más vieja, más enflaquecida; la llamaban ahora simplemente Juana; tenía una expresión más dulce y resignada y se había olvidado completamente de sus antiguos sueños. A pesar de esto, Mari Juana no parecía sentirse defraudada. Reía, es verdad, mucho menos que antes; Mari Juana apenas reía; pero nadie hubiera dicho que le pesara su destino.

Luego estaba él, Juan Bausá. Continuaba atravesando, mañana y tarde, el mismo trozo de plaza, pasando por las mismas calles, camino de la oficina; continuaba con su expediente único, con su rostro algo más arrugado, del color ya del papel amarillento de los expedientes y del polvo prendido entre sus hojas, un poco más pesado, un poco más grueso —se sentía casi avergonzado de su gordura, como si en ello hubiera una ofensa para su mujer, cada vez más delgada—, un poco más lento en el caminar, con los primeros cabellos grises asomando sobre sus sienes, con su eterno aire de aturdido, con su cerebro cada vez más pequeño, y su corazón cada día más grande.

Solamente los domingos Juan Bausá rompía la monotonía de esta existencia; dejaba que en ella penetrara un soplo, aunque fuera pequeño, del aire de fuera.

Los domingos por la mañana, en invierno, si lucía un buen sol, Juan Bausá se llegaba con su pequeña hasta la plaza de Cataluña, para que jugara con los otros niños y con las palomas. Él entonces se acomodaba en un sillón y contemplaba a su hija sin perdería de vista, gozando intensamente viéndola gozar a ella; a veces, mirándola así, quedaba tan embebecido, que sonreía solo, sin él darse cuenta.

En algunas fiestas solemnes, en Corpus, por ejemplo, salía también con la niña: la acompañaba a la Catedral, para ver *ou com baila*; puestos tras la verja miraban los dos admirados, el blanco huevo danzando sobre la frágil columna de cristal, subiendo

y bajando, girando vertiginosamente entre una lluvia de salpicaduras, mientras los grandes gansos bogaban abajo, en el agua, perezosamente.

Con su niña salía también el Domingo de Ramos. En esta jubilosa fiesta, Juan Bausá se ponía su traje nuevo e iba a acompañar a su hija —a veces iba también con ellos Mari Juana— a bendecir la palma, en aquella ceremonia emocionante que le trasladaba a los días de su niñez cuando iba también él con su madre a bendecir su palma.

Cuando salía, Juan Bausá lo hacía siempre con su hija. Mari Juana, salvo en algunas ocasiones, quedaba en el piso, terminando el trabajo, preparando la comida; pero al regreso salía a recibirles al pie de la escalera, mientras Lisa, desde abajo, le iba ya explicando con voz atropellada todas las maravillas que había visto en la fiesta.

También a veces, Juan Bausá, en algún domingo por la tarde, había llevado al Circo a su hija, aunque no se sabe por quién lo hacía más, si por él o por la niña. El Circo era una de sus debilidades, uno de los pocos gustos que se permitía, y hasta alguna vez había conseguido que Mari Juana les acompañara. Había que verle entonces al buen Juan Bausá reír como un loco con las gracias de los payasos, teniendo junto a él a su Mari Juana y a su Lisa. Entonces él gozaba más que su hija.

Excepto en estas ocasiones, Juan Bausá apenas salía para nada del recinto de sus calles queridas. Él era de este rincón, y en ningún lugar se encontraba como aquí. Juan Bausá amaba la plaza, amaba las calles, los muros, las piedras grises y gastadas. Allí había transcurrido su niñez y su juventud, y todo aquel rincón estaba sembrado para él de gratos recuerdos. Los espacios de trazado irregular, la plaza del escultor Amadeu —una gloria local, tan humilde y tan simple, que hubo necesidad de ponerle en la placa la profesión para que todos supieran en qué actividad había alcanzado su fama—, la del Beato Oriol, frente de su casa, la del Pino, ante la fachada de la iglesia, el pino raquíutico, o un vástago suyo, que le dio nombre, la silueta imponente de la vetusta iglesia; todo ello le era tan familiar como la silueta de Montjuich, o la imagen de las Ramblas en día de fiesta, como el rostro de sus familiares o el piso donde vivía. El fragor de la moderna Rambla, desbordante de animación y de tránsito; el estrépito de los tranvías; los cláxons y bocinas de los coches, la incesante y sostenida trepidación del tránsito llegaban, cuando llegaban, muy apagados, como el eco de una lejana marea que el oído acostumbrado apenas lograba percibir. Si llegaba era para subrayar aún más la paz y la suavidad que reinaba en el recinto.

Para Juan Bausá no había lugar en Barcelona cuyos encantos pudieran compararse con los de este apacible rincón. Todo en él se armonizaba con su alma, enemiga de cambios y violencias, enamorada del orden y la paz; todo, en él, se le presentaba con una fisonomía familiar y querida. ¡Había pasado tantas veces por estas calles, acompañado de su padre! Había jugado muy poco con los niños, pues éstos se burlaban de él, y por su torpeza no le querían admitir en sus juegos, pero con su padre

había pasado millares de veces para ir, en las grandes solemnidades, a oír misa en la Catedral, o simplemente a pasear. Hacia la Rambla no había ido tanto; las Ramblas no le atraían. Sólo algún domingo, cuando iban a comprar el *tortell* al horno de San Jaime, daban la vuelta por allá. Él iba con su trajecito azul y su gorra marinera, cogido a la americana de su padre, o de su mano, con un miedo inmenso de perderse, y con prisas ya por volver a sus calles.

La vieja iglesia del Pino parecía guardar para él algo de familiar y acogedor. La iglesia del Pino había presidido los momentos más solemnes de su existencia. En ella había recibido las aguas bautismales; en ella había hecho su primera comunión, en un día de emoción incomparable; en el recinto de su nave central, con su elevada y negra bóveda, intimidado y fervoroso, se había arrodillado muchas veces a rezar junto a su madre. También allí había hecho sonar su blanca palma contra el pavimento, entre millares de niños, todos con sus palmas, en el Domingo luminoso de Ramos, mientras el sacerdote, vuelto de cara a ellos, ante el bosque de palmas agitado como por un viento, les daba su bendición; y los cantos de «¡Hosanna!» se elevaban hacia las altas bóvedas del templo, acompañados por los sonos del órgano en un desbordamiento triunfal.

Juan Bausá amaba aquella iglesia; amaba la austera severidad de su fachada con su artístico y sencillo rosetón; amaba su mole gigantesca, levantada contra el cielo, solitaria, con sus torres ochavadas en los ángulos, con sus toscos contrafuertes, en el extremo de los cuales, allá en lo alto, asomaban las gárgolas, en figuras de monstruos que parecían divertirse desde allí arriba en hacerles muecas a los transeúntes, y por cuyas bocas abiertas se vertía el agua de las lluvias. Pero lo que más amaba era el son de sus campanas que, día tras día, ya tañendo a fiesta, ya a lutos, había escuchado desde niño y que aún ahora hacían vibrar su corazón. Aquel rincón de Barcelona, con sus calles estrechas y tranquilas, parecía tener algo de su alma, y también el alma se le había impregnado de su silencio y de su sabor, y acaso, a veces, de su melancolía. Su alma estaba también, como él, sumergida en una suave atmósfera silenciosa, discreta, sin excesiva luz, sin ruido. En ella, como en la plaza, no descendía apenas el sol; no cantaba un pájaro; no pasaba ningún viento fuerte, sino el que movía apenas las ramas del pequeño pino plantado frente a la fachada. También en ella, si había cielo, era el cielo entrevisto sobre el estrecho espacio de la plaza, o del final de la calle de los Ciegos, donde siempre había vivido; en pedazos irregulares y siempre con la silueta enorme de la iglesia. La excesiva luz le molestaba; el ruido le daba vértigo; la agitación y el alboroto de las calles céntricas le empavorecía. Sólo aquí, en este silencio, en esta suave penumbra, sentíase en su centro. Él necesitaba sosiego, paz, reposo de hogar y de compañía, sombra de Catedral sobre la calle y una poca dentro del alma; y también, en ella, un eco remoto de viejas campanas familiares.

Por las noches, Juan Bausá continuaba recogíendose entre sus revistas y sus

recuerdos en su refugio, donde en invierno encendían el fuego en la chimenea. Una vez terminados los quehaceres, Mari Juana salía a sentarse con él a hacerle compañía. El encanto de estas veladas se había aumentado últimamente con la radio, regalo que, antes de morir, les había hecho el padre de ella. La encendían, y muchas noches se quedaban los dos escuchándola hasta muy tarde, mientras la pequeña Lisa dormía en su cuarto.

Puede decirse que en estos años Juan Bausá había sido feliz; pero últimamente una preocupación se había ido introduciendo en su existencia; una preocupación que procedía de su mujer; el aspecto que iba tomando la vida, cada día más dura, más difícil; y, sobre todo, de la oficina, donde las mudanzas del tiempo lo habían trastornado todo.

Ahora, Juan Bausá pensaba en su mujer. Mari Juana se le había convertido, poco a poco, en un motivo de preocupación. Los precios, en efecto, no hacían sino subir; el sueldo de él apenas bastaba para las necesidades más esenciales, sin contar que, con la niña, las necesidades crecían. Mari Juana tenía que hacer milagros. No se quejaba, pero de día en día había tenido que ir suprimiendo pequeños gustos, y hasta algunas cosas consideradas como necesarias. Esto él lo había ido entreviendo poco a poco, a veces por una observación de la niña, a veces por una queja irreprimible que se le escapaba a Mari Juana. Además, Juan Bausá sufría ahora por ella. La veía cansada, atareada en todo momento, tal vez preocupada. Él no le había dicho nada, pero ya desde hacía tiempo su mayor ilusión venía siendo proporcionarle algún bienestar, que pudiera concederse un poco de aquel descanso que tanto necesitaba. Primero, Juan Bausá puso sus esperanzas en el ascenso; su antigüedad podía justificar esa confianza; pero acabó por comprender que el ascenso, a pesar de todo, no llegaría. Empezó a darse cuenta de su situación de inferioridad en la oficina, y se sintió aún más preocupado por su esposa y su hija.

Últimamente, Juan Bausá, incapaz de ocuparse en cualquier otra actividad que no fuera la de su empleo, ni de saberla encontrar, pensando en ellas, se dedicó durante algún tiempo a jugar a la Lotería. Lo hacía a escondidas de los suyos, y siempre a base de pequeñas trampas sobre los descuentos del sueldo, o bien sobre algún sobresueldo de trabajos extraordinarios, cuando por rara casualidad le tocaba alguno. Entonces, se pasaba una semana entera soñando. Calculaba sobre el billete lo que le correspondería, de salir premiado. No diría nada; cobraría su importe y se dirigiría a la tienda. Se veía ya escogiendo. Compraría jamón, queso; compraría embutidos, algunos dulces para postres y una botella de vino; todo lo que hacía tiempo que no había entrado en la casa. Tal vez compraría incluso una botella de champaña. Luego, un regalo para la niña, o dos o tres, para compensarla de las veces en que había querido obsequiarla, ya por su santo, ya por su cumpleaños, sin que hubiera podido hacerlo ni con el más insignificante regalo. Imaginaba su llegada a casa cargado, casi

oculto bajo los regalos, sudoroso, y la sorpresa de ellas al verle llegar. «Pero, ¿qué te pasa? ¿Te has vuelto loco?» Él sonreiría. Sólo sonreiría. «Calma, calma, que todo llegará.» E iría depositando cosa tras cosa ante los ojos atónitos de ella y de su hija. «Pero pará...» «Pero Juan...» «Calma —seguiría diciendo, con un ademán, sin dejar de sonreír—, calma. Aún hay más.» Y luego, con mayor sosiego todavía, con gesto amplio y solemne, ante el asombro creciente de las dos, sacaría su cartera repleta; iría extrayendo fajo tras fajo de billetes, y ordenándolos sobre la mesa... «Mil... dos mil... veinte mil... Todo es nuestro, Mari Juana; Lisa, todo nuestro. Mañana mismo buscarás una mujer, Mari Juana, para que te ayude en la casa. No quiero que te fatigues.» ¡Ah, si Dios hubiese querido concederle aquella alegría! ¡Con qué temblor desplegaba, el día del sorteo, el periódico, buscando los premios! A veces, era tanta su ansiedad, que llegaba incluso a ver el número de su billete en uno de los primeros premios. Pero, nada. Después seguía buscando, cada vez con menos esperanza. Quizás un premio pequeño. Le compraría unos zapatos a la niña, que los necesitaba. Nada. Luego andaba aturdido, sin tino, casi a punto de llorar, angustiado por las pesetas gastadas, que hacían falta en la casa, y por haber engañado a su mujer.

Capítulo II

FUE POR ESTOS DÍAS cuando la vida empezó a cobrar ante Juan Bausá un cariz de dureza y de hostilidad que nunca, en su ingenuidad, había podido presentir. Muchas causas habían coadyuvado al hecho; las tristezas venían acumulándose desde hacía tiempo en su alma; con la violencia creciente de las luchas políticas, con la atmósfera de odio cada día más pronunciada, con las necesidades de su casa y su demostrada incapacidad para prosperar en la oficina... Pero la causa principal, la que entenebreció más densamente la atmósfera a su alrededor, y acreció la importancia de todo lo demás hasta colmar el vaso de sus amarguras, fue un hecho al parecer sin importancia: el cambio de jefe, determinado también por los nuevos acontecimientos políticos.

Hasta entonces la oficina había sido un lugar tranquilo; en él apenas se notaba la presencia de seres humanos.

Ellos, los funcionarios, eran momias. Casi todos vestían de oscuro; algunos llevaban lentes; usaban todos un manguito de algodón para preservar del roce la manga; no tenían color, hablaban todos con voces débiles, y se movían con pasos silenciosos. Aquello era un cementerio y, ellos, los muertos, cada uno en su nicho. No eran ni felices ni desgraciados: como los difuntos, y todos, poco más o menos, profesaban las mismas ideas, cuando profesaban alguna. Sólo un anhelo les hacía creer que estaban vivos: el del ascenso.

Iban cumpliendo su tarea, metódicos, leales a su obligación, sin altibajos, siempre iguales. Entraban y salían a las mismas horas; decían «Buenos días», o «Buenas tardes», hasta que un día dejaban de asistir, y otro más joven ocupaba su lugar, para repetir la existencia de ellos.

Juan Bausá hasta entonces había vegetado allí pacíficamente, como uno de tantos, como un muerto más en su nicho; cada día se había sentado, año tras año, en el mismo sillón, ante la misma mesa, con la misma tarea ante él. El jefe, a la sazón, retirado en su despacho, como otro muerto más en su nicho, apenas se mostraba ante ellos, apenas le conocían. Era ya un anciano, desengañado de todo, interesado sólo en el cobro de las gangas y emolumentos, y eh escribir dramas, de los cuales logró ver estrenar alguno, y hasta con cierto éxito. Este jefe nunca tuvo interés en molestar a nadie; y, sobre todo, le interesaba que no le molestasen a él. Tenía, como todos, sus favoritos, y entre éstos, los que más le aplaudían en las noches de estreno y los que más vivamente le alababan después sus obras. Entre éstos, naturalmente, no se encontraba el simple de Bausá. Su pecado mayor, con respecto a este jefe, fue no asistir a sus estrenos; ni siquiera se le ocurrió. Esto fue causa de que no se viese

nunca favorecido; pero tampoco se le molestó; se le había dejado tranquilo, en su nicho, con su expediente polvoriento y la rutina de su trabajo, rodeado de los otros muertos, esperando la hora de estarlo de verdad. No obstante, si algo había necesitado de él —un día de permiso con motivo del santo de Lisa, o una tarde cuando la enfermedad de Mari Juana—, el jefe, aunque sin verle, a través de su ayudante, se lo había concedido siempre. Él, sin embargo, no abusó nunca de esta facilidad, que, por otra parte, se hallaba al alcance de todos, que la utilizaban para causas menos justificadas. Él, dentro de su limitación, era un excelente funcionario, leal, cumplidor y honrado, absolutamente puntual, y escrupuloso en su trabajo. Apenas daba la hora en el reloj de la Catedral, entraba en la oficina, se endosaba su manguito negro de algodón, para que el roce no le estropeara la manga, abría su carpeta de expedientes, y sin prisas, pero con aplicación, con absoluta seriedad, empezaba su trabajo. Una vez instalado allí, apenas levantaba ya la cabeza, ni se preocupaba de si éste o el otro llegaban tarde, o si aquél o el de más allá, por ser hijos de un personaje, dejaban de asistir. Él se ocupaba sólo en lo suyo. Pero el cambio de jefe trastornó totalmente el curso de las cosas, y fue para Juan Bausá el anuncio del fin de su tranquilidad. El nuevo jefe era un hombre de mediana edad, más alto que bajo, moreno de cara, de un tinte oliváceo; vestía de negro casi siempre, y usaba lentes, velando con ellos su intención, como Grandet con su tartamudez. Abogado sin pleitos, formado en la política y el chanchullo, Jaime Arderiu había conseguido el cargo en unas oposiciones sin oposición, y debido a influencias políticas, como se consiguen tales cargos. Su ilusión, después de haber enterrado otras ilusiones menos concretas, aunque más dulcemente acariciadas, había sido destacar como abogado de fama, pero no lo consiguió. Fracasó por falta de aplicación en los estudios; le atraían más los placeres que los libros; le gustaba más figurar que ser. En lo que más fallaba, sin embargo, era en la inteligencia, y en esto no tenía remedio. Tras aquellos fracasos intentó después medrar en la política, pero fracasó también, asiéndose, por fin, a aquel cargo público, como el último refugio. Llegaba a él, pues, lo suficiente amargado para hacerlo sentir a cuantos estuviesen bajo sus órdenes; sufría por añadidura de la vejiga. Bajo y vil, había llevado a la oficina la amargura de todos sus fracasos, su oscuro resentimiento, que iba segregando allí, como el áspid su veneno, en el trato diario con sus subordinados, haciéndoles víctimas de su maligno humor y de su capricho, aunque siempre disimulando. Con él habían ingresado también funcionarios jóvenes; algunos gozaban de poderosas influencias; éstos eran intangibles: podían llegar tarde, irse con cualquier pretexto, dejar de asistir; los había, en cambio, atentos al ascenso, obsequiosos, rastreros, dispuestos siempre para la adulación, a reírle a carcajadas sus malos chistes en los días en que se sentía de humor, y a llevarle los partes de cuanto sucedía en el departamento. Con éstos, en general, se mostraba irónico, despreciativo, superior, convencido de que la adulación

de que le hacían objeto era una prueba de natural sumisión, de reverencia a la superioridad de su talento. Su indiferencia y desprecio con los de abajo eran sólo comparables a su servilismo ante los de arriba, que llegaba a extremos casi inconcebibles. Cumplidor en el aspecto exterior, hábil, atento y obsequioso, y adulator a su vez, se había atraído la simpatía y hasta la admiración de los altos jefes. Se le reputaba como un excelente funcionario, y gozaba allí de una poderosa influencia.

No obstante, este excelente funcionario tenía que descargar sus secretos rencores, sus envidias ahogadas, la contrapartida de sus bajezas y adulaciones, y lo hacía sobre las mujeres, sobre las viejas, de las que no esperaba favores; sobre los viejos, cansados ya y envejecidos en sus tareas y que, en su limitación, le ofrecían blanco magnífico, y sobre las jóvenes que no se sometían a sus deseos, porque, entre sus virtudes, tenía, además, la de creerse un donjuán. No es preciso decir que la víctima preferente fue el pobre Bausá, que no sabía adular, ni acogía a carcajadas sus malos chistes. El jefe sabía que ese viejo no pertenecía a ningún partido, no contaba con el apoyo de nadie, ni tenía ninguna influencia. Era, por otra parte, un hombre sin malicia, un pusilánime con el cual podía permitírsele todo impunemente. Aquí tenía carta blanca, y desde el primer día el mortificarle pareció una de sus más importantes ocupaciones en el departamento, si no la primera. En Juan Bausá vio la presa mejor, la más débil, y fue cebándose en ella. Le gustaba llamar al viejo a su despacho e interrogarlo sobre cualquier asunto, sólo por el gusto de verle temblar y balbucear asustado su respuesta. Le quitó una parte de su trabajo, y le dio otros de los que nada entendía. Para Juan Bausá fue como si le quitaran la tierra de debajo de los pies; se sintió aterrado, sudó y se angustió, afanándose en las nuevas tareas; le obligó también a escribir a máquina, aunque en su vida hubiese tocado una tecla, sólo por el placer de hacerle repetir diez veces la misma copia, y verle sudar y sufrir, y le atormentaba, en fin, con todos los medios con que un jefe puede atormentar a un subordinado; y, más aún, a un subordinado como el pobre Bausá. Entre el cretinismo tan abundante en estos medios, Jaime Arderiu era, sin duda, el cretino mayor.

Aterrado, Juan Bausá había visto cernirse aquel oscuro nublado sobre su cabeza, añadido a sus preocupaciones domésticas. Él no lo comprendía. Su buena fe, su absoluta simplicidad, le impedían creer que un hombre pudiera complacerse en tales bajezas. Él quería creer que el que se introdujesen aquellos cambios era necesario para la marcha del departamento; si por una coma puesta de más o de menos le hacía repetir todo un documento, que le había costado sudores, él creía que, en efecto, aquello debía volverse a hacer y que él había cometido una torpeza imperdonable. Le costaba mucho imaginar que un jefe, al que él veía como un dios, encerrado allá en su despacho como en un trono, con tantas cosas importantes que hacer en sus manos, y tantos y tan sagrados intereses que defender, pudiera entretenerse en aquellas

pequeñeces, y en atormentar a un ser como él, tan insignificante comparado con el jefe. Esto no le cabía en la cabeza, y Juan Bausá se entristecía, atribuyéndolo todo a su propia ineptitud. Y se esforzaba con toda su alma en hacerlo mejor. No obstante, a pesar de su buena fe, había una cosa que le hería profundamente, y era la manera como el jefe le mandaba lo que tenía que hacer, el modo con que le devolvía un documento, después de haberlo repasado. Antes de empezar, en cuanto le tomaba la copia, ya le ofendía:

—A ver qué nuevo disparate ha puesto usted. —Y no había más remedio que encontrar el disparate, existiese o no—. Tomaba la pluma y, con ella en la mano, como armado con una lanza —la lanza con que le había de herir— repasaba la copia con malévolamente atención.

Juan Bausá, entretanto, de pie ante él, inmóvil y en silencio, casi sin respirar, seguía los menores movimientos temblando. Y, en efecto, la pluma caía implacable sobre el papel —sobre su alma— trazando una enorme cruz que abarcaba todo el texto. Se lo devolvía sin mirarle.

—Lo que me figuraba; vuélvalo a hacer. No sirve usted para nada. —A menudo la falta era una simple coma olvidada, o puesta de más.

Él se retiraba excusándose, lleno de aflicción por su torpeza. Volvía a copiar el documento, poniendo en él otra vez toda su atención, comprobándolo línea por línea, con toda la voluntad de que era capaz. A cualquiera le habría desanimado ensañarse con un ser como aquel; al jefe, por el contrario, la insignificancia y bondad de Bausá le servían de acicate. Su candidez, la paciencia y buena fe con que repetía los trabajos, parecían irritarle aún más. Hubiera querido, sin duda, verle enojado u ofendido, que sintiese la afrenta y se atormentase, y cada día inventaba para él nuevos motivos de humillación. Un día llevó su cretinismo a pedirle un expediente que el día antes se había dejado Juan Bausá olvidado en su despacho. Lo vio allí, y se le ocurrió en seguida la treta. Después, mientras Bausá, sudoroso y angustiado, revolvía legajo tras legajo, y abría carpetas, llenando con ellas todas las mesas, él, en su despacho, con sus más íntimos adeptos, se reía de él. De vez en cuando se le ocurrían gracias como ésta, con las cuales se divertía.

Ahora, cuando salía de la oficina, Juan Bausá caminaba aturdido, con un vivo sentimiento de humillación. Una vaga conciencia de lo que sucedía a su alrededor, de lo que se hacía con él, parecía penetrar poco a poco en su alma, y una tristeza muy honda se iba apoderando de él.

Esta conciencia le inclinaba todavía más hacia los desgraciados; le hacía sentirse más próximo a ellos, en una especie de hermandad salvadora; más insignificante ante los hombres; y, sin comprenderlos, más triste. Ahora saludaba afectuosamente, casi fraternalmente, a la señora María, que tenía su puesto en la esquina; a veces, incluso se detenía a hablar con ella. Era una mujer de gran bondad. Tenía un hijo empleado

en un almacén de drogas; y ella vendía castañas en invierno; y en verano almendras, avellanas y pasas, con las cuales completaban los obreros sus parcas comidas. «Cada día se vende más —decía, sin alegría—. Es el hambre, no le quepa duda.» Era de una gran bondad, pero sustentaba ideas que a Juan Bausá a veces le asustaban. La señora María profesaba un republicanismo de avanzada, y hasta soñaba con la revolución, cosa que a él le llenaba de angustia. No obstante, la quería. A veces se detenía con la niña que vendía fósforos. Era la misma que había visto el viejo Andersen en una ciudad de otro país, en cualquier ciudad, con su caja de fósforos, su vestido roto, sus pies descalzos, que seguía en el mismo sitio. Continuaba allí, a pesar del viejo Andersen, a pesar de aquel hermoso sueño de una noche de Navidad con que la piedad del poeta quiso elevarla sobre sus amarguras. Incluso en las noches de invierno, hasta muy tarde, se la podía ver tiritar bajo su vestidito roto vendiendo sus cajitas. Juan Bausá se acercaba a ella; la interrogaba sobre su vida, se entristecía, y acababa por comprarle un par de cajas, que después llevaba en los bolsillos días y días. No obstante, quien le inspiraba más piedad, a quien más veía, era a Nieleta.

A Nieleta, cada día a la misma hora, se la veía pasar limpia y compuesta, siempre con el mismo aire sosegado, sin alegría, pero sin tristeza, llevando del brazo a su hermano, y en el otro, el taburete plegable donde el chico se sentaba para vender sus números de la lotería de inválidos establecida recientemente. Antes lo sacaba para que vendiera cajas de cerillas o aleluyas. Era un pobre idiota. Cuando andaba, las piernas parecían descoyuntársele, vueltas hacia el interior; todo él se movía balanceándose, como en una danza grotesca, con el rostro echado hacia un lado, el cuello largo, muy estirado. Daba la impresión de irse a caer a cada paso, de no sostenerlo su hermana. Tenía un rostro largo, como de caballo, rojizo; las cejas estiradas hacia arriba, con una expresión de estupidez completa o como de enojo perpetuo; a veces, muy pocas, sonreía, o parecía que sonreía, y entonces recordaba inevitablemente el bobo de Coria, del cuadro de Velázquez. Su cara asumía aquella expresión inefable, vagamente aterradora en su implacable realismo y su misterio, que el pintor, con lucidez sobrehumana, ha sabido imprimir en las facciones de su personaje: aquella expresión que podía ser de un animal, si no fuera por la ensoñadora, la remota y misteriosa humanidad de la sonrisa, que más que salir de él, parece flotar sobre su rostro.

Nieleta lo llevaba todas las mañanas hasta la Boquería, donde se sentaba a vender sus números y sus cerillas, junto a la esquina. Al llegar allí, la niña se descolgaba el taburete del brazo, lo abría, mientras sostenía con el otro a su hermano y lo hacía sentar. Él se quedaba ladeado, invariablemente, guardando de un modo milagroso el equilibrio. Nieleta, con una aguja, le prendía en la solapa la tira de números, después de lo cual volvía a su casa, mientras él, echado siempre hacia un costado, se quedaba allí esperando a los compradores. De vez en cuando se paraba alguien, generalmente

una mujer que iba al mercado, o un oficinista; le desenganchaban los billetes; cortaban los que querían y le entregaban el importe, que él hundía con torpe ademán en su bolsillo. Nieleta, entretanto, de regreso en su casa, hacía la limpieza del piso, preparaba la comida para su hermano, ella y su madre, empleada en un café. A mediodía, ya dispuesta la comida, volvía Nieleta a buscarle. Contaba el dinero; doblaba cuidadosamente las tiras de los números sobrantes; ayudaba a su hermano a levantar y, después de cerrar el taburete, regresaba con él a su casa. Ésta era su vida.

Juan Bausá se detenía a mirarla; siempre había sentido hacia ella, mezclada con la piedad, una profunda simpatía, pero nunca se había atrevido a hablarle, por no sabía qué respeto por su destino, o qué temor, que le contenían. Él, a Nieleta, la sentía casi como si fuese de su familia, la quería casi, y este sentimiento había crecido en él últimamente al conocer una parte de su historia. Ahora sabía que a Nieleta la habían visto de niña ataviada con trajes hermosos y, en su barrio, al otro lado de Barcelona, había pasado por las calles acompañada de su sirvienta.

Juan Bausá, cada día más intrigado, sentía en su alma una vivísima curiosidad por conocer completamente aquella historia, pero no había podido conseguirlo.

Hacía ya años que se la veía en la plaza del Pino, llevando a su hermano día tras día, y también ella, Nieleta, había envejecido; estaba más delgada, más blanca, pero pasaba con la misma actitud y con la misma seriedad; le llevaba, como siempre, sin violencias, calmosamente, sin alegría, como siempre, pero sin tristeza, mientras la vida de la ciudad se agitaba indiferente a su alrededor, y las gentes iban y venían, impelidas por sus afanes.

Sólo por la noche, entre los suyos, Juan Bausá se sentía bien, olvidando realmente sus penas, casi feliz, por más que en su fondo se agitase latente el recuerdo de la última humillación sufrida en el despacho, de la miseria más reciente vista en la calle.

Después de cenar entraba en su saloncito. La niña, Lisa, dormía en su pequeño cuarto. A él le quedaba aún el bienestar inefable de la última caricia de su hija, como un soplo refrigerador para su alma, de su beso último.

—Buenas noches, papá.

Ya ni esto, Juan Bausá, en el progresivo debilitamiento de su voluntad, podía soportarlo sereno. Se marchaba la niña y él tenía que enjugarse las lágrimas. ¡Ella, su pequeña, sí que le quería! Tal vez incluso más que su madre. Y él, ¡cómo la quería también! A todas partes, ya desde pequeñita, quería ir con él: a la plaza de Cataluña los domingos, a jugar al sol con los otros niños; a la Catedral, en la mañana de Corpus; a bendecir la palma, el Domingo de Ramos; al Circo, a reír con los payasos...

El recuerdo que más lo conmovía de los que tenía con ella, era el del Sábado de Gloria. El sábado de Gloria, Lisa y él salían al balcón a voltear la carraca, a hacer sonar los platos y las tapaderas. ¡Cómo gozaba aquella mañana! Él salía medio

desnudo, arrastrado de la mano por ella, cayéndosele los pantalones y tirando de ellos hacia arriba continuamente, con los tirantes colgando. El aire era suave, impregnado de fragancias primaverales. El cielo, sobre la silueta de la iglesia, sobre los terrados, era de un azul deslumbrante. Un silencio absoluto, un suavísimo silencio y una amplia calma envolvían la ciudad; no circulaban tranvías, ni autos, ni carruajes; no se oía un ruido, y hasta la brisa parecía haber plegado sus alas reverentemente. Los altos árboles, en los parques, en los jardines y avenidas, debían levantar sus copas inmóviles al cielo azul, sin cantos de aves, con las ramas tendidas, esperando. Todo había callado, y Barcelona entera era la plaza del Beato Oriol, el recinto de la Catedral ungido de quietudes y de gratos silencios, y en esta calma inmensa, en esta suspensión maravillosa, en que todo, en el cielo, y en la tierra, parecía sumido en una espera emocionada, las campanas del Pino daban, de pronto, al aire su sonoro tañido. A las del Pino contestaban las de la Catedral; con éstas se mezclaban las de Belén — todas lanzadas al vuelo— y luego eran otras más allá, y otras y otras, que se juntaban, se confundían, hasta formar un solo canto con todas las campanas de Barcelona resonando con ecos remotos. Todo estaba lleno de sonos de campanas; las campanas ensordecían el aire —temblaban en su gran corazón—, temblaban sobre todo el ámbito de la plaza, sobre las calles, sobre la ancha Rambla rumorosa, y más allá, sobre los campos y las suaves colinas. Se alzaba el largo, el prolongado aullido de las sirenas de los buques del puerto, el estrépito de las carracas, platos, cacerolas, hierros, hojalatas en todas las ventanas y balcones, y voces alegres de niños; y las campanas, las sirenas del puerto, el estrépito de los platos y las carracas, las voces de los niños, todo mezclado y confundido se elevaba como un canto único, alto, limpio, sonoro, hacia el cielo azul, en el aire tranquilo, como el canto de alegría de la ciudad por la Resurrección de Aquél que quiso morir para salvar a los hombres.

Él, Juan Bausá, se acordaba entonces de sus días de niño, cuando salía al balcón con su madre, para, con ella, dar también al aire, en el loco estrépito de la carraca y de los platos, el grito puro de su alegría. Él golpeaba, saltaba también, gritaba como su niña, y en medio del inmenso canto que se elevaba desde toda la ciudad, las lágrimas, sin él darse cuenta, le inundaban los ojos, le resbalaban por las mejillas, incontenibles. Juan Bausá no podía reprimirse; cogía a su hija, la estrechaba entre sus brazos, y la besaba en un transporte de gozo, mientras nuevas lágrimas, grandes, vergonzosas, seguían corriendo por su cara. Después llamaba a Mari Juana para que saliera con ellos al balcón, para que gozara con ellos de la alegría de aquel día, en que el aire, las casas, las calles, la ciudad entera elevaban su canto por la Resurrección del Señor. Si tardaba en salir, Juan Bausá iba adentro y la sacaba casi a rastras.

Ahora la pequeña Lisa dormía en su cuartito, tras haberle dado su último beso. «Buenas noches, papá.» «Buenas noches, hija niña.» Después, desde allí la había oído elevar su ingenua oración a Dios, para que le concediese un tranquilo sueño y la

protegiere de mal, para que guardase a su papá y a su mamá, y velase por todos, como le habían enseñado, como lo deseaba ella. Lisa, en su inocencia, no lo sabía, pero dentro de la inmensa ciudad, en aquella casa que parecía tan firme, su padre la veía como un marinero que rezase en una nave amenazada por la tempestad. Y también esto a Juan Bausá le conmovía.

Ahora estaba solo. Se había enjugado ya los ojos; se había acomodado en su viejo sofá; cogió su *Vanguardia*; allí, a mano, tenía su colección de la *Ilustración* y la del *Patufet*, que había leído con su hija muchas veces. Juan Bausá apenas leía nada, pero en cambio, el periódico lo devoraba del principio al fin, incluso las esquelas mortuorias. En verdad, sentía hacia ellas una especial inclinación, a la cual proveía ampliamente el importante rotativo. Juan Bausá las leía hasta el final, haciendo conjeturas sobre la edad del difunto, sobre quién podía ser, sobre la pena de la familia y entristeciéndose. Su tristeza mayor, su llanto casi, era cuando, al leer las esquelas, sus ojos tropezaban con la de un niño, que era cosa de cada día. Entonces, Juan Bausá pensaba en su hija y una terrible congoja le apretaba el corazón, porque su corazón era cada día más grande, y cualquier cosa le enternecía, porque ahora tenía una hija ya crecida por quien preocuparse y temer; también porque la vida —ahora empezaba a entreverlo—, aún aquí, en la ciudad, tal vez más aún en la ciudad, era como una oscura selva, poblada de peligros y encrucijadas, y no sabemos en cuál de ellas nos hemos de perder, ni dónde nos espera la desgracia. Juan Bausá, con estas ideas, no podía ya contenerse, se levantaba, cuidando de que no le oyera su mujer; se dirigía de puntillas al cuarto de su pequeña y abría la puerta con sigilo. Bajo el reflejo de la luz, que penetraba por la puerta entreabierta iluminando blandamente sus facciones, Juan Bausá, de pie junto a la puerta, contemplaba en silencio a su hija dormida. Permanecía un momento en la misma actitud, tembloroso de gozo, sintiendo palpar su corazón. Luego avanzaba quedamente, e, inclinándose sobre ella, estampaba un beso suavísimo, dulcísimo, sobre su frente. Quedaba todavía un instante mirándola arrobado, y, de puntillas, se volvía a su sitio.

Poco después, ya terminada la cocina, llegaba Mari Juana; se traía, como cada noche, su cesto de labores, y sentábase a su lado a coser. ¡Cómo la quería también! La vida para él, en medio de la gran ciudad agitada y sombría, se encerraba entonces al área de este rincón, en la compañía de los dos seres queridos. Fuera de allí, a esta hora, nada había en la vida. Él ignoraba que a aquella hora había hombres que corrían tras las más extrañas diversiones; que se bebía y se cantaba en prostíbulos y cabarets; que se daban mítines en los grandes locales de la ciudad, donde derechas e izquierdas vociferaban y prometían la salvación en nombre de un ideal político, que era siempre el mejor; ignoraba que había comerciantes meditando la operación próxima; abogados afanándose en su pleito y redondeando sus engaños; estafadores preparando sus fraudes; que había borrachos, ladrones, prostitutas; todos tendiéndose asechanzas,

adulándose, persiguiéndose, agitados por sus afanes, por su sed de ganancia, de diversiones, de éxitos, de concupiscencias.

Él permanecía, entretanto, aquí, con su Mari Juana y su hija, que dormía allí cerca de ellos, sin afán ni ambición, contento, con su empleo, con su humilde dicha.

—Mari Juana...

—¿Qué quieres? —levantaba los ojos, sonriente.

—Nada.

Ella volvía a coser, sonriente, como si hubiera leído su pensamiento.

Juan Bausá la contemplaba inclinada sobre su labor. Una vaga angustia se le iba pintando en las facciones, mientras miraba a su esposa, a la que no había visto así desde hacía muchos días. Unos cabellos sueltos le caían a Mari Juana sobre la frente, uno de ellos blanco —veía bien cómo brillaba a la luz—; la frente tenía algunas arrugas, y su rostro expresaba un profundo cansancio. «Tendrías que hacer algo por ella —se decía— acabará por enfermar. Tendrías que hacer algo.» La miraba de nuevo, angustiado.

—¿Estás cansada, Mari Juana?

—Sí, la verdad —sonreía lánguidamente—. A esta hora sólo tengo ganas ya de acostarme. ¿Has visto a la niña?

—Sí, está dormida.

—¿Oyes? Parece que llueve, o bien, «hace viento», o «hace una noche tranquila».

Ella se restituía a su labor. Él la miraba otra vez. Parecía imposible que la pudiese querer más de lo que la quiso al principio, en los primeros días de casado, y, sin embargo, Juan Bausá estaba seguro de que la quería más todavía, con un cariño imposible de expresar. ¡Qué bien se estaba allí con ella, en esta paz de su saloncito, sentado en su sofá, y con su hija dormida allí al lado! Algunas noches encendían la radio. Si había discursos políticos, proclamas, consignas, voces de odio, la cerraban al punto. Escuchaban música, pero, cuando se quedaban más rato era cuando daban una pieza teatral. Entonces la ponían bajo, para que no despertase a la niña con los gritos y los sollozos del final, pues siempre se acababan entre lágrimas y gritos, y la escuchaban hasta la última frase, y aún esperaban a que la voz del locutor confirmase la terminación, y se despidiera de ellos cariñosamente, como si los conociera y estuviera viéndolos. Mari Juana dejaba la labor y se sentaba más cerca de él, junto al receptor. En estas noches gozaban en silencio siguiendo las perspectivas del drama transmitido por el altavoz, especialmente si se trataba —y esto era lo corriente— de algo sentimental, un poco simple, a la vez triste y alegre. Entonces sus corazones latían tan al unisonó que, en los momentos culminantes, cuando la emoción era más viva, si levantaban los ojos para mirarse, se encontraban que los dos estaban llorando.

Mari Juana trabajaba en estos días como siempre, y aún más; no se daba punto de reposo. Ya tenía que bajar a la tienda, ya que ir a la Boquería; ya arreglaba las camas,

fregaba o barría, y cambiaba las ropas a la niña, o lavaba. No paraba un momento. No obstante, ya no pensaba en el pasado. ¡Había quedado tan lejos aquel sueño! Mari Juana no necesitaba resignarse. Parecía como si algo de la bondad de él, con el roce constante, se hubiera añadido a su ingénita bondad, para hacerla aún más capaz de sacrificios. Mari Juana ya no pensaba con nostalgia en los bosques de Vallvidrera, en las noches del viejo Turó desaparecido como sus sueños; no pensaba ya en el Tibidabo, por cuyas sendas había retozado de jovencita. Mari Juana ya no suspiraba en medio de su trabajo, como en los primeros tiempos de casados, ni necesitaba decirse para consolarse: «¡Es tan bueno!» La bondad de él y el cariño de ella — también la propia bondad— se habían fundido en una perfecta armonía de ternuras y comprensiones. Ahora Mari Juana sentía muy bien que, de encontrarse con él ante el altar, como en aquel día, con sus ademanes torpes, con su traje algo ancho y sus pantalones caídos, y el sacerdote, de pie ante los dos, le repitiera ahora la pregunta, ella en seguida, con voz conmovida, pero firme, segura y sin vacilación, le contestaría: «Sí, padre». Y le miraría feliz, sonriente, y no con la tristeza inexplicable, con el íntimo temblor con que lo hizo el día de su boda.

Si quería conmoverse aún más, sentirse todavía más segura, tener la prueba más infalible de su cariño, a Mari Juana le bastaría recordarlo durante los días en que ella estuvo enferma. No hacía falta, es cierto, llegar a aquel recuerdo; en cualquier detalle, en el hecho más insignificante, podía hallar una prueba del afecto que él le profesaba, de su profunda devoción por ella, como de aquel que no tiene a nadie más en el mundo. Sin embargo, aquellos días de su enfermedad no se le apartarían nunca de la memoria; era como un estímulo para los días de desfallecimiento. Entonces le bastaba recordarlos para sentirse al instante recobrada, dispuesta para acudir a su lado y caminar de nuevo junto a él. Porque, ¿qué había en la vida que pudiera compensarla de tales pruebas, de esa continua compañía de todas las horas, las buenas y las amargas? ¡Con qué solicitud la cuidó entonces! ¡Cómo veló por ella, por las noches, junto a su cabecera! El silencio se hacía poco a poco en las calles; los hombres, bajo las luces de la ciudad, bajo la noche, se dirigían presurosos a sus diversiones, a sus vicios o a sus perversiones; a calmar unos su tedio; otros a satisfacer sus bajos instintos. Entretanto, él se inclinaba sobre su mujer, angustiado, atento a sus menores deseos.

Noche tras noche había permanecido allí, sin apartarse de ella un momento, pendiente de sus movimientos; como si de ellos dependiese su propia vida. A veces, agotado por la fatiga, se quedaba dormido en la silla, junto a la cabecera, con la cabeza apoyada en el lecho. Entonces, ella, cuando la enfermedad había ya cedido, le acomodaba bien la cabeza y le apartaba los cabellos, como si fuese un niño. ¡Cómo la ayudaba a acostarse o acomodarse bien en la cama y a levantarse; con qué cuidado, para no hacerle daño! ¡Con qué angustia se inclinaba sobre ella en las primeras

noches terribles de su enfermedad, cuando el sopor la amodorraba y la fiebre la arrebatava en oleadas! Después, liberada de aquella densa tiniebla, de aquella noche aterradora, ella le sonreía, le cogía la mano entre las suyas y se la retenía largo rato. «¿Te sientes mejor, Mari Juana?» «¿Cómo te encuentras?» Y a la vez, en sus ojos parecía asomar una angustiada súplica: «¡Guárdamela, Señor; no me dejes solo! ¿Qué sería de mí sin ella? ¡Señor, guárdamela! ¡Que no me quede solo en este mundo!»

Era verdad que, a veces, con su torpeza le ocasionó más de un sobresalto. Una vez, calentando la leche, hirvió ésta, y mientras, atolondrado, buscaba el trapo para sacarla del fuego, se le vertió casi por completo. Otra vez púsole sal en vez de azúcar. Todavía la hacía reír el recordar la cara desolada con que, llevando el bote vacío en la mano, se presentó ante ella aquella vez, o al ver la mueca de ella al probar la leche y darse cuenta de su torpeza.

Luego vino la hija; el parto fue largo, doloroso; Mari Juana pasó por momentos de verdadero peligro, y también entonces le tuvo en toda ocasión junto a ella; y todavía después, en las muchas veces en que tuvieron enferma a la niña, pues su salud no fue nunca robusta, él permaneció siempre a su lado, relevándola para velarla, y rogándole que fuera a acostarse apenas la notaba fatigada. ¿Adónde podría volver el pensamiento, a qué momento de dolor, a qué trance, a qué tristeza, que no le encontrase allí a su lado, con su rostro angustiado, inclinado sobre ella? «¿Te encuentras bien, Mari Juana?» «¿Cómo te encuentras?» Y siempre con aquella súplica ardiente, silenciosa en los ojos, que ella parecía sentir en su interior: «¡Señor, guárdamela! ¡No me la quites, Señor! ¡No me dejes solo, sin ella!» Y luego, ¿en qué alegría, en las pocas que la vida le deparó, en qué alegría no le tuvo también a su lado, feliz de verla contenta? No, a Mari Juana no le pasaba ya nada. Así llegarían a la vejez, unidos los dos, como en el primer día ante el altar de la iglesia de la Concepción, iluminado con cirios, aquel día en que el rostro de él resplandecía de una felicidad tan pura, y en que ella, a la pregunta del sacerdote, no supo decir: «Sí, padre», con toda la firmeza, con toda la seguridad y la emoción con que lo diría ahora. Sin vacilar. Y ahora, unidos, además, en la pequeña Lisa, más unidos aún, hasta la muerte, y tal vez más allá...

—¿Quieres que nos acostemos, Mari Juana?

—Sí, sí, vamos a acostarnos. Es ya muy tarde. Fuera no se oye ni un rumor.

—Si quieres que estemos un rato más... Podríamos poner la radio... ¿Qué te parece?

—No, no. Me está entrando sueño. Te lo iba a decir.

Sin palabras, se dirigían al cuartito de la niña; abrían la puerta con precaución, y al reflejo de la luz que penetraba por la puerta la contemplaban un momento. Ella susurraba: «Parece un ángel...»

Él ya no podía hablar. Se retiraba en silencio. Luego, ya solo, al lado de ella

dormida (Mari Juana se dormía en seguida), en el ancho lecho matrimonial, con el gran crucifijo sobre la cabecera, Juan Bausá pensaba en su mujer, pensaba en su hija, y en medio de aquella Barcelona agitada, indiferente, fría y hostil como un desierto, acordándose de la oficina, sentía como si en la sombra una mano le apretara la garganta.

Capítulo III

EN ESTOS últimos meses la agitación política fue creciendo en España. En Barcelona reinaba una profunda inquietud. La atmósfera de la ciudad parecía haberse entenebrecido de repente, con una tensión de violencias contenidas que amenazan estallar con el menor motivo. Juan Bausá se sentía cada vez más triste, más desolado. En vano la señora María, la vendedora de la esquina, aquella cuyo hijo trabajaba en un almacén de drogas y que profesaba un republicanismo vagamente revolucionario, le exponía sus razones:

—Desengáñese, señor Juan. Esto es natural. Mientras unos tengan tanto y otros tan poco, habrá protestas y gritos, habrá descontento. Mientras unos se hartan como cerdos y beban hasta emborracharse, como yo los he visto, y los otros no puedan comer, el mundo no irá bien. Habrá guerra y es natural que la haya. Mire usted a aquel pobre, que tiene que venir aquí a mendigar con un pequeño, porque no tiene trabajo. Mire usted esa desgraciada criatura que vende fósforos ahí, tiritando de frío en las noches de invierno, como la he visto yo, y tantos que no vemos. Mientras existan casos como éstos no puede haber paz.

Su teoría era sencilla. Conque los ricos diesen un poco de lo que les sobraba, de lo que malgastaban en juergas y en excesos, habría bastante para que todos estuviesen bien, sin necesidad de que unos trabajasen como perros y pasaran una existencia del infierno.

Sí, sí, todo aquello era cierto. Pero, ¿quién lo arreglaba? ¿La república? ¿El comunismo? A él todo esto le sonaba sólo a nombres. Todo aquello se anunciaba sólo con protestas, con odios, con amenazas. Era un frenesí. Él no concebía el odio. Todo, para él, podría arreglarse por las buenas y en paz. Sin gritos, sin protestas, y, sobre todo, sin barullos ni tiros. Si no podía arreglarse en paz, era mejor que continuase como hasta entonces. A Juan Bausá, por otra parte, que otros hombres se hartasen, pasearan en coche y se entregaran a costosas diversiones y se emborracharan, le dejaba indiferente. Que le dejaran a él con su Mari Juana, con su Lisa y su colección, y no envidiaría ni al propio rey, que para él era quien debía de estar mejor, con toda su pompa, sus coches, sus palacios y su servidumbre. Sólo un pequeño aumento en el sueldo hubiera deseado, eso sí, para que ella, Mari Juana, pudiera descansar un poco, que bien lo merecía, y para que Lisa pudiese terminar sus estudios y ser una muchacha instruida.

«Es usted un reaccionario, un cavernícola», estaba a punto de espetarle la señora María, con la expresión reservada entonces para sus enemigos por los de ideas avanzadas, y que constituía casi un insulto. ¡Qué lástima! ¡Un hombre tan bueno, y

tan pobre además, y que no pudiese comprender estas cosas!

—Es que usted no lo quiere comprender, señor Juan. Usted me habla de su mujer, de su hija... Pues a eso vamos. Claro; de eso mismo se trata. La mejor solución es la república. Nada de comunismo —a la señora María le sonaba esto a cosa remota, extraña e incomprensible—. República —afirmaba con convicción—. La culpa de todo la tiene el rey. Que se vaya él, y verá cómo cambian las cosas. Y se irá, se lo digo yo; y, si no se va, lo echarán. El otro día, en un mitin...

El señor Juan se alejaba aturdido, con una sensación de malestar ante aquella vehemencia de palabras... Pensaba en Mari Juana. Cada día su esposa estaba más necesitada de descanso; esta necesidad, de día en día se hacía en ella más visible, más apremiante, y Juan Bausá se repetía angustiado que ella acabaría por enfermar. Sí, un aumento en el sueldo sería tal vez una solución; tal vez así podría descansar. Luego estaba la muchachita de la esquina, vendiendo sus cerillas allí. Tenía razón la señora María; también él la había visto tiritar de frío en invierno bajo sus harapos, ofreciendo su mercancía. Juan Bausá la miró de lejos, con una sensación casi de culpa. Sí, tal vez tuviese razón. ¿Qué había hecho ella, la inocente, para que le impusieran aquella pena? Sus padres... Pero, ¿era posible que tuviese padres y que la dejasen allí de aquel modo, por más necesitados que estuviesen? ¿Dejaría él a su Lisa? Se estremecía de horror ante este pensamiento. No, él no la dejaría; irían, si llegara el caso, a mendigar juntos. No; mendigaría él... No, él no concebía que sus padres... No los debía de tener. Y si no los tenía, ¿cómo no había quien se compadeciese de ella y la recogiera? «Si no tuviéramos a Lisa, tal vez nosotros...» Pero no terminaba el pensamiento, porque ni en pensamiento podía prescindir de su hija. «Pero ¿y el Gobierno? —se decía—, ¿cómo no organiza centros adecuados, y recoge, educa y convierte a esos desgraciados en hombres de bien?» Sí, tal vez tuviera razón la señora María, por más que él se negase a admitirlo.

Con estas ideas, la cabeza le daba vueltas. Por un lado, veía la injusticia y por el otro odiaba la violencia. Juan Bausá, con esto, se sentía aún más afligido ante la vida.

También en la oficina se dejaba sentir un aire de renovación, de trastorno. Últimamente habían ingresado nuevos funcionarios, y con ellos, en el cementerio pareció entrar un aliento perturbador; una agitación desusada se precipitó en el recinto peligrosamente. Empezaron las discusiones, los gritos, el tumulto, ante la mirada atónita de los antiguos, los cuales, momificados en sus creencias, como en sus empleos, miraban aterrados aquella invasión. Tal vez temieran que aquel viento sacudiese el polvo de sus cuerpos debajo de sus trajes y les dejase sólo con sus esqueletos.

Él, Juan Bausá, aunque quieto también y sosegado como los demás, no era, sin embargo, hombre de creencias, sino de sentimientos, y en esto radicaba el secreto de su vitalidad. Él estaba con todos; con los de ayer y con los de mañana, con los de

siempre. Por esto aparentemente no estaba con nadie, porque, en el afán proselitista de aquellos días, cada cual exigía de él una adhesión incondicional a que no podía someterse.

Él permanecía en su rincón entre los expedientes polvorientos, con su manguito de algodón, luciente, protegiendo del roce la manga de su americana; seguía aislado y silencioso, y temblando, como siempre, cada vez que el jefe le mandaba llamar, aunque últimamente la tensión política parecía haberle hecho olvidarse un poco de él. De vez en cuando levantaba sus ojillos en su rincón para mirar a los otros entregados a sus eternas disputas, y una expresión desolada se le pintaba en la cara. Aquel estado de tensión continua le sumía a Juan Bausá en una verdadera angustia. A su alrededor sólo se respiraba intransigencia, fanatismo, odio. Se reproducía allí, en pequeño, el estado que reinaba en la ciudad, donde se repetían continuamente los atentados, manifestaciones, huelgas, tiroteos entre la policía y los obreros; era el que reinaba en la nación, donde todo parecía crujir, desmoronarse bajo el peso de las nuevas ideas. Él, Juan Bausá, en medio de aquella violencia, se sentía como un náufrago. Escuchando las amenazas, las encendidas disputas, los insultos que se arrojaban a la cara unos y otros —los jóvenes, sin ningún respeto por la vejez; los viejos, perdiendo toda compostura—, su gran corazón le hacía daño. Él no podía comprender que los hombres pudieran llegar a odiarse por una cosa tan vaga como una idea, por algo tan efímero como el color de una bandera. Él no podía ni concebir que los hombres se odiasen. El que un hombre pudiese levantar un arma contra otro en medio de la pacífica ciudad —donde jugaban los niños, y los hombres y las mujeres iban a sus tareas— le llenaba de horror y de tristeza. Juan Bausá, ante esto, no pensaba en Nieleta, ni en la pequeña vendedora de fósforos de la esquina; no pensaba en las palabras de la señora María, ni en su mujer, para la cual deseaba un pequeño aumento de jornal. Precisamente por eso, para arreglar esas deficiencias, él habría deseado que se amaran todos, que se dedicaran todos, ricos y pobres —un sueño digno de Juan Bausá—, a ayudarse mutuamente en sus desgracias, a recoger y defender a la pobre pequeña de la esquina, que en medio de las riñas y los gritos quedaba más abandonada que nunca.

Con esto, Juan Bausá no tomaba nunca parte en las discusiones. Cuando le preguntaban algo, contestaba vagamente. Se hizo sospechoso a los dos bandos, fue para muchos un «reaccionario», como para la señora María, porque no se entusiasmaba con la idea de la República y de la libertad, aunque fuese a través de la revolución; y para los otros fue un hipócrita, porque no las impugnaba, y ocultaba, según ellos, sus verdaderos sentimientos. Unos y otros le declararon la guerra, y Juan Bausá, sin haber hecho nada, pudo notar que, sobre la hostilidad del jefe, se había atraído la de todos los compañeros; que vivía en el centro de una guerra sorda de miradas coléricas, de malévolas alusiones.

Un día de aquellos, a la salida de la oficina, Juan Bausá se encontró, sin darse cuenta, en el centro de una larga manifestación, que con pancartas y banderas, dando gritos, se dirigía al Ayuntamiento. En ella iban también mujeres; vestidas pobremente, algunas casi harapientas, sucias y desgredadas, una de ellas con un niño en los brazos. Avanzaban todos como soldados, en largas hileras, pero formando un solo grupo, en número de varios centenares. Bajaron así por las Ramblas, y al doblar la calle de Fernando cesaron en sus voces y gritos, y empezaron a cantar con un canto lento y solemne, con algo religioso y de guerrero a la vez que hacía estremecer. Por la parte opuesta, en la plaza de San Jaime entraba en aquel momento un piquete de policía. Al mando de un teniente, que iba en cabeza, la policía avanzó hacia los manifestantes. Detrás de ellos, como reforzándolos, aparecieron otros policías a caballo.

El choque se produjo cuando la manifestación entraba ya en la plaza de San Jaime. Los manifestantes dejaron de cantar; el himno se extinguió poco a poco, en sus últimas voces retrasadas, roncadas, trémulas de emoción, resonando en el silencio de la plaza. La manifestación se detuvo; se levantaron gritos, silbidos, protestas; de nuevo resonaron «vivas» y «muertas». Un teniente avanzó hacia las primeras filas y les invitó a dispersarse; los gritos, los «muertas», los insultos crecieron al pretender aquél detener a uno de los manifestantes que iba delante, y que se le había insolentado. Éste forcejeaba violentamente para desasirse de las manos de los policías que, pálidos, no sabían qué hacer. Un amplio clamoreo, mezclado con fuertes silbidos, llenó la plaza; se agitaron puños amenazantes. El aire parecía arder. La plaza entera se encendía de voces, de gritos, de tumulto. Sonó un disparo. Un movimiento de pánico agitó a los manifestantes; algunos iniciaron la huida. La policía corrió tras los fugitivos, empuñando sus armas. Se produjo una reacción por parte de aquéllos; se oyeron caer algunas piedras, que rebotaron ruidosamente contra el empedrado.

De pronto, desde un ángulo de la plaza, un policía se lanzó enfurecido contra un grupo, seguido de algunos compañeros; tenía una herida en la frente y le corría la sangre por el rostro. Hubo otro movimiento rápido de repliegue, parecido al que se produce en las capeas cuando el toro se vuelve inesperadamente. Los grupos se rehicieron, no obstante, por el lado opuesto.

En aquel momento, un muchacho que corría con el grupo de fugitivos, tropezó con una piedra y cayó al suelo. Era casi un niño. Iba a levantarse, cuando el policía herido le alcanzó, y con toda la fuerza de su cólera, le descargó un golpe. El muchacho cayó de nuevo desplomado, como muerto. Un grito de indignación se elevó de los manifestantes; un amplio movimiento de cólera los recorrió, y en nutrido grupo se lanzaron contra el policía, que había quedado aislado. Intentó éste sacar la pistola, pero no tuvo tiempo; la multitud se abalanzó sobre él con los puños en alto, gritando. Desde el extremo opuesto cuatro caballos avanzaron contra el grupo, con

sus jinetes con los sables desenvainados. El grupo se dispersó con rapidez; los hombres huyeron por las bocacalles; algunos apostados en las esquinas disparaban piedras contra los de a caballo.

El policía había quedado tendido, solo, sobre los adoquines ensangrentados. El muchacho había desaparecido. Por el otro lado, la lucha seguía enconada; los grupos se deshacían y se formaban de nuevo. La policía parecía impotente; se oían insultos, silbidos; las piedras volaban.

Juan Bausá acababa de salir de la oficina en el momento en que la manifestación se adentraba por la calle de Fernando. Se detuvo un poco, asustado, sin adivinar lo que sucedía. Cuando quiso retroceder ya era tarde; estaba encerrado entre los manifestantes que se acercaban por un lado y la policía que descendía por el opuesto. Intentó retroceder hasta la plaza, por donde el camino parecía más expedito; avanzó, arrimado a la pared; dobló la esquina hacia la calle del Cali. Estaba a punto de llegar a ella cuando un grito llamó su atención. Se volvió asustado; en aquel instante el policía herido había alcanzado al muchacho, y le asestaba el golpe, derribándole. La escena se desarrollaba entre el Ayuntamiento y la calle de Fernando, y Juan Bausá apenas pudo ver qué sucedía. Oyó sólo gritos, y vio el tumulto. Con el alma agitada, tembloroso, se refugió en la entrada de una tienda. No sabía qué hacer y seguía mirando hacia allá, tratando de adivinar lo que pasaba. De pronto, allí frente a él, un policía cayó al suelo, derribado por una pedrada. Aparecieron grupos, y el tumulto volvió a encenderse hacia aquel lado. Juan Bausá, en medio del terrible alboroto, de las piedras, del ruido de los caballos, en la congoja que le invadía, vio caer al herido, y en un impulso espontáneo, instintivo, echó a correr hacia él para auxiliarle. Entonces, ante Juan Bausá ya no había caballos, ni gritos, ni tiros, ni golpes, ni amenazas; había sólo un hombre herido, caído en mitad de la calle, y ni siquiera sabía si era un policía, o un obrero. Juan Bausá, pesado, grueso, con paso torpe, pero decidido, avanzó hacia el caído, entre los gritos, los silbidos y las pedradas. Un caballo cruzó veloz a su lado, al galope; el jinete esgrimió el sable e hizo ademán de descargarlo sobre él. Una piedra alcanzó en aquel instante al caballo, que se encabritó; el jinete se asió a las riendas, y Juan Bausá continuó hacia el herido sin haberse dado cuenta de nada. Se escuchó un grito, creció el tumulto. El jinete, recobrado ya de la sorpresa, pálido y tembloroso, volvió a esgrimir el sable, arrebatado por la ira; pero ahora lo hacía contra una mujer. Era ésta seca; iba con el cabello despeinado. Se había adelantado corriendo hacia el caballo y se asió a las riendas, tirando de ellas con violencia. Parecía loca; injuriaba al jinete con expresiones obscenas, brutales, zarandeaba las riendas con ademanes violentos y trataba de alcanzar al hombre, derribarle tal vez, golpearle, o quitarle el arma. El furor la arrebatava y mostraba un vigor que nadie hubiera sospechado en su cuerpo esquelético. El caballo se encabritaba, la levantaba del suelo; pero con la mano

crispada, sarmentosa, continuaba aferrada a las riendas; empeñada en alcanzar al jinete, mientras con la otra le amenazaba con el puño. El jinete levantó rápido el sable y descargó un golpe sobre la mujer; ésta exhaló un gemido, casi un alarido, y se desplomó. Un clamor de protestas, de voces indignadas resonó de nuevo, más ardiente aún, en el ámbito de la plaza. Juan Bausá, cerca ya del herido —todo había sucedido con gran rapidez—, se volvió al oír la gritería, y vio caer a la mujer. Allí, ante él, estaba el agente, de costado, con la mano sobre el pecho, gimiendo; detrás de él, también herida, cubierta de sangre, estaba la mujer, a la que nadie se acercaba. Tuvo un instante de vacilación, y al fin corrió hacia ella. Un grito resonó muy cerca de él; oyó el galope de un caballo, y Juan Bausá se vio arrojado violentamente contra el suelo; se enderezó de nuevo, dolorido, atontado; corrió, tambaleándose, hacia la mujer todavía unos pasos; en aquel instante, allá a sus espaldas, clara, inconfundible, oyó la voz de su hija que le llamaba con un grito:

—¡Papá!

Juan Bausá fue a volverse, pero no pudo hacerlo. Un caballo pasaba cerca de él, al galope, como un torbellino. Sintió un golpe violento en su espalda y un dolor vivo como una quemadura. Sintióse como arrancado del suelo, arrojado por una fuerza violenta; un golpe seco, duro, hizo crujir su cráneo; y, en el desfallecimiento, en que todo se le iba confundiendo, oyó de nuevo la voz de su hija que le llamaba, más cerca, con un acento de terror y de alarma. No oyó nada más.

Lisa se lanzó corriendo hacia su padre.

El caballo se alejó hacia la calle de Fernando. La plaza había quedado despejada. En torno a Juan Bausá no había nadie. Más allá yacía aún la mujer, como muerta. Algunos hombres se adelantaban hacia ella; uno de ellos se quedó con Lisa, ayudándola a levantar a su padre. Entretanto, los manifestantes, dispersados en la plaza, a una voz de mando se habían reunido todos en la calle de Fernando. Formados en una larga columna, como habían venido, rompieron a cantar mientras se ponían en marcha hacia las Ramblas. Era un canto bronco, que tenía de triunfo y de desafío; se fue alejando paulatinamente, lentamente, entre el rumor del tráfico. Los policías, lívidos de cólera, apretando los puños, los miraban alejarse.

Capítulo IV

EN AQUELLA serie de temores, desencantos e inquietudes, la vida a Juan Bausá se le iluminó por un momento; una dicha inesperada bañó su espíritu como un rayo de sol, le hizo olvidar todas sus tristezas y preocupaciones y revivir de nuevo las horas ya casi olvidadas de sus primeros años de casado.

El recuerdo del tumulto en la plaza de San Jaime había quedado detrás. El despertar de la pesadilla fue hermoso, y él se veía andando por las calles apoyado en su hija, dejándose casi llevar por ella; se veía en su casa convaleciente, y dando después con ella los primeros paseos por sus calles queridas. Habría deseado que no terminase nunca aquella existencia, pero terminó, y él volvió a la oficina.

En uno de aquellos primeros días, después de su convalecencia, Juan Bausá descubrió el secreto de su hija. Lisa iba con un muchacho apuesto, elegante. Los vio un día en que él iba a aguardarla a la salida de la Academia, en la Puerta del Ángel, y Juan Bausá no volvió ya a esperar a su hija. Si el descubrimiento le entristeció por un lado, por otro le alegró, pues el muchacho le pareció digno de Lisa y, al llegar a casa, comunicó la noticia a Mari Juana. Tampoco ella supo si alegrarse o entristecerse. «¡Es tan joven aún!» Pero se resignó, como ante su casamiento: «Sea lo que Dios quiera. Dios la proteja y le dé suerte».

Lisa no les habló para nada del asunto, la vieron sólo más alegre, feliz. Ellos le respetaron el secreto. Pero, uno de aquellos días, Lisa les comunicó que había encontrado trabajo y su decisión de dejar la Academia. También esa novedad les alegró y les entristeció; les entristeció porque hubieran deseado que continuara sus estudios; les alegró porque su ayuda aliviaría las necesidades de la casa, cada día más apremiantes. Ella envolvió la noticia en un gran misterio. «Ya veréis, ya veréis. Para papá será un buena sorpresa. Ya veréis.»

El misterio no tardó en aclararse; la sorpresa fue realmente grande para Juan Bausá. Una mañana, al entrar en la oficina, se encontró a su hija sentada ante una de las máquinas de escribir. Lisa estaba, pues, empleada en la misma oficina, en su mismo departamento. Sin embargo, por más que hicieron, no lograron averiguar cómo había entrado. «Ya lo sabréis», decía con aire sibilino. Mari Juana supuso en seguida que el hecho estaba relacionado con el descubrimiento que había hecho Juan recientemente, pero no dijo nada a su hija.

Juan Bausá vivió entonces aquellos breves días de felicidad que nunca habría de olvidar. Él y su hija, por la mañana, después de desayunarse, salían juntos camino de la oficina; a mediodía regresaban juntos. Si ella tenía trabajo, él la esperaba. Si lo tenía él, le esperaba ella. El día de cobro, el 28, Lisa y su padre lo celebraban. La

situación, con el sueldo de Lisa, había mejorado un poco en la casa; tal vez el dinero hiciera falta para otras cosas, pero ¡era tan agradable sentarse en un bar, aunque fuera una sola vez de tarde en tarde, en estas mañanas de otoño, para tomar un aperitivo, mientras brillaba el sol y arriba en las ramas dejaban oír los gorriones su clara algarabía!

Una vez, al principio, habían ido muy temprano. Él pensó en Mari Juana, ocupada siempre en la casa, sin apenas salir. Estaban en un café de la Rambla; la mañana era templada y suave, y la Rambla presentaba una animación de fiesta. Él, con su hija, hasta era capaz de hallarle encanto a aquella calle, a pesar del movimiento y del ruido.

—¿Y si fueses a buscar a tu madre?

—Sí, papá. Voy en seguida. —Se entusiasmó con la idea—. Iré y la traeré conmigo aunque no quiera.

Pero Mari Juana no se dejó convencer. Estaba preparando la comida. Tenía que cambiarse de ropa.

—Cuando terminara de arreglarme sería ya la hora de comer. Quedaos allí vosotros; no os preocupéis por mí; yo estoy igualmente contenta. Otro día iré.

Tuvieron que renunciar a su compañía. Lisa volvió apenada al lado de su padre. No obstante, todos los meses, los pocos que duró el empleo de Lisa, el día 28 continuaron celebrándolo, y todos los días fueron juntos y salieron juntos del trabajo.

Lisa no era la misma; era ya una mujer. En lo físico se parecía a su madre; tal vez en lo moral tuviera un poco de él. Lisa había cumplido en abril diecinueve años; estaba desarrollada, y aunque pequeña de estatura, era esbelta y de una belleza delicada. Lisa tenía una sonrisa encantadora, y la gracia y suavidad de sus maneras cautivaban. En cuanto la vio, el jefe puso los ojos en ella. Lisa, en aquel breve sueño, fue incluso pasada al despacho de aquél para sustituir a la secretaria, que estaba de vacaciones. No hubo nadie que, al ver las atenciones con que la trataba, no entrara en sospechas sobre sus intenciones.

Juan Bausá no se dio cuenta de las sonrisas disimuladas, de las alusiones y secretes. El jefe no lo molestó a partir de la entrada de Lisa en la oficina; al contrario, pareció tratarle más amablemente. Hasta en los compañeros notó más suavidad. Él lo atribuyó a la simpatía que Lisa despertaba en todas partes. No le extrañó, se alegró por él y por su hija, y se dejó mecer por aquella aura de felicidad que soplaba sobre su vida inesperadamente. Pero, de pronto, su dicha se apagó.

Al cabo de poco, Lisa les comunicó que cesaba en su trabajo. La miraron atónitos, sin comprender; pero tampoco ahora osaron preguntarla. De este modo, tan misteriosamente como lo consiguió, Lisa volvió a perder su empleo.

Ella les explicó que había entrado como eventual y mientras durasen ciertos trabajos extraordinarios —cosa a la que antes no había aludido—; les dijo que había

terminado aquella tarea y que sus servicios no eran ya necesarios. La cosa, les explicó, era natural. Cuando volviese a haber trabajo, la llamarían de nuevo.

Lisa se había esforzado en darle a su voz la mayor naturalidad, pero Mari Juana adivinó al instante que su hija les ocultaba algo, y también esta vez pensó que el hecho estaba relacionado con aquel descubrimiento de su esposo. Sin embargo, no le dijo nada a él, que, en su simplicidad, creyó a pies juntillas las palabras de su hija. Juan Bausá se afligió por la interrupción de su dicha y sintióse nuevamente sumergido en sus desventuras, como si Lisa lo hubiera soltado de la mano, abandonándolo en un peligro.

Al día siguiente la oficina volvió a ser para él la de sus viejas amarguras; su cárcel. Y el jefe se erigió otra vez en su carcelero. Ahora, el señor Arderiu tenía un nuevo motivo para cebarse en él: tenía una decepción que vengar.

Juan Bausá volvió a experimentar la desazón de la situación política, del ambiente hostil de la oficina. Volvió a inquietarse por la casa y por Mari Juana. Ahora, en medio de su angustia, hallaba un goce aún más vivo en las veladas junto a los suyos, en la paz de su hogar. Las amenazas que se cernían sobre su vida parecían conferirle nuevos atractivos de sosiego, de seguridad, aunque nunca exentos de temores; todo el sabor de esta paz, en compañía de ella y de su hija, los únicos seres que le acompañaban en el mundo, nunca lo había gozado con tanta intensidad como en estos días, con un goce casi atormentado.

A veces, antes de ir a casa, tomaba un par de copas; siempre había bebido, pero sin exceso; sólo cuando estaba muy triste bebía un poco más.

Después de beber se sentía enternecido. Entonces esperaba que llegara Lisa; la esperaba impaciente, ansioso casi, como si temiese que pudiera sucederle algo y no fuese a llegar.

Él no notaba nada en su hija. Era incapaz de leer en su mirada, ni en el tono de su voz, ni en su actitud. Sólo Mari Juana había sabido adivinar que algo extraño se ocultaba en el silencio de su hija; y un día, no pudiendo contenerse más, la interrogó. Lisa se esforzó por sonreír; le aseguró que no tenía nada; quiso aparentar tranquilidad. Pero tampoco esta vez logró engañarla.

Sólo él continuaba viéndola como siempre; no quería admitir que su hija estuviera disgustada. Sin embargo, sentíase más atraído todavía por ella, y tal vez también ella le tratase con mayor ternura.

Lisa llegaba, por fin, animada; cuando menos así la veía él. Se adelantaba presurosa, encendidas un poco las mejillas.

—Hola, papá. —Le besaba; se quitaba el abrigo—. Él la miraba. Cada día la encontraba más hermosa y la quería más. Recordaba el día en que su hija se lanzó en medio del tumulto y los tiros; el día en que oyó su voz angustiada llamándole. «Será como su madre», se repetía. La evocaba en el largo trayecto hacia su casa, en que él

iba apoyado en ella, casi llevado por ella, y descansando a cada momento. «Pesas mucho, papá. Descansemos.» Y él pensaba en Nieleta, y las lágrimas le asomaban a los ojos. Si, Lisa habría sido como Nieleta, y también ella habría conducido día tras día a su hermano desde su casa a la Boquería, sin quejarse, con mansedumbre, acaso sin sonrisas, como ella —¿era posible sonreír?—, pero sin tristeza.

Juan Bausá la recuerda cuando era niña. Entonces a él le gustaba charlar con su hija. Con sólo verla a su lado ya se enternecía; sobre todo, si había llegado afligido a causa de algún disgusto; una pregunta de ella en aquel instante le trastornaba. Entonces, arrastrado por la ola de su ternura, Juan Bausá inventaba para la niña historias infantiles, tristes, lamentables, que la hacían llorar a lágrima viva, y que acababan por hacer saltar a Mari Juana indignada. Un día, por ejemplo —hacía ya tiempo de esto—, mientras colgaba un cuadro, Juan Bausá se cayó de la silla, lastimándose un pie. La herida se le infectó y tuvo que permanecer varios días en casa, sin moverse de su sillón. No sabe por qué estos días aquel recuerdo acude continuamente a su memoria y le llena de un extraño temor. Ella era aún muy niña entonces, pero al ver a su padre en el suelo, se asustó, rompió a llorar, y después no quería separarse de su lado. ¡Cómo gozó él aquellos días! Cogía la colección del *Patufet*, la revista infantil; le leía los cuentos que le habían gustado más y que tenía señalados. Ella le escuchaba con profunda atención, pendiente de lo que él decía, grave y severa. De vez en cuando le interrumpía para preguntarle algo que no entendía. Él dejaba la lectura y le daba las explicaciones con toda seriedad, pacientemente, como si se tratase de una persona mayor. Cuando la niña había comprendido, el padre continuaba leyéndole.

Un día se enterneció. Su mal no parecía mejorar. Juan Bausá empezó a hablar. Parecía imposible que él, que serenamente era incapaz de pronunciar dos frases seguidas, arrastrado por el sentimiento fuese capaz de hacerlo con la abundancia y la emoción con que lo hacía. Casi siempre se debía, sin embargo, al recuerdo de un cuento, o de alguna escena presenciada en la calle de las que más le llamaban la atención; tal vez pensaba entonces en Nieleta.

Guardó un momento silencio, y de pronto, con aire desolado, le dijo:

—¿Sabes, Lisa, querida? Creo que no me curaré nunca ya. —Empezó tal vez bromeando, pero él mismo, mientras lo decía, fue creyendo en sus propias palabras e impresionándose con la historia anticipada de su desgracia, mientras ella le miraba con ojos asustados—. ¿Sabes, Lisa? Tal vez no me cure ya nunca. Entonces es posible que me quiten mi colocación, porque no serviré para nada. Y a un pobre inútil, ¿quién lo quiere? (Pero, ¿podrían echarle de su puesto?) ¿Tú me querrás lo mismo, verdad, Lisa? Y yo a ti también. Te quiero mucho, Lisa, mi pequeña, mucho. Si me echan de allí, porque podrían echarme, ¿sabes?, entonces compraremos un carrito pequeño, con unas ruedas pequeñas, como uno que vi un día por la calle. Yo

me sentaré en él, con mi pierna inútil bien envuelta en gasas y algodón, y tú me empujarás por las calles. ¿Verdad que lo harás? Entonces no nos separaremos nunca. Siempre juntos... —Su emoción crecía con el tono de sus palabras, y la emoción seguía impulsándole a hablar, cada vez más conmovido, cada vez más elocuente, llevado por el sentimiento—. Entonces yo no ganaré nada; tal vez tengamos que pedir; sí, tendremos que pedir. Nos detendremos en una esquina, yo en mi carrito, y tú de pie a mi lado. Tal vez tenga que cantar; pero no: será mejor que aprenda a tocar algo, el violín, por ejemplo. Cuando era pequeño, así como tú ahora, la gran ilusión de mi padre era que aprendiese a tocar el violín; sin embargo, tuve que dejarlo. Era muy torpe, ¿sabes? Siempre he sido un poco torpe. No te apena tener un padre torpe como yo, ¿verdad, Lisa? Me quieres lo mismo, ¿no es cierto? Tuve que abandonar el violín, pero ahora aprenderé, o tal vez sea mejor el acordeón. Parece más fácil y a la gente le gusta más. Entonces, al anochecer, a la hora en que hay más gente por las calles, saldremos con nuestro carrito. Tú empujarás y yo iré dentro sentado, con mi pierna enferma bien envuelta en vendas y algodón, para que no me haga daño. Iremos a la plaza de Cataluña, que es el sitio más a propósito. Nos instalaremos junto a la pared. Yo tocaré mi acordeón, y tú, con un pequeño plato en la mano (compraremos un pequeño plato) pedirás limosna a los que pasen. —Las lágrimas grandes, cálidas, corrían ya por el rostro de Lisa, le llenaban el rostro; sin embargo, continuaba escuchando, con expresión dolorida, pero con profunda, con amarga atención. Él nada veía ya; y proseguía, cada vez más exaltado, más enternecido—: Yo tocaré mi acordeón y tú pedirás con tu pequeño plato. «¡Señor! ¡Señor! ¡Una limosna, por amor de Dios!... Una limosna para mi padre, que no puede andar.» Y al oír tu voz, todos se volverán a mirarte, y dirán para sí: «¡Qué niña tan hermosa! ¡Pobrecilla —dirán— tan niña y tiene ya que pedir limosna, tan niña y tiene a su padre lisiado!», y tú dirás: «Mi padre tenía un buen empleo; mi abuelo fue un hombre muy importante. Mi padre, cuando era niño, llevaba hermosos trajes, e iba a veranear, e iba a pasear con su criada...» —Se ahogaba. Las lágrimas le inundaban la cara; le caían sobre la ropa. Mari Juana acudía, indignada, sin poder contenerse:

—¿Has perdido el juicio? ¿Por qué le dices esas cosas a tu hija? ¿Te has vuelto loco? —Y, cogiendo a Lisa, deshecha en llanto, se la llevaba—. Ven, hija mía. Tu padre está loco. —Pero Lisa quería volver con él, quería consolarle.

Y, sin embargo, ahora, Juan Bausá no se hubiera atrevido a decírselo; en la inseguridad en que se hallaba, temía que tan penosa fantasía pudiera un día convertirse en realidad. No, ahora no se lo diría; con sólo recordarlo se sentía el pecho traspasado.

TERCERA PARTE

Capítulo I

LA SITUACIÓN de España continuaba agravándose; cada vez eran más frecuentes los tumultos, las manifestaciones, huelgas y atentados. Los periódicos aparecían con grandes titulares, y por las noches los vendedores voceaban las noticias por calles y plazas. En el Norte se produjo un conato de sublevación; fue sofocado a duras penas y detenidos los principales instigadores; un clamor de protestas se levantó en los cuatro puntos de España, y los detenidos fueron puestos en libertad. La atmósfera, en consecuencia, se enrareció más aún; los ánimos se mostraron todavía más excitados. En Barcelona se reprodujeron las violencias y los atentados; se había declarado una huelga de metalúrgicos, y poco después, sin haberse resuelto ésta, la de cargadores del puerto. Un conflicto se añadía a otro. Se levantaron barricadas, y se decretó el estado de sitio. Por las calles, por las plazas, por todas partes, especialmente en las barriadas extremas, en Sants y en San Andrés, surgían grupos de obreros en actitudes levantiscas; por doquier se respiraba la misma atmósfera de odio, de rebeldía, de furiosa hostilidad. Una sorda protesta se incubaba en el aire; la atmósfera se cargaba de electricidad; las palabras sonaban como disparos, la impotencia de las autoridades era cada vez más manifiesta y todo parecía presagiar el estallido.

Una de aquellas noches se quedaron ante la radio hasta muy tarde. Fuera se oía llover. Escucharon primero las noticias con el ánimo encogido, y preguntándose, como todo el mundo, qué pasaría. Juan la cerró. Escucharon después la obra teatral, que continuaba dándose. Era martes. Cuando se retiraban, apenas se oía ya llover. Era una noche de octubre, y, aunque lluviosa, no hacía frío. Lisa dormía hacía ya rato en su cuarto. A ellos dos parecía como si algo les impidiese esta noche irse a dormir. Había terminado la obra y todavía permanecían allí como si esperasen algo. Ni siquiera Mari Juana mostraba deseos de acostarse.

—Parece que ha cesado de llover —dijo ella.

—Sí, parece que sí.

Pero los dos pensaban en lo mismo.

Él, por hacer algo, asomó la cabeza al balcón. La noche era desapacible; el cielo estaba encapotado, y la silueta de la iglesia, allí enfrente, con sus torres en los ángulos, sus contrafuertes y su campanario, era una masa negra confundida casi con el cielo negro. La lluvia había cesado; no se veía ni una estrella. Abajo, la plaza estaba sumida en la tiniebla; y aquí y allá las luces de las esquinas ponían reflejos sobre el empedrado mojado. No se veía un alma; en todo el ámbito de la plaza reinaba un absoluto silencio; sólo de vez en cuando llegaba hasta allí, desde las Ramblas, muy débilmente, el ruido de un tranvía, tras lo cual se restablecía el

silencio. Los atentados menudeaban; las noches eran peligrosas, y la gente, en su mayoría, se quedaba en casa.

—No se ve nada. Ha dejado de llover —dijo él, volviendo—, pero el cielo continúa nublado. Es lástima, porque mañana me hubiese gustado...

Calló de repente, y suspendido el ademán, miró a su mujer, asustado. Abajo, en la oscuridad, acaso hacia la calle de la Boquería, o por las callejuelas cercanas, había sonado un disparo. Se escuchó un tropel de pasos; se oyó una voz y sonaron nuevos disparos, dos o tres, repetidos. Mari Juana apagó la luz; en la oscuridad se cogió al brazo de Juan. Él le apretó la mano. Permanecieron los dos así, sin moverse, escuchando. La mano de ella, entre las de él, temblaba.

—¿Qué será? —preguntó él en un susurro—. Parece...

Había sonado un nuevo disparo, pero esta vez mucho más cerca, tal vez allí mismo, en la plaza. Se hizo otra vez el silencio. Escucharon. De pronto, ella se cogió a su brazo:

—¡Calla!... Parece que se quejan...

Prestaron atención. Sí, no había duda. Alguien se quejaba, y parecía cerca de allí. Más lejos volvieron a oírse voces, tropel de pasos; sonaron nuevos disparos, pero cada vez más lejanos. Ahora sonaban hacia el lado opuesto, quizás hacia la plaza del Pino o por la calle de Petritxol, o en la del Cardenal Casañas, ya cerca de la Rambla. En la sombra, Juan y su mujer empezaron a avanzar a tientas hacia el dormitorio.

—Habría jurado que se quejaban.

—Sí, se quejaban. No hay duda.

—¿Lo has oído?

—Sí, sí; lo he oído muy bien.

—¿Quién sería?

En el dormitorio no encendieron la luz; Mari Juana se dirigió al cuarto de su hija; comprobó que estaba dormida y regresó.

—¿Está dormida? —le preguntó él, en voz baja, en la sombra.

—Sí, duerme. Vamos a acostarnos.

Se desnudaron con la luz apagada y se acostaron.

Llevaban como un cuarto de hora acostados cuando oyeron de nuevo voces en la plaza y ruido de pasos. Mari Juana reconoció la voz del vigilante; parecían acercarse hacia allí, y, en efecto, oyeron sonar las llaves. Abajo, el vigilante abría la puerta. No cabía duda que no se trataba de ningún vecino; se oían voces de hombres, y ruido recio de botas contra el empedrado.

—¿Quién será? Parece que viene aquí —susurró ella. Él guardó silencio. Abajo abrieron la puerta; llamaron al piso inferior. Se oyeron voces, pasos apresurados. Luego, el llanto de un niño. El alma se les acongojó.

—¿Qué será?

Cesó el ruido: cesó el llanto del niño; abajo cerraron la puerta y se oyeron de nuevo pasos recios que subían hacia allí por la escalera. Se detuvieron afuera. Ellos apenas respiraban pegados el uno al otro, sin hablar. Sonó el timbre. Ellos no se movieron. El timbre volvió a sonar, más prolongado, más insistente. Mari Juana se decidió; saltó de la cama y encendió la luz. Se puso su vieja bata de franela que tenía colgada junto al lecho, y salió al corredor. Por la mirilla preguntó quién llamaba.

—Abra a la policía —contestó una voz. Mari Juana abrió. Ante ella estaba un joven oficial, acompañado de dos agentes, que permanecían detrás.

—Perdone. Hemos tenido que molestarla. Buscamos a un hombre herido y tenemos casi la seguridad de que se ha refugiado en esta casa. ¿Usted puede decirnos algo?

De repente, Mari Juana se sintió serena, sin asomo ya de temor. Su pulso latía con regularidad. También Juan, vestido de cualquier manera, con la americana echada sobre el pijama, estaba allí a su lado, ayudándola.

—Aquí no se ha ocultado nadie. Puedo asegurárselo. Estamos sólo mi esposo — señalándolo— y yo; también está nuestra hija, que duerme ahí en su cuarto. Como ve, estábamos ya acostados. Sin embargo, si quiere usted mirar...

En su acento había tal sinceridad, que el teniente, tras haber vacilado un instante, acabó pidiéndole excusas. Saludó; se excusó una vez más de haberlos molestado y se retiró con sus subordinados, seguido también del vigilante. Subieron al piso superior. Mari Juana y él regresaron al dormitorio. Antes se aseguraron de nuevo de que su hija dormía. Lisa no se había despertado. Volvieron a la cama.

Juan Bausá estaba cada vez más impresionado por lo que sucedía: por los disparos, la persecución, la visita de la policía, y ahora por el hombre herido en el centro de aquel misterio. Se acordó de los lamentos que había oído poco antes.

—¿Te acuerdas, Mari Juana?... Debía de ser él. ¿Quién será? ¿Dónde estará? — Juan Bausá sentíase lleno de piedad por el desconocido, con deseos de prestarle ayuda. Acaso estaría desangrándose en algún rincón, en la buhardilla, o en el terrado, sin auxilio alguno. Juan Bausá no podía dormir.

—¿Y si fuéramos a mirar, Mari Juana? Tal vez esté escondido por ahí; quizá podamos ayudarlo.

Ella le miró. Una lucha dolorosa se había entablado en su interior, y esta lucha se reflejaba en su rostro. Prefería no creer en aquella posibilidad.

—Se habrán engañado. La puerta estaba cerrada. ¿Cómo es posible que se haya refugiado aquí?

—Podría haberlo hecho al entrar alguno de los vecinos. Muchas veces la puerta queda abierta.

En el piso de arriba se oían ahora los pasos de los policías, resonando con fuerza en el pavimento. Estaban registrando el piso; no cabía duda. Acaso estuviera allí. A

Juan Bausá el corazón le palpitaba con fuerza; ahora deseaba ardientemente que no lo descubrieran.

Volvieron a salir; en la puerta se escucharon voces, pero no se entendía lo que hablaban. Sin embargo, parecía seguro que el registro no había dado resultado. Los pasos descendieron la escalera, alejándose. Abajo, el vigilante cerró la puerta. Se hizo el silencio.

Callaban, intentando dormir, pero en vano; los dos pensaban en el hombre herido. Transcurrió un rato, y de pronto, oyeron un ruido en la escalera, que les llenó de sobresalto. Él se incorporó a medias en la cama:

—¿Has oído, Mari Juana?

—Sí.

Prestaron atención, escuchando. A él le pareció que percibía claramente algo así como un gemido, y el ruido de un cuerpo que se arrastrase por la escalera. El ruido se iba acercando muy lentamente. No cabía duda de que alguien, que estaba en la escalera, se acercaba a la puerta del piso.

—Debe de ser él.

Mari Juana calló. Acostada en la cama le sentía temblar; también ella temblaba; apenas osaban respirar. Escucharon de nuevo. El ruido había cesado. Pero en seguida oyeron unos golpes tenues en la puerta.

Capítulo II

EXISTE una vieja teoría según la cual todos los hombres deben de haber nacido para realizar algún fin en la vida; sólo que son muy pocos los que logran dar con el fin para que nacieran. En este hecho radica, según cierto pensador, la causa de la ingénita miseria del mundo y del profundo descontento de los humanos. Lo que hace al hombre especialmente desgraciado es el no encontrar el empleo justo y adecuado de sus sentimientos y sus energías; no encontrar, como dice Goethe, la herencia, factor importantísimo en la realización del destino de uno. Unos lo hallan en la guerra, como César y Napoleón; otros en la paz, como Augusto; unos en las letras o en las artes, otros en las armas, y los hay, en fin, que lo hallan en los accidentes más vulgares de la vida corriente.

También para Juan Bausá la vida debía de tener su oculta finalidad fuera de su oficina y de sus expedientes, que nunca debieron entrar en los cálculos de la Naturaleza, como digna ocupación de un hombre, por bajo e insignificante que éste fuese. El objetivo de un hombre como Juan Bausá no podía ser más que pequeño, pero podía tener muy bien una especie de grandeza, dentro de su pequeñez, para los que saben ver lo grande tanto en las pequeñas como en las grandes acciones de los hombres; para los que saben hallar grandeza en el gesto de Eugenia Grandet, disponiendo, para salvar a su primo, del dinero que le diera su padre, como en el gesto de Juana de Arco o de Agustina de Aragón. Uno no tiene más remedio que oponer hechos de novela —que, por otra parte, podemos comprobar todos los días— a un hecho real, porque esas pequeñas acciones, a causa de su intrascendencia, no las registra ninguna historia ni están perpetuadas en ningún monumento; son recogidas sólo y realzadas por la sensibilidad de algún poeta, sin que por esto sean menos grandes y menos verdaderas. También para Juan Bausá se había presentado el momento, aunque brevísimo, de encontrarse con su destino, fuera de aquel vegetar de sonámbulo en que transcurría su existencia. Ya en otra ocasión había demostrado el fondo de sus sentimientos: cuando, entre los tiros, las voces, las piedras, entre el galopar de los caballos, y las carreras, le vimos correr sin vacilación a prestar auxilio a un hombre que había caído herido en la plaza. Esta vez nos daría la plena confirmación.

Juan Bausá había nacido para ayudar a un necesitado, para trabajar y sacrificarse en beneficio de sus semejantes. Cuando encendió la luz, Mari Juana le miró llena de asombro. Juan Bausá parecía otro. Estaba transfigurado. Él había nacido, en efecto, para esa piedad activa que su condición exigía de él en este momento, sintiendo que un necesitado llamaba a su puerta. Mari Juana, su hija, las sombras de insignificancia,

de humillación y vilipendio en que se desarrollaba su existencia, habían quedado borradas. A Juan Bausá no se le ocurrió ni por un instante pensar en quién podía ser aquel hombre, si pertenecía a este o al otro partido, si pensaba en negro o en rojo, ni en medir, a la manera farisaica y para justificar cobardías, las virtudes que pudiera poseer para merecerlo. Tampoco reflexionó en el peligro que pudiera ocultarse para él en el gesto que iba a realizar. Él sabía sólo que en la escalera había un hombre herido, una criatura necesitada de ayuda. Juan Bausá atravesó el corredor y abrió la puerta sin vacilar. Un hombre, que estaba apoyado en ella por la parte exterior, cayó a sus pies exhalando un gemido, que era a la vez una blasfemia. Juan Bausá se agachó sobre el hombre; él no lo oyó. Lo asió con cuidado, aunque torpemente, por debajo de los brazos y lo levantó. El otro se apoyó en él, con todo el peso de su cuerpo.

—Venga, venga usted —le decía Juan Bausá, dedicado en cuerpo y alma a su tarea—. Apóyese usted en mí.

—Gracias —pudo decir el otro al fin, como un soplo, y esforzándose en sonreír—. Estoy herido... Me persiguen...

—Pase, pase... Venga usted...

Se sentía lleno de piedad hacia el desconocido; un entusiasmo generoso y ardiente le encendía la sangre en deseos de prestar ayuda a aquel necesitado, de hacer el bien. No, no estaba ahora en el rincón polvoriento de su oficina, donde tantos pequeños se hacen grandes; no estaba ante el escrito del jefe, y obligado a copiarlo dos y tres veces a causa de una coma: estaba ante un noble menester, que le solicitaba con una fuerza invencible. Mari Juana había salido y permanecía junto a él. Su asombro ante la actitud de su esposo crecía por momentos. Ni siquiera hubiera sospechado la energía física que desplegaba en aquel momento, y, dentro de su pesadez habitual, la firmeza y decisión de sus ademanes.

—Prepara la cama, Mari Juana. Lo acostaremos. Yo lo llevaré.

Había intentado, agachándose, cargarse el herido sobre el hombro, acomodándole en él suavemente, pero éste se quejaba de tal modo, que tuvo que desistir de llevarlo así. Entonces le pasó un brazo por la espalda y otro por las piernas, y de este modo, con sumo cuidado, como si se tratase de un niño, lo llevó hasta la alcoba. Mari Juana había preparado la cama. Antes de acostarlo lo desnudaron; estaba lleno de sangre; Mari Juana trajo un pijama de su marido y se lo pusieron; dentro del pijama, anchísimo, tenía una facha un poco grotesca. Lo tendieron en la cama, cuidadosamente, y Mari Juana le acomodó la cabeza sobre la almohada. El herido, que hasta entonces había parecido estar sin conocimiento, abrió los ojos, y muy bajo, con voz casi inaudible, pidió agua. Ahora se le veía a la luz. Estaba muy pálido; inundado de sudor, con los cabellos empapados, como si saliese de un baño, con la respiración alterada. Parecía exhausto, y los labios, sin sangre, le temblaban ligeramente. Era muy joven, casi un muchacho. De facciones correctas y ojos claros,

su nariz era de una perfección griega, a pesar de las aletas un poco levantadas, que temblaban con su respiración; tenía la frente despejada; y los cabellos negros, espesos, brillantes y un poco rizados. Sus ojos eran penetrantes, pero había en ellos dureza, como la había en la leve elevación de la barbilla y en la expresión viril de sus mandíbulas. Su boca, bellísima, insinuaba una mueca de desdén, que armonizaba con la expresión de su rostro. En conjunto era un rostro bello, con algo, a pesar de todo, femenino, y que recordaba a lord Byron de joven en uno de sus retratos más populares. Podía tener dieciocho, podía tener veinte años, y a lo sumo, veintidós. Mari Juana sintióse conmovida ante la juventud del herido y ante su desgracia. El joven volvió a pedir agua, más insistente aún. Tenía los labios resecos y engullía continuamente, como si lo hiciese con un agua imaginaria, en una viva tortura de sed. Mari Juana se la trajo y él bebió ávidamente. Pareció reanimarse. Dobló la cabeza hacia atrás, y su rostro, con las mandíbulas apretadas, expresaba ahora un agudo dolor. Señaló con un ademán el lugar donde le dolía. Mari Juana, ayudada por su esposo, le desnudó el pecho. Lo tenía tan cubierto de sangre, que era imposible descubrir dónde tenía la herida; la sangre parecía manarle desde todas partes. Sólo ahora se dio cuenta Juan Bausá de que también él estaba lleno de sangre. No se preocupó, interesado de momento en curar al herido. Mari Juana llevó un poco de agua caliente, y con sumo cuidado empezó a lavarle la sangre hasta que apareció la herida. Era un pequeño agujero, en la parte derecha, exactamente bajo la clavícula. La sangre le manaba ahora de ella en un hilo muy débil. Le incorporaron, y descubrieron también en la espalda otra herida un poco mayor, en línea recta con la primera, y por donde habría salido la bala. Ésta, sin embargo, había cesado de manar sangre. Una mancha de ella le cubría la espalda por aquel lado hasta la cintura, pero estaba casi seca. Mari Juana volvió a traer agua y se la lavó también cuidadosamente.

—Tendríamos que buscar un médico, ¿no, Mari Juana? —dijo él.

El herido, que hasta entonces había estado en silencio, soportándolo todo sin quejarse, con el rostro rígido y las mandíbulas apretadas, se volvió hacia Juan Bausá. Su rostro se había endurecido de repente, con una expresión casi irritada.

—No necesito médico; no hace falta...

—Es que nosotros...-repuso Mari Juana, tímidamente.

—Así está bien. Véndeme y no se preocupe. Sólo necesito que me dejen pasar la noche aquí.

—Por eso no se preocupe. De todos modos, tenemos agua oxigenada; de momento, podemos lavarle con ella las heridas.

—Bueno, lávelas. Pero no quiero médico.

Mari Juana fue por el agua oxigenada y el algodón; volvió y lo colocó sobre una silla. Luego, mientras Juan sostenía al hombre, ella, con sumo cuidado, iba lavándole de nuevo las heridas. El joven apretaba los dientes, para dominar su dolor; se

esforzaba en no mostrar debilidad, en quitarle importancia a su mal, pero estaba sudando; a veces, sin querer él, una mueca de dolor le contraía las facciones, y de vez en cuando se le escapaba un suspiro.

—¿Le hago daño?

Él denegó con la cabeza.

—No se preocupe —dijo, como irritado por la pregunta, tratando siempre de quitarle importancia a su mal, y también a lo que hacían por él; sin gratitud, que no la había mostrado en toda la noche.

Mari Juana le lavó la herida de la espalda; después le aplicó en una y otra sendos pedazos de algodón empapado en agua oxigenada, y entre ella y su marido le vendaron.

Mientras le vendaban, el herido, de pronto, levantó la cabeza sorprendido, mirando detrás de ellos, hacia la puerta. Mari Juana se volvió. Era Lisa. Había oído el ruido y se había dirigido al dormitorio de sus padres, asustada. Se quedó inmóvil, en el umbral, muda de sorpresa, mirando al herido, que la miraba a su vez sorprendido, sin atreverse a pasar.

Mari Juana, con la venda en la mano, le habló:

—Vuelve a la cama, Lisa. Ahora iré yo. —Y de cara al herido, sonriendo—: Es nuestra hija. Se ha asustado.

Pero Lisa seguía sin moverse, de pie en el umbral, en la misma actitud, con sólo la batita que usaba por las mañanas puesta sobre la camisa, y en los ojos aquella expresión de sorpresa, casi de temor. Por fin retrocedió lentamente y volvió a su cuarto; pero, una vez allí, no se acostó. Su alma temblaba de curiosidad y de miedo ante lo que había visto y esperaba impaciente a que le dijeran qué sucedía. Poco después oyó los pasos de su padre y le llamó en la oscuridad.

—Papá.

—Lisa.

—¿Qué sucede, papá? ¿Quién es ese hombre?

—No lo sabemos, Lisa. Está herido y llamó a nuestra puerta pidiendo auxilio.

Lisa guardó silencio.

—Anda, acuéstate, Lisa, querida. Nosotros cuidaremos de él. Tu madre ha terminado de vendarlo. Mañana veremos quién es y lo que hemos de hacer. Anda, Lisa, querida; no te preocupes. —La arropó con ternura y la besó. Luego se fue.

El herido estaba ya tendido; parecía sumido en una espesa modorra; sólo sus labios temblaban. Tal vez tuviese fiebre. Mari Juana apagó la luz; salieron en silencio, y se dirigieron al saloncito. Él se sentó en su sillón y ella en el diván, junto a la radio cerrada. Esta noche la pasarían allí. Mari Juana parecía preocupada. Él no; si había en él alguna preocupación era la de no poder hacer más por el desconocido. Tenía miedo de que la cura resultara insuficiente; él hubiera querido ir en busca del

médico; saber cómo estaba, si la herida era de cuidado o no; hacer todo lo que pudiera hacerse. Mari Juana le dio vueltas a su íntima preocupación.

—¿Quién será?

—No te preocupes, Mari Juana. Es un hombre herido.

—Sí, es verdad, es un herido —musitó, tratando en vano de tranquilizarse.

Callaron. Mari Juana insistió.

—¿Y si nos resultara de esto algún daño, si este hombre fuera...? Ya has visto... No ha querido que fuéramos por el médico...

—Es natural. Le persiguen; tiene miedo. Pero ¿íbamos acaso a dejarlo que se muriera solo, Mari Juana, sin ayudarlo?

—Es verdad. No podíamos dejarlo.

—No, no, Mari Juana. No te inquietes por lo que hemos hecho. Piensa que nos mira Dios. Lo he hecho y lo volvería a hacer, y mil veces que se me presentara, mil veces volvería a hacerlo. ¿Ves? Estoy contento. No sé cómo explicártelo. Ya te lo he dicho; es algo así como si me mirase Dios. Eso es: como si Dios nos estuviera viendo. Y, cuando al realizar un acto, piensas que te mira Dios, y no sientes pena sino alegría, ¿qué puede importarte lo demás? —Estaba incluso elocuente, como siempre que le arrebatava el sentimiento, en el entusiasmo de su acción—. Mari Juana le miraba como si fuese un hombre nuevo. Él prosiguió, arrastrado por aquella ola de íntimas alegrías: —Si alguien se plantara ante mí, Mari Juana, fuera quien fuese, y me amenazara con la cárcel, con el destierro, con el castigo peor, porque, ¿qué castigo peor podría haber para mí que el separarme de ti y de mi hija? Pues bien: si me amenazaran con este castigo, y al otro lado oyera a este hombre, oyera a un hombre llamando herido a mi puerta y pidiéndome auxilio, siento que, a pesar de todo, correría a auxiliar a ese hombre. Os pediría perdón, e iría a socorrerle.

Calló. Ella le cogió la mano y se la estrechó entre las suyas.

Mari Juana le vio de pronto la sangre en el vestido; una mancha en la manga, otra en el costado; tenía también sangre en las manos.

—Tendrías que lavarte y cambiarte de ropa. Estás lleno de sangre.

—Es verdad. Iré a lavarme. —Salió. Antes de entrar en el lavabo vio una mancha en el suelo y otra un poco más allá. El rastro de sangre seguía hasta la puerta. Juan Bausá, antes de lavarse, se dirigió a la cocina, cogió una pequeña palangana con un poco de agua y un trapo y salió a borrar las huellas del suelo.

Apenas había salido él, cuando Lisa, en su camisón de dormir, se presentó en la salita. Mari Juana la oyó y levantó los ojos hacia su hija. Ella se adelantó con pasos silenciosos y sentóse al lado de ella.

—¿Qué pasa, mamá?

Hablaba en voz baja, asustada.

—Nada, hija mía. Tranquilízate. Ya lo has visto. Es un hombre que llamó a

nuestra puerta. Está herido y pidió que le ayudáramos.

—¿Pero, quién es, mamá? ¿Quién le ha herido?

—No lo sabemos, Lisa. Hemos oído tiros en la calle. Tú dormías. Poco después oímos a alguien que se quejaba en la escalera; luego llamaron a la puerta.

Mari Juana le ocultó a su hija la visita de la policía; fue como si se la ocultara a sí misma.

—Vete a acostar, Lisa.

—¿Quién podrá ser, mamá? ¿Parece muy joven, verdad? —Miró a su madre, y con una sospecha en los ojos, le preguntó—: ¿No será?... —No terminó la pregunta, pero Mari Juana adivinó lo que quería decir, porque también ella abrigaba el mismo temor.

—No sé, Lisa. No pensemos lo peor. Ahora duerme. Mañana veremos. Anda, vete a acostar.

La acompañó hasta su cuarto. Lisa se acostó a desgana, convencida de que ya no podría dormir. Toda la noche estaría viendo ante ella el rostro pálido, y, sin embargo, bello, del desconocido; los ojos febriles puestos en ella... y, allá, en el fondo de su espíritu, persistía su temor.

Mari Juana al salir oyó un ruido extraño; procedía al parecer del corredor, tal vez de la escalera. Buscó a su marido, y no lo pudo encontrar. Salió fuera un poco asustada. Sí, había ruido en la puerta. Mari Juana llamó en voz baja:

—Juan...

Él le contestó también en voz baja:

—Soy yo, Mari Juana.

Mari Juana salió para ver qué sucedía. En aquel instante, en la oscuridad, encendió él un fósforo, e hizo seña a Mari Juana para que guardase silencio. Estaba sin americana, con los brazos arremangados; tenía junto a él la pequeña palangana, y un trapo mojado en la mano. Mari Juana comprendió en seguida lo que hacía.

—Mira, ¿ves? Las manchas. Todo el corredor estaba lleno. Abrí; delante de la puerta había un pequeño charco; lo lavé; luego las gotas siguen escalera arriba. ¿Ves? Mira... ahí... allí... otra... Las borraré sin hacer ruido.

—¿Quieres que te alumbre?

—No, no, ya lo haré yo, Mari Juana. Podrían vernos. Con un fósforo me basta. Parece que estaba arriba, en la buhardilla, o en el terrado. Yo subiré hasta allí. Con estas manchas le descubrirían en seguida. Tú vete a dormir.

Mari Juana se fue sin convencimiento. Cada vez estaba más preocupada; veía todo complicarse más. Sólo Dios sabía adónde podía llevarles aquello. Fue a la alcoba. Escuchó un momento. El herido dormía, pero se le oía hablar. De sus labios salía un agitado y febril susurro. Acaso soñaba que aún le perseguían. Mari Juana encendió la luz. Estaba dormido. Le puso la mano en la frente; tenía fiebre, no cabía

duda, sus labios se movían; en sus facciones se pintaba fuerte excitación; a veces, miedo; a ratos, ira, pero Mari Juana no entendía lo que decía. Apagó la luz y se fue a la salita. Juan todavía no había regresado. De fuera no llegaba ya ningún ruido. Mari Juana esperó en la penumbra; el corazón le palpitaba con temor, y también Lisa, en su cuarto, continuaba despierta.

Capítulo III

AL DESPERTAR, ya más sereno, el herido miró a su alrededor. La alcoba era espaciosa; los muebles, antiguos, pero en buen estado, y la pieza ofrecía en conjunto un aspecto de orden y de comodidad. A un lado estaba el magnífico armario de luna; enfrente, un pequeño mueble con cajones, con un espejo en la parte superior; encima, diversos objetos artísticos. A un lado, una litografía, representando una escena de amor sacada de alguna ópera. Sobre el espejo del pequeño mueble se veía el retrato de un señor. Él detuvo los ojos en el retrato. Representaba un hombre grueso, de unos sesenta años, pero de expresión enérgica, y de mirada penetrante bajo la sombra de las espesas cejas. Sólo se le veía la parte superior del cuerpo; vestía un traje negro; la americana era alta, con solapas muy cortas, y la llevaba abrochada hasta el último botón; un cuello duro parecía obligarle a mantener la cabeza levantada; del cuello brotaba una gruesa corbata, con un enorme alfiler cuya cabeza debía de ser un brillante. Toda la figura respiraba dignidad y suficiencia, aunque había en aquel rostro algo de máscara superpuesta, de seriedad exagerada, y un tanto de intención aviesa en la mirada. En la solapa llevaba una pequeña flor, o tal vez fuese una condecoración o una medalla. Una sonrisa irónica dilató levemente los labios del herido, hacia la comisura. «Gran farsante debiste de ser», pronunció entre dientes. «Debías de pegársela al propio diablo, si es que has muerto, como supongo.» Volvió a mirar a su alrededor, un poco asustado de aquel lujo, que a él, acostumbrado a las miserias de su barrio, le parecía de primer orden. «¿En dónde habrás caído? ¿No te denunciará esta gente?» Esto le infundía terror. Era la cárcel; se trataba de la libertad, que era lo que más amaba en el mundo, más aún que la vida; lo único que amaba, y que acaso había de perder para siempre. No: aquello no; antes la muerte. Hizo un movimiento, como para librarse de una opresión enojosa.

Una necesidad física que hacía rato que le atormentaba, que le había despertado tal vez, interrumpió sus reflexiones. Miró a la puerta con ansiedad, pero no se atrevía a llamar. Mari Juana entró en aquel momento.

—Parece que esté usted mejor.

—Sí —le contestó sin mirarla—. Es posible.

Mari Juana le miró extrañada. Él, que se había mostrado tan seguro de sí en todo momento, expresándose siempre sin la menor inquietud, que no había mostrado apenas agradecimiento a cuanto hacían por él, aparecía entonces molesto, como avergonzado o irritado. Casi sin mirarla le preguntó por su esposo y si éste podía ir allí. Mari Juana quedó al principio sorprendida, pero comprendió en el acto y fue a despertar a su marido, que acababa de dormirse.

Él quedó esperando, impaciente y avergonzado, irritado contra sí mismo. Era, en verdad, extraño su pudor ante una necesidad natural; pero la verdad era que siempre lo había experimentado, y en la situación en que estaba aquello le atormentaba más que nada. Era un pudor excesivo, casi incomprensible. «Deben de ser resabios burgueses», se había dicho a sí mismo en cierta ocasión. Había que ver la poca importancia que tenía la fisiología en el ambiente de los centros revolucionarios de las barriadas y la crudeza con que se aludía a estas cosas entre las propias muchachas, muchas de las cuales hacían gala en ello de competir con los muchachos más desvergonzados. Es cierto que muchas veces había en esto una cierta complacencia casi morbosa en remover suciedades; había también una parte de reacción contra los melindres que en aquel aspecto se atribuían a las burguesas, por más que, en otro sentido, se les atribuyeran todos los vicios. La verdad era que, en general, ellos le daban a todo muy poca importancia. Apenas era concebible que en tales medios él hubiese conservado siempre ese delicado pudor que esa noche había de atormentarle tanto, sobre todo en presencia de Mari Juana. Llegaba a tanto, que un momento había intentado incluso levantarse solo, pero tuvo que desistir. Tener que pedir ayuda para aquello era algo que le irritaba ya contra sí mismo con sólo pensarlo, y lo peor para él de la situación en que se hallaba. Ya el hecho de haber tenido que acogerse a aquella casa le hubiera llenado de ira en otro momento. Ahora estaba un poco de vuelta de sus ideas y de sus creencias; a pesar de su juventud, había visto demasiado, y sentía una íntima, una amarga decepción de todo. Un día aquella existencia suya, llevada desde muy jovencito entre peligros, le había parecido magnífica, digna de admiración y hasta no desprovista de grandeza; hoy no; hoy se movía, en cierto modo, en un vacío, pero tampoco sentía deseos de volver atrás. A dondequiera que volviese los ojos, la vida se le ofrecía igualmente estúpida, baja, llena de miseria y de engaños. Hoy avanzaba por pura inercia; a veces, por jugar con el peligro, juego al que había tomado ya gusto.

Un ruido de pasos cercanos le interrumpió en sus pensamientos. Juan Bausá estaba allí, ante él, dispuesto a ayudarle en lo que fuera. Había ido corriendo, cayéndosele las ropas, sosteniéndose con las manos el pantalón, y se había plantado al lado de la cama interrogándole. El herido le miró un instante, y tuvo casi deseos de reír; viéndole ahora se acordaba de sus temores recientes. Bastaba verle a él con aquella facha y con su cara de bondad, bastaba pensar en Mari Juana para sentirse al punto tranquilizado. La figura de él, sobre todo, le hacía gracia; verle con aquella facha, y su cara de atontado, y siempre dispuesto a ayudarle, le hacía reír por un lado, y por el otro, casi le conmovía. Ahora notaba que desde el primer momento le había cobrado ya una extraña simpatía; no obstante, rehuía mirarle, pues hasta él le resultaba enojoso ante aquella necesidad. Juan Bausá, como siempre, no advertía nada; él estaba entregado ya de lleno a su tarea:

—Apóyese en mí —le dijo, llevándole la mano a su brazo—, así... fuerte. —Le pasó el brazo por la cintura—. Así, poco a poco... Por aquí... vamos...

Le esperó; le ayudó a atarse el pijama y le condujo de nuevo al lecho, donde el herido se desplomó, no pudiendo ya más, con un dolor intenso en el pecho.

—¿No quiere nada más?

—No, déjeme.

Juan Bausá apagó la luz y se fue; miraría de dormir todavía un rato.

Ya de madrugada, Mari Juana volvió a encontrar despierto al herido. Se le acercó sonriente, decidida.

—Parece que está usted mejor. Me alegro.

Tenía la cabeza en una posición incómoda. Ella trató de acomodarle en la almohada. Él hizo un ademán de impaciencia, casi de irritación, como cada vez que se veía tratado con solicitud excesiva. Se pasó la lengua por los labios resecaos, tragó saliva y le pidió de nuevo de beber:

—Agua, por favor.

Mari Juana la puso un poco al fuego para quitarle la frialdad y se la dio.

—No beba mucho, podría hacerle daño.

Él bebió con avidez, vaciando el vaso.

—Deme más —le pidió casi severo, mirándola sin ternura a los ojos, sin gratitud.

Mari Juana no se atrevió a rehusársela. Él bebió una poca más; parecía que su único objeto era no seguir el consejo. Luego volvió a amodorrarse. Mari Juana apagó la luz, y de puntillas, sin hacer ruido, salió. Juan Bausá, recostado en su sillón, había conseguido por fin dormirse. Ella no podía más; se recostó en el diván y apoyó la cabeza en el respaldo, con la mano contra la mejilla. En el campanario sonó la hora.

Era ya día claro. Abajo se oían los rumores del tráfico; el paso de un auto, un coche arrastrado por caballos, que resonaba con estrépito; niños que corrían por la plaza; la voz de un vendedor, que lanzaba su pregón matinal, siguiendo la antigua costumbre; el pregón del traperero... En la iglesia cercana sonaron dos, tres campanadas. Mari Juana fue a llamar a su marido. Tenerle que despertar le dolía y había retrasado ya un poco el momento de hacerlo, pero se hacía tarde, y temía por él, tan cuidadoso siempre de llegar puntual, o más bien, con tanto temor de llegar tarde. Descansaba tan profundamente que Mari Juana vaciló todavía un instante. Por fin se decidió; le llamó tocándole suavemente en el hombro. Él se despertó sobresaltado; debía de estar soñando.

—Juan, es la hora.

Se levantó de un salto, un poco asustado al ver la luz que penetraba ya por el balcón. Miró el reloj. Faltaban sólo cinco minutos. Iba a llegar tarde, no había duda. Desde luego, su mujer o su hija podían telefonar diciendo que estaba indispuosto, pero no lo había hecho nunca, ni se le ocurrió tampoco en este momento, a pesar de

que, con aquel herido allí, hacía falta en la casa. Juan Bausá sólo pensaba ya en el retraso; veía ante él el rostro entre severo y burlón del jefe, pidiéndole explicaciones que él no le podía dar. Era la primera vez en su vida que le sucedía aquello y se sentía asaltado de un sentimiento casi de terror. Así, él, que no se asustaba de la cárcel ni del destierro ante su gesto de aquella noche, se aterraba ahora por aquel pequeño escollo de la oficina. Hasta tal punto se había incrustado en su alma el hábito de la servidumbre y la conciencia de aquel deber. Se vistió apresuradamente. Dejó el desayuno intacto, pero antes de salir quiso ver un momento al herido.

Salió en seguida, tranquilizado en cuanto al herido, aunque con el mismo desasosiego a causa de la hora.

—¿Parece estar mejor, eh, Mari Juana?

—Sí, parece más tranquilo. Es fuerte y su naturaleza va dominando el mal. Ahora le haré una cura.

—¿Sola? ¿Cómo podrás? Debería ayudarte yo, pero es que...

—No, no, tú vete a la oficina. Se te hace tarde. Yo me ocuparé de él. Lisa irá a la compra. No te preocupes. Si acaso, para curarle esperaré que vuelvas...

—Sí... sí... Perdóname, Mari Juana... Pero, es que... —Temblaba ya otra vez, pensando en la oficina, en el jefe, ante el cual habría de excusarse. No estaba acostumbrado a mentir; ahora se vería obligado a hacerlo y era lo que más le atormentaba.

—Adiós, Mari Juana. —Cogiendo ya su sombrero, abriendo la puerta atropelladamente, tembloroso—. Adiós... Después veremos lo que hemos de hacer...

Mari Juana cerró la puerta y regresó. Lisa dormía aún. Entró en la alcoba. El herido reposaba; parecía tranquilo. Mari Juana sentóse junto a él. Apenas había dormido; sentíase agotada, pero ahora, sobre su agotamiento se había apoderado de ella una viva preocupación a causa del herido. No le cabía duda de que era un perseguido; sin duda sería el autor de algún atentado. Parecía imposible, viéndole allí, tan joven, sobre todo en los raros momentos en que sonreía. Pero era casi seguro que debía de serlo, y si le descubrían allí... Además, estaba gravemente herido. Era necesario, a pesar de todo, que le viese un médico. Tampoco sería fácil tenerle allí sin que se enterasen; era posible también que volviese la policía. Con sólo pensar en esto, Mari Juana se sentía llena de piedad. Entonces le miraba y se preguntaba quién sería aquel desgraciado, y qué habría hecho.

En aquel momento el herido se agitó un poco en la cama, hizo un leve movimiento con el brazo derecho, abrió los ojos y miró a Mari Juana. Lo hizo dulcemente, con naturalidad, como un niño; inmóvil, sin dejar de mirarla, pareció reflexionar un instante. Luego le hizo seña de que se acercase. Mari Juana se levantó.

—¿Se encuentra usted mejor?

—Sí, estoy mejor. Desearía agua; sólo tengo sed.

—Tal vez será mejor que tome un poco de leche. Le alimentará y le calmará la sed a la vez. No creo que pueda dañarle. La verdad es que yo no sé qué hacer. Creo que deberíamos llamar a un médico.

Él negó resuelto con la cabeza, sin dejarla apenas terminar. Intentó hacer un movimiento, y una mueca de dolor le deformó el rostro con una crispadura de ira. Sonrió con risa forzada, sarcástico.

—Esos bandidos... Me han dejado para el arrastre. ¿Quiere ayudarme? Quisiera incorporarme un poco.

De pronto, se detuvo, mirándola fijo. Una sospecha ensombreció sus ojos, y una línea dura, casi amenazadora, se marcó en la leve contracción de sus cejas y en la ligera arruga de su frente.

—¿Y su esposo?

Mari Juana contestó tranquila:

—Ha ido al trabajo.

—¿Al trabajo?

—Sí, a su oficina.

Calló un momento, como si reflexionase, y dijo por fin:

—No pretenderá denunciarme, supongo... porque...

Mari Juana se sonrió.

—No le conoce usted. ¿Denunciarle él? ¡Si le hubiese visto anoche borrar las huellas de sangre que había usted dejado en la escalera!

—¡Es cierto! Me preocupé de ello hasta llegar a la azotea, pero después ya no pude; estaba todo empapado.

—No se preocupe; las borró hasta en el terrado. Sin duda estuvo usted escondido allí. Había una gran mancha.

La expresión del rostro del herido se suavizó. «Es cierto —pensó, recordando la figura de Bausá, puesto ante él para ayudarle—. No; este hombre no puede hacerle daño a nadie.» Y sonrió pensando en él y aun en sus propias aprensiones. Miró a Mari Juana y, cambiando el tono de voz, le habló:

—Ahora usted debería hacerme un favor. Primero, tráigame un pedazo de papel; escribiré dos líneas; digo, si puedo, porque con este brazo... Luego debería ir alguien de ustedes, debería ser precisamente uno de ustedes, a llevarlo a la dirección que yo les indique. Se trata de avisar para que vengan a buscarme. Supongo que lo harán esta misma noche. Así no tendrán ya que pasar miedo, ni molestarse —añadió con un matiz apenas perceptible de amarga ironía, adivinando la preocupación de Mari Juana.

—No, no...

—No se disculpe. No es nada agradable, lo sé, tener en casa a una persona como yo. Ellos harán bien su trabajo; nadie se enterará, y ustedes estarán tranquilos. De

todos modos, no olvidaré lo que han hecho por mí. No todo el mundo es capaz de exponerse así para salvar... a fin de cuentas, ¿a quién?... —Un leve matiz de sarcasmo veló su voz. Calló, dejando la frase sin terminar. Luego, con ademán despectivo, ayudado de un movimiento de labios, exclamó—: Pero, ¿qué importa? Al fin y al cabo... si no fuese que uno... —Y tampoco esta vez expresó su pensamiento oculto—. Bueno, dejémonos de tonterías. Tráigame el papel, que ahora es lo que importa.

—¿Quiere que antes le ayude a acomodarse, o quiere...?

—Bueno. Ayúdeme —contestó, y mientras hablaba se esforzaba ya en hacerlo sin la ayuda de ella.

Mari Juana se apresuró a sostenerlo. Le puso otra almohada sobre la que tenía, de manera que quedasen por debajo de la herida; le colocó otra al lado derecho, para que pudiera descansar en ella la cabeza. Durante la operación él mantuvo los dientes cerrados, como siempre y el rostro crispado, dominando el dolor, poniendo en ello toda su voluntad.

—Bueno, ya estoy bien; ahora deme el papel.

Mari Juana le dio un pedazo de papel. Él, con gran dificultad, esforzándose por dominar el leve temblor de su mano débil, trazó unas líneas. Al pie de ellas puso la dirección.

—Ya está. Ahora sería necesario que uno de ustedes lo llevara a esta dirección. Tendría que ser persona de confianza. Usted, por ejemplo; puede coger un taxi; en mi americana hay dinero. Tome el que necesite. Será cosa de un momento. Una vez allí, pregunte usted por un tal Pardinás. Un pájaro de cuenta —añadió, sonriendo—; ya lo verá. A él, pero sólo a él, puede explicárselo todo. En el papel le digo, de todos modos, donde estoy. Por lo demás, ya se arreglarán ellos.

Mari Juana vaciló un instante con el papel en las manos. Estaba perpleja, asustada.

—Bueno —dijo al fin—, iré yo misma. Tal vez antes sería mejor qué le hiciese otra cura.

—No, no; vaya usted allí. Para mí es lo más urgente.

—Pero solo aquí, usted...-repuso Mari Juana.

—No se preocupe. Vaya...

Mari Juana vaciló todavía. No sabía cómo arreglarlo. Pensaba en Lisa, que estaba aún en la cama. No podía dejarla sola en la casa, con el herido allí; dejarlo a él solo, tampoco le parecía prudente. Sin embargo, no veía la solución. Por fin, le pareció lo mejor ir ella misma a llevar el encargo, y que Lisa, entretanto, fuese al mercado.

Mari Juana se dirigió al cuarto de Lisa; ésta se había levantado ya. La halló en la cocina, preparándose el desayuno. Lisa pensaba sólo en el herido, se había acostado con la imagen de él en la mente, había soñado con él, y ahora, mientras se preparaba

el desayuno, continuaba pensando en el desconocido. Esta mañana, de puntillas, se había acercado ya a la habitación, y sin que la vieran había estado mirándole mientras él hablaba con su madre. Lisa, profundamente intrigada, le preguntó a su madre por él.

—¿Está mejor, mamá?

—Sí, está mejor.

—¿Sabes ya quién es?

—No. Ni él ha dicho nada ni yo he querido preguntarle. Es una lástima, tan joven y...

Lisa calló.

—Óyeme, Lisa. Yo tengo que ir por un encargo; tú, entretanto, irás al mercado. Saldremos juntas. Cuando termines de la compra, espérame a la entrada. Yo iré allí a buscarte. Si no has terminado, te esperaré.

—Es que todavía tengo que desayunarme, vestirme...

Lisa deseaba que su madre se fuera. Una vez sola, acaso se atreviera a entrar a la alcoba... Ya encontraría cualquier excusa.

—Vete, mamá. Yo terminaré en seguida. Entretanto, si el herido necesita algo, iré yo.

—Es que... dejarte sola con él...

—No soy ninguna niña, mamá. Además, él está herido. No puede ni moverse.

Mari Juana entró de nuevo en la alcoba. El herido se había adormecido. Ella salió con sigilo.

—Bueno, Lisa. Está dormido. No hagas ruido. Cuando termines, vete al mercado. Yo tomaré un taxi y estaré de vuelta en seguida.

Mari Juana se fue.

Lisa, llena ya de un íntimo temblor, se desayunó, y empezó a componerse. Hoy, sin saber por qué, se arregló con especial cuidado; se puso su mejor vestido; peinóse cuidadosamente sus negros cabellos, que le caían en bucles hasta los hombros; se miró y se volvió a mirar en el espejo. A medida que iba terminando, crecía su inquietud. El joven que estaba allí la atraía irresistiblemente, y a la vez le infundía temor. Sentía una viva ansiedad por saber quién era, tal vez también piedad por su situación. Se dijo, sin embargo, que debía irse; no se atrevía a entrar. Si supiera que estaba aún dormido..., Pero, no: a lo mejor lo encontraba despierto, y entonces, ¿qué le diría? Caro, podría preguntarle si necesitaba algo, pero, ¿se le conocería tanto que mentía! Con sólo pensarlo sentíase ya sonrojada. No, no... Además, su madre regresaría, y si no la encontraba en el mercado... Lisa cogió la cesta y se dispuso a salir... Avanzaba sin firmeza por el corredor; se detuvo y miró al fondo en dirección a la alcoba. La puerta estaba encajada. Lisa se adelantó hacia allí, de puntillas, dejó el cesto en el suelo junto a la puerta, y avanzando la cabeza, empujó. Un leve grito de

sorpresa se ahogó en su garganta, y quiso cerrar y alejarse, pero no pudo hacerlo. Él, recostado en la cama, la estaba mirando, la estaba esperando, y le sonrió, saludándola levemente con la cabeza.

—Pasa —le dijo—; no tengas miedo, pasa. —Ella abrió la puerta, adelantó un poco y se detuvo temblando—. Pasa, ¿por qué temes? «No eres ya una niña», y, además, «yo estoy herido», tienes razón, y «no puedo moverme de la cama». Aunque pudiera moverme, podrías entrar lo mismo. No te comería, mujer... —Calló, mirándola, dejando de sonreír.

Ella se sonrojó, y avanzó otro paso llena de turbación.

«Caramba —pensó él—, esto es de cine. Vaya una mocita. Esto es un sueño. En tu barrio no se ven estas cosas. Es de Paseo de Gracia. ¡Caramba!»

—Acércate más —le dijo—. No tengas miedo. Deja que te vea... Lisa. Ya ves, hasta sé tu nombre... Acércate; no te dé vergüenza. Te vi anoche y, desde que te vi...

Y, de repente, calló; en su rostro se insinuó en el acto una mueca despectiva y amarga. Sin saber por qué, le invadió un sentimiento de ira contra aquella muchacha. «¿Te pondrás sentimental por una mocosuela como ésta?» Él había ido poco con muchachas. Las actividades del Centro le habían absorbido mucha parte de su tiempo, pues siempre había sido de los más decididos y entusiastas, de los más valientes, sobre todo cuando la fe le sustentaba. En su vida había sólo algunas incursiones nocturnas por Atarazanas con algunos amigos; a hacer cola los sábados en los peores prostíbulos; detenerse en casa el Sacristán o en «La Criolla», donde los invertidos bailaban con las prostitutas o entre sí, al son de la pianola, con sus zapatos de tacón alto, su blusita de seda, con la cadenita y la medalla oculta, mostrando el escote, pintados y empolvados, las cejas alargadas y con grandes ojeras; y después, a tomar unos chatos en casa Juan, donde se cantaba y se bailaba flamenco, que era lo que más le gustaba. Con todo, de aquellos barrios salía siempre con una sensación de asco y de tristeza. Debía de tratarse de aquellos «resabios burgueses» de que se acusaba a veces sonriendo, y de que le acusaban los otros sin sonreír. Tampoco con las muchachas que conocía hallaba diversión, y menos con las que frecuentaban el Centro, alguna de las cuales le había mostrado cierta inclinación. La mayoría eran rudas, malhabladas, fumaban tabaco ordinario y hasta blasfemaban, y eran todas ellas partidarias del amor libre. ¡El amor libre! ¡Qué necesidad! ¡Como si el amor no hubiese sido siempre libre, pensaba él, y la libertad en el amor consistiese en parecemos cada vez más a los perros! «Resabios burgueses», sin duda, y algo más, pero ¡sentía estas ideas tan firmemente! Así, cada vez que había salido con una de ellas a bailar por la tarde en los merenderos de la falda de Montjuich, a la vuelta, ya con la noche, habían acabado, infaliblemente, por buscar un lugar solitario, en pleno campo, con árboles, y juntarse sin grandes preámbulos, a menudo entre frases obscenas. ¡Un idilio! Sobre él, a veces, incluso brillaba la luna y hasta cantaba algún oculto ruiseñor. No; resabios

burgueses, pero él no estaba hecho para aquello. Luego, las obreras de las fábricas, sucias, raquílicas, mal vestidas. Le inspiraban piedad, pero nada más. A él la mujer le gustaba como ésta, como las veía en el cine, en las Ramblas: elegante, pintada, limpia. «Resabios burgueses.» Sin embargo, en nombre de las que habían sufrido — las obreras de las fábricas— perdiendo la salud en los sombríos sótanos, estropeándose los ojos con las emanaciones de los productos químicos, destrozándose las manos; en nombre de las ancianas atadas al torno como bestias de trabajo; en nombre de ellas había odiado a estas burguesitas, todas iguales, según la idea que se tenía de ellas en los centros, todas ellas criadas en el ocio, y en el bienestar, viciosas todas —«no te fíes de ninguna; la más inocente tiene su amante»—, o gozando de privilegios que eran una ofensa para aquellas otras. A causa de ellas, a causa de su propia infancia de desheredado, sentía ahora brotar en su alma un amargo rencor contra ésta; el rebelde surgía en él duro y despiadado.

En el fondo, sin que él lo advirtiera, se trataba sólo de una defensa contra el sentimiento que le había inspirado aquella muchacha desde el primer momento en que la vio; contra la propia ternura, que sentía brotar de su alma ante ella. ¿Qué tenía que ver él —pensaba—, perseguido como un perro, viviendo siempre fugitivo y ocultándose, quizá con una sentencia de muerte sobre su cabeza? ¿Qué tenía que ver él con esta muchacha? ¿Se pondría ahora sentimental como un imbécil? Sin embargo, allí estaba mirándole dulcemente, con su elegante trajecito, menuda, graciosa, bonita, agradable. Agradable sí lo era, ¡caray!, y bonita...

—Ven, acércate. ¿Te da vergüenza? Sin embargo, seguro que vas con tu novio a cualquier sitio, o con otro, y haces... porque, ¿supongo que tienes novio? ¡Claro!, o dos o tres... Vosotras, las burguesitas, no os priváis de nada... Y ¿ahora te da vergüenza? Ja, ja, ja... Tienes novio, y acaso dos, y tres... y te llevarán al cine, o al baile, y vuelves tarde a casa fatigada de correrla. Y ¿ahora tienes vergüenza?

Lisa se sentía invadida de un profundo malestar; el llanto, un llanto amargo le quemaba la garganta. ¿Qué no hubiese dado ahora por retroceder, por no haber dado aquel paso? Porque si amargas eran las palabras con que la hería, más lo era todavía la expresión casi demoníaca de su rostro. Y, sin embargo, una fuerza extraña la retenía allí, sin ánimo de contestar, ni preguntarle, anonadada bajo sus palabras, y aún bajo el tono despiadado y mordaz con que las decía. Él prosiguió:

—¡Caramba, caramba con la mocita! Con su traje elegante y sus zapatitos; su cine los domingos, sus novios, su paseo por la Diagonal o el Paseo de Gracia, su «perdone» y «cómo está usted», y el aperitivo en la terraza. —Miró el retrato de la pared y continuó, casi sin respirar—: ¿Y aquí tienes a tu abuelo, no? ¡Buen pájaro debió de ser! La cara no puede mentir. Lo menos concejal del Ayuntamiento, político y del partido lerrouxista, me apuesto el cuello. Ése es de los que ganan siempre. De negro, con el cuello alto, la corbata y el alfiler con el brillante, la americana larga,

bien abrochado, por si acaso, y la flor en el ojal, como si le hubiera brotado del pecho. Ja, ja, ja... ¿El padre de tu padre o el de tu madre? ¿Callas? ¿No lo quieres decir? ¿Estás ofendida? ¡Claro! La nieta del concejal se ofende. Era un hombre honorable, su abuelo, y respetado. En la calle, cuando pasaba él, se quitaban el sombrero. «Buenas tardes, señor...» ¿qué nombre? ¿No contestas? Bueno, el que fuera, lo cual no le quitaría, por otra parte, el que fuese un perfecto bribón. Sin embargo, pasaría por las calles, serio, importante... «Buenas tardes, señor concejal... ¿Es su nieta? (porque tú irías con él de paseo). ¡Caramba, cómo ha crecido! ¡Y qué bonita es! ¿Cómo te llamas, monina? ¿Cuántos años tienes? ¡Ah, qué preciosa...! Se llama Lisa...» Es lo de ahora, ya se sabe. Lisa. Mary, Loly, como en los... Bueno, no quiero decirlo. —Volvió a mirar el retrato—: Tiene, en verdad, buena pinta. Cara de perro de presa. ¿El padre de tu padre o el de tu madre? ¿No me contestas...? Bueno, si era el de tu padre, me apuesto un brazo a que él no me hubiese abierto la puerta. Me hubiera dado con el pie en las narices: «¡Hala allá, perro!», y hubiera corrido a avisar a la policía. Los conozco. —Y, de repente, cambiando de tono, casi sonriendo—: Esto me recuerda una zarzuela que vi hace algún tiempo. Soy zarzuelero, yo; me gustan la zarzuela y el cante jondo. Soy zarzuelero. Una vez fui al Liceo. ¡Cómo me aburrí, Dios! ¡Que no me vengan con ópera! ¡Una vez y noche vuelto más! Esto me recuerda un chiste de un viejo de mi barrio. Su juramento de siempre era: «Maldita sea la suerte», pero desde que vio una ópera (una sola vio), y en lo sucesivo, su juramento fue siempre: «Maldita sea la ópera». Y no volvió más. Como yo. Yo estaba allí arriba, cerca del cielo (o el paraíso, como quieras) y abajo, en la tierra, en el fondo de un tubo negro, entre luces y sedas, un hombre y una mujer gritaban y corrían de un lado al otro, se juntaban con los brazos en alto, desesperados, se separaban y volvían a gritar; parecían haberse vuelto locos. Él llevaba un puñal, todavía no sé si para matarla o para qué. Empezaron a entrar otros hombres, otras mujeres y todos se ponían a gritar, pequeñitos allá al fondo del tubo, y movían los brazos, se amenazaban, gritaban más, mientras un ruido infernal llenaba el teatro. ¡Qué música, Dios! ¡Cómo me aburrí! Salí del teatro loco, buscando aire... En cambio, la zarzuela... ¡Qué tardes! ¡Todos los domingos iba al Nuevo! Allí me rompía las manos aplaudiendo. Tú no has ido nunca al Nuevo, ¿verdad? No sabes lo que es el Paralelo. ¡Claro! ¡La nieta del concejal! La señorita va al cine por las tardes; va a dar una vuelta por el Paseo de Gracia; va a la terraza del Colón a tomar el aperitivo. Tú no sabes nada del Nuevo, ni del Paralelo, ni de las barracas de Montjuich, ni de las fábricas, ni de las muchachas que se levantan al amanecer y se destrozan las manos en el trabajo, ni de los hombres... No sabes nada... ¡Ah, la zarzuela! Soy zarzuelero yo. He visto todo lo que han hecho durante dos años, he visto todas las zarzuelas. ¡Ah, aquel de rosas, aquellos Bohemios, aquellas Carceleras! Las Carceleras era la que más me entusiasmaba. ¿No has visto tú

Carceleras? —Ella dijo que no con la cabeza, asustada aún, pero animada de pronto, aunque ligeramente, por el tono suave con que le hablaba él ahora, sin darse cuenta, arrastrado por la inevitable ternura que ella despertaba en su alma. Prosiguió, sin mirarla—: Imagínate que hay dos rivales; dos que quieren a la misma mujer. Cuando dos quieren a la misma mujer no hay solución. Además, uno es muy malo y cobarde; el otro, bueno y valiente, como siempre sucede en las zarzuelas; por esto me gustan. La música es formidable; hay un momento en que él le jura que la quiere más que a todo el mundo, más que a su propia vida, que antes que perderla prefiere la muerte, y ella le contesta con aquello de:

*El agua va por el río
y va murmurando:
la promesa de los hombres
es un engaño,
pues en cuestión de amor
es cosa sabida
que aquel que más promete
más pronto olvida.*

—Es bonita, ¿no?

Ella, más interesada a cada momento por la dulzura que iba adquiriendo la voz de él, volvió a afirmar con la cabeza. La verdad era, además, que había cantado muy bien, con poca voz, pero muy entonado. Lisa tenía ya casi ganas de ponerse a reír ante aquel entusiasmo zarzuelero. Pero, por otra parte, sentíase atraída e interesada por él; le gustaba ahora lo que decía, y, sobre todo, la manera como lo decía. Aquella mezcla de burla y entusiasmo le hacía gracia; le gustaban la pasión, el sentimiento, la vida, la alegría, diría, que ponía en sus palabras, y un dulce sentimiento había sustituido en su alma a la amargura desolada del primer momento. Él siguió hablando:

—Pero lo mejor viene al final. ¡Qué final! ¡Qué música! ¡Había que oírle a Gorgé y romperse las manos aplaudiendo! El bueno mata al malo, está claro; siempre sucede así en las zarzuelas; si no, el público no iría a verlas. Lo entierran. Luego sale el cuadro final. Él, el bueno, ha sido detenido, y aparece preso entre dos civiles. Parecen de cartón, pero es igual; producen su efecto, y además, cosa que no sucede nunca en la vida, los guardias se esperan para que él le cante la despedida. ¡Qué despedida! La luz se va apagando; el telón empieza a caer lentamente, la música suena muy bajo, y él canta:

Ven a Córdoba a la cárcel, allí en la reja te espero; te cantaré mi querer, que es el querer verdadero...

» Luego calla la música. Los civiles le esperan un poco más, como si fuesen de cartón. Son diferentes en la vida, pero da lo mismo. La música suena ahora más

fuerte, con el motivo de la última canción; el telón sigue bajando; la luz se apaga, y allá, en el fondo, se oye la voz de él, que le pregunta: Soledad, cuando salga de la cárcel, ¿serás mía?

»Y la respuesta de ella: Tuya siempre, Juan Manuel.

Lisa estaba aturdida. Él hablaba en tono exaltado, pero en burla, y sin embargo, ahora parecía emocionado. Prosiguió:

—No lo digo por mí, no lo creas; no tengo la menor intención de ir a la cárcel, y si voy a ella, «mal para el cántaro». Acaso no viera más el sol; acaso...

Y calló bruscamente. Se había embriagado un poco con sus palabras, dejándose arrebatar por su extraño entusiasmo. La propia situación se había mezclado al relato de aquel final melodramático y estúpido de zarzuela y le había llegado a emocionar a causa de la joven. Se acordó de nuevo de quién era él y de quién era ella, o de quién pensaba que era ella: el rostro volvió a contraérsele en una expresión sarcástica, y el alma se le llenó de nuevo con su intención rencorosa de antes, más rencorosa ahora, a causa de aquel instante de debilidad.

—¡Qué estupidez la mía! ¡Hablarle de zarzuelas! ¡Qué tontería! Tú tienes otras costumbres; levantarse tarde y bostezar: «Adonde iré hoy», y luego el aperitivo... Vas con traje elegante y con sombrero, y por las noches me apuesto a que vas por ahí a correrla con tus amigos, a pesar de esa carita de inocente... Todas sois iguales.

Calló de repente. Lisa, en un arranque súbito —ira e indignación—, había salido corriendo.

Él, sorprendido, arrepentido ya, guardó silencio un instante. «Caramba, tiene razón —se dijo, poco a poco—. Eres un loco, Pedro. La has ofendido, Caramba... Merecerías que...»

Volvió a mirar hacia la puerta; cada vez se sentía más acongojado, más arrepentido. «La has hecho llorar. Eres un salvaje. La podrías llamar. Lisa, se llama Lisa, y ha estado aquí escuchándote... sentada aquí, ha estado, con su trajecito y su carita, y sus ojos, que te miraban. Pero, llamarla, ¿para qué? Al fin y al cabo, ¿qué te importa? ¿Qué tienes que ver tú con esta nieta de concejal?» —Adiós, señorita— mirando hacia la puerta, y haciendo ademán de saludar. —Adiós, señorita...— Y, de pronto, se dio cuenta de que había brotado una lágrima de sus párpados. Se la enjugó con ira, y murmuró aún, muy bajo: «Adiós...» Se hallaba rendido, agotado por el esfuerzo y por la excitación; la herida le dolía horriblemente. Fuera oyó la puerta del piso al ser cerrada de golpe. «Se ha ido —exhaló, con un débil suspiro—. Adiós... señorita...» Cerró los ojos, y de nuevo una lágrima brotó de sus ojos, resbaló hacia el oído. Él la dejó que corriese. Murmuró aún, sólo con el movimiento de los labios: «Adiós...»

Capítulo IV

JUAN BAUSÁ había atravesado la plaza apresuradamente. Apenas si saludó a la señora María, que parecía deseosa de hablar con él, sin duda sobre el tiroteo de la noche anterior, o sobre el último mitin republicano.

—Perdóneme, señora María. Se me hace tarde.

Y se alejó a toda prisa. La señora María le miró un instante; se sonrió. «¡Pobre! —murmuró para sí—. Es un reaccionario, sí, pero es un niño. Se le ha hecho tarde y va ya asustado, como un chiquillo que llega tarde a la escuela.» Y la señora María, sonriendo con indulgencia, volvió a sus castañas, que preparaba para asar.

En el campanario sonó el cuarto, grave, sonoro, como una explosión. Juan Bausá se sobresaltó como ante una terrible advertencia y apresuró más aún el paso. Ahora le preocupaba sólo su retraso, y ya se había olvidado del herido, de la noche pasada sin dormir, de todo, para pensar sólo en el jefe y en la excusa que le debía dar. Pensó, para consolarse, que acaso no habían retirado aún las listas de asistencia; había días en que se olvidaban de hacerlo; a veces permanecían hasta las once sobre la mesa. Tal vez hoy,... Estas listas habían sido instauradas últimamente, a fin de cortar los abusos. Los abusos, naturalmente, continuaban por parte de aquellos para los cuales fueron instauradas; las listas servían sólo para los débiles y timoratos, para que el jefe se divirtiera con sus miedos. Muchos de los compañeros de Bausá, sobre todo los nuevos, llegaban tarde todos los días. Al llegar se dirigían tranquilamente al despacho del jefe y le pedían la lista para firmar. Algunos lo hacían todavía más tarde, en la Secretaría. Juan Bausá ignoraba todo esto. Él, desde el primer día, había sido de los primeros en firmar. No parecía que aquellas listas hubieran de infundirle ningún terror, y de aquí que ahora, inesperadamente, se levantan ante él amenazadoras, como un instrumento de castigo puesto en manos del jefe. Avanzaba casi corriendo. Al doblar la esquina tropezó con una mujer y le tiró la cesta que llevaba en la mano; se esparcieron por el suelo naranjas, garbanzos... Quiso agacharse, pidiendo perdón, pero se acordó de la oficina, y se alejó de nuevo corriendo, perseguido por los insultos de la mujer.

Llegó sudando, jadeante, cayéndosele, como siempre, el pantalón, sin poder hablar. Sin ver a nadie atravesó el largo corredor que conducía a las oficinas y alcanzó la puerta. Desde allí dirigió la mirada a la mesa, a la izquierda. La lista había sido retirada. Permaneció un instante inmóvil, sin saber qué hacer, plantado en el umbral; miraba hacia la mesa, esperando que tal vez apareciese allí la lista por milagro, al conjuro de su desesperación. Al lado de la mesa, una de las mecanógrafas, ya anciana, tecleaba en la máquina. Se acercó tímidamente.

—¿Han retirado la lista? —dijo, casi sin voz, con ojos implorantes.

—Sí, ahora mismo. ¡Es lástima! —Habían envejecido en aquel lugar; ella sobre su máquina herrumbrosa; él sobre su expediente, no lejos el uno del otro. La vieja empleada tuvo piedad al verle tan acongojado, y añadió—: Vaya usted al despacho del jefe. Todos lo hacen. No sea usted tonto. Claro que ahora no tiene usted a su hija allí —añadió la vieja, no sin malicia—. Nada notó Juan Bausá. En este momento entró en la oficina una muchacha rubia, recién ingresada en el Departamento, relacionada más o menos íntimamente con el jefe superior. Era bella, con aire exótico, cabellos rubios, que brillaban como el oro; su rostro aplastado con algo de oriental, de nariz un poco chata y boca grande y sensual, desdeñosa, ofrecía, en su conjunto, una expresión de descaro no exenta de gracia; en su porte y ademanes era de una exquisita distinción. Estaba en excelentes relaciones con el jefe; no se escandalizaba ante sus chistes escabrosos, que escuchaba sonriendo, y también sonriendo escuchaba sus tímidas proposiciones para llevarla al cine, que no le daban frío ni calor; no decía que sí ni que no: sonreía y lo dejaba todo pendiente, sin prometer y sin defraudar del todo las esperanzas. Sabía, en suma, jugar con fuego sin quemarse; juego difícil, pero para el cual mostraba una maestría insuperable. A base de ello podía permitirse llegar tarde, firmar en el despacho del jefe o abajo, y salir cuando le convenía. Las viejas la odiaban por su belleza y distinción; le censuraban la libertad de su vida, de la que algo se traslucía en la oficina; pero la aborrecían, sobre todo, por su influencia con el jefe y por las ventajas de que gozaba. La vieja mecanógrafa, al verla entrar, le dijo a Juan Bausá, por lo bajo:

—Verá usted lo poco que se preocupa ésa. Obsérvela.

La muchacha ni siquiera miró si estaba o no la lista; saludó brevemente, sin preocuparse de si hablaban de ella o de la lluvia; dejó su monedero sobre la mesita, al lado de la máquina de escribir, y con el mismo aire desenvuelto, tranquila, con su rostro un poco levantado y sus cabellos rubios agitándose al ritmo de su paso, se dirigió al despacho del jefe.

—¿Lo ve usted? ¿Qué le he dicho? ¡Claro que usted no tiene...! Bueno, ¡ahora...! Ésta no saldrá de aquí como su hija de usted... esté seguro...

Juan Bausá no comprendía nada en las insinuaciones de la vieja, hechas oscuramente, con reticencias y vacilaciones.

—Sí, pero yo...

La puerta, en el despacho del jefe, había quedado abierta. Dentro se oían risas. El jefe debía de bromear con la muchacha, a propósito de su retraso. Tal vez le propusiera, en cambio, llevarla al cine, ante lo cual ella sonreiría, como siempre, sin decir que sí ni que no. Salió poco después, todavía con la risa en los labios, y cerró la puerta tras ella. Su rostro recobró en seguida su expresión habitual, más bien severa, con su leve mohín de desdén no desprovisto de gracia. Se sentó ante la máquina;

sacóse un pequeño espejito del monedero, y se compuso el rostro, alisándose los cabellos, lejana, sin mirar a nadie. Hecho esto se puso a trabajar.

Juan Bausá se decidió por fin. Se dirigió al despacho del jefe. Ante la puerta cerrada se detuvo indeciso un instante. Dentro no se oía nada. El jefe estaba solo. Esto le animó. Tal vez a solas no sentiría necesidad de humillarle con alguna de las burlas a que era tan aficionado y con las cuales hacía reír a los otros. Llamó con los nudillos. Dentro se oyó la voz del jefe.

—Adelante.

Empujó la puerta y entró. El rostro del jefe, levantado hacia el que entraba, se puso de repente rígido, impenetrable. Juan Bausá avanzó con la pluma ya mojada en la mano, sin mirarle, con una sonrisa culpable en los labios, buscando la lista sobre la mesa. La lista estaba allí mismo, y en ella todavía se veía fresca la firma de la muchacha. Él alargó la mano:

—¿Me permite, señor Arderiu? Me he retrasado un poco, hoy. —Sonrió—. Es la primera vez... ¿sabe? —Calló y levantó los ojos hacia él, angustiado. Cuando cogía ya la lista, la mano del jefe se había adelantado y la había retirado, depositándola a su lado.

—¿No sabe usted que una vez retirada la lista no se puede firmar?

—Sí, sí... Es verdad, señor Arderiu. Pero... Es la primera vez que me sucede, ¿sabe? Perdona, pero...

—Nada. Retírese usted. ¡Ah! Allí le he dejado un documento para copiar; haga la copia y tráigamela. La necesito en seguida.

Salió sudoroso, confundido y avergonzado, más torpe que nunca, con una amargura de hiel en el alma. No veía a nadie; no oyó a la mujer, que le preguntaba si había firmado; no vio a dos de los jóvenes que se reían de él, de su facha, acentuada por la carrera y el aturdimiento. Juan Bausá se dirigió a su rincón. Ahora, más que el no haber podido firmar, le hería la nueva afrenta sufrida. Se sentó e intentó sumirse en el trabajo, pero los ojos se le nublaban. A la humillación se añadía ahora la preocupación por el trabajo que debía realizar, sin contar la fatiga de la noche pasada sin dormir, que le pesaba en el cerebro, sobre los párpados. Se esforzó. Allí tenía el documento para copiar, el trabajo que más le aterraba. Empezó tembloroso, afanándose en concentrar toda su atención en el texto. El recuerdo de la afrenta continuaba vivo en su alma, como una herida en carne viva. No le cabía en la mente que pudiesen tratarle de aquel modo; desechaba la preocupación; huía de la amargura, esforzándose por concentrarse en el trabajo. Pero, no podía; luego, la fatiga se apoderaba también de él, poco a poco, pero de manera invencible, con una fuerza contra la cual no podía luchar. Era más fuerte que su amargura, más que su temor y que su voluntad. En vano luchaba y se desesperaba contra aquella fuerza; en vano se sacudía el sopor y se aplicaba al trabajo con todas sus energías; poco a poco la fatiga

le iba venciendo, y Juan Bausá acabó por quedarse dormido sobre el papel. Uno de los fieles del jefe, que debía de estarlo ya esperando, corrió al despacho con el parte. También esto, ante ciertos jefes, era una manera de hacer méritos y hasta de ascender, cuando no se tenían para ello otras cualidades. El señor Arderiu entró en el despacho, seguido de su satélite. Todos estaban ya al tanto de lo que sucedía, todos dispuestos a reír, mientras el pobre Bausá seguía en el mundo de sus sueños, lejos de allí, descansando de sus amarguras, de la humillación de este día, tal vez con su hija y su mujer, en su piso, leyendo el periódico o escuchando la radio. Estaba, en realidad, echado pesadamente sobre la mesa, con la cabeza de costado sobre el papel, y cayéndole un hilo de saliva.

El jefe se plantó ante él; el subordinado quedó un poco detrás, y todos los demás de pie detrás de sus mesas, riendo. El jefe cogió una regla plana que había a un lado de la mesa y descargó con ella un fuerte golpe sobre la madera, delante mismo de Bausá. El viejo se despertó de repente y con tal sobresalto, que derribó el tintero; la tinta corrió sobre el documento y sobre la copia. Miró al jefe, perplejo, lleno de angustia; miró el tintero, y volvió a mirar al jefe y volvió la mirada delante de él. La tinta, vertida ya toda, formaba una gran mancha sobre el blanco papel, y continuaba escurriéndose sobre la mesa, amenazando alcanzar los expedientes puestos a un lado. Juan Bausá levantó el tintero temblando, y en su aturdimiento, sin saber siquiera lo que hacía, empezó a limpiar la tinta con las manos, a enjugársela en el traje, haciendo reír a todos con su miedo y su torpeza. Buscaba a su alrededor, sin saber qué; sin duda el papel secante, un trapo, algo con que enjugar la tinta y que ahora no hallaba a mano.

El jefe, de pie ante él, no decía nada: gozaba. Aparte de que por inclinación natural hallaba placer en atormentar, el viejo le debía, además, una pequeña humillación en la persona de su hija. El que ella se hubiese ido como se fue, no siendo más que una mocosuela que tenía a su padre allí a merced de él y que en su casa dependían exclusivamente de lo que él ganaba allí, no lo podía comprender y menos perdonar. Había callado, pero no lo olvidaba. Era de los que dijo Gracián, con frase certera, que la pegan por detrás, como el alacrán; podía pasar tiempo, pero, tarde o temprano, se la cobraba. Continuaba de pie ante la mesa, gozando con la confusión del viejo, sin decir nada, apurando su agonía; una sonrisa sardónica, despreciativa, vagaba por sus labios pálidos, como queriendo decir a los otros que aquel hombre no tenía remedio. El viejo Bausá levantó de nuevo los ojos hacia él, sus ojos angustiados.

—Perdone, señor Arderiu. Le ruego que... Es que anoche no dormí...

La respuesta le acudió al otro en seguida a los labios; la dijo en voz alta, dirigiéndola, sobre todo, al auditorio:

—¿Fue usted de juerga?

Estallaron risas. El pobre Bausá se sintió más lleno de confusión.

—No, no, señor Arderiu, no fui de juerga... —No sabía lo que se decía. Nuevas risas saludaron su respuesta. El jefe reía también. Debía de hallarse en uno de los momentos más felices de su vida. El pobre Bausá, en cambio, sudaba, miraba a todos lados, volvía a mirar el papel, sometido a aquella lenta agonía, mientras todos se reían a su alrededor. ¡Cómo había cambiado en unas horas su situación! ¿Quién le habría reconocido aquí, humillado, temblando bajo la mirada del jefe, entre las risas de todos, si le hubiera visto unas horas antes, cuando saltaba de la cama e iba a auxiliar al herido? La vida le ha colocado en una mezquina coyuntura. Aquí no hay nadie a quien ayudar; él aquí nada tiene que hacer. Sólo soportar las burlas, los chistes, todo lo que quieran decirle, y mirar cómo se ríen de él.

El jefe continuó aún la comedia:

—¿Salió usted con una rubia o con una morena? —Y volvió a mirar en derredor. Esto le parecía el colmo de la gracia.

Juan Bausá ya no le oye. Está temblando, aturdido, acaso con un principio de indignación levantándose apenas allá en el fondo de su mansedumbre. Los oídos le zumban: una bruma espesa parece envolver su cerebro. Pero, a pesar de todo, a pesar de aquella débil protesta que quiere levantarse en su fondo, no reaccionará; no dirá nada. No puede explicar lo que hizo anoche; no puede decirles por qué no durmió. Tiene que callar, y soportar las gracias del jefe, las risas de los otros, devorar su amargura. La voz zahiriente vuelve a sonar ante él; ahora es una amenaza, pero ya no despierta en él ningún temor.

—Si continúa usted así, me veré obligado a tomar una resolución. Se lo advierto. —Alargó la mano hacia el documento, manchado de tinta—. En cuanto al documento, tendré que comunicarlo al jefe superior. Veremos qué dispone... —El señor Arderiu estaba dispuesto a continuar, irritado ahora ante la actitud indiferente de Bausá; estaba dispuesto a apurar la comedia; echar fuera hasta las heces de sus secretos venenos, cuando en aquel instante sucedió algo que sembró la estupefacción y el desconcierto en toda la oficina. Se vio, primero, al ordenanza, grueso y flemático, apresurándose entre las mesas, de un modo que llamaba la atención, pues no se había apresurado nunca, y con un rostro alterado, que nunca se le había visto, dirigirse hacia el jefe, y en seguida aparecieron dos policías, que esperaron en la puerta. El ordenanza habló un momento en voz baja con el jefe. El señor Arderiu levantó los ojos hacia los policías, sin saber de qué se trataba, pálido y descompuesto, perdida ya toda la arrogancia. Se hizo repetir por el ordenanza todo lo que le había dicho, como si no lo entendiera bien. Su rostro se serenó de pronto y salió a hablar con los policías. Se encerró con uno de ellos en su despacho. Todo el departamento estaba pendiente de lo que sucedía; nadie comprendía nada. El viejo Bausá había sido completamente olvidado; pasado un instante, se vio al ordenanza avanzar hacia él: le

dijo algo en voz baja, como si cumpliera una dolorosa e importante misión; Juan Bausá se levantó, y con la misma actitud de aturdido se dirigió al despacho del jefe. Ya no volvió. Desde allí salió entre los dos guardias, detenido.

Juan Bausá caminaba entre los policías casi cayéndose, mirando a un lado y otro. El sentimiento que le embargaba hacía un momento se había desvanecido de su alma. Un mal cura otro mal. Juan Bausá ya no se acordaba de las humillaciones sufridas; su alma sólo estaba ahora preocupada por lo que había sucedido en su casa; por el herido, por Mari Juana, por su hija; y por encima de las humillaciones y de lo que pudiera suceder en su casa, sentía, a pesar de todo, unos deseos inmensos de descansar, de dormir.

Capítulo V

SERÍA HACIA LAS DOCE. El herido había quedado solo en el piso. Mari Juana no había regresado aún, Juan estaba en la oficina y Lisa se encontraba en el mercado, esperando a su madre. Lisa estaba inquieta. El recuerdo de la reciente escena con el herido no se apartaba de su mente. Cada vez que recordaba sus palabras le entraban deseos de llorar y, no obstante, anhelaba verle de nuevo, saber de él, y sentíase preocupada por la suerte de aquel hombre.

Mientras ella estaba allí, y Mari Juana cumplía su encargo, tres policías de uniforme, acompañados de un agente de paisano —vestido con gabán de entretiem po y sombrero de fieltro un poco echado sobre los ojos—, salían de la Comisaría; cruzaron por detrás de la Catedral en dirección a la plaza del Pino; una vez allí, doblaron hacia la izquierda. El agente de paisano iba mirando los números. Se detuvo, de pronto, ante la casa; se sacó un papel del bolsillo.

—Es aquí —murmuró—. Vamos. —Dobló el papel y se lo guardó de nuevo en el bolsillo—. Que uno de vosotros se quede aquí en la puerta sin dejar salir a nadie. Preparad las armas —dijo, previniendo su pistola y hundiéndola en el bolsillo de su gabán—. El pájaro es de cuidado; no sea que nos dé algún susto. Si ofrece resistencia, disparad sin contemplaciones.

Subieron al piso, mientras uno de ellos quedaba abajo vigilando. Se detuvieron frente a la puerta. El herido los había ya oído. Había sonado un ruido extraño en la calle; algo anormal; y la sospecha le cruzó en seguida por la mente. ¿Le habrían denunciado? ¿Sería posible? ¿Sería casualidad que no hubiera quedado nadie en el piso? Estaba arrepentido del lenguaje que había usado con la muchacha; un ardiente deseo de verla de nuevo, de borrar la impresión causada, le había atormentado hasta entonces. No podía quitarse de la cabeza la imagen de ella, tal como la vio al entrar, junto al umbral, sin atreverse a acercarse; no obstante, ahora, ante aquella sospecha, renegó de su debilidad. «Todas iguales. Malditas sean.» Los pasos de los policías se oían en la escalera; se acercaban. Ya no cabía duda. Miró desesperado a su alrededor. La imagen de la cárcel pasó aterradora por su mente. Aquello representaba decirle adiós al mundo, acaso para siempre; adiós a la santa libertad, que era lo que más amaba. Tal vez le enviaran a una lejana colonia, a trabajos forzados. En el fondo de su inquietud, ahora, a pesar suyo, estaba también la imagen de aquella muchacha; la había tenido allí en aquella habitación, cerca de su lecho, y no había sabido sino ofenderla. A pesar de todo, no podía desechar su recuerdo; no podría ya arrancárselo nunca del alma. ¡Cuando menos, si hubiera podido verla, interrogarla, saber de ella que no era culpable; por lo menos, no tener que maldecirla también a ella!

Los policías estaban ya ante la puerta. No había tiempo que perder. ¿Qué le importaba aquella muchacha? ¿Qué tenía que ver con él? —volvía a decirse—. Sin duda, la había tratado como merecía, y si no, ¿qué le importaba? ¿No le habían denunciado sus padres? Ahora se trataba de su libertad, que estaba en peligro, tal vez de su vida... Era preciso ver si había posibilidad de salvarse. Hizo un esfuerzo desesperado, y logró descender de la cama; después, poco a poco, apoyándose en el lecho, en una silla, en las paredes, llegó hasta la ventana. Miró abajo; estaba en un segundo piso; la galería era altísima; las otras ventanas estaban demasiado apartadas; la huida por allí era imposible. Fuera llamaron. Casi arrastrándose, salió al comedor; allí no había nada que pudiese ayudarle; desde el comedor pasó al salón con balcón a la calle, donde pasaban las veladas los dos esposos. Fuera volvieron a llamar, con golpes más recios. Él se asomó al balcón, buscando ansiosamente la huida, pero tampoco por allí se ofrecía la menor posibilidad. Se dijo: «Estoy perdido». Le pareció, de pronto, que no había mirado bien la ventana de la alcoba; que tal vez por allí pudiese aún intentar la huida. Volvió a la alcoba, y apenas consiguió llegar. Entonces se le ocurrió una idea. Si pudiese llegar a la puerta, quizás ocultándose detrás... Lo había visto en el cine, en cierta película de gangsters, y la cosa le pareció hacedera. Pero en seguida sonrió. «Es una tontería. Esto pasa sólo en el cine», pensó. No cabía duda que dejarían algún policía en la puerta, vigilando la salida; no podía escapar. Los policías habían dejado de llamar; pero él continuaba adivinando su presencia ante la puerta. «Habrán ido a buscar un cerrajero, para que les abra —se dijo—. ¡Qué lástima! Si pudiese...» Pero de pronto se sintió sin fuerzas para nada, invadido por un súbito y total desaliento. No tenía armas para defenderse; de tenerlas se hubiese defendido y hubiera muerto, cuando menos, matando. No había posibilidad de huida, y por añadidura, su mal se dejaba sentir ahora de un modo indecible; en la espalda sentía un dolor atroz, le acometían vértigos y las piernas le temblaban y se le doblaban. Le invadió una especie de fatalismo, un deseo de abandonarse a lo que quisiera venir. Un estremecimiento de frío le recorrió; los dientes le castañetearon. Subió a la cama con un gran esfuerzo y se abrigó; continuaba temblando. «Sea lo que quiera», se dijo. En el fondo de su ser se había iluminado una esperanza. En los centros donde él concurría se alimentaba la convicción de un cambio inminente en las cosas de España... «Acaso la situación...» Y la figura de Lisa volvió a surgir ante él, clara; la veía huir de allí casi llorando. Cerró los ojos. Fuera se oía va descerrajar la puerta y las voces impacientes de los policías.

Avanzaron con precaución, registrando el piso, hasta dar con él. Desde la puerta le encañonaron con sus pistolas.

—¡Manos arriba!

Él levantó los brazos, pero no pudo hacerlo totalmente. El policía repitió la orden

en tono conminatorio.

—Dispara ya —le dijo el otro—, o si no, déjame a mí.

El herido le miró con odio, sin hablar, y con esfuerzo, apretando los dientes a causa de las heridas, levantó los brazos un poco más.

Se adelantaron hacia la cama, uno detrás del otro.

—¿Conque estabas ahí? Levántate, ¿qué esperas? —Y, asiéndole por el brazo, le echó de la cama abajo.

El otro le empujó con el pie.

—¡Hala, perro!

Él quedó sobre la alfombra, al pie del lecho, doblado sobre el costado izquierdo; los ojos le chispeaban; las manos se cerraban crispadas, y las facciones se le contraían de dolor y de ira. Sólo una cosa habría deseado: poder levantarse inesperadamente, saltarle encima, echarle las manos al cuello, morderle... Pero era en vano. El dolor le tenía agarrotado, encogido en el suelo. Sin embargo, no pudo contenerse; esbozó una sonrisa amarga, y desde el suelo donde estaba, mirándolo, desahogó su cólera.

—Eres un valiente. Mereces que te den un premio.

—¡Maldito perro! Si no callas... Me dan ganas de... —Levantó el pie y le dio con fuerza en el costado. Él se dobló por el dolor; pero su rostro no expresó la menor emoción. Quizá vibró un destello más vivo en sus ojos; vibró una ira más concentrada en su voz.

—Eres un valiente, te lo repito. Hombres como tú hacen grande a una nación.

Ardía en una oleada de ira salvaje; las heridas le dolían horriblemente, y sin embargo, sonreía. Todo le daba igual ahora; necesitaba sólo injuriarle, desahogar su cólera, aunque fuese a costa de su vida. Lo miraba con desprecio, desafiante.

—Ese hijo de p... —habló el policía—. Todavía me desafía... —Soltó una blasfemia y fue para darle con el arma.

El otro agente le contuvo, y para aplacar a su compañero, le dio también con el pie.

—¿También tú? ¡Vivan los valientes! Hay más de los que pensaba. Vosotros hacéis grande a la nación. ¡Vivan los valientes!

Su alma ardía en coraje; una cólera violenta le arrebatava; pero un íntimo desfallecimiento empezaba a ganarle, con un dolor intolerable en el costado, donde se le había abierto la herida.

—Levántate —le ordenó el agente.

—¿Que me levante? —contestó, esforzándose aún por sonreír, por encima de su dolor y de su ira—. Si pudiera levantarme no me habrías cogido; no me habrías pegado... A pesar de tu valentía.

El policía se adelantó sin poder contenerse:

—Pero... ¿es que vamos a tolerar que...? ¡Dale, hombre! ¡Déjame a mí! Verás.

El otro le contuvo de nuevo.

—Déjalo. Es una bestia dañina, una alimaña; pero ahora es menos que una pulga. No es nada. ¿Ves? —Y con el pie, pero sin pegarle, le volvió hacia el otro lado—. Es un monigote.

El herido cayó desvanecido, agotado por el esfuerzo, aturdido por la violencia de su dolor y de su ira. De la herida abierta le manaba ahora la sangre; le formaba una mancha sobre el pecho y le caía al suelo gota a gota.

El agente, sin darse cuenta de su estado, continuó hablándole:

—Mal lo vas a pasar, amigo. Te auguro unas vacaciones largas. A lo mejor, un viajecito... y no de bodas. Ja, ja, ja. —Le asió por el brazo, sacudiéndole—. ¡Caramba! Parece muerto. —Y volviéndose hacia su compañero—: Oye, avisa a Giménez que baje a telefonar; que comunique la detención y haga mandar a una ambulancia.

El agente se alejó de mala gana, mirando al herido y volviendo a mirarlo.

—La ambulancia se la daría yo. ¡Si llego a estar solo! ¡Maldita sea!

El herido permanecía en el suelo más contraído aún sobre sí mismo, como uno que tuviese frío. La mancha de sangre se iba agrandando en su pecho; la sangre continuaba cayendo gota a gota; pero más abundante, y formaba un pequeño charco en el suelo.

Cuando Mari Juana llegó, ante la casa estaba parada una ambulancia. Se detuvo con el corazón palpitante. Junto a la puerta había un policía vigilando; otro policía dispersaba los grupos estacionados frente a la casa. En el portal aparecieron dos hombres llevando un camilla. En ella, cubierto con una manta, iba el herido. Lo subieron a la ambulancia, que partió en seguida. El son de la campanilla lleno por un momento la plaza; luego se fue perdiendo hacia las Ramblas.

Mari Juana permaneció sin saber qué hacer. El policía que estaba en la puerta continuaba en el mismo sitio. Ella, oculta en el seno, llevaba una carta para el herido. Miraba y volvía a mirar, sin atreverse a ir. Algunos vecinos estaban asomados a los balcones. Mari Juana por fin se adelantó. El policía la detuvo:

—¿Vive usted aquí?

—Sí, señor.

—¿En qué piso?

—En el tercero.

—Tendrá que acompañarnos a la Comisaría.

—¿Me permite usted que avise a la vecina...? Vendrán mi hija y mi esposo...

—Su esposo no vendrá...

Mari Juana le miró, aterrada.

—Está detenido. Si quiere hablar con alguien, hágalo de prisa, que se hace tarde.

Mari Juana, aturdida, sin dejar de pensar en su marido, subió seguida del policía.

Llamó a la puerta de la vecina, que salió al momento. Mari Juana le explicó que Lisa estaba para llegar, y le suplicó que la tranquilizara. Sin duda no sería nada grave. Era casi seguro que volvería en seguida. Pero hablaba sin firmeza, distraída, con el pensamiento en su marido, por todo lo que sucedía, aterrada.

—Volveré pronto, ¿no? —preguntó al guardia.

—Eso depende.

La vecina le prometió hacer lo que le pedía, y acompañada del guardia, Mari Juana salió camino de la Comisaría. Una vez allí la hicieron esperar en una sala donde esperaban otras personas. Transcurrió un rato largo; tristes presagios cruzaban por su cerebro. Parecía como si una tempestad se hubiese desencadenado de repente sobre su hogar, tan tranquilo antes, dispersándolo todo; parecía ser víctima de una horrible pesadilla; Mari Juana se pasaba la mano por la frente; los pensamientos, las imágenes se le confundían. ¿Qué esperaba allí? ¿Qué le harían? Pensaba en el herido; pensaba en Lisa, pero, sobre todo pensaba en él, en su marido. ¿Dónde estaría? ¿Qué le habría sucedido? ¿No le habría engañado el policía?

El mismo agente la llamó desde una puerta. Ella avanzó hacia él, y acompañada por el hombre entró en un espacioso despacho. Allí enfrente, un poco elevada, había una mesa. Un señor de mediana edad, con lentes y pequeño bigote estaba sentado detrás. En la pared, sobre él, se veía el retrato del rey; a su izquierda había una muchacha rubia sentada ante la máquina de escribir. Interrogada por el señor sentado a la mesa, de pie ante él, pequeña, asustada, Mari Juana fue contestando a sus preguntas. La muchacha las escribía con rápido tecleto. Terminada la declaración la hicieron sentarse y le dijeron que esperara. Un momento después, por una puerta pequeña, que se abría en el fondo, apareció Juan Bausá, al lado de un policía. Llevaba el cabello despeinado y las ropas desaliñadas. Miraba a todas partes como si acabara de salir de un pesado sueño. Mari Juana, al verle, tuvo deseos de llorar. La hicieron levantarse. Él no la había visto y, de pronto, la descubrió allí junto al policía, y la llamó con un grito:

—¡Mari Juana! —intentando correr hacia ella. El guardia le sujetó por el brazo. Parecía loco—. Mari Juana... Mari Juana... —Y mirando al policía que le sujetaba —: Es mi mujer... —E hizo ademán, de nuevo, de ir hacia ella. El guardia le volvió a sujetar.

Les hicieron separarse un poco más y empezó de nuevo el interrogatorio. Juan Bausá se dio cuenta, con horror, de que también ella estaba detenida y de que acaso la encerrarán. Se hallaba excitadísimo.

—Es mi mujer, señor comisario, es Mari Juana. No ha hecho nada. Todo lo hice yo; yo le dije que abriese la puerta... —Pensar que pudieran encerrarla a ella en aquella celda lóbrega y húmeda de donde él acababa de salir, le llenaba de terror, le enloquecía—. No, no, señor comisario, por favor. Todo lo hice yo...

El comisario dio un golpe con la regla sobre la mesa.

—Usted aténgase a las preguntas del interrogatorio.

—Sí, señor comisario, sí... Pero es que ella...

—Le repito que se atenga a las preguntas del interrogatorio.

—Sí, sí.

Escuchaba ahora con la cabeza levantada, con su aire de atontado, la boca un poco abierta y con la misma expresión de temor, jadeando. Mari Juana no osaba mirarlo; sentía que, de hacerlo, no podría dominar las lágrimas. Él, en su aturdimiento del primer momento, sin saber apenas lo que decía, había incurrido en algunas contradicciones en su declaración. El comisario le preguntó con voz clara, fuerte, silabeando casi:

—Cuando la policía llamó anoche a su casa, ¿estaba o no estaba el herido en el piso?

—No, no estaba, señor comisario, no, ¿verdad, Mari Juana?

—Antes dijo usted que sí...

—Dije que... No, no estaba, señor comisario... Todo lo hice yo, todo... No estaba, señor comisario. Estábamos sólo Mari Juana, yo y Lisa. Lisa es mi hija. Estábamos en la cama, y oímos tiros; después oímos un hombre que se quejaba. Cuando le abrí la puerta, cayó. Yo le recogí, yo señor comisario, y lo metí en la cama, yo solo, yo... —Se excitaba con aquel temor; volvía a olvidarse de todo; hablaba en voz más alta cada vez, sin escuchar las protestas del comisario—. Yo le abrí; yo lavé las manchas de sangre que había en la escalera. Había perdido mucha sangre, ¡pobre! Así que abrí la puerta, cayó a mis pies como muerto. Yo lavé las manchas de sangre con una palangana y un trapo; y solo, nadie me ayudó. Subí hasta el terrado, y también allí lavé los rastros de sangre; todos los lavé, y del terrado salté a la casa de al lado, y me caí, pero lavé la sangre también allí. Todavía quedaban dos manchas. Yo solo lo hice, señor comisario, yo solo. —Jadeaba—. Perdone... Diga, señor comisario, diga... —Y quedaba igual, con el cuerpo echado hacia delante, y el rostro levantado, un rostro de estúpido, en el que se pintaba el temor más vivo; pero ahora temblaba todo; todo él era presa de una viva excitación.

—Sin embargo, los policías lo registraron todo, hasta el terrado. Luego cerraron la puerta. Ellos juzgan imposible que el herido pudiera entrar después. ¿Cómo lo explican ustedes?

—Debió de estar oculto en el terrado esperando a que se fueran los policías —contestó tranquila Mari Juana—. No hay duda de que subió por la casa de al lado.

Él miraba ahora a su mujer, con la misma actitud de embobamiento, haciendo con la cabeza señales afirmativas; un hilo de saliva le corría de la boca, cayéndole al suelo.

—Sí, sí, señor comisario, sí...

Mari Juana se sacó el pañuelo, se adelantó hacia él y le limpió los labios. Él le cogió la mano, en un arrebato, y se la besó llorando.

—Mari Juana...

El comisario pareció conmovido.

—De todos modos, ustedes sabían que el herido era un delincuente, y que su obligación era dar parte inmediatamente a la policía.

Él repetía:

—Sí, señor comisario, sí... Todo lo hice yo; yo lavé la sangre de la escalera... Perdón...

El comisario cortó:

—Volvedle a su celda. —Y a Mari Juana—: Usted puede regresar a su casa. Está libre. Si acaso, se la llamará después.

Se lo llevaban por un brazo, casi a rastras. Había oído que dejaban libre a Mari Juana y su rostro se había iluminado de felicidad.

—Sí, sí, señor comisario. Gracias. —Y gritando, con lágrimas en los ojos, de cara a su mujer—: ¡Mari Juana, adiós! No creas que estoy triste; no lo creas. Soy feliz, Mari Juana, ya lo sabes... Es como si me mirase Dios, como si Dios me estuviese mirando... Y si mañana mismo llamase un herido a nuestra puerta... —El policía le fue empujando suavemente.

—Vamos, vamos...

Habían llegado a la puertecita del fondo. Él gritaba aún:

—Adiós, Mari Juana. Soy feliz... soy feliz... Ya lo sabes; si...

Habían cerrado la puerta; se oyó todavía su voz del lado de allá, mientras se lo llevaban; no se entendía ya lo que decía; su voz se fue extinguiendo hasta que dejó de oírse.

Mari Juana tenía los ojos arrasados en lágrimas. Se adelantó hacia el comisario.

—Perdóneme, señor comisario. No haga caso. Está trastornado; no sabe lo que dice, pero ¡es tan bueno! ¡Si usted lo conociera! No hace daño al pan que se come. ¿No le dejarán ir?

—Por ahora es imposible. Hemos de aclarar aún algunos puntos. Esperamos primero la declaración del herido. Veremos después. De todos modos, creo que no será por mucho tiempo.

Mari Juana, animada por la amabilidad del comisario, le suplicó aún:

—¿No podrían soltarle ahora? ¡Qué alegría le darían!

—De momento, no puede ser.

Mari Juana no insistió. Tendría que regresar sola. Se alejó lentamente, con paso torpe, hacia la salida. Iba envuelta en su desolación; las lágrimas le caían por el rostro, y parecía más pequeña, más insignificante.

Empezó a bajar la escalera, paso a paso, cogida a la barandilla, y de pronto oyó a

Lisa que la llamaba, y entre las lágrimas que le nublaban los ojos, la vio correr hacia ella por la escalera.

La abrazó llorando; la tuvo un instante apretada contra su pecho.

—Mamá, mamá. ¿Y papá? —le preguntó Lisa, angustiada.

Mari Juana hizo un esfuerzo por dominar su pena.

—Ha quedado detenido. Pero han dicho que saldrá pronto... Tal vez mañana...

Caminaron un momento en silencio, abrumadas por el dolor.

—¿Has estado en casa?

—Sí, mamá.

—¿No estaba él?

—No; se lo llevaron en una ambulancia.

—¿Adónde lo habrán llevado?

—¡Quién sabe! Tal vez al hospital...

Callaron. Avanzaron las dos abatidas, como dos ancianas, apoyándose una en la otra mutuamente, abrumadas bajo el peso de aquel desencadenamiento de sucesos adversos, como si caminasen bajo una tempestad invisible.

Toda la tarde transcurrió en el piso con una gran tristeza.

Lisa no salió, pero apenas hablaron. Al atardecer, Lisa le dijo a su madre que salía un momento. Quería comprar el periódico. Sin duda traería la noticia; quizá podrían saber algo sobre el paradero del herido, saber quién era. Lisa temblaba de curiosidad y de temor. Mari Juana quiso acompañarla; parecía temer el quedarse sola en la casa aquel día aciago. Salieron las dos hacia las Ramblas. Atardecía. El cielo estaba oscuro; una ancha nube cubría toda la parte alta, hacia la altura del Tibidabo y ensombrecía la atmósfera. Soplaba un aire húmedo; acaso volviera a llover. Empezaban a encenderse las luces. Al entrar en las Ramblas oyeron ya vocear los primeros periódicos por los muchachos que descendían desde la plaza de Cataluña; bajaban veloces, e iban desparramándose por las calles, llenándolo todo con sus gritos, deslizándose entre los vehículos, subiendo y bajando de los tranvías. Tuvieron que subir un buen trozo de calle. Lisa vio de pronto un muchacho que vendía el periódico allí cerca.

—Espera un momento, mamá —y se apresuró hacia el vendedor. Éste, que se había lanzado ya a correr, se detuvo y le dio el periódico atropelladamente sin dejar de vocear; se metió los diez céntimos en el bolsillo, y se alejó corriendo.

Lisa desplegó el periódico; las manos le temblaban; su corazón palpitaba de temor y de ansiedad; recorrió los títulos y se detuvo al fin en la noticia que le interesaba. «Detención de un peligroso terrorista.» Lisa sintió que le faltaba el aliento, como si un puñal le atravesara el alma. «Es él», se dijo, aterrada. La relación ocupaba casi una columna entera. Cerca de un farol leyó de prisa las primeras líneas, y vio que, efectivamente, se trataba de él. Dobló el periódico y volvió al lado de su

madre.

—¿Trae algo?

—Sí. Lo leeremos en casa.

—¿Quieres que regresemos?

—Sí, mamá.

Descendieron por la Rambla. Lisa sólo pensaba en la noticia; sentía curiosidad y miedo a la vez; tenía deseos de llegar a casa, para leerlo con calma y, a la vez, anhelaba retardar aquel momento.

Se hallaban ante la iglesia del Pino. Había ya anochecido; las luces en las calles estaban todas encendidas. El cielo, sobre el espacio de la plaza, se extendía negro, sin una estrella; pasaban ráfagas de aire y la lluvia parecía cercana. En la iglesia se celebraba un acto religioso; los fieles entraban y salían, y en los breves intervalos en que la puerta permanecía abierta se oía la voz de un predicador. En aquella voz palpitaba una amenaza violenta; parecía surgir de una profunda caverna, de una remota lejanía de siglos; debía de resonar terriblemente en las altas bóvedas vacías; se perdía y volvía a surgir, como en oleadas, y en estos momentos despertaba ecos aterradores, como de anuncios de tremendos castigos. Un aire frío pasaba por las esquinas, como si viniera también el tiempo pasado. Lisa se apretó contra su madre.

—¿Tienes frío?

—Sí, mamá.

Mari Juana quería entrar a rezar, pero no dijo nada. Se alejaron. Los fieles continuaban entrando, y la voz del predicador, en los intervalos, continuaba sonando con violencias de tempestad.

Ellas se alejaron hacia su casa.

Lisa, impaciente, se adelantó a su madre; abrió la puerta, y sin quitarse el abrigo se dirigió a la sala. Encendió la luz.

Mari Juana se sentó a su lado; Lisa desplegó temblando el periódico, y en voz alta, con un leve temblor de emoción, leyó la referencia. «Esta mañana, hacia las doce, en una casa de la calle de los Ciegos, frente a la plaza del Beato Oriol, la policía procedió a la detención de uno de los elementos más peligrosos del terrorismo barcelonés. Llámase el delincuente Pedro Muñoz; cuenta sólo veintidós años y ha tomado parte en varios hechos delictivos acaecidos en esta ciudad en los últimos meses. Según nuestros informes, se le acusa de ser uno de los que más directamente intervinieron en el reciente tiroteo de Sants, donde fueron heridos dos agentes, uno de los cuales murió a consecuencia de las heridas; se le imputa, asimismo, el haber incendiado, con otros terroristas, varios tranvías durante la huelga del pasado julio y la colocación de un petardo en una de las cocheras, cuya explosión ocasionó la muerte de un niño.»

Lisa se interrumpió. Estaba pálida; la voz se le debilitaba; los labios le temblaban,

y hubiera deseado no saber más; doblar el periódico e irse a su habitación a llorar. Se pasó la mano por la frente y continuó: «Se rumorea que el susodicho Muñoz tomó parte también en el reciente atraco a un banco de esta ciudad, aunque este extremo no ha sido confirmado, y que es también autor de otras fechorías de menor importancia. La policía seguía en estos últimos tiempos la pista de este conocido terrorista, sin que lograra dar con él, a pesar del celo desplegado por nuestros agentes. La autoridad tuvo noticias de que la noche última varios elementos terroristas celebraban una reunión en un piso cercano a la calle de los Ciegos. Varios agentes acudieron al citado piso a la hora señalada para la reunión, entablándose un tiroteo entre algunos terroristas que vigilaban la calle y la fuerza pública. En el tiroteo resultó herido un agente; uno de los malhechores fue muerto por un disparo.

»Pedro Muñoz resultó herido en el pecho, pero, a pesar de la gravedad de la herida, logró escapar amparado por la oscuridad. Se refugió en un piso de la calle de los Ciegos, donde, con la complicidad de los dueños, permaneció escondido.

»Una confidencia hecha por una vecina puso a la policía sobre la pista del malhechor, y esta mañana, hacia las doce, se procedió a su detención. Cuando fue la policía, el terrorista estaba solo en el piso. Nadie contestó a las llamadas de la autoridad, por lo que se mandó abrir la puerta a la fuerza, penetrando los agentes en el interior. El delincuente estaba en la cama, pero, no obstante hallarse gravemente herido, intentó hacer frente a la autoridad, siendo reducido en seguida por los dos agentes que llevaron a cabo la detención.

»El terrorista fue trasladado al hospital, donde quedó estrechamente vigilado, para evitar que sus compañeros pretendieran rescatarle por sorpresa, repitiendo el acto de audacia llevado a cabo recientemente. A causa de su estado, el herido no ha podido prestar declaración. Se confía que sus declaraciones han de ofrecer gran interés para el esclarecimiento de algunos actos de terrorismo ocurridos estos últimos meses y que continúan rodeados de misterio.

»Han sido detenidos el dueño del piso, Juan Bausá, funcionario, y su esposa, María Juana Balart. Ésta, después de prestar declaración, ha sido puesta en libertad. Juan Bausá continúa detenido en los calabozos de la Comisaría».

Lisa dejó el periódico y guardó silencio.

Fuera se oía el ruido de la lluvia, que, impulsada por el viento, azotaba la persiana, para alejarse de nuevo; después se oía sólo el monótono rumor del agua. Al fondo del murmullo del agua y del viento se percibía latente el continuo fragor sordo y sostenido de las Ramblas. Ahora parecía llegar como una oscura, como una misteriosa amenaza, desde el alma de la ciudad, sumida en la noche bajo la lluvia.

—Pero, ¿es posible? —exclamó al fin Mari Juana—, ¿es posible que sea verdad? ¡Si casi parecía un niño!

Lisa seguía callada. En su espíritu reinaba una infinita desolación. Estaba

agitadísima, horrorizada. Y, no obstante, el deseo de verlo, de verlo a pesar de todo, de interrogarle, de que le dijese que no era verdad, era más vivo que nunca en su alma. Tenía a su padre encerrado; tal vez les amenazaba un gravísimo peligro, lo peor que pudiera sucederles. Sin embargo, Lisa sólo pensaba en él. Lo veía en la cama riendo, hablándole como embriagado; no se acordaba ya de las ofensas; sólo oía su voz en los momentos en que la emoción le velaba las palabras, y, sobre todo, en aquel en que había pronunciado su nombre: «Lisa... Ya ves, hasta me acuerdo de tu nombre.» Una dulce emoción la conmovía hasta lo más hondo, y Lisa no podía creer que aquel hombre fuese el mismo a quien se citaba en el periódico.

Capítulo VI

AQUELLOS DÍAS de encierro le habían trastornado ligeramente. Juan Bausá salió con una extraña excitación; abrazó a su hija y a su esposa, que le esperaban afuera desde hacía rato, pero tenía un aire ausente, raro. Tardaba en contestar a las preguntas, y a menudo las dejaba sin respuesta; a veces pedía perdón sin saber de qué. Por la noche Mari Juana había preparado una cena especial, un poco fuera de lo ordinario, para celebrar la alegría de verse de nuevo reunidos. Pero también en la cena Juan Bausá se mostró extraño, como si no acabase de entrar bien en la vieja alegría de su hogar, como si en el encierro hubiera perdido algo de su alma. Las preocupó. Esperaron que le pasara. Él reanudó la vida en la oficina. El jefe le saludó con una severa reprimenda, pero tampoco la admonición pareció afectarle como las otras veces. La intención de aquél había sido formarle el expediente, pero la situación política había llegado a una tensión tal, se respiraba en el aire con tal certeza la inminencia de un cambio, y el cambio encerraba tantas incógnitas, que todos vivían pendientes de lo que iba a suceder, sobre todo en los centros oficiales. Ello le salvó, por esta vez, y Juan Bausá, cada vez más viejo, más pesado, con el alma cargada de tristeza, pudo continuar en su puesto, con sus expedientes.

En medio de su aturdimiento, Juan Bausá se acordaba del herido; no sabía qué extraña simpatía le había nacido por aquel hombre. Tal vez en sus sentimientos había, incluso, admiración.

Así que salió de la cárcel, la primera persona por quien preguntó fue por él, y en él, aparte de los suyos, había pensado a menudo en los días de encierro.

—Lo llevaron al hospital —le explicó Mari Juana—, pero después no se ha dicho ya nada. Tal vez esté en la cárcel. Según el periódico había cometido delitos terribles.

Él calló, y durante un rato fue pensando en el perseguido.

Ahora lo recordaba a menudo; pensaba en las palabras de la mujer de la esquina, en las humillaciones del despacho, en Lisa —recordaba a este propósito las razones de la vieja mecanógrafa: «A ésta no le sucederá como a su hija». En el misterio que rodeaba el despido de su hija, Juan Bausá presentía un motivo de vergüenza para él —, pensaba en Mari Juana; en la muchachita vendedora de fósforos, plantada allí en la esquina, con su eterno vestidito roto y su cajita, implorante; se acordaba de Nieleta; consideraba el inmenso desamparo en que viven los pobres y los débiles... Una sensación de angustia le sobrecogía; una voz misteriosa parecía susurrar cosas terribles a la inocencia de su alma, algo que le turbaba hasta lo más íntimo: un profundo disgusto del mundo se apoderaba de él, y sobre todo ello, en turbadora visión, se erguía el joven con sus ojos encendidos, su cabellera revuelta, con la

bomba en la mano, ya levantada, como una visión infernal. Juan Bausá apartaba los ojos con horror, y volvía a refugiarse en el recuerdo de los suyos, o bebía.

Ahora se interesaba mucho más por las desgracias de la calle. Hablaba más con el ciego que estaba junto a la iglesia, con la pequeña vendedora de fósforos; y hablaba, sobre todo, con la señora María, cada día más entusiasmada con su república, que no podía tardar. «Le digo que eso está maduro. Ya verá, ya verá.» Juan Bausá sabía ahora muchas cosas de estos seres, casi todas tristes; entre éstas, la que más le conmovió, la que más había deseado saber, para aumentar sus melancolías: la historia de Nieleta. Ante Nieleta él continuaba experimentando el mismo supersticioso temor; continuaba sin atreverse a hablarle; no sabía qué respeto le infundía aquella figura severa, consagrada por entero a una abnegada, a una terrible misión. Nieleta era, no obstante, a quien veía más; aquella muchacha se le había convertido casi en una obsesión. Una mujer, amiga de la señora María se la había explicado a ésta, estando él presente; Juan Bausá conocía aquella historia.

Hacía tal vez veinte años, tal vez treinta, los padres de Nieleta eran unos pacíficos burgueses que residían en el viejo barrio de Santa María, donde poseían una tienda. «Yo —les dijo la mujer—, todavía la conocí.» Nieleta era, a la sazón, una niña alegre, que llevaba lindos vestidos y salía a pasear con una muchachita que tenían ex profeso para acompañarla en sus paseos. Una anciana criada cuidaba del hermano, idiota de nacimiento, y por el cual Nieleta, que era en extremo cariñosa, sentía una rara ternura. Esta felicidad duró poco para la pequeña. De repente, enfermó su padre, muriendo poco después. La madre de Nieleta servía poco para el negocio; parecía incluso algo atontada. La muerte del marido, acostumbrada como estaba desde años a descansar en él en todo, la sumió en un estado de atontamiento más profundo. De vez en cuando, hasta sirviendo en la tienda, inesperadamente se ponía a llorar. El negocio empezó a ir mal; se terminaban los géneros y no se reponían; empezaron a faltarle artículos y los parroquianos fueron desertando. Tuvieron que despedir, primero a la muchacha, después a la vieja sirvienta, y Nieleta, todavía una niña, tuvo que encargarse de su hermano. Desde entonces ya no le abandonó. Puede decirse que en aquel momento la vida se acabó para ella; debía de contar trece años. Se vendió por fin la tienda y se mudaron de piso. Entonces la madre tuvo un puesto de castañas en la esquina de la calle de la Argentería y la Vía Layetana. Allí se la vio mucho tiempo, con el hijo idiota sentado en el suelo, y Nieleta a su lado. La madre continuaba, sin embargo, en la misma actitud; siempre con su atontamiento, al que se añadía ahora una expresión de animal asustado, asustado tal vez de la vida. A veces, no se acordaba de cobrar; se equivocaba en los cambios; si daba de menos, naturalmente, reclamaban; si daba de más, se lo guardaban. En poco tiempo acabó también con el puesto. Entonces vino lo más triste. «Parece que los veo aún —prosiguió la mujer—. La madre, alta, seca, pálida, parecía un fantasma; Nieleta, con un vestidito de sus

buenos tiempos, pero que le iba ya corto y estaba estropeado, colocada de pie al lado de su madre; al lado de ella estaba su hermano. Yo les vi mucho tiempo así, sobre todo al anochecer, ante el portal de la iglesia de Santa María; y sólo Nieleta tendía la mano suplicando una limosna.» La mujer se enjugó una lágrima. «¡Era tan triste!», dijo, como justificación. Juan Bausá parecía ausente; respiraba anhelosamente, y no apartaba los ojos de aquella mujer. Ésta continuó: «Una vecina, compadecida, buscó a la madre una colocación en un café. La madre aceptó. A cualquier cosa que le hubiesen propuesto hubiere dicho igualmente que sí. Continuaba siempre con la misma actitud, y todavía, de vez en cuando, se ponía a llorar sin que ella misma supiese la causa. Entonces ocuparon el piso que ocupan ahora. Nieleta quedó en la casa para cuidar a su hermano. Era ya crecidita; había perdido su alegría, y había ya adquirido este aire que tiene ahora. Tuvo aún que salir a pedir muchas veces, con su hermano, hasta que se estableció la lotería. Su situación mejoró; pero la suerte de Nieleta estaba ya fijada. Ahora viven solos. Su madre murió hace un par de años».

Juan Bausá se alejó en silencio, con el pensamiento en Nieleta, en todo lo que acababa de oír.

Las dos mujeres quedaron mirándole. Al fin, la señora María, en voz baja, casi con misterio, le dijo:

—Estos días ha estado en la cárcel.

—¿En la cárcel?

—Sí. Ocultó en su casa a un pistolero, que estaba herido y a quien perseguía la policía.

—¿A un pistolero?

—Sí. Es más bueno que el pan. Es un reaccionario, un cavernícola, pero tiene un corazón de oro.

—Ya se le ve. Parecía a punto de llorar cuando yo hablaba de Nieleta. Y ¡cómo escuchaba!

—Estoy segura de que va llorando. Pero, ya lo ha visto usted. No ha dicho una palabra. Desde que salió de la cárcel está muy extraño; no parece el mismo. Viven aquí cerca. Tiene una hija muy linda y también muy buena, como él. A su mujer la conozco poco, pero me parece que es igual que ellos.

—¿Son ricos?

—¡Quiá! Pasan lo suyo. Está empleado no sé dónde, y viven de su sueldo.

La imagen de la muchacha se clavó aún más a partir de ese día en el alma de Juan Bausá; ahora sólo veía a Nieleta. Al mediodía, a la salida del trabajo, habiendo tal vez bebido un poco, Juan Bausá se detenía a esperarla. Cuando la veía aparecer a lo lejos al lado de su hermano, le excitaba la emoción; se encendía todo él en piedad. Ella llevaba al hermano como siempre, calmosa y dulce, sin impaciencia; le sostenía con fuerza cuando él, en una de las sacudidas con que avanzaba, se inclinaba casi hasta

tocar el suelo, y le esperaba cuando se detenía fatigado. Por la plaza cruzaba tal vez un coche, con estrépito de bocinazos; pasaba, acaso, un chiquillo corriendo; quizás un vendedor pregonando su mercadería; tal vez se oía el violín del ciego, junto a la iglesia... Juan Bausá sólo veía a Nieleta avanzando al lado de su hermano. Recordaba la infancia de la muchacha, y el alma le rebosaba de angustia y ternura, porque pensaba, sin querer, en su Mari Juana y en su Lisa... Ahora lo sabía todo. «Por la mañana, cuando se levantan, Nieleta tiene ya que ocuparse de él; lo tiene que vestir, casi en su falda; le ayuda a hacer sus necesidades, como si se tratara de un niño... Después le lava la cara, lo peina, porque de sus días lejanos la muchacha conserva aún ese amor al aseo...» Los ojos se le humedecían; el corazón le palpitaba dolorosamente. La plaza parecía desvanecerse entre brumas con sus edificios, con sus figuras: «Ay, Nieleta —pensaba él, y lo decía casi en voz alta, tembloroso—, ay, Nieleta, ¿qué destino te ha dado Nuestro Señor! ¿Quién, viéndote a ti, se atrevería a quejarse de su suerte? Hay mujeres que tienen monumentos en las ciudades —continuaba, recordando algo que había leído—; hay Juanas de Arco y Agustinas de Aragón, y otras que no sabemos lo que hicieron y que son veneradas por los hombres. Pero tú tienes un monumento en el Cielo, y a ti te veneran los ángeles y te venera Dios, porque si no fuese así, ¿qué sería la vida?».

Juan Bausá, entonces, olvidado por un momento de su esposa y de su hija, olvidado de las propias desazones, entre las brumas del alcohol, en su deseo infinito de hacer bien, se sentía elevado hacia un sueño en el cual apagaba la sed de bondad de su alma. Juan Bausá imaginaba que un día la vería allá arriba, descansando, por fin, entre ángeles y serafines, en la gloria del Señor, donde deben de estar todos los desgraciados de este mundo. Él, el hermano, se habría convertido en un joven apuesto como en sus cuentos del *Patufet*, donde la vida era tan hermosa, donde Dios premiaba siempre a los buenos y perdonaba a los malos, que a partir de entonces dejaban de serlo; el hermano se habría convertido en un joven apuesto, porque en el Cielo no existe fealdad, y paseaban los dos, felices, recordando los días amargos sufridos en la tierra. No pasaban por las calles de una ciudad oscurecida de impiedad y de odio, llena de humo y de ruidos, sino por un hermoso prado, en una eterna primavera, con altos árboles, con flores y corrientes de aguas tranquilas, como en una de las reproducciones que él había visto en un libro de láminas de su padre. Cuando pensaba en el Cielo —y cada vez pensaba más en él—, cuando pensaba en el dulce reposo del más allá, donde estaban su padre y su madre, donde irían él, Mari Juana y Lisa a reunírseles, Juan Bausá siempre lo veía como en aquella reproducción.

Nieleta ha doblado la esquina, se ha perdido por el fondo de la calle. Juan Bausá continúa aún en el mismo sitio. El recuerdo de su mujer, de su hija le han asaltado de pronto con una sensación agobiante, aterradora. El cerebro se le oscurece; la razón se le trastorna. Sin él querer, su pensamiento le transporta al futuro. Ve la plaza del Pino,

como está hoy; ve las viejas casas enfrente con sus amplios y bajos portales, sus tiendas; con su pequeño árbol allí en medio. Ve a Nieleta, que avanza con su hermano... Pero la imagen se trastrueca de pronto, y no es Nieleta, no es su hermano: es la madre de ellos, a la que no conoce; va de luto por la muerte de su esposo, y alta, seca, casi fantasmal, avanza atontada, mirando a todos lados... Pero tampoco es ella... no: es Mari Juana, pequeña, pálida, vestida de luto, y a su lado va Lisa, también pequeña y también vestida de luto, pero con harapos. «Llevaba un vestido de sus buenos tiempos, pero le iba ya corto y estaba estropeado.» Es el sueño de sus temores de estos días últimos; el sueño de sus días de encierro, con el temor de su destino. Se han detenido junto a la iglesia, y Lisa tiende la mano... «Señor, una limosna por el amor de Dios...» ¡No, no! Señor... ¿Es posible? Su Mari Juana... ¡Dios! ¡Ella, tan buena!... ¿Es posible que sucedan tales cosas en una ciudad donde se reverencia a Cristo, en una plaza pública y frente a una iglesia donde se predica el amor? ¡No, no, no es posible! Oye la voz del jefe. «Si continúa usted así, me veré obligado a tomar una resolución.» Juan Bausá se recobra de su enajenamiento momentáneo, y se apresura hacía su casa. Casi duda de que el sueño no sea verdad, y siente una terrible ansiedad por verlas, por oír las hablar. Tal vez estén enojadas con él, que no sabe defenderse en la vida ni defenderlas. Llama y vuelve a llamar.

Pero, no; allí está ella, como siempre, sólo que hoy no sonrío.

—Mari Juana...

Ella calla; continúa mirándole con su rostro apenado.

—¿Ha llegado Lisa, Mari Juana? Perdón, Mari Juana, es que...

—No, no ha llegado todavía... Pero... ¿Por qué te pones así? Te he estado observando desde el balcón. Te detienes demasiado en las desgracias, Juan. No se puede vivir siempre así. Hay demasiadas penas en el mundo, para que uno tenga continuamente los ojos en ellas. Es verdad que despierta mucha compasión esa muchacha, pero tampoco puedes hacer nada por ella. Además, está ya acostumbrada y no le pesa lo que hace. Todos nos acostumbramos a lo que la vida nos da.

—Sí, sí, Mari Juana. Pero no puedo remediarlo. ¡Me da tanta pena! Además, de un tiempo a esta parte, cuando veo estas cosas me asaltan pensamientos tristes...

—¿Pensamientos tristes...?

—Sí, pienso en vosotras. Perdona, Mari Juana... Pienso en si perdiera mi colocación...

Mari Juana le miró, sobresaltada. Luego sonrió.

—Y aunque fuera así. Si perdieras ésta, encontrarías otras; además, me tienes a mí: yo puedo trabajar más, podría planchar, coser... Luego, está Lisa... Eres un niño, Juan; no reflexionas y cualquier nadería te asusta.

—¿De veras, Mari Juana? ¡Qué peso me quitas de encima! Lejos de ti, todo me asusta; te oigo a ti, estoy a tu lado, y ya no temo nada ¡Ahora me parecen tan necios

mis temores!

—¡Claro que lo son! Eres un niño, te lo repito.

En aquel momento se oyó la puerta y Lisa entró.

—Hola, papá —le besó, le tendió la mejilla.

Él la besó, llorando, pero entonces sus lágrimas eran lágrimas de felicidad.

Capítulo VII

SE ACERCABAN las Navidades. Aquel año las Navidades llegaban sin paz; los días se sucedían agitados, sombríos, preñados de fatales augurios.

Madrid, España entera, hervía en fiebre revolucionaria. Se habían producido algunos intentos de sublevación, frustrados todos ellos al nacer; en Barcelona se detuvo a varios complicados, como el capitán Sancho, que enfermó en Montjuich, muriendo poco después en el hospital. En Madrid, el comandante Franco, encerrado en la prisión de San Francisco, se había evadido misteriosamente, sin que hasta días después, fuera de España, se lograra averiguar su paradero. La tensión, sin embargo, no cedía; las huelgas se sucedían en todas las capitales, y siempre con carácter de violencia deliberada; la prensa arreciaba en su campaña; las conspiraciones se llevaban casi en pleno día.

De pronto empezó a correr la noticia de que en Jaca se había sublevado la tropa. El capitán Galán había lanzado al fin sus soldados a la calle, y había proclamado la República. Sus hombres fueron cercados y desbaratados cuando se dirigían a Huesca, y el intento quedó sofocado. El día 16 los periódicos publicaban la noticia del juicio sumarísimo, y de la condena a muerte del capitán y de su ayudante García Hernández. A las tres de la tarde del mismo día eran pasados por las armas en los Polvorines, cerca de la carretera de Barbastro, a la derecha del Cerro de los Mártires. Se supo después que el intento fracasado respondía a una vasta conspiración en la que estaban comprometidos los hombres más destacados del país, procedentes de todos los partidos, coligados todos para derribar a la Monarquía. La impaciencia del capitán Galán había sido la causa del fracaso.

Al fracaso de Jaca siguió el de Madrid. También en Cuatro Vientos se produjo un intento para sublevar a la guarnición; pero fue dominado rápidamente y sus jefes más destacados se refugiaron en Portugal. Coincidiendo con este movimiento, se produjeron nuevos desórdenes. En Madrid, en un hundimiento murieron cuatro trabajadores; el entierro, dos días después, se convirtió en una formidable manifestación; se produjo un choque entre la fuerza pública y los asistentes al entierro, y resultaron muertos y heridos. Se declaró una huelga de cuarenta y ocho horas, que se extendió a todas las capitales de España. En Barcelona se levantaron barricadas; hubo choques entre los huelguistas y la fuerza pública, resultando también muertos y heridos. La huelga se prolongó y fue declarado el estado de sitio. Se celebraron manifestaciones tumultuosas, la violencia arreció, y en los mítines se atacaron con saña las instituciones monárquicas; se pidió a gritos la abdicación del rey, y se invocó la revolución. Eran los días que precedieron a la caída de la

Monarquía. España entera se agitaba como en un ansioso presentimiento. En medio de la expectación, de la inquietud de aquellos momentos, Ortega y Gasset, en un artículo que tuvo honda repercusión en toda España, lanzó su «Delenda est Monarchia», como la sentencia final.

A Juan Bausá le dolía el alma ante todo lo que sucedía. Aquel día había leído la sentencia del Consejo contra los sublevados de Jaca. Le repugnaba la violencia, pero ahora compadecía a los reos, y no hacía más que pensar en ellos.

Al salir de casa se detuvo con la señora María. Ésta se había mostrado excitada, locuaz, rebosante de contento. Parecía enterada de todo. Alabó el heroísmo de los capitanes, y se mostró apenada por el proceso, pero sin perder la esperanza.

—Esto se acerca. Ya verá, ya verá... Esto es el primer paso...

—Yo les tengo piedad... Es verdad que se levantaron en armas, que a causa de ellos...

—Sí —le interrumpió la señora María—, pero lo hicieron con la mejor intención; no le quepa duda. Lo han hecho por el bien de usted, de mí, de Nieleta y su hermano, de la pobre niña de la esquina, para que todos vivamos mejor y los ricos no nos aplasten. No le quepa duda. Ellos querían implantar la República...

—Y con la República, ¿cree usted que vendrá todo esto?

—¡Claro que vendrá! ¿Qué duda cabe? ¿No va usted a los mítines?

Confesó, casi con vergüenza, que no había ido nunca a ningún mitin.

—¡Pues vaya usted, pero no a los de las derechas! ¿Qué quiere que digan estos, hartos como cerdos, cargados de millones? Vaya a los otros, a los nuestros, y sabrá usted lo que es la República. La República es, ¿cómo se lo diré?... En ella no manda nadie; todos somos iguales, todos somos como hermanos. En ella no habrá amos ni esclavos: habrá libertad. Mandaremos el pueblo, nosotros, usted, yo... Se irá el rey, y todos estaremos mejor. Ellos se han lanzado a la calle por esto; lo han hecho por nuestro bien, no le quepa duda: por usted, por mí, por todos los pobres. Con la República —añadió— muchas cosas que vemos no las veríamos.

—¿Está usted segura?

—Claro que lo estoy. Esas cosas sólo suceden con el rey.

Él no parecía convencerse. La señora María estaba asombrada sinceramente de su ignorancia; le creía un reaccionario, pero no tan ignorante.

—Pero, ¿quiere decir que el rey...?

—¡Claro que sí! ¡Hay que ver! Pero, ¿usted sabe lo que cobra el rey?

—¿Mucho?

—Miles y miles y miles. Ya no me acuerdo. Lo dijeron en el mitin el sábado. Una vergüenza, créame usted. Y todo, ¿para qué? Para ir a cazar, para pasear en coche y hacerse retratar sonriendo... ¡Ya le daría yo! Con lo que él cobra, todos los pobres podríamos vivir sin pasar necesidades. Ya lo ve usted. Vaya usted a un mitin. Le

convencerán. El sábado fui a uno, con mi hijo y mi nuera. ¡Qué cosas oí! Había un señor bajo, gordo; no sé quién era. ¡Qué bien hablaba! Era un pico de oro, y ¡qué sentimiento! ¡Cómo me emocioné! ¡Cómo lloré! Vaya a los mítines. Créame. Usted vive ciego. Por esto no sabe nada de lo que ocurre; ni de lo que intentaba este capitán...

—Oiga, y ¿cree usted que los fusilarán? —la interrumpió Juan Bausá. La idea aquella no le abandonaba; la perspectiva le aterraba.

—Son capaces de todo. No me extrañaría. Pero si fusilan a éstos, se levantarán otros. No lo dude. Hasta que se vaya el rey...

—¿Cree usted que se irá el rey?

—Si no se va le echarán. Está dictada ya su sentencia. La República es un hecho.

Juan Bausá se alejó más aturdido aún, dándole vueltas la cabeza. En su mente sólo veía ahora a aquellos dos hombres, encerrados en su calabozo, condenados a muerte. Pensaba que acaso tenían hijos y mujer, y en el fondo de su alma rogaba a Dios para que los salvara.

Capítulo VIII

ERA POR SEMANA SANTA; la Semana Santa llegó para él, por primera vez, sin alegría. Tras el fusilamiento de los dos capitanes, la agitación en el país no hizo sino crecer. Se reprodujeron las huelgas, los disturbios, las manifestaciones. España era como una nave sin gobierno combatida por una creciente tempestad. Juan Bausá veía, aterrado, acercarse aquella ola de violencia y crecer. Sufría por Mari Juana, sufría por su hija, sufría por los que veía en la calle; sufría por España. Nadie era capaz de arrancarle de aquella tortura; sólo el beber un poco le hacía olvidar de vez en cuando.

El domingo de Ramos salió al balcón. Era un domingo claro, como todos los años. La plaza estaba tranquila; el cielo era puro, sereno; todo parecía invitar a la paz y sólo el corazón de los hombres estaba oscurecido de odios, de rencores. Por la plaza, abajo, cruzaban niños con sus palmas, con sus ramos verdes, cogidos de las manos de sus padres, camino de la iglesia para la bendición. En otros años él salía en este día con su padre, con su traje nuevo y su palma, con su corazón infantil, rebosante de gozo; en otros años, ya mayor, salía con su hija, también ella con su palma, para acompañarla a la iglesia para la bendición. Hoy estos recuerdos sólo despiertan tristeza en su alma; hoy su alma está triste, a pesar del cielo azul, de las campanas, y de la paz que reina en el aire cruzado por bandadas de palomas; su alma está triste a causa de los hombres.

Abajo, en la plaza, van acumulándose más niños; van reuniéndose palmas, palmones y ramos. Las palmas ondean en el aire; se extienden como un bosque de oro; se oyen voces, risas. El aire es un puro alborozo de palmas, de sol, de alegría de niños. La iglesia debe de estar perfumada de incienso, con todas las luces del altar encendidas; por calles y plazas, por todas las iglesias de la ciudad; por las anchas avenidas, donde los árboles levantan al cielo primaveral el primer verdor trémulo de sus hojas; por todas partes habrá palmas, ramos, ondeando en manos infantiles, y el cielo será claro y azul, mientras la tempestad que ruge en el corazón de los hombres se acerca ya amenazadora; y luego, en seguida, vendrá el Sábado de Gloria, y las campanas serán echadas al vuelo en todos los campanarios de la ciudad por la resurrección de Aquel que quiso morir por los hombres.

Juan Bausá se acuerda de los tiempos lejanos; mira el bosque de palmas abajo, y los ramos, y los niños con su alegría. Poco a poco acuden a su mente las viejas narraciones, los cuentos inocentes escuchados o leídos; ve el buen Jesús entrando por las calles de Jerusalén, saludado con palmas y ramos, con gritos de entusiasmo y con alegres voces de bienvenida que resuenan en el aire claro. Y Juan Bausá sueña por un momento que también aquí, resucitado, podría entrar en esta hora por una ancha calle

de la ciudad, montado en su borriquito, saludado por millares de voces, por gritos de alegría, vuelto aquí para salvar otra vez a los hombres, entregados al odio y a la desesperación, más miserables que nunca, más esclavos.

Juan Bausá le ve ya adelantarse por el centro de la amplia avenida, bajo los árboles verdes, que mueven sus ramas como saludándole; y ve las gentes correr como locos a su encuentro desde todas partes; ve las gentes ansiosas de paz y de amor, anhelantes, sobre todo, de paz, saludándole con grandes voces, arrodillándose, llorando a su paso, llamándole, llenando el aire con el amplio clamor de todos los anhelos, de todas las esperanzas resucitadas.

Pero Él no vino. La Semana Santa transcurrió también entre odios y violencias; en los días santos corrió la sangre. En Tarragona, al ser embarcados para las Chafarinas los condenados por la sublevación de Jaca, la multitud trató de impedirlo; hubo tiros, protestas, golpes y, como siempre, se derramó sangre inocente.

Era la primera vez que la Semana Santa, el Sábado de Resurrección, llegaba para Juan Bausá sin alegría, preñado de extrañas nostalgias del pasado, de angustiosos temores ante el porvenir. No, este año no corrió con Lisa al balcón a la hora en que las campanas lanzaban al aire su alegría por la Resurrección del Señor. Las campanas este año habían de resonar en su alma con no sabía qué ecos de toque funeral por no sabía qué desgracias.

CUARTA PARTE

Capítulo I

POR FIN se produjo el gran acontecimiento. La sentencia de Ortega y Gasset se cumplía; los sueños de la señora María se realizaban, y nadie podía imaginar que lo hicieran tan bellamente, en medio de tanta alegría. Fue la bomba del prestidigitador; parecía cargada de dinamita; olía a muerte y a incendio y, de momento, estalló sólo en lluvia de cintas de colores, de brillantes fuegos de artificio, de voces claras de alegría, de vuelos de blancas palomas. «España —como se dijo entonces— se había acostado monárquica y se despertó republicana.»

La transición, en efecto, fue un sueño, y un sueño de hermoso despertar. Una oleada de júbilo estremeció de extremo a extremo a la nación. No hubo jornada más clara; no hubo día más feliz que aquél, y de alegría más unánime y más espontánea. Fue una hermosísima aurora, el cielo no tardó en cubrirse de nubes, pero nada quitaron las nubes de después al claro esplendor de aquel amanecer.

Toda la mañana, en la oficina, había reinado una extraordinaria animación; corrían los rumores más increíbles; se hablaba de la abdicación del rey; de proclamación de la República, de levantamiento, de revolución. En todas partes se advertía una extraña inquietud, una vaga zozobra. Todos hablaban excitados; todos iban y venían y nadie se ocupaba del trabajo. Hacia última hora de la mañana se produjo por fin el primer acontecimiento. Desde el balcón de la Diputación había sido proclamada la República. La confusión creció; las noticias eran contradictorias; nadie sabía lo que sucedía, pero a la tarde la República era un hecho.

Juan Bausá, después de comer, salió de su casa para dirigirse a la oficina. Iba aturdido, un poco angustiado por lo que sucedía, por los rumores, por los grupos de la plaza, por el movimiento y los comentarios. En el camino se vio sorprendido por una alegre manifestación. Era algo nuevo, insólito, desacostumbrado en la atmósfera de aquellos días. No era una manifestación como las que acostumbraba ver tan a menudo, como aquella entre cuya violencia estuvo a punto de perecer hacía poco en la plaza de San Jaime, con gritos de odio, blasfemias y amenazas; ésta era una manifestación juvenil, riente, con voces alegres, sólo con «vivas», con banderas al viento; una fiesta. La tarde era clara, tarde de primavera, con un sol sin nubes en un cielo suave; los árboles, en los paseos, se vestían de verde y en los jardines se abrían las primeras flores. El aire era tibio; el cielo, transparente, con vuelos de palomas y de golondrinas; la alegría del cielo y del aire parecía hacer eco a la alegría de los corazones.

La noticia se extendía por toda la ciudad como una creciente y jubilosa oleada, en la cual, poco a poco, se sintió también él sumergido. Arrebatado de gozo, con

lágrimas en los ojos por la luz que vertía el día aquel sobre la oscuridad de su alma, por primera vez, desde muchos días, levantó Juan Bausá los ojos hacia el cielo azul y respiró profundamente el aire puro, con el alma emocionada. Toda la zozobra se resolvía poco a poco en júbilo, en un júbilo que parecía penetrar hasta en los muros, hasta en las piedras de la ciudad. Juan Bausá lo iba sintiendo también en su alma, junto con la belleza del cielo, la suavidad benigna de la tarde, los cantos y la alegría de toda Barcelona, de toda España.

Cada vez más conmovido, Juan Bausá continuó su camino; más allá se encontró con un compañero de su oficina. Incluso éste parecía más bueno, como si también a su alma hubiera descendido algo de la belleza del cielo, del claro gozo del día. Aquel compañero, que antes apenas le hablaba, le trató esa tarde casi con afecto. Comentaron los sucesos con entusiasmo. Él, de pronto, miró la hora y quiso despedirse para ir al trabajo; pero el compañero le explicó que no había oficina, que iban a cerrar todos, tiendas y comercios, para celebrar el cambio, y le invitó a celebrarlo con él en el bar próximo. Juan Bausá advirtió que, en efecto, las tiendas, los comercios iban cerrando rápidamente las puertas, y la dependencia se lanzaba alegremente a la calle. Entraron en el bar y bebieron; pagó el otro, y luego quiso pagar él. Estaba conmovido por aquella prueba de fraternidad, desacostumbrada hasta entonces, y brindó sinceramente por la nueva República. La señora María tenía razón.

Salieron de nuevo a la calle. La oleada de entusiasmo crecía a medida que el día avanzaba; la alegría se contagiaba; pasaban grupos de muchachas cogidas del brazo y cantando; ondeaban banderas, y por todas partes se oían voces alegres que subían en la atmósfera clara. Una fraternidad como la que anunciaba la señora María, como la que él soñaba en su alma, parecía establecerse de repente entre los hombres. Fraternalizaban soldados y paisanos, y la Guardia Civil —cosa inconcebible y no vista nunca—, se daba la mano con los trabajadores; cerrados los talleres, grupos de jóvenes obreros, de los dos sexos, se habían esparcido por las vías céntricas; pasaban en nutridos grupos cantando; el aire se llenaba de cantos, la bandera tricolor empezaba a ondear en los balcones, en los edificios oficiales.

Cerca de Juan Bausá, en un centro político, se izó la nueva bandera; pasaba un capitán del ejército; se cuadró y saludó a la enseña de la nueva España.

Juan Bausá, desde el fondo de su corazón, ante aquella magna manifestación de júbilo, saludó también conmovido el advenimiento del nuevo régimen. ¿Quién dudaba de que de aquella alegría habría de surgir algo grande, algo luminoso y bienhechor? Parecía, en efecto, como si a él fueran a cambiarle el jefe; como si Mari Juana hubiera de descansar un poco de sus fatigas; como si la pequeña vendedora de fósforos hubiese de aparecer al día siguiente con un vestido nuevo y jugando en la plaza con otros niños; como si al día siguiente Nieleta fuera a cruzar por allí, como él la había visto en el Paraíso: revestida toda ella de alegría, y al lado de su hermano,

convertido en un apuesto mozo como sucedía en sus cuentos. Todos y cada uno de por sí, con respecto a sus preocupaciones, debían de alimentar el mismo sueño en aquella tarde maravillosa y única de Barcelona.

Para Juan Bausá la decepción llegó aquella misma noche, y su alma se sintió de nuevo triste y desasosegada. Había cenado alegremente. También Lisa había llegado radiante; una idea secreta le había hecho sentir más vivamente el júbilo que inundaba la ciudad; subida a un tranvía con otros compañeros, Lisa había girado por las calles dando vivas, cantando, sumergida de pleno en el gozo de aquella jornada. También Mari Juana, sugestionada por ellos, se mostró contenta.

Después de cenar, salieron un momento, llegando hasta la plaza de Cataluña; la ciudad estaba profusamente iluminada; ventanas y balcones aparecían engalanados, y una espesa muchedumbre circulaba por las calles y llenaba las terrazas. El aire, en la noche clara, vibraba todavía de canciones, que duraron hasta la madrugada. Toda Barcelona estaba en las calles.

Él se sentía fatigado y regresaron pronto a casa. Se acomodaron los tres en el saloncito y pusieron la radio. Esta noche —noche de contento— podrían escucharlo todo. Había discursos, proclamas, canciones cantadas a coro; la radio era un eco de lo que sucedía en la calle: un canto de júbilo. Y de pronto, en medio de aquel regocijo, una nota al parecer sin importancia, una nota triste turbó el ánimo de Juan Bausá. Era la noticia de la abdicación del rey y de su partida para el destierro. He aquí, pues, que había un hombre, aunque fuera uno sólo —por más que fuera rey— que en aquella noche de gozo para todos debía de sentir su alma acongojada. Juan Bausá sintió que su alegría se empañaba con la congoja que debía de afligir a aquel hombre. Empezó a figurárselo en esta noche, solo, abandonado de todos en su inmenso palacio solitario, adonde llegarían, como el oleaje de una tempestad, los ecos de la alegría del pueblo. Él estaría con su esposa, con sus hijos, algunos de ellos todavía muy niños; tenía cuatro, tal vez cinco; no lo recordaba bien, y él los había visto muchas veces en el periódico, sonrientes, felices. Recordaba, sobre todo, un retrato que le había hecho mucha gracia, que le había enternecido, y en el cual uno de los hijos, muy niño todavía, muy seriecito, vestido de soldado y con su gorro, de pie junto a su padre, que estaba sentado, hacía el saludo militar, vuelto de cara al objetivo.

Ahora pensaba en ese niño; y pensaba en los otros hijos del rey. Esta noche estarían allí en su inmenso palacio vacío, rodeando a su padre, tal vez llorando. También ellos habrían de seguirle en el destierro; habrían vivido siempre en su magnífico palacio, en medio de comodidades y de halagos, y ahora se verían obligados, también ellos —tan niños— a dejarlo todo, a dejar su hogar, y su tierra, acaso para siempre, y a vivir en un país extranjero.

Juan Bausá imaginaba el dolor del rey, pensando en lo que hubiera sido de él, si, de repente, le obligasen a dejar Barcelona, su hogar de la plaza del Pino, de donde no

había salido nunca, e irse con su hija y su esposa a vivir en un país extraño. Imaginaba también que tal vez iría sin dinero, sin nada, y que acaso sus pequeños habrían de pasar dificultades. Para Juan Bausá no había rey, como no había habido terroristas ni rebeldes: había sólo un hombre, con sentimientos como los suyos, con su esposa y sus hijos, amenazados todos por la más horrible desgracia.

Juan Bausá miró a su esposa y a su hija.

—¡Pobre rey! Para él será una noche triste.

—Sí, será noche triste —repitió Mari Juana.

Juan Bausá ya no pudo apartar de él su imaginación. Más tarde, en la cama, con el balcón abierto por donde penetraba aún, como un eco lejano, en un alto y claro rumor, la alegría de la ciudad, él no pensaba ya más que en el rey.

Al día siguiente el cielo amaneció despejado, de un azul brillante, como de fiesta; la ciudad estaba toda engalanada. Un sol radiante inundaba las avenidas; penetraba por las calles y plazas; brillaba en el verdor de los árboles. En el aire, en el ondear de las banderas, en el verdor de los árboles, en el frescor de la mañana parecía aún vibrar el eco de la pasada exaltación. Las gentes andaban con paso más ligero; se saludaban gozosamente; los rostros aparecían rientes, animados; una esperanza de no se sabía qué promesas parecía flotar en todos los ojos. Sin embargo, Juan Bausá no sentía ya alegría. Al salir a la plaza lo primero que vio fue a Nioleta con su hermano; vio al ciego con su violín, en el mismo lugar; tocaba una canción nueva; debía de ser *La Marsellesa*, pero parecía la misma canción; y hasta con aquella canción guerrera producía la misma sensación de melancolía. La señora María le salió al encuentro; casi le abrazó. Llevaba un vestido nuevo y estaba radiante; era, tal vez, el día más feliz de su vida. Juan Bausá le decepcionó con su falta de entusiasmo. Realmente, era un reaccionario, un cavernícola de la peor especie; no había nada que hacer con él.

—¿Pero usted no siente alegría?

—Sí, sí, estoy contento.

—¡Cómo lloré ayer! ¡Qué día, Dios mío! No creo que lo vuelva a vivir igual en mi vida. Por la noche fuimos con mi hijo y mi nuera a la plaza de San Jaime. Estaba atestada de gente; una aguja tirada desde arriba no hubiera llegado al suelo. Estaban todos los focos encendidos; la fachada del Ayuntamiento parecía de plata. Era como de día. La Diputación tenía todos los balcones abiertos, y todos con colgaduras. Hacía una noche hermosa. Cuando salió el Presidente al balcón la plaza se hundía; los aplausos y vivas duraron largo rato: la gente enronquecía y, de pronto, empezaron todos a cantar. ¡Qué efecto hacía, de noche, la plaza rebosando de multitud, y todos cantando! ¡Parecía que la plaza entera, con las piedras y los edificios, se hubiera puesto a cantar!

—Sí, sí... Debía de ser hermoso.

—Y ¿cómo no fueron ustedes?

—Fuimos a la plaza de Cataluña. También había gente; también cantaban. Era hermoso.

—¡Pero había que ver la plaza de San Jaime!

—Sí, sí. Me voy, señora María, se me hace tarde.

—¿Tarde? Pero, ¿hoy va usted al trabajo? Hoy es fiesta.

—No dijeron nada. Iré a ver.

La señora María le siguió con los ojos. «Reaccionario, cavernícola», murmuró para sí, pero con una mirada indulgente, como siempre, acordándose de sus bondades. «Ni siquiera hoy está contento.»

Juan Bausá estaba ya preocupado; ahora pensaba en el rey y en sus hijos, en los cuales, antes de aquel día, apenas había puesto atención. Lo olvidaba; pero, con el menor motivo, volvía a recaer en la misma idea. Éste era el asunto que en aquellos momentos le interesaba más, pero los periódicos apenas se referían a ello. Corrían también rumores contradictorios. Se decía que estaba en España, que estaba prisionero en el propio palacio, que había huido, que no había podido huir... Por fin pudo leer la noticia. Era una larga crónica con referencia minuciosa de lo que sucedió en el palacio aquella tarde. Estaba escrita con evidente simpatía hacia el monarca, fuera circunstancial o por convicción; campeaba también en ella un respeto algo anacrónico por las jerarquías y cierta admiración mal velada por los gestos heroicos y las actitudes dramáticas, con algo de solemne y emocionado. A partir del mediodía, en Madrid había empezado a notarse una enorme agitación. Hacia las tres, una imponente manifestación se dirigió hacia la plaza de Oriente. La muchedumbre se fue concentrando rápidamente en la Puerta del Sol. Los acontecimientos se precipitaban. Consultado el Comité revolucionario, señaló al rey un plazo brevísimo para que abandonara España y firmase su renuncia al Trono. «Antes que el sol se ponga —dijeron— la República será proclamada.»

Hacia el atardecer Madrid entero se había lanzado a la calle. Pasaban automóviles atronando el aire con sus bocinas, ondeando banderas rojas. El clamoreo crecía según pasaba el tiempo; se hacía amenazante. Una inmensa multitud rodeaba el alcázar en actitud amenazadora, contenida a duras penas por la fuerza pública. El rey se detenía a veces ante el balcón, para mirar a la plaza. Quizá pensaba entonces en las veces que aquella misma multitud se había estacionado allí para aclamarle. No hacía aún dos meses que, con motivo del regreso, de Londres, de la reina, había tenido que salir con su esposa a este mismo balcón para recibir la manifestación de entusiasmo más ardorosa; acaso, sobre este recuerdo, reflexionara amargamente sobre la rara inestabilidad de los sentimientos del pueblo. Pero no era hora de reflexiones. Ahora se trataba de su existencia; de la salvación de los suyos; se trataba de España. Si quería salvarlos, si no quería que la furia del pueblo estallase al fin en los horrores de una contienda civil inacabable, no había tiempo que perder. Entonces se discurrió el

medio para salir de España con la mayor urgencia posible. Alguien propuso aún que se organizara la resistencia; pero el rey se opuso decididamente, diciendo que por él no quería que se vertiese una gota de sangre (esto emocionó a Juan Bausá). Se pensó entonces que el monarca podría dirigirse a Irún, pero se desistió en vista de la excitación que contra él reinaba en las provincias del Norte; se pensó también en Portugal, pero se abandonó igualmente la idea. Por fin, el ministro de Marina ofreció seguridades para llevarle al extranjero en un barco de guerra, y el monarca se decidió por este medio. Habría, sin embargo, que llegar hasta Cartagena, donde le esperaba el «Príncipe Alfonso».

Había ya oscurecido. El rey se dispuso a marcharse. En palacio en aquella hora apenas quedaba nadie a su lado, aparte de su familia. Estaban sus cuatro hijos (Juan estaba en Cádiz en la Academia Naval) y sus demás familiares. Todos, o casi todos, le habían abandonado y hasta allí continuaban llegando los cantos y gritos de la multitud exaltada celebrando su caída. Allí dejaba a su familia; a su esposa y sus hijos, uno de los cuales, Alfonso, estaba enfermo en la cama (Juan Bausá se detuvo un instante, sacudido por un sollozo); en Cádiz se dejaba a don Juan, y también Cádiz ardía en fiebre revolucionaria. Dios sabía cuándo y cómo se le reunirían, o si simplemente se le reunirían alguna vez. Acaso, en esta hora, el drama reciente aún de la familia imperial rusa, exterminada por los bolcheviques, se cerniese sobre su alma, como una visión de pesadilla. La efervescencia aumentaba sin cesar en las calles, y todo, en aquella hora, se podía temer. Debieron de ser momentos amargos en que el oficio de rey debió de parecerle una pesada carga, pero supo mantenerse sereno y confortar a todos con su presencia de ánimo. Primero fue a la habitación de su hijo mayor para despedirse de él en el lecho. Se detuvo aún ante el balcón, para mirar una vez más abajo, a la plaza. Regresó y se despidió después de su esposa, de sus más íntimos allegados; lo hizo después de cada uno de sus hijos. Algunos no podían contener las lágrimas. Sólo el rey se conservó sereno hasta el final, animándoles con su presencia de ánimo y sus palabras. (Juan Bausá tuvo que hacer una nueva pausa. Luego terminó.) A las nueve menos cuarto salía Alfonso XIII de su palacio, que abandonaba para no volver más, camino del destierro. A lo lejos continuaba oyéndose el alto rumor de los cantos y gritos de la multitud, como el estruendo de una tempestad. En torno de él quedaban sólo algunos servidores, los más fieles, del palacio, y su guardia de alabarderos, que le rindió honores por última vez. Salió por la puerta llamada «incógnita», abierta sobre el Campo del Moro. Con él iba sólo su primo, el infante don Alfonso de Orleans. En tres automóviles le acompañaban algunos fieles, y detrás, cerrando la marcha, una camioneta de la Guardia Civil, con algunos números. Los pueblos celebraban con gran bullicio el advenimiento del nuevo régimen; por todas partes se oían cantos, voces de júbilo bajo la noche clara; así pasaron por Aranjuez, La Roda, Albacete, Murcia... En uno de los pueblos era tan

viva la efervescencia, que tuvieron que dar un rodeo, y por fin llegaron a Cartagena.

La noche estaba ya muy avanzada. Una muchedumbre silenciosa presenció la llegada del rey; le vio apearse de su automóvil y pasar desde él al barco de guerra. El «Príncipe Alfonso» partía a los pocos momentos con rumbo a Marsella. El alba empezaba a aclarar el cielo por Oriente. El monarca, de pie en la toldilla, permaneció con los ojos puestos en la tierra, hasta que la perdió de vista.

En el nuevo amanecer, el navío entraba en el puerto de Marsella. Era una mañana gris; los muelles y la ciudad aparecían envueltos en una densa niebla. El rey, mirándola, tenía un aire ausente. También aquí, si le quedaba tiempo para ello, podía reflexionar sobre las raras coincidencias del destino. Cinco decenios antes, en una mañana de principios de invierno, Alfonso XII, su padre, de diecisiete años de edad, embarcaba para España en este mismo puerto, pero con destino completamente opuesto al suyo. Aquél venía del destierro, e iba a la patria para ser recibido en ella triunfalmente, y para morir allí, tras un glorioso, aunque breve reinado, entre las bendiciones y el llanto del pueblo. Él venía de su patria fugitivo, perseguido por los gritos y las amenazas, que resonarían aún en sus oídos; ante él había una ciudad fría y solitaria y el largo camino del destierro. Al final del camino, aunque imprevisible, la muerte lejos de su patria. En esta ciudad se cruzaban sus destinos.

El navío se había detenido ya en la parte exterior del puerto. Era el fin. Alfonso XIII se despidió de los oficiales. Descendió después a la canoa, y, ya en ella, con voz enérgica, pronunció el «abre», con que se ordena la partida. Fue su última voz de mando.

Hasta este momento, Alfonso XIII se había mantenido sereno, había paseado, conversando con los oficiales, todavía rey; pero, en el momento de pisar tierra francesa, en el momento en que la canoa partía de nuevo, y mientras en el buque se izaba la bandera del nuevo régimen, el monarca fue acometido de una honda congoja y los ojos se le llenaron de lágrimas. Había dejado de ser rey. Era sólo un simple mortal, desterrado con los suyos de su patria, y en aquel instante quizá presintiera que no había de volverla a ver.

Juan Bausá apenas pudo terminar la lectura; sus ojos estaban arrasados de lágrimas, y la imagen del rey y de Sus pequeños no podía ya apartarse de su mente. Para él, todo el gozo de aquel cambio se había desvanecido en la amargura de aquel hombre al que él siempre había imaginado feliz.

Capítulo II

LA OFICINA se fue convirtiendo poco a poco para Juan Bausá en el antiguo lugar de sus torturas. El jefe, a medida que la nueva situación se fue estabilizando, superados los primeros momentos de incertidumbre, fue siendo el mismo de antes. Sin convicciones políticas, viviendo sólo para sus pasiones, sus egoísmos y concupiscencias, nada más fácil para él que adaptarse a la tendencia dominante. La ignorancia de los nuevos jefes en las cuestiones técnicas de los departamentos; su habilidad en el manejo de dichos asuntos, y, sobre todo, en el manejo de las personas, le granjeó fácilmente la confianza y hasta el aprecio de aquéllos. Con mayor motivo se convirtió, pues, ahora, en un hombre imprescindible; su influencia no hizo sino crecer, y todos los asuntos estaban en sus manos. Su soberbia creció con ese aumento, y se aplicó de nuevo a la vieja práctica de atormentar a los que no le eran gratos. Otra vez se convirtió Juan Bausá en el blanco de las alteraciones de su vejiga.

Además, la indiferencia creciente con que parecía acoger el viejo sus amenazas, tenía la virtud de irritarle más. El jefe había acabado por tomarle odio.

Juan Bausá se encontraba más triste cada día en el mundo. Con República o con Monarquía, con rey o sin rey, el mundo presentaba ante él la misma o parecida fisonomía. Juan Bausá iba sintiendo miedo ante la vida. Una escena que presencié aquellos días en la calle acabó de hacer desbordar el vaso de sus amarguras. Lisa estaba preocupada. Mari Juana lo había observado hacía ya tiempo: Lisa no era la misma de antes. Además, en dos o tres ocasiones había salido de casa muy compuesta, ocultando el objeto de su salida y regresando tarde. En vano había intentado Mari Juana interrogarla sobre el motivo de su aflicción. Lisa se excusó cada vez, asegurando a su madre que no tenía nada.

Él miraba angustiado. Lisa estaba pálida y ojerosa; en las comidas, estos días apenas probaba bocado. Un día él la había visto llorar; cuando menos se lo pareció. Se le acercó.

—¿Qué tienes, Lisa, hija mía? ¿Qué te pasa?

Ella aseguró que no tenía nada, y acarició a su padre, esforzándose por sonreír; pero a él, mirándola, se le partía el alma.

Y de pronto, a Juan Bausá le pareció que había descubierto el motivo de la secreta pena de su hija. Iba por la calle como siempre, distraído, con su aire ausente y atontado, cuando sus ojos se fijaron sin querer en una pareja de jóvenes que, por la acera, se acercaban hacia él. Era él, el joven que Juan Bausá había visto con Lisa; estaba seguro, y ahora iba con otra, casi abrazado con ella, hablando y riendo. Una terrible congoja, una pena infinita por su pequeña se apoderó de su corazón. ¿Era

posible que ese hombre prefiriese a aquella muchacha rubia, pintada hasta los ojos, con aquellos cabellos de un rubio casi blanco, teñidos, y su cara de desvergonzada, a su pequeña Lisa, tan dulce, tan sencilla y llena de bondad? A Juan Bausá no le cabía duda de que la causa de la tristeza de Lisa estaba allí, y lo comunicó a Mari Juana. Mari Juana quedó un poco sorprendida; y, de momento, dudó. Ella estaba convencida de que Lisa había renunciado definitivamente a aquel muchacho; sin embargo, pensó que tal vez se hubieran reconciliado después y él la hubiese dejado, en efecto, por otra, y fuera ésta la causa de su preocupación. Pero, en el fondo, Mari Juana adivinaba en la actitud de Lisa un misterio que no lograba aclarar. No obstante, no se atrevió a decirle nada y esperó preocupada también ella.

A Juan Bausá, en cambio, no le cabía duda sobre aquel hecho. A veces le venía incluso la idea de hablar con el muchacho (ignoraba que era el hijo del jefe), y hablarle de Lisa. Podía averiguar dónde vivía, esperarle a la salida de su casa, explicarle lo buena que era, y lo triste que estaba desde que él la había dejado, convencerle de que volviese con su hija. Él, viéndole con Lisa, le había cobrado simpatía a aquel joven. Apenas le había visto, pero le había parecido muy elegante, apuesto, jovial y decidor. Para él, con sólo verle acompañado de Lisa, había sido como si formase parte ya de la familia. No obstante, Juan Bausá nada hizo.

El cambio de régimen tampoco mejoró en nada la situación en su casa. Les aumentaron el sueldo; celebraron esta mejoría, pero todos los artículos habían subido en tal proporción, que las cosas, en vez de mejorar, empeoraron. Mari Juana se encontró muy pronto con mayores dificultades aún para llevar la casa adelante; Juan Bausá volvía a sumirse en aquel estado de los primeros días en que salió de la cárcel; la conciencia de su incapacidad, de su torpeza para defenderlas, volvió a despertar en su alma, más viva, más abrumadora.

Esta idea había surgido en él últimamente, por una alusión que había oído en la oficina, a propósito del despido de su hija. No lo entendió bien; no quiso tampoco preguntar, pero una dolorosa sospecha se afirmó en su corazón. En aquel despido adivinaba él ahora algo que le atañía personalmente. Tal vez Lisa no había sido tratada como merecía, tal vez estaba también en ello la causa de su pena; acaso estuviera disgustada con él porque no había sabido defenderla. Su deber era, quizá, ir al encuentro de su superior, y preguntarle, mirándole a la cara, por qué había despedido a su hija. Pero, ¿cómo podía hacerlo, si con sólo verle, con sólo que le llamara a su despacho se ponía a temblar? ¿Cómo lo haría, si él mismo se dejaba atropellar por él? Cada vez fue viéndose más como un cobarde, como un ser inútil; un hombre que no sabía dar la cara por los suyos y defenderlos.

Después Juan Bausá se acordaba de los que le habían engañado, pidiéndole dinero que no le habían devuelto jamás, y que ahora necesitaba él para su Lisa y para su mujer; hasta el recuerdo del viejo encargado de su padre le acudió a la mente, con la

sospecha de que también él le había defraudado. El mundo le fue mostrando un rostro duro, egoísta y cruel; Juan Bausá se fue volviendo cada vez más callado, taciturno; bebió un poco más. Se sintió invadido de una tristeza incurable ante la vida; se sintió casi enfermo de tristeza; pero entonces, pensando en su jefe, y era lo más triste que le sucedía, una leve llama de odio —por primera vez en su vida— se encendió, a su pesar, en su alma contra un ser humano.

Capítulo III

AQUEL DÍA era fiesta; no era, sin embargo, una fiesta importante, y casi en todas partes se trabajaba hasta el mediodía. Esta vez en la oficina no habían dicho nada. La noche anterior, Juan Bausá la había pasado casi entera sin dormir, atormentado por sus nuevas preocupaciones, que no hacían sino crecer. A última hora había estado con Mari Juana en el saloncito. Lisa dormía. Mari Juana, como siempre, se trajo el cesto de la ropa. Al sentarse exhaló un suspiro. Quedó parada un momento, y se puso a trabajar. Él la miró, con miedo casi de que ella lo advirtiese. Mari Juana estaba fatigada; no cabía duda. Había adelgazado más aún y estaba más descolorida. También los trabajos la fatigaban más. No se quejaba, pero esto se veía claramente; sobre todo, lo veía él, que tenía los ojos sobre ella constantemente, lleno de temor. Estuvieron poco tiempo y se acostaron casi en silencio. Pero él, después, con la luz apagada, no podía dormir. Pensaba en Mari Juana, pensaba en Lisa y en el porvenir, que se le aparecía de nuevo inseguro.

«Tendrías que hacer algo», se dijo, repitiendo lo que se había dicho tantas veces. «Podrías buscarte un trabajo y hacerlo por las noches, ayudar un poco en vez de leer y escuchar la radio. Hay muchos que lo hacen. Mari Juana va a enfermar. Acaso sea demasiado tarde.» Después pensó en su oficina y una sensación opresiva le hizo removerse en el lecho, como si se sintiera prisionero. Se durmió muy tarde, con estas cavilaciones, y al día siguiente se levantó, aturdido, colmada el alma de una infinita amargura.

Al salir a la plaza las primeras personas que vio fueron Nieleta y a su hermano. Les contempló un momento y se alejó. Una pena muy honda, un sentimiento como nunca lo había experimentado, de abandono y de soledad, fue apoderándose de él.

Un azar quiso que antes de llegar a la oficina se encontrase con un antiguo compañero de la tertulia, al que hacía mucho tiempo que no había visto. Él no tenía ya tierra, ni dinero; el otro llevaba prisa, pero él experimentó una alegría desmesurada, como si hubiese encontrado a un hermano, y ante él sintió brotar en su pecho toda la ternura dominada desde tantos días. El otro, por no defraudarle, le invitó a beber en el bar; este gesto, en su estado de ánimo, acabó de conmoverle. Después le invitó él, y volvieron a beber. Él se sintió de pronto locuaz; sentía su alma rebosante de tristeza y le hubiera confesado sus pesares al primero que encontrase a su paso, al primero que le quisiera escuchar. No podía ya hacerlo con Mari Juana ni con Lisa —así lo creía él—, pues eran ellas la causa principal de su aflicción, y esto aumentaba aún su tristeza. Volvieron a beber; hablaron de tiempos pasados. El otro le preguntó por Mari Juana, por su hija. Juan Bausá empezó a hablar de la bondad de

ella y de su hija, y, cosa extraña, a medida que hablaba sentía que su tristeza se esfumaba. Poco a poco se animaba, como si la sangre fuese circulando más ligera por sus venas, y en su alma nacía un irresistible deseo de compartir con todos este nuevo gozo, una viva ternura por los dos seres queridos. Antes de despedirse volvió a beber; rogó al otro que se quedara un poco más, pero éste se excusó alegando que le esperaban. Se separaron, y al despedirse, Juan Bausá casi le abrazó. Él se dirigió al trabajo.

En la oficina se respiraba un aire de fiesta; Juan Bausá supo en seguida que el jefe no había ido. Unos se entretenían leyendo; otros, disputando; algunos se habían ido ya. Juan Bausá bajó a la calle, se dirigió al bar y volvió a beber. Hoy era fiesta. Su alegría se hizo más dulce, más viva; sentíase enternecido; pensó en su mujer y en su hija, y experimentó la irresistible necesidad de decirles cuánto las quería, para que no interpretasen mal su actitud de los días anteriores. Luego, sintió que su ternura iba extendiéndose paulatinamente a todos los demás; a la señora María, al ciego de la esquina, a todo el mundo; hoy hubiera abrazado —lo sentía— hasta al propio jefe. Hoy se notaba con ánimos de acercarse a él, sí, de suplicarle: «No se enfade conmigo; seamos amigos. Yo, a pesar de todo, no le quiero mal». Invitó todavía a uno de la oficina, y, de haber tenido dinero, los hubiera invitado a todos, y hasta a los que pasaban, al primero con quien se encontrase: «Vamos, amigo, bebamos». Su bolsillo le permitía sólo hacerlo con aquél. Bebieron y volvieron a la oficina.

Llegó a casa bastante alegre y más locuaz que de costumbre. Abrazó a Mari Juana, y le dijo que la quería mucho. Ella le miró, extrañada ante esta actitud que contrastaba tanto con su reserva de aquellos días. «¿Qué le sucederá? —se dijo—. ¿Habrás bebido?» Y se extrañó, porque nunca había notado nada a este respecto.

Él preguntó por Lisa. Estaba dentro y fue a su encuentro. La abrazó, y le dijo también que la quería mucho, que no estuviese triste.

—Si no lo estoy, papá.

Y también Lisa se sintió sorprendida de aquel cambio.

—Mira, si quieres, te acompaño al cine. En esta casa no salimos nunca. También nosotros hemos de divertirnos. Iremos los tres, ¿verdad, Mari Juana?

Mari Juana pensó en el dinero, pero no quiso defraudarle en su inesperado entusiasmo. Además, y por extraño que le pareciese, pensó que tal vez había cobrado alguna paga extraordinaria, y que de aquí debía de proceder sin duda su euforia.

—Podríamos ir al Coliseum, papá —dijo Lisa—. Dan Luces de la Ciudad, de Charlot. Dicen que es muy bonita.

—Sí, sí. Me gusta. Me gusta mucho Charlot. Esta noche iremos al Coliseum. Tú también, Mari Juana. Iremos los tres.

La comida entera transcurrió en el mismo tono, y hasta más animada; él bebió más vino que de costumbre. Por la tarde no había oficina, pero él se sentía demasiado

feliz para quedarse en casa. Se acordó que no tenía dinero y le pidió un duro a Mari Juana. Ella le miró, alarmada, pero en vista de su naturalidad, reflexionó: «Será que necesita cambiar». Y le dio el duro.

—¿Sales?

—Sí, voy un rato.

—Pero, ¿no has dicho que no había oficina?

—No, pero saldré un rato por ahí. Me desperezaré un poco. Aquí en casa me enmohezco. Volveré temprano, y esta noche, ya lo sabes... —La abrazó de nuevo; volvió a decirle que la quería y se fue, repitiendo que volvería temprano y que se preparasen para ir al cine.

Mari Juana no supo responder. No podía pensar nada malo, y sin embargo, viéndole así y considerando sus palabras, se alarmaba. Cuando se fue, a ella le quedaba una vaga inquietud por él. Se lo dijo a Lisa, y también ella fue de su opinión.

—Es verdad; está algo raro.

Él, primero, se dirigió al café. Buscó si había algún conocido para invitarlo, para charlar con él y hacerle sentir su efusión, pero no vio a nadie. Pidió café y copa. Paseaba satisfecho los ojos por todos los asistentes; todos le parecían buenos y simpáticos; todos reían; todos eran felices; con todos le hubiera gustado charlar esta tarde amigablemente. Cada vez se hallaba más animado; una jubilosa excitación iba prendiendo en él, a medida que pasaba el tiempo y bebía nuevas copas. Se sentía feliz, bueno; sentía cada vez más un vivo deseo de comunicarse con los hombres. Los sentía a todos como hermanos. La vida, de repente, le parecía hermosa, y todas sus preocupaciones, todos sus temores le habían desaparecido.

Salió del local cada vez más agitado por aquel sentimiento, pero ya dando traspies: le quedaba aún dinero y volvió a beber, porque a la vez que su ternura, crecía su sed.

A media tarde se le había terminado el dinero; salió del último bar completamente ebrio; avanzaba por el centro de la calle, y todavía le era estrecha. Caminaba haciendo eses, yendo de un lado a otro, a punto siempre de caer. Fue avanzando al azar; no sabía adónde iba. Su alma estaba inundada de ternura; de una ternura suave, difusa, de un sentimiento inefable y bienhechor. Por las calles de la Catedral, avanzó camino de la Vía Layetana. Entró en ella por la calle de Jaime I. Torció a la izquierda, y subió un poco de cara a los grandes edificios. Se detuvo y miró hacia arriba, extrañado de pronto, deslumbrado, como si hubiera entrado en una ciudad desconocida. Era la Barcelona nueva, orgullosa, soberbia; la ciudad de los grandes negocios, de los bancos, con su fisonomía americana, sin árboles, sin poesía, sólo con la silueta imponente de sus enormes construcciones. Despachos y edificios habían cerrado sus puertas, y lo que por la mañana era una vía febril, llena de movimiento y de ruido, turbulenta y agitada, era ahora una ancha calle casi desierta; el barrio de una

ciudad abandonada. Un poco más arriba de donde estaba él, el urbano regulador del tráfico, con su casco blanco colonial, su uniforme azul a la moda inglesa, y la pequeña porra pintada de blanco, se aburría esperando. En el silencio en que estaba sumergida la vía, con el escaso tránsito de aquella hora, los altos edificios parecían aún más imponentes, más altos, aplastantes. En el fondo se veía una estribación del Tibidabo, un pedazo de monte en declive, recortándose vigoroso contra el cielo claro.

Él, hijo de la antigua Barcelona, enamorado de su paz, siempre se había sentido un poco extranjero en esta vía, un poco perdido; nunca le había gustado esta calle alborotada, de aire americano; había estado en ella muy pocas veces y a disgusto. Pero hoy era diferente. Hoy la Vía Layetana era una hermosa avenida de una hermosa ciudad, y por ella subían y bajaban los hombres, sus hermanos, y por ella pasaban mujeres con niños de la mano o en los brazos, y pasaban chiquillos corriendo. Todos eran bonísimos y el mundo era un paraíso; ¡qué bien se estaba en él! Él no tenía el destino vinculado a un empleo del que pudieran echarle o retenerle a capricho. Era libre; todos eran libres; todos tenían el sustento asegurado —la comida y el agua—, como las avecillas de Dios, y la Vía Layetana se había convertido en algo así como una antesala del Cielo. El día era hermoso; el cielo, hermoso, la calle, hermosa: todo era bueno y bello; toda una bendición.

La ternura de su alma crecía; su alegría crecía, y crecía su exaltación. Juan Bausá tenía ya lágrimas en los ojos. Sentía deseos de hacer bien, de querer más aún a los hombres, de ayudar a todo el mundo para que todo el mundo participase hoy de su felicidad.

Quiso subir a la acera y no pudo, y a poco más cae derribado; se empeñó de nuevo en subir, pero fue en vano. Desistió de su empeño; su alegría aumentaba; su ternura crecía, crecían su ansia de amor y de fraternidad.

Bajaba una mujer; se le acercó dando traspiés y le dijo una galantería, una torpeza. La mujer se alejó riendo de su facha y de su galantería. Él se sintió más feliz aún, más animado, más rebotante el alma de ternura, con deseos ahora de abrazarla, lleno de gratitud.

De pronto se puso a cantar; seguramente no lo había hecho en su vida, pero ahora la canción había brotado sola, espontánea, como la expresión viva de su felicidad. Hacía un extraño efecto cantando, grueso, desgarrado, con el sombrero ladeado, los pantalones algo caídos, la americana desabrochada, la corbata torcida y con el nudo muy bajo, y manchas de licor en la camisa. Pero él estaba con sus alegrías, con su alma de aquella tarde, ligera, aérea, como el cielo que brillaba en lo alto, y estaba en una hermosa vía de una enorme ciudad, donde los hombres, sus hermanos, iban y venían, y por eso cantaba, aunque nunca había cantado y por eso sentíase dichoso, como nunca se lo había sentido, y terminaba la canción y la volvía a comenzar. Era una canción vieja, oída acaso en su niñez, que le debió de impresionar; quizá le

acudió a la mente por casualidad, o porque respondiese en algo a su actual estado de ánimo. La cantaba muy mal, con voz desentonada y ronca, pero no se sabía qué ímpetu juvenil le infundía, y las palabras salían impregnadas de la rara, de la profunda ternura de su alma, y cantando se enternecía aún más. Cantaba sólo la primera estrofa —no debía de acordarse de nada más—, y la volvía a repetir, siempre la misma, cada vez más animado, con un entusiasmo más vivo:

*Solos los dos iremos,
solos los dos;
a nuestro rincón iremos,
solos tú y yooo...*

Parecía que en ella palpitaba para él algo de personal y muy íntimo, algo que se relacionara, por ejemplo, con Mari Juana, tal vez con Lisa, mejor con las dos a la vez, fundidas en una. El ritmo era, no obstante, muy vivo, y él iba marcando el compás con los pies. Dos pasos adelante, uno hacia atrás; dos pasos a la derecha, dos a la izquierda; y vuelta a cantar:

*Solos los dos iremos,
solos los dos;
a nuestro rincón iremos,
solos tú y yooo...*

Un intento de subir a la acera; ya tiene un pie en ella, ¡cuidado!, y otra vez abajo cayendo, y recobrando el equilibrio, vuelta a la canción: *Solos los dos iremos...* con ritmo cada vez más vivo, más animado.

Pasaba una muchacha de servicio.

Ni siquiera vio que era una muchacha. Se le acercó. Sentía un deseo incontenible de abrazar a todo el mundo; de manifestar en actos la ternura de su corazón, y sin pensar en nada, Juan Bausá pretendió abrazarla. Ella le dio un empujón; le insultó y Juan Bausá rodó, con toda su alegría, por los suelos. No hizo caso; no se indignó; debió de pensar que no le había comprendido; se levantó tras muchos esfuerzos y volvió a su alegría y a su canción, como si nada hubiera sucedido. Tras el fracaso, ya no intentó abrazar a nadie. Continuaba moviéndose atrás y adelante, a un lado y a otro, cada vez más torpemente, cada vez con el pantalón más caído, asomándole ya la camisa por entre el chaleco y el pantalón, y sin dejar de cantar. Ahora, cuando pasaba uno, hacía sólo el ademán de abrazarlo, pero se retiraba antes de hacerlo, como si recordase el batacazo, y siempre sin dejar de cantar, llevando el compás con los pies, atrás y adelante, a uno y otro lado. Tal vez por no poder comunicarse con nadie, por no tener con quien compartir sus sentimientos, se acordó de repente de su esposa, se acordó de Lisa. Su corazón se sintió enternecido ahora por ellas, que le querían tanto; los ojos se le llenaron de lágrimas. Continuaba cantando, pero ahora lo hacía con una

voz más triste, en un tono llorón y grotesco, y su canción sonaba casi como la canción de un payaso en la pista. Se acordó de Nieleta y tuvo deseos de ir a buscarla, de estrecharla contra su pecho y decirle toda la piedad que le inspiraba, todo el afecto que sentía por ella. Tenía los ojos llenos de lágrimas. A su alrededor se habían ido congregando algunos, que reían de su borrachera. Dos o tres chiquillos cantaban con él, burlándose. Él no veía a nadie. De pronto, se le ocurrió la idea más descabellada, la más loca que podía inspirarle su borrachera y su ternura de aquel día.

Hacía muy poco que había leído la partida del rey, que había dejado en su alma tan honda impresión; todo lo que había leído le fue acudiendo a la memoria en trozos sueltos y a través de ellos iba reviviendo la suerte del monarca. Le veía en su palacio, rodeado de sus pequeños, que lloraban, y despidiéndose de ellos; le veía marchando al destierro, a través de los pueblos de España, iluminados de fiesta, y él, solo, el único triste en aquella noche. Le nació una honda piedad, una honda simpatía por el rey y hubiera deseado que estuviese allí para abrazarle, para manifestarle sus sentimientos. También él era un desgraciado, una criatura del Dolor; y toda su simpatía, toda la ternura de su corazón se fueron concentrando en la figura del rey.

Entonces miró a su alrededor; vio vagamente las personas que le rodeaban; pensó que todos odiaban al rey, que habían contribuido a su desgracia, y, en medio de la fiebre republicana de aquellos primeros días, ante la gente que reía de él y le escuchaba, Juan Bausá, con toda la fuerza de sus pulmones, lanzó un «¡Viva el rey!», que resonó estentóreo en el silencio de la desierta avenida. Lo repitió aún más emocionado con su idea, más arrastrado por su ternura, y quiso repetirlo aún una tercera vez, pero ya no le dejaron. Algunos del grupo habían empezado a murmurar; uno gritaba indignado. Un joven, vestido con traje castaño, elegante, se destacó del grupo y le asestó un puñetazo en pleno rostro. Juan Bausá se desplomó. Un policía se acercaba corriendo con la porra en la mano; los golpes y puntapiés llovían ahora sobre él desde todas partes. A duras penas podía contener el policía a los circunstantes indignados, y únicamente con la ayuda de otro compañero que llegó en seguida, logró apartarlo del furor del público. A no ser por ellos, aquél hubiera sido sin duda alguna el último día de sus alegrías y de sus sufrimientos. Los policías lo llevaron hacia la cercana Comisaría. Ofrecía un aspecto lamentable; la camisa le asomaba por debajo del chaleco, sobre el pantalón caído; llevaba la americana rota, de un tirón que le habían dado; tenía el rostro inundado de sangre manándole sobre la camisa. Estaba llorando, y continuaba dando vivas al rey, como si se hubiera vuelto loco, y llorando. Uno de los policías sacó su porra de caucho, dura y flexible, y le asestó un golpe en la cabeza. Juan Bausá se dobló como un pelele y cayó al suelo derribado.

En el cielo de la Vía Layetana empezaba a avanzar el crepúsculo; los altos edificios destacaban sus contornos duros contra el cielo suave y proyectaban sombras

gigantescas en la calle; junto a los altos muros llenos de sombra, los hombres iban y venían como hormigas, insignificantes. Allá arriba, en el fondo, el Tibidabo era una faja de bruma violácea, y encima de ella, separado por una línea neta, concreta, el cielo destacaba purísimo, de una claridad deslumbrante.

Era ya noche cerrada cuando, ayudado por dos hombres, entró en su casa. Llegaba en un estado lastimoso; con los vapores del alcohol no del todo vencidos, pero sí lo bastante para que estuviera aterrado de su conducta.

Mari Juana había hecho la cena temprano, con la intención de ir al cine; Lisa estaba arreglada, pero la tardanza de él las tenía alarmadas y no sabían qué pensar. Lisa, en aquel momento, había salido hacia las Ramblas, impaciente ya y asustada, esperando encontrarle por allí. Mari Juana se había asomado varias veces al balcón, mirando si llegaba, invadida por creciente zozobra, temiendo que le hubiera sucedido algo. Mari Juana no se acordaba ya del cine. Así que le oyó, se lanzó escaleras abajo a recibirle. Al primer momento, creyó que había sido víctima de un accidente.

—Pero, ¿qué tienes, Juan? ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

Uno de los hombres rió. Él hizo una extraña mueca; la sospecha cruzó por el alma de Mari Juana y sintió una pena muy honda, unos deseos inmensos de llorar por él, por ella y por su hija. Dio las gracias a los hombres que, ante su actitud, habían dejado de reír, y ayudado por ella, en silencio, fue subiendo las escaleras. Le entró en el piso sin decirle nada. Experimentaba una infinita desolación, y apenas podía creer en lo que veía.

A duras penas pudo acompañarle hasta el lecho. Él se tendió sobre la cama, mirando a su mujer, como pidiéndole perdón. Mari Juana, sin embargo, desviaba los ojos para no verle. Empezó a quitarle la ropa; mientras le ayudaba, no pudo más y estalló en sollozos. Entonces le dejó solo y se fue a la cocina a desahogar su pecho de su terrible congoja.

Un momento después regresó; tenía ya los ojos secos, pero sentía una amargura inmensa y, a la vez, indignación, sin comprender cómo había podido hacer aquello. Mari Juana no pudo contenerse y empezó a afearle su conducta; le trató duramente y se echó a llorar de nuevo. Él, tendido en la cama, con el rostro hinchado y manchado de sangre, dolorido por los golpes, miraba a su mujer, le buscaba los ojos, con una angustiada súplica en la mirada. «No me riñas, Mari Juana —parecía decirle—; no llores. ¡Me haces tanto daño! Acostumbrado a que siempre me consolaste, ¡qué daño me hacen hoy tus palabras! ¡Por Dios, Mari Juana! ¡No llores! ¡No me hables así!» Y de pronto, sin poder contenerse:

—Me han pegado —dijo, estallando en sollozos—; me han pegado, Mari Juana. ¿Oyes? ¡Me han pegado! Y te veo a ti, y espero que me consueles, y también tú... Es cierto que he obrado como un infame, que me avergüenzo de mí mismo... que me avergüenzo de miraros, pero ¡si supieras qué angustia sentía, qué triste me

encontraba!... Y todo por ti, Mari Juana, y por Lisa... No me riñas, Mari Juana... ¡Si supieras el daño que me haces!...

—Pero, ¿cómo has podido?

—No sé qué me ha pasado, Mari Juana, Perdóname. ¡Dios mío, qué miserable soy!

Fuera en la puerta se oyó a Lisa que llegaba.

—¡Es Lisa! No le digas nada, Mari Juana, ¡por favor! ¡No le digas nada!

Lisa entró alarmada.

—¿Qué sucede?

—Nada. Tu padre... Se ha caído y se ha hecho un poco de daño...

Lisa entró corriendo, alarmada.

—¿Qué tienes, papá?

Al día siguiente Juan Bausá no pudo levantarse del lecho.

Él rompió a llorar. Le cogió la cabeza entre las manos, empezó a besarla, a pedirle perdón.

Capítulo IV

NO PODÍA MOVERSE, a causa de los golpes y las magulladuras. Aparte de esto, sentía un verdadero terror ante la idea de tener que presentarse en la oficina. Temía las burlas de los compañeros, pero lo que más temía, lo que le aterraba con sólo pensarlo, era tener que enfrentarse con su superior. De momento, Lisa se encargó de telefonar a la oficina, avisando de que su padre estaba indispuerto. En la manera como le contestaron, Lisa advirtió al instante que en la oficina se sabía ya lo sucedido.

En efecto, allí se sabía ya la noticia. La cosa fue, desde luego, agrandada en perjuicio de Juan Bausá, ya tenido como sospechoso de profesar ideas reaccionarias. Aparte de ello, se rieron mucho a costa de él y de su borrachera, pues el caso se supo con todos los pormenores, y con todos los pormenores fue explicado al jefe. Era la ocasión esperada. Él odiaba a aquel viejo; ahora liquidaría su odio; se vengaría de la hija, y colocaría de paso en su lugar a un pariente suyo, que le molestaba desde hacía tiempo para que le colocase en su oficina. Sin embargo, esperaría un poco. En el fondo acariciaba la idea de que la muchacha fuese allí a suplicarle por su padre... Sonrió satisfecho. Echarlo fuera era facilísimo; tenía el antecedente de haber estado ya una vez en la cárcel. Nada costaría añadir a los motivos el de «haberse emborrachado», aunque no fuera verdad. No obstante, el caso por sí solo, sobre todo en aquellos días, ofrecía bastante materia al expediente. El nuevo jefe superior, aunque recto y alimentando las mejores intenciones, no entendía nada en los asuntos del Departamento. Sentía, sin embargo, deseos de señalarse en él con alguna acción enérgica y cortar con un ejemplo los abusos ya proverbiales en aquellos centros, quimera en que suelen incurrir todos los nuevos y que suele durar lo que la novedad del cargo. Esto, al personal administrativo, ya ducho en tales cuestiones, le hacía sonreír; pero el jefe ahora lo aprovecharía; no sólo lo aprovecharía, sino que, además, aparecería a los ojos del ingenuo jefe político, como lleno de celo en el cumplimiento de su deber, y en hacer cumplir la ley sin contemplaciones. Tal vez incluso le ascendieran. Se restregó de nuevo las manos con satisfacción y se puso a la tarea. El expediente de Juan Bausá fue puesto en marcha. Tenía también en su contra una falta de asistencia reciente; la falta no era nada en sí, pero podía agravarse con el motivo. Testigos no le habían de faltar; allí tenía a sus fieles, dispuestos a hacerse apalear, si convenía, a un ademán suyo.

El expediente fue instruido y fue pasado a la superioridad. El jefe superior, en vez de llamar al interesado, como procedía, llamó al jefe, y se hizo explicar minuciosamente lo que sucedía con aquel funcionario. Al señor Arderiu aquello, naturalmente, le dolía mucho; lo hacía violentando sus sentimientos por tratarse de un

viejo funcionario, pero no había más remedio que tomar aquella resolución, dar un ejemplo de energía en el Departamento, si no se quería que cundiese la desmoralización. Se trataba, según él, de un borracho empedernido; de un pésimo funcionario, que con su mal ejemplo desmoralizaba a todo el Departamento, y sobre todo, de un reaccionario, enemigo del nuevo régimen, como lo había demostrado con sus repetidos vivas al rey. Tampoco en la oficina se recataba de manifestar sus ideas.

El jefe superior quedó convencido de la necesidad de proceder con energía y según la justicia, y alabó al subordinado por su celo y por anteponer el cumplimiento del deber a la benévola inclinación de su temperamento. Juan Bausá no tuvo quien levantara la voz por él en medio de aquel entusiasmo justiciero, y el expediente fue llevado adelante, como dijo lleno de celo el señor Arderiu, «sin contemplaciones».

Juan Bausá pasó un pequeño calvario aquel primer día en que tuvo que presentarse de nuevo en la oficina. Iba todavía vendado, y en la cara llevaba aún señales de golpes, pequeñas heridas. Las burlas, las indirectas, las injurias y risas no cesaron en toda la mañana, y toda la mañana, sentado a su mesa, se sintió cubierto de vergüenza, como si llevara un vestido sucio. Una cosa, sin embargo, le extrañó; le extrañó y le alegró en su inocencia: la actitud del jefe, el cual fue el único, en efecto, que nada le preguntó sobre lo sucedido; no le humilló; no le dirigió la menor recriminación. Otro, con un poco menos de buena fe de la que él tenía, hubiera recelado en seguida de aquella conducta tan extraordinaria. Él se alegró ingenuamente, y pensó incluso en ir a su despacho a disculparse y agradecerle su bondad.

Juan Bausá se puso a trabajar con ardor, sin moverse para nada de su silla, poniendo toda el alma en lo que hacía, levantándose el último y siendo el primero en llegar. Él hubiera deseado que el jefe le pidiera algo, que le mandara algún encargo, para poder demostrarle su gratitud y a la vez pedirle perdón por lo que había hecho. Había temido tanto las posibles consecuencias de su acto, que se había olvidado incluso de los motivos de disgusto que con él tenía, se había olvidado hasta de su hija. ¡Tanto le aterraba la perspectiva de quedar sin empleo!

Pero, una mañana de aquellas, al entrar en la oficina, Juan Bausá, encima de la negra cartera de su mesa, se encontró con un sobre azul dirigido a su nombre. El viejo funcionario lo tomó temblando; lo abrió, y sintió que el alma le desfallecía; los ojos se le nublaban y no podía terminar la lectura. En aquel oficio se le anunciaba su suspensión definitiva de empleo y sueldo.

Estaba sudoroso, removiendo el papel, que acababa de leer, entre sus manos. Quiso volverlo a leer, pero no pudo; no veía nada. Volvía una y otra vez la vista en torno suyo, como pidiendo auxilio; todos se hallaban abstraídos en su trabajo; sólo cuando él estaba distraído le miraban disimulando. Se dirigió al despacho del superior, para inquirir lo que aquello significaba, para arrodillarse tal vez ante él y

pedirle perdón, suplicándole por su hija y por su mujer. El jefe se negó a recibirle, y le hizo repetir que estaba despedido definitivamente. Volvió a entrar a la oficina, sin saber ya lo que hacía. La vieja mecanógrafa, compañera casi de toda la vida, la única con quien se trataba, se le acercó, sorprendida, pues tampoco ella sabía nada. Él le tendió el oficio.

La vieja quedó sin palabras. Temblaba de indignación. Luego, repuesta de la sorpresa, le aconsejó que no se dejara atropellar de aquel modo, que fuese a ver al jefe superior. Él se dirigió abajo; frente al despacho del jefe superior había gran número de gente esperando. Él se acercó al portero; éste, sin mirarle, le preguntó qué quería; él mismo le dijo que aquel era asunto del jefe de Departamento y que el jefe superior, para aquel asunto, no le recibiría. Juan Bausá se retiró, sin saber qué hacer, ni adónde acudir.

Recordó que en el oficio se le decía que podía pasar por la Caja, que se le pagaría la mensualidad. Fue allí apresuradamente, con la esperanza de que allí le darían una explicación; en realidad esperaba que le dijeran que el caso no era grave, que el despido, en fin, no sería definitivo. En la caja le pagaron la mensualidad casi sin mirarle, y casi sin mirarle le confirmaron que estaba despedido.

Salió más aturdido aún, como ebrio. No comprendía exactamente lo que le sucedía. Había temido demasiado aquella posibilidad; demasiadas veces se había horrorizado con sólo pensarlo. ¿Qué haría? Se sacaba del bolsillo el oficio; ponía los ojos en él, queriendo acaso convencerse de que no estaba soñando. Se encontró ante su casa como si se le hubiera llevado a través de las calles envuelto en una nube. Subió las escaleras torpemente; las piernas le flaqueaban; temblaba de pies a cabeza y tenía que ayudarse con el pasamanos. Saludó a Mari Juana sin mirarla, ocultando los ojos. No preguntó por Lisa, según acostumbraba, y se hundió en la salita, como buscando refugio en ella para su desventura. Sus manos, casi sin querer, tropezaron de nuevo con el sobre y con el dinero, y atento a que ella no entrase y le sorprendiese, ocultó ambas cosas atropelladamente detrás de la radio, donde había un pequeño hueco en la pared.

Mari Juana no dijo nada; no sospechó. Desde lo de su borrachera estaba extraño, y lo atribuyó a que todavía le duraba la vergüenza de aquel día. Tal vez en la oficina le habrían disgustado también. Era inevitable. Mari Juana le dejó solo.

En la comida estuvo constantemente distraído, torpe, sin despegar los labios. Mari Juana intentó distraerle haciéndole algunas preguntas, pero no lo consiguió. Contestaba con vaguedades y volvía a sumirse en su ensimismamiento. Comió muy poco, y mucho antes de la hora se dispuso a marchar. Cuando Mari Juana le preguntó por qué se iba, pues todavía no era la hora, él se encontró confuso y atolondrado. Contestó con torpeza, balbuceando una excusa, y se fue rápidamente, con temor de que le descubriesen la verdad.

Toda aquella tarde vagó atontado por las calles; pensaba en Mari Juana y en su hija; se decía que al fin lo habrían de saber, y esta perspectiva le aterraba, le llenaba de angustia.

Por la noche, llegó más tarde que de costumbre, estaba agotado de andar; parecía más viejo. Mari Juana le miró con preocupación creciente; quiso aún atribuirlo a la vergüenza de aquel hecho y tampoco ahora se atrevió a interrogarle. Él conservaba el mismo aire de ensimismamiento; tampoco habló apenas. Sin embargo, esta vez preguntó por su hija, que todavía no había llegado; se mostró excesivamente preocupado por la tardanza de Lisa, saliendo al balcón y volviendo a salir, para ver si llegaba. Pero después volvió a caer en la misma actitud de aturdimiento, sombrío, taciturno. Comió muy poco, sin levantar la mirada; se levantó, dijo que estaba fatigado y se fue a la cama, sin ánimos de pasar a la salita, con miedo de encontrarse con ellas y de que le interrogasen.

—¿No te encuentras bien? —osó preguntar Mari Juana.

—Sí, sí... Estoy cansado —repuso él, sin detenerse, incluso apresurando el paso.

Se acostó. Era tanta su fatiga, su abatimiento, que a pesar de su inmenso desasosiego quedose dormido al poco rato. Durmió hasta el día siguiente, con un sueño denso y pesado. Cuando Mari Juana despertó, le encontró con un brazo encima de ella, en una actitud que, sin explicarse el porqué, la conmovió tal vez con un presentimiento. Le apartó el brazo con cuidado de no despertarle y se deslizó fuera de la cama.

Mari Juana volvió poco después, extrañada de que no se levantara. Se hacía tarde; tenía el desayuno en la mesa. Mari Juana le tocó en el hombro:

—Juan...

Él despertó sobresaltado, se incorporó y miró a su mujer con ojos muy abiertos y expresión de extrañeza en la cara.

Se levantó y empezó a vestirse apresuradamente, equivocándose, sin saber lo que hacía. De pronto, se acordó de algo que había sucedido el día anterior. ¿Lo habría soñado? Fue haciendo memoria, angustiándose por momentos. Sin terminar de vestirse, salió con paso rápido hacia la salita. Se dirigió al rincón donde estaba la radio, y palpó el hueco donde había dejado los papeles. Estaban allí. Todo era cierto. Se dejó caer en el sillón, sin valor para nada, paralizado de temor, lleno de perplejidad. Mari Juana le advirtió desde fuera por segunda vez que tenía el desayuno en la mesa, y que se le haría tarde. Volvió al dormitorio; terminó de vestirse; se desayunó maquinalmente y salió a la calle como si huyese.

Empezó a caminar hacia la oficina. Casi treinta años llevaba, día tras día, haciendo mañana y tarde el mismo camino. Podría recorrerlo con los ojos vendados. Ciegos de la Boquería, Boquería, Cali... Se detuvo junto a la entrada. A su lado estaban sentados los eternos guardias de uniforme, fumando. Se apartó a un lado,

disimulando tras una columna. Entraban los funcionarios como cada día. Él tenía prohibida la entrada. Era como si le hubiesen arrojado del Paraíso, y hoy, sólo para él, estuviese junto al ancho portal el ángel irritado con su espada en la mano levantada. Sí, el Paraíso, porque allí estaba el bienestar de los suyos, su existencia, su comida diaria y su vestir. Y ahora, ¿qué haría? Un sentimiento de terror le paralizaba. Se volvía contra sí. ¿Cómo pudo caer en aquello? ¿Qué genio maligno le llevó a beber? Se alejó con temor de que le viesan; se perdió hacia la calle de la Catedral. Iba sin rumbo; sin saber qué haría y con deseos de llorar.

Al mediodía regresó a su casa, y al día siguiente volvió a levantarse como si fuera a la oficina, cada vez más abatido, más aterrado.

Un día se encontró a la vieja mecanógrafa y se dirigió a ella con alegría, como si hubiese descubierto su salvación. La anciana estaba indignada, más aún que el primer día.

—Han cometido con usted una canallada, una infamia...

—Estoy muy apenado, Antonia, créame. Pero, no sé qué hacer. Estoy en una situación terrible... Ha sido una crueldad, ¿verdad, Antonia?

—¿Una crueldad? Peor que una crueldad. Ha sido una infamia digna de él. Usted tendría que buscar influencias. Procurar que hablase alguien con el jefe superior. Usted no conseguiría verlo; ya se cuidará el otro de que no lo vea usted. ¿Sabe por qué lo ha echado?, porque todo es obra de él, créame; pues le ha echado para colocar a un sobrino suyo en su lugar. Ése ocupa ya la mesa de usted. Entra todos los días a las doce, si es que viene, y apenas mira el trabajo. Usted se preocupaba por firmar; él no había firmado ni un solo día.

Calló. Apenas podía concebir lo que le decían; pero no había duda de que era así. Le costaba mucho odiar; representaba para él una violencia terrible, algo que iba contra todas las inclinaciones de su alma, pero sintió que la llamita de odio, allá en el fondo de su ser, crecía en él contra aquel hombre y se agrandaba.

—Pero, ¿es posible que...?

—¿Si es posible...? Usted no ve nada. Tiene demasiada buena fe. Es lo más ruin, lo más bajo que existe. ¿Por qué cree que echó a su hija?, ¿porque había terminado su trabajo? Je, je —se rió—. Para la que él quiere no se termina nunca el trabajo. Su hija es muy buena; no ha querido disgustarlo y le ha ocultado la verdad. Pero yo le digo que él la despidió por otra cosa. No quiero hablar más. Usted créame a mí. Busque influencias. —Y la señora Antonia se alejó.

Volvió a casa más taciturno, más abstraído aún; se movía como un sonámbulo. Todavía huía más de encontrarse con su mujer y con su hija. La menor pregunta le conturbaba, le llenaba de sobresalto. Un día de aquéllos, después que él se hubo levantado de la mesa, Lisa le dijo a su madre:

—No sé qué tiene papá. Desde que pasó aquello, no parece él. Dijérase que se

siente avergonzado ante nosotras. Tal vez, sin querer, le ofendiste tú, mamá, con tus palabras; debió de sentirse herido.

—Pero, ¡si no le dije nada! ¡Dios mío! ¿Será posible? Yo no le quise ofender, ya lo sabes, Lisa. Pero me disgustó tanto verle de aquel modo, me dio tanta pena y me indignó tanto a la vez, que no pude contenerme. Te lo juro, Lisa, apenas le dije nada, menos para que se ofendiera así...

A pesar de todo, Mari Juana empezó a sentirse preocupada; se dijo que su hija debía de tener razón, que él debía de sentirse ofendido. Se levantó y se fue a verle a la salita. Él pretendió levantarse, salir.

—No te vayas, Juan, quiero hablar contigo.

Se sobresaltó, como un niño cogido en falta. Mari Juana se sentó a su lado.

—A ti te pasa algo, Juan. Hace días que no eres el de siempre. ¿Quieres decirnos qué te sucede? —Él la miró, asustado, diciendo que no con la cabeza, con deseos de huir. Ella continuó en el mismo tono, dulcemente—: Si es por aquello, olvídalo, Juan; nosotros lo hemos olvidado. Si te hice daño, fue sin querer. Perdóname. —Calló, mirándole, y le puso la mano en el hombro.

Él la miró. No podía contener las lágrimas.

—No, no, Mari Juana... No... Adiós, Mari Juana, tengo que irme... Se me hace tarde. No, no, Mari Juana...

Y se fue, como si le persiguiesen. Y ya fuera, no pudo contener el llanto, pensando en su mujer. ¡Dios! ¡Cuán lejos estaban de sospechar la verdad! Y él, ¿cómo podría decírsela? Cuando se alejaba por las calles, todavía le caían las lágrimas; pensaba en ella, en su ternura. Se acordó de las palabras de la vieja mecanógrafa, y sintió encendérsele el alma en odio contra aquel hombre que era el culpable de todo: ¡ah, si Dios no le hubiese hecho tan cobarde! Era él el causante de su desgracia; tenía él la culpa de que le hubieran echado; por él amenazaba el hambre a su Lisi y a su Mari Juana...

Estaban ya a veinte del mes; se acercaba el día de cobro, aquel día que veía llegar con terror. Hasta entonces podía continuar engañándolas, haciéndoles creer que iba cada día a la oficina; aquél sería el último y se acercaba inexorable. Ella, Mari Juana, esperaría que le llevase el dinero, para pagar lo que tenía ya pendiente. Y antes de llegar ese día él tendría que confesárselo todo; tendría que encararse con su mujer. «Mira, Mari Juana, querida... ¿sabes...?» No, no lo sabría decir... Le aterraba. Era como un hombre arrastrado por una corriente impetuosa, sin fuerzas para luchar, y que mira acercarse el remolino donde se ha de hundir.

Ahora no podía mirar a Nieleta; no podía detenerse con nadie, ni ver ni oír desventuras ajenas. Sólo pensaba en los suyos. Porque, ¿qué sería de ellos? No quería pensarlo. La idea del jefe —su odio— le fue absorbiendo, obsesionándole con la conciencia de la propia cobardía, del reproche de su alma contra sí mismo. Una

mañana se levantó con una decisión, aunque no muy firme. Temblando, cogió un cuchillo, se lo ocultó en el bolsillo interior de la americana y se dirigió hacia la oficina. Le esperó a la salida, oculto detrás de una esquina; le vio de lejos y, a su sola vista, se sintió de tal modo aterrado, que comprendió que nunca podría hacer nada contra aquel hombre. Sentía bien que, si al acercársele, al levantar el arma para herirle, él se volviese de repente, le caería el arma de las manos y sería capaz de pedirle perdón: «Perdón, señor», exactamente como cuando se le hacía tarde y él le llamaba a su despacho. Comprendía que era en vano luchar contra aquel sentimiento. El hábito de la servidumbre había echado raíces demasiado hondas en su alma; eran demasiados días de excusarse, de pedir perdón. Y esto no podía borrarse en un día. Era más fuerte que él. Sin embargo, llegó a tanto su desesperación que Juan Bausá fue a esperarle aún una vez más a la salida de la oficina, fue siguiéndole por la calle un largo trecho. Llovía; él, el jefe, iba envuelto en su impermeable, con su rostro verde, los labios finos, apretados, con las manos en los bolsillos. Pasaba poca gente, y no podía escoger momento mejor para su venganza, pero caminaba a la altura de él, sin atreverse a nada. Sólo de trecho en trecho le miraba de reojo. Recordaba cómo le había tratado; las humillaciones que le había inferido; el despido de Lisa; la miseria que les amenazaba por su culpa... Pero en vano: nada era lo bastante fuerte que lograrse dominar su instinto. La palabra «cobarde» restallaba en sus oídos continuamente, como un latigazo, repetido. «Eres un cobarde.» No podía. Y sin embargo, de una cosa estaba seguro: Juan Bausá sentía que, a pesar de todo, si aquel hombre hubiese ofendido a su hija, a su Lisa, en su presencia, entonces él no habría vacilado; se habría convertido en una fiera para defender a su hija; se hubiera ensañado contra él con uñas y dientes. Pero necesitaba aquel estímulo. Sin aquello no lo haría; lo sentía bien, a pesar de hallarse ya convencido de la ofensa, y de que, sobre ofenderla, les había hundido ahora en la más horrible situación. A pesar de ello, no podía. «Eres un cobarde —se repetía—; no sabes defender a los tuyos. Eres un miserable.» Y regresaba a casa, con la misma desesperación, sin haber hecho nada.

Entretanto se acercaba el día de cobro. Él veía llegar ese día como el condenado mira llegar el día señalado para su suplicio.

Capítulo V

EL CIELO amaneció encapotado; las calles, los muros, los empedrados parecían sumidos, ya de madrugada, en una atmósfera sombría, como de anochecer. Una densa masa de cúmulos avanzaba desde el Norte por el cielo nublado, ensombreciendo más aún el día. Juan Bausá había dormido muy poco aquella noche, y su sueño, en lo poco que había dormido, había transcurrido inquieto, interrumpido por súbitos sobresaltos, entre fragmentos de pesadilla. Se levantó, se lavó y se fue al saloncito, sin pasar por el comedor. Desde el comedor le llegaba la voz fresca de Lisa; después, la voz baja, cansada de su mujer. Hoy estas voces le penetraban en el alma, le conmovían como nunca. Era como si hubiera muerto y las escuchase ya desde el otro mundo.

Ellas debían de estar ahora desayunándose. Él no tenía apetito. Se encontraba cansado; le dolía la cabeza y se sentía en una profunda postración de todo su ser, como si acabase de llegar de un viaje largo y pesadísimo, como efectivamente llegaba. Cerca de un mes, día tras día, no había hecho más que caminar de un lado a otro, sin rumbo y sin objeto, a través de las calles, mirando acercarse este día; había venido saliendo por la mañana de casa y regresando al mediodía, volviendo a salir por la tarde y regresando a la hora de siempre, haciéndoles creer que iba a la oficina. Pero esto ha terminado y ha llegado la fecha fatal: el veintiocho. No es posible dilatarlo más; no puede escapar. En otro tiempo, este día era alegre. Cuando trabajaba Lisa en la oficina, ¡qué feliz era él en este día! El veintiocho era casi festivo. Desde la primera hora, la oficina presentaba un aire de fiesta y hasta él, el culpable de todo, parecía ese día de mejor humor, más amable con todos. Abajo en la Caja hacían esperar un rato, y en la antesala había siempre grupos de jóvenes que charlaban alegremente. Él y Lisa bajaban juntos a cobrar. Arriba se cumplían los trabajos más urgentes; se despachaban los asuntos del día, y sí no había nada extraordinario, se salía un poco antes de la hora. Si el trabajo estaba terminado, después de cobrar, muchos ya no volvían. Entonces Lisa y él —siempre salían juntos— tomaban por la calle Fernando, o la de la Boquería, y se dirigían a las Ramblas. A él nunca le habían gustado las Ramblas, pero con ella era diferente; con su Lisa al lado en todas partes se encontraba bien.

A veces llegaban hasta Colón, y en uno de los bares cercanos al puerto, a la vista de los grandes barcos, se sentaban a tomar un refresco. ¡Cómo gozaba él, sentado allí, al lado de su hija, con el mar enfrente, mientras la pianola tocaba pieza tras pieza, y a sus acordes se detenían a veces a bailar los pilluelos del puerto! Entonces Juan Bausá no sabía aún qué era esta pequeña felicidad de bajar a la Caja y dirigirse después a su casa, para entregarle el dinero a Mari Juana; ahora sí lo sabe, porque hoy, por más

que se esfuerce, aunque clame y se desespere, no lo podrá hacer. Y Mari Juana está allí, tan confiada. Esta mañana, ayer, habría dicho en la tienda: «Hoy cobra mi marido; esta tarde o mañana le pagaré». Y el tendero: «No se preocupe, Juana; no sufra», porque sabe que nunca faltó. Y hoy, aunque se hiciera pedazos, no lo podría llevar. Veintiocho. Allí está, terrible, como una sentencia sin apelación, como un castigo. ¿Qué hará? ¿Adónde irá? Lisa ha entrado. Él ha desviado el rostro, asustado, temiendo acaso que le lea en los ojos la verdad.

—Adiós, papá. —Le ha besado, y él ha sentido que las lágrimas le acudían al punto a los ojos. Ella estaba ya en la puerta, y él todavía no había vuelto de su aturdimiento. «Adiós, papá»... Y, sin embargo, hoy hubiera querido también él decirle adiós. «Adiós, hija mía», y besarla. Como si no hubiera de verla más. «Adiós, papá»... «Adiós», murmura aún maquinalmente, inundado de lágrimas el rostro.

Y, no obstante, ella parecía feliz. Hasta él lo notó, a pasar de su turbación. Sí, Lisa estaba contenta. Tal vez...

—El desayuno se te está enfriando, Juan, ¿no sales...?

—Sí, sí, ya voy...

La oye que se aleja hacia el dormitorio. Mari Juana empieza ya la tarea, como cada día, como si nada sucediese, confiada, tranquila.

Él tiene el desayuno sobre la mesa, pero no siente apetito. Una viva angustia le oprime la garganta, le pesa sobre el estómago; aunque se esforzara no podría comer. Mari Juana está arreglando la cama. Saldrá para irse y le dirá adiós. Él quería que saliera a la puerta; le gustaría besarla hoy, como a su hija. «Adiós, Mari Juana.» Como si no hubiese de verla más.

Se levanta; coge su sombrero; mira el desayuno. Después ella irá al comedor y verá que no se ha desayunado. Pero no puede. Se aleja, arrastrando los pies; se detiene un momento de cara al dormitorio. Las piernas le flaquean; la angustia le ahoga; las rodillas parecen doblársele y las lágrimas pugnan por asomarse de nuevo a sus ojos.

—Me voy, Mari Juana. Adiós. —La voz ha sonado trémula, ahogada. Mari Juana, sumida en su trabajo, no lo advierte. Desde dentro, sin dejar de trabajar, le contesta:

—Adiós, Juan.

Como siempre, tan natural y tan dulce; como cada fin de mes en que él se iba, y a la vuelta le entregaba los billetes, y ella los ponía en el armario, en el pequeño cajoncito, sin contarlos.

Bajó las escaleras; iba completamente abstraído. Al llegar abajo se detuvo un instante como si vacilara. Luego, inconscientemente, empezó a caminar en dirección a su oficina.

No sabía por qué había ido allí. Se detuvo junto a la puerta; luego, traspasó el umbral. Los guardias estaban, como siempre, allí, paseando junto a la entrada. Se

apartó a un lado ocultándose detrás de una columna. Desde allí vio a las muchachas, las mecanógrafas, pintadas, elegantes, perfumadas, algunas con sus sombreros puestos, que bajaban la escalera, camino de la Caja. Bajaban alegremente, como siempre, charlando y riendo. Algunas, acompañadas de jóvenes, regresaban ya, después de haber cobrado. Juan Bausá se sentía intimidado como un niño, sin fuerzas ni valor para nada. No obstante, avanzó hacia la entrada. Y, de pronto, sin saber por qué, sintió levantarse en su alma una vaga esperanza. Le parecía demasiado dura la verdad; le parecía que no podía ser. Acaso se hubieran engañado y no se tratara de una cosa definitiva. ¿Era posible que con un simple papel, así, en un instante, se quebrara tan terriblemente el ritmo de su vida, se condenara al hambre a él y a los suyos? Se dispuso a entrar. Probaría.

En aquel instante vio a uno de su oficina, y Juan Bausá retrocedió. Se ocultó de nuevo detrás de la columna y esperó a que pasara. Salió a la calle asustado. Se alejó hasta un callejón cercano, y oculto tras la esquina fue espiando la salida de sus antiguos compañeros. Cuando le pareció que no quedaba nadie, volvió a acercarse, pero esta vez lo hizo sigilosamente, como un ladrón, acobardado y trémulo, y se internó por el vasto edificio. Nunca le había parecido tan vasto, ni él se había sentido tan pequeño, tan poca cosa. Ante la ventanilla de pago, había aún dos muchachas. Juan Bausá esperó todavía. Se alejaron las dos, y él, pasado un momento, avanzó poco a poco y pesado, como si llevara plomo en los pies. En su pecho, el corazón parecía haber dejado de palpar. Se detuvo ante la ventanilla; asomó la cabeza buscando al pagador. Le sonrió.

—Llega usted muy tarde.

Se animó; casi no respiraba.

—Sí, sí... Es que...

El otro buscaba su nombre en la lista. Él temblaba de pies a cabeza; la opresión le ahogaba.

—Pero, usted 110 figura en la nómina. Ahora lo recuerdo... Está usted cesante...

—Es que yo... ¿Sabe?...

—Lo siento, pero yo no puedo hacer nada. He de atenerme a la lista...

Y le cerró la ventanilla en la cara, como si cerrase ante él la puerta de la vida.

¿Qué hará ahora? ¿Adónde irá? Permaneció un momento allí, sin ver a nadie, sin preocuparse ya de que le vieran, como arrojado en un lugar desierto, en el frío y en la soledad. Comenzó a caminar hacia fuera, lentamente, más pesado aún, ensimismado. Era tarde. El enorme edificio estaba casi desierto. Aquí y allá se veía un empleado, de uniforme, paseando. Se encontró en la calle. Miró a un lado y otro, sin saber adónde ir. El cielo sobre la plaza estaba oscuro. Soplaban ráfagas de aire húmedo; no obstante, se dejaba sentir el bochorno. La lluvia se presentía cercana. A lo lejos se oyó el estallido de un trueno. Empezó a andar, sin saber hacia dónde, pero caminaba

hacia su casa. Había andado ya un buen trecho. Estaba en la calle de la Boquería, a punto de doblar la de los Ciegos, cuando se detuvo, de pronto, sobresaltado, como si despertase. Mari Juana estaría allí cerca, esperándole, tal vez impaciente por los pagos, y él había de llevarle el dinero. No, no podía ir a su casa, no podía enfrentarse con Mari Juana y decirle... No podía. Retrocedió asustado, con temor de que le viesan y empezó a andar en sentido contrario, sin rumbo.

Ahora caminaba confundido con una multitud indiferente, y en medio de la inmensa ciudad caminaba más solo que si estuviese en un desierto. El cielo estaba cada vez más sombrío, como si acompañara a su alma. Tal vez lloviera. Pero ¿qué le importaba? Uno que pasaba casi corriendo le dio un empujón. Continuó su camino; más allá tropezó y estuvo a punto de caer.

Parecía no darse cuenta de nada. Continuaba avanzando. ¿Qué representaba él, Juan Bausá, un pobre funcionario cesante, un insignificante funcionario, qué significaba él con toda su angustia, en esta inmensa ciudad indiferente? Nada. Nunca había sido nada, pero hoy era menos que nada. Era una mísera hormiga, y uno podía pasar y aplastarle con el pie, así, como se aplasta a una hormiga, y aplastar con él a toda su familia. Poco a poco, la débil llamita de su odio volvió a encenderse, a su pesar, en el fondo de su alma. Era una necesidad, y para alimentarla, se acordaba de las palabras de la vieja compañera de oficina. La imagen odiada del jefe se levantaba ante él, y aún ahora, en su desesperación, su evocación le producía el mismo escalofrío de miedo. «¡Cobarde!» La palabra volvía a restallar en el aire, junto a su oído, en su alma. «¡Cobarde! ¡Cobarde!»

Ahora saldrá él; tiene que salir. Podría esperarle detrás de una esquina; lanzársele encima, morderle, ensañarse con él, con uñas y dientes. «Ofendió a tu hija, y tú la has dejado ofender. No eres nadie. No le esperarás; no harás nada. ¡Cobarde! ¡Cobarde!» «Pregúntele a su hija por qué la despidió, pregúnteselo. Es un canalla. Ahora, en el puesto de usted, ha colocado a un sobrino suyo.» «Y no harás nada. Vas por la ciudad más solo que un niño en una selva; perdido. Te han ofendido. La ciudad gira indiferente, sombría, tumultuosa, insultante. Y eres en la ciudad como una hormiga, que uno puede, si le da la gana, aplastar con el pie, y aplastar con ella a su familia. Así, como a una hormiga. No eres nada.»

Hablaba solo y seguía marchando, sin rumbo. Había dado la vuelta por detrás de la Catedral, y de nuevo, sin él decírselo, sin saberlo, se dirigía a su casa por la parte alta. Estaba en la calle de la Paja; cerca ya de la plaza. Se detuvo y retrocedió otra vez. Volvió por detrás a la plaza de San Jaime, dando un amplio rodeo, y por la calle de la Boquería —siempre en torno a su casa—, se dirigió hacia las Ramblas. El calor era sofocante. Se detuvo fatigado; estaba sudando, tenía la garganta seca, y de pronto se sintió atormentado por la sed. Se palpó los bolsillos; no llevaba dinero. Esta comprobación pareció acrecer su sed; su necesidad de beber se hizo más violenta,

irresistible. Siguió apresuradamente hacia el final de la calle. Allí estaba la fuente, con sus tres caños manando sin cesar. A aquella hora no había nadie. Juan Bausá pisó con tanta prisa el pequeño escalón, que tropezó, dando casi de pecho contra la pila. Se irguió, sin hacer caso, se asió con una mano a uno de los caños, hundió la boca en el chorro y bebió un largo trago, sin tomar aliento. El agua manaba con fuerza y le salpicaba las ropas, pero con la sed no se daba cuenta de nada. Se retiró completamente mojado. Se enjugó el sudor de la frente, y permaneció un momento indeciso, sin saber qué hacer ni qué camino tomar. Empezó de nuevo a andar; se alejaba otra vez por la calle de la Boquería; otra vez en dirección a su casa...

Frente a los Ciegos pareció vacilar un instante; desde allí, adentrándose dos pasos, vería el balcón de su casa. Acaso en el balcón... Hizo ademán de adelantarse, pero la idea de que Mari Juana o Lisa pudieran verle le hizo retroceder asustado. El cielo sobre estas calles estrechas aparecía más sombrío, más bajo y oprimente; la circulación era muy escasa; a aquella hora, por aquellas calles, parecía andar por una ciudad abandonada bajo la sombra creciente del nublado.

Se oyó de nuevo tronar, un poco más cerca, por el lado de San Andrés. Él continuaba andando. No pensaba nada; no sentía los truenos, ni la proximidad de la lluvia; ni sabía si estaba nublado o sereno, si llovía o lucía el sol; sólo el terrible hecho estaba presente en su alma, y se movía con una sensación de encarcelamiento. El destino le había preparado una trampa, y él se agitaba en ella prisionero, como un animal cogido vivo, sin posibilidad de escapar. Se movía completamente por instinto, maquinalmente, dentro de un inmenso vacío; aunque a distancia giraba siempre alrededor de aquel centro, aquel centro donde había transcurrido su vida, donde tenía su vida en las dos imágenes queridas. Se movía como un animal herido en torno al refugio donde dejó a sus pequeñuelos, sin poder llegar a él, en el más atroz de los suplicios. Allí estaba su vida; allí el recuerdo de sus padres, de su niñez feliz, transcurrida en una dulce inconsciencia, tan ajena siempre de los bienes y males del mundo; allí estaba su salita, su dulce rincón, con las veladas y la compañía de Mari Juana y de Lisa... Él no se decía nada; nada sabía, pero sus pies le llevaban infaliblemente al mismo lugar, al lugar donde continuaba viviendo con el pensamiento, donde, como un árbol, había echado raíces, y del cual se sentía arrancado de golpe, perdido.

Pasaron las horas; la tarde avanzó y sobrevino el anochecer. Juan Bausá todavía continuaba vagando; iba sin rumbo, pero siempre por las mismas calles. El día se había aclarado y se había vuelto a ensombrecer. El cielo estaba completamente cubierto; los truenos se oían más cerca, por el lado del mar, y había empezado a llover, aunque sin fuerza. Él continuó andando, sin hacer caso de la lluvia, sin sentirla.

La gente, después de comer, había vuelto a llenar las calles; él, huyendo de la

gente, se había refugiado en la ciudad gótica, por los alrededores de la Catedral; avanzaba por las calles desiertas, calladas y estrechas, con tiendas de antigüedades, rodeadas también de silencio.

Su aspecto era lamentable; parecía un mendigo, un vencido de la vida, el hombre más miserable. Había estado andando casi sin cesar desde la mañana; se había sentado a descansar en un banco, junto a un portal, en una calle solitaria, pero su inquietud, su terrible zozobra, le agujoneaba sin cesar; se levantó con esfuerzo, apoyándose en la pared y volvió a andar. Iba cada vez más pesado, agotado por el cansancio, empapado de sudor, exhausto. Los zapatos, ya viejos, se le habían abierto por los lados; el derecho tenía la suela partida, y la piel le rozaba el suelo; con los pies hinchados, andaba cojeando y, sin embargo, no podía dejar de andar.

A medida que la tarde avanzaba, otro tormento se añadió a los que padecía, y fue creciendo hasta dominar todos los demás: el hambre. No había comido nada en todo el día, y el hambre le mordía ahora el estómago, le impulsaba también a caminar. Las sombras del anochecer se hacían más densas sobre la ciudad, y él se dirigió de nuevo hacia las Ramblas. No tenía dinero; no sabía qué hacer; no pensaba. Sólo sentía la necesidad irresistible de comer; el grito doloroso del estómago que le empujaba hacia allá, que le hacía olvidarse de su situación. Por delante de la Catedral avanzó hacia la plaza de Santa Ana. En la Catedral dieron las siete. Se estremeció. Aquello no tenía sentido; no había ni ciudad, ni calles, ni casas, ni campanarios; no había tiempo ni personas, y él iba hambriento, solo, perdido en un infinito de sombra y de amenazas. Era un terrible anacronismo. Sintió temor de las campanas, y huyó con paso más apresurado, casi cayendo a causa de sus pies heridos. Al llegar a la plaza retrocedió, tal vez por la inmanente atracción de su casa, pero sin confesárselo tampoco esta vez a sí mismo; sin embargo, en seguida se desvió hacia la Puertaferriosa. Caía un fuerte chaparrón; tronaba y relampagueaba. Él no lo sentía, pero iba calado por completo. La cabeza le ardía; y, no obstante, a causa de la debilidad sentía ahora estremecimientos de frío. Iba como desatinado, cayendo aquí y levantándose allá. A veces balbuceaba palabras ininteligibles; se detenía un instante a mirar, y volvía a caminar. Miraba los escaparates con los quesos amontonados, los jamones, las latas de conserva, las gruesas longanizas cortadas al sesgo. La boca se le llenaba de saliva, que tragaba sin cesar. En los bares, sentados en la barra, muchachas elegantes, hombres, jóvenes parejas tomaban el café con leche humeante, el chocolate; hundían en él el croissant y se lo llevaban a la boca.

Él, parado ante la puerta, cerca de una muchacha, iba siguiendo con la mirada, como un perro, al croissant, del vaso a los labios, de los labios al vaso, engullendo saliva. La muchacha le vio de repente. Se asustó de su aspecto y estuvo a punto de gritar. Él se retiró rápido, como sorprendido en una actitud vergonzosa, casi con temor. Un poco más allá había otro bar; aquí tomaban vermut, cerveza. Al lado de los

vasos, en pequeños platos, se veía ensalada rusa; calamares fritos o pulpitos con salsa; pedazos de bacalao con guisantes; huevos duros partidos por la mitad, y hasta él llegaba el olor apetitoso de los platos, que le despertaba todavía más viva su tortura. Mientras bebían y comían, los hombres reían y hablaban alegremente. No le daban ninguna importancia. Un pequeño plato quedó allí con un poco de ensalada sin terminar. Lo estuvo mirando fijo, hasta que el mozo lo cogió, lo limpió con la cuchara tirándolo en el cubo bajo el mostrador y lavó el plato.

Se alejó torpemente, pero con prisa, a pesar de sus pies lastimados. Ráfagas de desesperación le sacudían. Sólo pensaba en el hambre; en aquel grito insistente, desesperado, de su estómago que se retorció, produciéndole casi dolor. Empezó a notar el contacto de las ropas mojadas; sus carnes temblaban con repentinos estremecimientos. De nuevo tenía un bar delante; allí estaba, con sus taburetes, con sus jóvenes devorando *sandwiches* y pastas, tomando café con leche. ¿Y si entrase? Podría pedir un vaso de café con leche, y luego,... No, no podrá; no tiene valor. Vuelve a caminar. La lluvia continúa cayendo. Las gentes pasan con indiferencia, protegidas por sus paraguas, envueltas en sus impermeables, extrañas, lejanas, como de otro mundo. No tienen nada con él ni él con ellos. Está solo. A veces le empujan, tropiezan con él, se alejan blasfemando de su torpeza. Él no los ve, no los oye. Es como si tropezara con un árbol; se aparta y continúa. No sabe adónde va, ni qué hará; no sabe qué hace, qué espera en este lugar; apenas sabe ya quién es. No sabe cuánto hace que vaga por las calles, ni cuándo cesará de andar. Acaso, al fin, cuando no pueda más, se deje caer junto a un portal y ya no se levante; acaso emprenda al fin el camino hacia el campo, y se tienda en cualquier lugar, donde nadie le vea. Si cae, sabe que no se levantará. Pero ahora tiene hambre. ¡Hambre! Hambre como para romper a puñetazos los escaparates y atracarse. Pero él es un cobarde y no lo hará.

Los ojillos, pequeños, tristes, se le desorbitan mirando los escaparates; la boca se le hace agua y traga saliva sin cesar. La calle termina aquí; la lluvia ha cesado un momento, y en el cielo brillan algunas estrellas. Muy lejos, hacia el mar, se oye aún tronar de vez en cuando. Ante él está la Rambla, como un gran río turbulento, ruidosa y agitada; la gente va y viene; sube y baja a la sombra de los grandes plátanos, como una riada. Aquí, al final, hay un pequeño puesto donde venden frutas, caramelos. En invierno, en este lugar, venden castañas. Es el mismo dueño. Hace años y años que el puesto se halla aquí; cuando él era niño ya estaba. Entonces había una anciana; ahora es un hombre, pero el puesto es el mismo. Él recuerda a este hombre levantando la tapa del hornillo, removiendo con la pala sus castañas, y le parece percibir el grato olor de las castañas asadas. ¡Cómo le gustan! Entonces pasaba por aquí con su padre, y se detenían a comprarlas. Pero la mujer debió de morir; su padre ya no existe, y él es una triste hormiga, un pobre hambriento perdido en la ciudad; no es nada. Hoy no hay castañas; las castañas se venden en invierno y ahora es verano; es un día de

verano, caluroso; ha llovido y truena aún por el lado del mar. No hay castañas, pero aquí están los sabrosos higos; están los de Fraga expuestos en un cajoncito, que parece invitar a comer; después hay almendras tostadas. ¡Si tuviera al menos un real! Pero nada: ni una triste moneda. Nada, Registra los bolsillos, nerviosa, torpemente. Nada. El hombre arregla un poco los higos; los remueve de modo que queden arriba los de mejor aspecto. Es un hombre pequeño, nervioso, y tiene cara bondadosa. De pronto, una idea le iluminó la mente: la señora María. Ella le daría cuanto quisiera; le ayudaría. Podría ir, pero en seguida vuelve a su abatimiento; piensa que está al lado de su casa, que le verían. Es casi seguro que la señora María sabe ya todo lo sucedido, sabe que se emborrachó, que, dio vivas al rey en plena calle, que le han echado de su empleo... Y, sin embargo, si no estuviese junto a su casa, iría. Está seguro que le ayudaría.

El hambre le distrae de nuevo de estos pensamientos. Es más fuerte que todo. Un anciano se ha detenido ante el puesto y ha comprado un cucurucho de almendras. Se ha alejado comiendo. El hombre ha removido un poco las almendras y él ha percibido su olor. Cuando él era niño ya estaba este puesto aquí, estaba en el mismo lugar, pero entonces había una mujer, una buena mujer. Él iba con su padre, cogidos de la mano. Los recuerdos iban afluyendo, enterneciéndole; por su rostro comenzaban a correr las lágrimas. Hablaba bajo, febrilmente, en un monótono balbuceo. Él iba con su padre; su padre le compraba castañas, y la mujer le daba siempre una para él, a veces dos. Él era muy niño. Una vez fue niño pequeño; vestía un trajecito azul y tenía un padre y una madre, y fuera de ellos no sabía nada de la vida. Un día pasaba por aquí con su padre; debía de ser domingo; él iba con su trajecito azul y con su gorra marinera... ¿Cuánto hace de esto? ¿Diez años? ¿Veinte? ¿Cien? Luego se casó. Un día, el más feliz de su vida, estuvo arrodillado ante el altar en la capilla de la iglesia de la Concepción al lado de ella, y quedaron unidos para siempre. ¿Para siempre? Tenían una casa, y por las noches él se sentaba a leer junto al fuego; escuchaba la radio y esperaba que viniese ella... Allí se sentó muchas veces a jugar con su pequeña... Luego, le echaron de su empleo... ¿Cuánto hace de esto? ¿Un día? ¿Un año? ¿Diez? ... Él era un niño pequeño; debía de ser domingo aquel día... Si le pidiese... Tiene cara de buen hombre. Si le pidiese... Ahora se ha detenido una pareja; deben de ser novios y parecen felices. Él pide higos; ella los toma. Él le da el dinero al hombrecillo... Un higo ha rodado por el suelo. A Juan Bausá los ojos se le van detrás. El higo ha ido a parar junto a la acera. ¿Se habrán dado cuenta? Esperará un instante. ¡Lo pisarán! Los pies van y vienen junto al pequeño fruto. Él no deja un momento de mirarlo por entre los pies que pasan. El corazón le palpita angustiado. ¡Lo pisaron! La saliva le aumenta, le inunda la boca; se la traga y vuelve a tragarla; mira a su alrededor, se agacha rápido y lo oculta en su bolsillo. Lo aprieta un momento allí, con mano trémula, y apresurada, golosamente, se lo lleva a la boca; mastica rápido, lo

engulle con voluptuosidad, y en seguida vuelve a mirar los higos rebosantes en la cajita, las almendras, las pasas... ¿Si le pidiese?... Un señor se ha detenido de repente ante él y le alargaba una moneda. Él huye, en un movimiento instintivo, asustado.

—No, no...

Le han tomado por un mendigo.

Tuvo piedad de sí mismo, pero, en seguida lo olvidó, y hasta pensó que habría podido tomarla. Le hubieran dado cinco, tal vez seis higos. El que ha comido ha servido sólo para despertarle más el apetito. Podría pedir. Así, con el sombrero echado sobre los ojos, no le reconocerían... «Señor...» Pero, no; no puede. ¡Dios, cómo cuesta alargar la mano! No, no es posible. «Señor...» No, no hay manera; la mano no quiere alargarse; la retienen desde el corazón. No hay manera. Lloro. Mira a su alrededor, con los ojos inundados de llanto. ¿Le habrán visto?

«¿Qué importa? Estás solo; las gentes van y vienen, pero tú estás solo; inmensamente solo, y en la ciudad eres una hormiga a la que uno, si le da la gana, aplasta con el pie, así, como una miserable hormiga, y con él aplasta a toda su familia.» Se aleja. El hambre le atormenta horriblemente; está mojado; suda, pero siente estremecimientos de frío. Se arropa en su americana, y se estremece más aún. Lloro sin querer, sin darse cuenta; los pies no le pueden sostener, y no cesa de moverse para descansarlos alternativamente de su peso, para aliviarlos.

Ahora vuelve a llover.

La gente sigue pasando junto a él bajo sus paraguas, envuelta en sus impermeables, silenciosa, lejana, como si fuese de otra raza y Barcelona se hubiera convertido en una ciudad extranjera. Otro hombre se detiene a comprar almendras. Él retrocede y fija su atención en el cucurucho, quiere ver si cae de nuevo algún fruto. Pero nada. El hombre se aleja; pasa junto a él. Las cáscaras crujen entre sus dedos; las tira y cada vez lleva el fruto a la boca; él traga saliva; parece como si sintiese en la boca el grato sabor de la fruta masticada. Mira un instante las cáscaras en el suelo. Los que pasan las van pisando. Se aleja de nuevo, torpemente y pesado, con los zapatos destrozados, los pantalones cayéndole, mojado, con el rostro inundado de llanto. ¿Dónde irá? Vuelve a pensar en su casa. Su casa está allá arriba; es una habitación quieta, tranquila. Sobre la mesa hay una luz encendida. Allí está Mari Juana, está su hija... Es el Paraíso; le han echado de él, y él está desnudo, lleno de ludibrio, en la noche y la desolación, en el infierno. Lloro.

De pronto, se rehízo, aterrado, como uno que avanzando por un prado pisa inadvertidamente una serpiente. Se lanzó contra un portal, ocultándose. Allí, al otro lado, muy cerca de él, estaba Lisa, estaba su hija. Iba distraída, con su impermeable, mirando a los que pasaban, escrutando ansiosamente bajo las luces con expresión desesperada. Tal vez lloraba. Lisa le iba buscando; no cabía duda. Pasado el primer

impulso de temor, de huida, se puso a contemplarla. Nuevas lágrimas corrieron por su rostro, mientras la miraba enternecido. Quiso gritar, correr hacia ella como un loco; se retuvo, detenido por aquel sentimiento que le impulsaba a huir de los suyos, y cuya causa apenas recordaba. Empezó a retroceder hacia las Ramblas, cuidando de que no le viera. Ganó la esquina y se alejó sin mirar, con la cabeza gacha, escondida bajo el sombrero. Avanzaba tambaleándose, casi cayendo, sobre sus pies deformes, doloridos. La voz de Lisa sonó, de pronto, en su noche; resonó en su alma vacía:

—¡Papá!... ¡Papá!...

Él echó a correr, aterrado, arrimado a la pared; se lanzó a través de la Rambla, ocultándose en el gentío. Un ¡ay! vibró junto a él. Un auto se había parado con rápido frenazo.

El guardabarros le había rozado la pierna. Se oyeron voces, pasos, carreras; el chófer increpóle, entre blasfemias, y en medio de la confusión, de las luces, de los gritos, volvió a percibir la voz de su hija, más angustiada, más cerca:

—¡Papá!...

Él continuó corriendo, tambaleándose, casi cayendo. La voz de Lisa continuaba llamándole; y de pronto, obedeciendo a un impulso súbito, se volvió rápido, buscándola, con los ojos arrasados en lágrimas y la llamó también con un grito:

—¡Lisa! —Y quiso correr hacia ella con los brazos abiertos, pero las fuerzas le faltaron y cayó al suelo, llamándola.

Estaban ya en el taxi, camino de su casa. Él temblaba ahora con un nuevo temor. Las palabras de Lisa no habían conseguido tranquilizarle.

—¡Lisa!...

—Te he dicho que 110 te preocupes, papá. Mamá lo sabe todo; lo sabemos todo...

—Y... ¿me espera?...

—¡Claro que te espera! ¿Cómo puedes dudarle? Vamos, papá —acariciándole—. Sé razonable.

Él calló.

El taxi se detuvo por fin ante la casa. Lisa pagó; ayudó a bajar a su padre. Al pie de la escalera estaba Mari Juana; vio pararse el taxi; vio a Lisa; buscaba ansiosa, angustiosamente, detrás de Lisa; descubrió la figura de él removiéndose en la oscuridad, y lágrimas de alegría, de emoción le asomaron a los ojos. Se dominó en un esfuerzo y se adelantó hacia él.

—Juan...

Él ocultaba el rostro.

—Ven. Apóyate en mí. ¿Por qué has hecho esto?

Él no podía hablar; de nuevo estaba llorando. Mari Juana le dejó; tenía que hacer un enorme esfuerzo para no estallar también ella en llanto.

Le condujeron a la alcoba; le mudaron la ropa entre las dos. Él no hacía más que

enjugarse las lágrimas; le lavaron los pies, se los curaron y vendaron; le pusieron los calcetines secos de lana, y le calzaron las zapatillas de fieltro. Una oleada de bienestar, un profundo enternecimiento le iba inundando. No podía mirarlas.

—Levanta el pie, papá, así...

—Cuidado, Juan... ¿Te duele?

—Ahora, la izquierda.

—Ya está...

Apojado en las dos se dirigió al saloncito. Era su deseo. Se sentó en su sillón. Mari Juana habló. Se movía animada, contenta de tenerle de nuevo con ella.

—Mira, voy a comprar algunas cosas que me faltan para la cena. Tú quédate con él, Lisa. Entretanto, vigila el fuego. Yo vuelvo en seguida.

Salió.

Quedaron solos él y Lisa.

Él miró a su hija. Estaba sentado cómodamente en su sillón; dentro de las ropas secas, suaves; tenía los pies vendados, en sus viejas zapatillas de fieltro, y estaba en su saloncito, con la luz encendida en la mesita, y tenía a su hija allí. Y, sin embargo, sentía una honda pena, como si no mereciera tanta dicha. Miró a Lisa, y se sintió de nuevo conmovido; un impulso de exaltación le fue arrebatando, y el alma le fue asomando a los labios.

—Lisa, ángel mío... Eres mi ángel de la guarda. Me vi derribado sobre el empedrado; estaba en una plaza sombría donde los hombres se mataban; una plaza llena de gritos, de tiros, de blasfemias, y yo estaba derribado bajo las patas de un caballo; creía morir, y de pronto, Lisa, oí tu voz que me llamaba. Andaba perdido por las calles; la ciudad no parecía la mía; era una ciudad extraña, dura, sombría, y yo iba por ella como en una pesadilla; yo era el más miserable de los hombres, era un perro, un pobre mendigo. Uno que me vio me alargó una limosna; iba hambriento, desesperado, y en medio de mi agonía oí el sonido de tu voz que me llamaba. Estaba muerto de hambre, Lisa; el hambre me consumía y hubiera cometido un delito por un pedazo de pan. Oí tu voz, Lisa, y ya no siento hambre ninguna. ¿Ves? Estoy tranquilo. Cuando esté en el infierno, Lisa, ángel mío, porque iré al infierno, donde me enviará Dios por mis cobardías, por mi indignidad...

—Papá, no digas eso... ¿Por qué hablas así? Si eres el hombre más bueno del mundo...

—No, no... He sido un cobarde; no he sabido defenderme, ni defenderos a vosotras, e iré al infierno. En el infierno, Lisa, en medio de las torturas del infierno, sólo le pediré a Dios que me deje oír tu voz, y oyéndola me sentiré feliz, como me he sentido hoy, porque vengo del infierno, Lisa, y estoy seguro que Dios no puede inventar un infierno como éste del que acabo de salir. Gracias, Lisa, ángel mío. Iba por el mundo, estaba abandonado de todos, y no pensé ni un momento que mi ángel

guardián me seguía. Pensaba estar solo en el mundo y no me acordaba de que tenía una hija. Perdón, Lisa, perdón...

—Pero, papá... ¿Por qué te pones así? Mira, ya vuelve mamá.

Mari Juana llegó animada. Preparó la cena, y también él se fue animando.

No comió mucho, a pesar de su hambre; parecía que con el bienestar espiritual que había descendido hasta él se le calmaban también las torturas físicas; hasta los pies se los sentía tibios, suaves, envueltos en las vendas, y la sangre circulaba por ellos ligera, como un agradable cosquilleo.

Oía la voz de ella, dulce, consoladora; a veces, un poco lejana, dentro de su fatiga, dentro del sueño que se iba apoderando de él, a pesar de sus esfuerzos.

—No tenías que preocuparte, Juan. Si has perdido tu colocación, encontrarás otra. Si no la encuentras, aquí estamos nosotras. ¡Ah! Me olvidaba de decírtelo. Fui a ver a Aranda; le hablé de la deuda que tenía y la necesidad en que estábamos. No me lo pagó todo, pero con lo que me dio tenemos para unos días. —Mari Juana le ocultaba la resistencia de él a pagarle, la violencia con que había tenido que proceder.

Él, mientras hablaba ella, quizás en su deseo de ayudarlos, en la vergüenza que a pesar de todo experimentaba, se acordó de repente del dinero que había escondido tras la radio. Vaciló un instante asustado; le parecía que revelar aquel secreto era sacar de nuevo a la luz su vergüenza, pero al fin se lo dijo.

Mari Juana fue a la radio y sacó el dinero. Pareció haber adivinado sus sentimientos, pues apenas le habló de ello. Lo habló sólo con Lisa.

—Así tendremos para algún tiempo. Esto nos permitirá buscar sin agobio. —Ante él se mostró de nuevo animosa, esforzándose en infundirle ánimo.

Él, no obstante, no parecía animado. Continuó como avergonzado, casi sin atreverse a mirarlas.

Después de cenar pasaron a la salita. Mari Juana dejó los platos sin lavar y se quedó con su marido y su hija. No quería hablarle ya más a Juan de lo sucedido, pero él continuaba preocupado. La transición había sido demasiado brusca, y pegada a su alma parecía aún llevar la sombra del temor pasado. Mari Juana le habló dulcemente; con suavidad, y su voz caía como un bálsamo sobre su alma herida.

—Precisamente Lisa ha encontrado trabajo. Aunque tardes tú en colocarte, podemos arreglarnos muy bien. Además, me tienes a mí. Mientras no encuentres nada, yo puedo planchar, o coser para las vecinas. Por las noches todavía me queda tiempo...

¡Qué fácil lo volvía todo esta mujer! Lo que le parecía antes tan horrible, ahora, escuchándola a ella, quedaba en nada, y él se había comportado como un loco.

—Perdón, Mari Juana.

—¿Por qué? No puedo comprender cómo pudiste ocultárnoslo. ¡Era tan sencillo decirnos lo que te sucedía!

—Sí, sí, es verdad. Todo era sencillo.

—Hoy he hablado ya con cierta persona. Lo más seguro es que vuelvan a reponerte en tu puesto. Y si no, entrarás de ordenanza en un banco. Esto no será difícil. Además, Lisa nos ayudará...

¡Qué dulce sonaba su voz allí dentro! Fuera llovía; se oía la lluvia contra el balcón y, muy lejos, el alboroto sostenido de las Ramblas. Era la tempestad; era la fiera de cuyas garras había escapado, que ululaba todavía a lo lejos; era el infierno, aquel infierno en donde había oído la voz de Lisa anunciándole la salvación. No sabe lo que hubiera sido de él. Tal vez se hubiese vuelto loco; quizás habría terminado por robar, por mendigar; quizá, mejor, hubiera buscado una calle desierta, o un árbol, como un perro, y se hubiera tendido junto a él, para morir. La lluvia suena monótona en el balcón. Aquí cerca se oye la voz de Mari Juana. ¡Qué suave suena su voz! Un dulce sopor le adormece. Es como si estuviera en la cuna y se durmiera al arrullo de una vieja canción.

—Te estás durmiendo, Juan. Vamos. Te acompañaremos a la cama.

Él se deja llevar, entre su hija y su mujer. Se tiende en la cama. Lisa se ha ido. Desde el fondo de su pesadez mira a su mujer.

—Mari Juana.

—Vamos, duerme. Como si fueses un niño. ¡Qué tonto eres! ¡Verás qué felices seremos! —Las lágrimas brotan en los ojos de él, y continúa sin apartar los ojos de su esposa. Ella le arropa—. Verás. Hala, duérmete.

Mari Juana le mira un momento, feliz de tenerle otra vez aquí, después de las zozobras pasadas, y ahora, dormido él, deja que corran sus lágrimas. ¡Había sufrido tanto aquella tarde!... Él duerme con un sueño feliz; se le adivina: como un niño, con el sueño tal vez más feliz de su vida desde muchos años. ¡Cómo descansa!

Desde el corredor llega hasta Mari Juana la voz de Lisa, que le habla:

—Yo me voy también, mamá. ¡Estoy tan fatigada! Buenas noches. —Y se va.

Mari Juana se sobresalta. Quisiera preguntarle: «¿Ya te vas, Lisa?», pero no puede. No sabe ni siquiera contestar a sus «Buenas noches». Mari Juana apaga la luz, y paso a paso, muy lentamente, sale al saloncito. La sospecha, el temor le asaltan ahora cruelmente. A Mari Juana no le cabe duda: Lisa esta noche rehúye encontrarse con ella, hablar a solas con ella. ¿Cómo podía concebirse, en efecto, que después de lo sucedido no la esperase para hablar de su padre, para discutir juntas lo que tenían que hacer, para ayudarle? ¿Cómo ha podido dejarla sola esta noche?

Mari Juana entra en el saloncito. Y, sin embargo, estaba ansiosa por hablarle. ¡Necesitaba tanto aligerar un poco su pecho; sentir que tiene alguien, también ella, en quien apoyarse! Porque, a veces, siente Mari Juana que sus fuerzas flaquean, y, por más que finja serenidad, también a ella le asusta el porvenir. No es como cuando era joven; ahora se siente ya anciana, y a veces tiene miedo a enfermar. Siente vértigos,

dolores de cabeza, flaqueza en las rodillas... Esto la aterra. Saca por puro hábito su cesto de la ropa y se sienta junto a la luz a coser. Pero no puede; ahora nota la falta de él a su lado, su compañía de cada noche, su pregunta: «¿Estás cansada, Mari Juana?» Esto parecía darle fuerzas. Recuerda detalles de su vida con él. Se enternece. «¿Es posible —se pregunta, estremecida— que haya quien le pueda hacer daño?»

Mari Juana revive ahora con el pensamiento los momentos de esta tarde de agonía; recuerda las torturas de su espera, en que se sintió asaltada por las más negras ideas. De esta tarde, Mari Juana comprende aún con más claridad cuánto le quiere. ¡Se ha acostumbrado tanto a su compañía, a su bondad! También ella ha soñado siempre con llegar a la vejez a su lado; irse cuando Dios lo disponga, pero irse juntos como han estado siempre en la vida, y sintiendo al lado de ellos a Lisa, y verla tal vez casada, ya sin pesar.

Pero esta noche en su alma ha resucitado una duda terrible, una angustiosa incertidumbre. Se ha librado de la preocupación por él y ya siente que una nueva preocupación no menos terrible le ensombrece el alma a causa de Lisa. Mari Juana no acierta a comprender lo que sucede en el alma de su hija, pero en su actitud de estos días adivina algo que la hace temblar. No es que dude del amor de Lisa por su padre, del que siente por ella. De esto no puede dudar. Y, sin embargo... Mari Juana repasa en su mente todos los incidentes de esta noche, y la actitud de Lisa la afirma más y más en sus dudas; ahora la ve clara su actitud. Cada vez que ella, hablando con él, para animarle, se refería a la ayuda de Lisa para superar las dificultades, ella desviaba los ojos y guardaba silencio como avergonzada. Ella, Mari Juana, había insistido varias veces, buscándole los ojos, pero no pudo conseguir que la mirara un momento y le dijera que sí, aunque fuera sólo con la mirada. ¿Qué ocultaba su hija tras aquel silencio? ¿Qué había sucedido en su vida, que no se atrevía a decirlo? ¿Qué nuevo golpe le preparaba el destino tras aquella enigmática actitud? Él, Juan, no ve nada. Él es feliz y duerme con el más blando de los sueños. Ella le ha devuelto la paz; pero se ha quedado con la incertidumbre y la zozobra.

Mari Juana hace un esfuerzo para librarse de sus pensamientos. De momento, hay cosas más apremiantes en que se debe ocupar. Tiene sólo dinero para unas semanas, ¿y después? Hay que moverse, buscar. Ante todo, mañana irá a la oficina a hablar con el jefe. No le dirá nada a Juan ni a su hija. Es verdad que, en el fondo, tiembla un poco ante aquel paso. Siente miedo de aquel hombre; pero irá; le hablará de la bondad de Juan, de cómo se había afanado siempre por cumplir; tratará de excusarle de lo que hizo; le explicará después la situación en que han quedado, sin hablar naturalmente, de Lisa, y le suplicará. Ella tiene ya pensado lo que le va a decir. Dicen que es malo, ¿pero lo será tanto que no se conmueva?

Capítulo VI

MARI JUANA, aquella noche, durmió poco, revolviendo sus dudas, pero al amanecer se levantó tranquila. Él dormía aún. Le dijo a Lisa que tenía que salir, y que se estuviera con su padre hasta que ella volviera. Se compuso un poco; se peinó —siempre había sido limpia y ordenada—. Ahora, con sus cabellos blancos —los tenía enteramente blancos—, su rostro bondadoso un poco fatigado, un poco triste y dolorido, Mari Juana tenía un aire de nobleza y de bondad que impresionaba. Se dirigía a la oficina, y conmovían un poco su decisión, su seguridad en aquel paso, nacidas de su ignorancia y de su buena fe. También ella era un poco ingenua dentro de su decisión. Creía que no habría más que llegar, decir su nombre o el de su esposo, y ser recibida en seguida y escuchada. Mari Juana se forjaba incluso ilusiones sobre la sorpresa y la alegría de él viéndose de nuevo admitido, y sobre su gratitud hacia ella, porque apenas le cabía duda de que había de conseguirlo. Esta mañana, en su sencilla confianza, se había olvidado casi de Lisa, y hasta alimentaba la ilusión de que volverían a ser felices.

Traspuso el umbral, y al internarse por el inmenso edificio sintió desfallecer su ánimo, se sintió pequeña. No obstante, preguntó por la oficina y subió las anchas escaleras de mármol hacia la residencia de los dioses. Subió otras escaleras, estrechas éstas, y se internó por un largo corredor. En el fondo estaba el despacho del jefe, apartado de las oficinas, que quedaban más al fondo al lado opuesto.

Ante el despacho había dos hombres esperando; estaban de pie, absortos en una animada conversación. Cerca de ellos, sentado en su sillón, frente a una pequeña mesa, se hallaba el ordenanza; estaba leyendo el periódico, y dispuesto a recibir a los visitantes con aquella amabilidad ya proverbial en los centros oficiales. Al oír los pasos levantó los ojos del periódico, y considerada la importancia de la visita volvió a sumirse en la lectura.

Mari Juana, de pie ante él, pequeña y humilde, le preguntó por el jefe.

El diosecillo, servidor de los dioses, bajó un poco el periódico, y sin mirarla, le preguntó qué deseaba. Una vez oída, continuando sin mirarla, le señaló el banco, como diciendo: «Espere ahí sentada», según la fórmula consagrada para tales casos. Y Mari Juana se sentó. Obedeció con humildad, pero, a pesar de todo, no pudo evitar el sentirse ligeramente ofendida por las maneras de aquel pequeño dios del Olimpo. Mari Juana, después de casada, no había salido apenas de su casa, y todavía conservaba un resto de esos sentimientos que en nuestro mundo de gangsters, de ladrones y aventureros, se han arrinconado ya en el desván, y con razón, no sólo por inservibles, sino por nocivos. Mari Juana, ante una falta de atención, se sentía

dolorida; se sentía vejada ante el más pequeño desprecio, porque ella era incapaz de hacerlo sentir a la criatura más humilde del mundo, ni de inferir a nadie, ni siquiera a un animal, la más ligera ofensa, y menos aún hacerla objeto de desprecio. Su sensibilidad, ante un desprecio, ante una grosería, se sentía herida de tal modo que le acudían las lágrimas a los ojos, pésima condición para navegar en nuestros mares, cuando no se es jefe de algo o fabricante, o banquero o estraperlista, y se es, por el contrario, una pobre mujer, una mujer sencilla, insignificante, esposa de un funcionario despedido, y ha de ir a rogarles a los poderosos de este mundo. En su simplicidad, apenas salida de su tiempo, Mari Juana creía aún en delicadezas y cortesías, creía en la bondad, en la compasión, en todas esas zarandajas que han quedado ya para los cuentos de niños. Ella creía que todo el mundo estaba dispuesto o poco menos, como ellos, a ir a la cárcel por dar cobijo a un hombre herido, por ayudar a uno que lo necesitara; creía que un hombre, por alto que estuviese, por mucha que fuera su soberbia, siempre estaría dispuesto a escuchar una razón, a compadecerse de una desgracia, cosas, en suma, del *Patufet*, al que también ella había sido aficionada.

No obstante, a pesar de su amargura, sentóse a esperar, más por no desobedecer al del periódico que por deseo de estar sentada. Sin embargo, lo necesitaba. Dos horas después todavía estaba en el mismo sitio. Varias veces sintió deseos de irse; a tanto habían llegado su amargura y su sentimiento de humillación, pero cada vez pensó en la situación de su casa y se dijo que lo tenía que hacer, si no por ella, por él y por su hija. Los dos hombres que esperaban habían entrado y habían salido. Pensaba que entonces el señor del periódico le avisaría. Éste había salido y había entrado dos veces; había ido abajo una vez con un fajo de papeles, con evidente mal humor, y cada vez había vuelto a su lectura. Mari Juana temblaba ante la idea de molestarle, pero al fin se decidió. El ordenanza había dejado en aquel momento el periódico sobre la mesa y encendía un cigarro con el rostro muy inclinado; sin mirarla, le repitió con un ademán que esperase. Acabó de encender el cigarro; dobló el periódico, apartó el sillón, todo ello muy lentamente. Se detuvo ante la puerta, le preguntó el nombre, también sin mirarla. Ella se le acercó animada. Le dijo que era la esposa de Juan Bausá, el funcionario de allí, y trató de sonreír; pero él no se inmutó por saber el nombre. Llamó con los nudillos a la puerta, a la vez que la entreabría, preguntando si podía pasar. Entró, volvió a salir, y le dijo de nuevo que esperase, siempre con la misma amabilidad. Mari Juana se sintió un poco más vejada; notó un sabor amargo en su boca; pero, de nuevo, le pidió paciencia a su alma, que tanto sabía de ella, porque era la esposa de un insignificante funcionario despedido, e iba a pedir gracia para él a los poderosos.

En aquel momento, por el fondo del corredor avanzaron hacia allí dos mujeres, ya algo maduras, muy pintadas, vestidas elegantemente; avanzaban charlando y riendo,

con alboroto, y levantando un gran estrépito con los tacones sobre el pavimento de madera. El ordenanza se levantó rápido, y les salió al encuentro sonriendo. Preguntaron si estaba el jefe, si estaba solo, y se internaron sin más en el despacho, sin dejar de charlar y reír. Mari Juana sintió más viva la humillación; se sintió más despreciada, más insignificante. Quiso pensar que serían familiares, tal vez hermanas del jefe, pero el corazón le decía que no; y aunque no se lo decía todo, la sensación humillante persistía y la saliva se le hacía amarga. Dentro continuaba el alboroto de risas y voces, a los que se unía ahora la voz del jefe. Se le hacía tarde. Mari Juana se levantó; se acercó al ordenanza, y casi sin mirarlo, casi llorando, le dijo que volvería otro día.

Al día siguiente la escena se repitió. Ella fue al ordenanza; el ordenanza la hizo sentar, pasaron el recado. El jefe estaba, desde luego, ocupado. Tendría que esperar. Mari Juana esperó. Vio cómo entraba de vez en cuando alguna señora, algún señor de aquellos por quienes se levantaba rápido el ordenanza; los vio salir. Se le hizo tarde y tuvo que marcharse sin ver al jefe.

No obstante, se revistió de valor; se dijo una vez más que tenía que hacerlo, que lo que importaba era conseguir que volviesen a admitir a su esposo, y Mari Juana volvió aún a la oficina. Ese tercer día fue aún peor. Estaba ya cansada de esperar, cuando se abrió la puerta del despacho y apareció un señor, más alto que bajo, vestido de negro, y con lentes. Llevaba un fajo de papeles bajo el brazo. Mari Juana adivinó inmediatamente que era el jefe; de no haberlo adivinado se lo habría dicho al punto la obsequiosidad del ordenanza que corrió hacia él y su actitud servil al recibir órdenes. El jefe iba, según dijo, a despachar con el superior, y parecía llevar mucha prisa. Al ver su rostro, Mari Juana se desanimó. Sin embargo, se revistió de valor y se fue derecho a él.

—Perdóneme, ¿es usted el señor Arderiu?

—Sí, soy yo —le contestó, sin dejar de andar y sin mirarla, según el uso del Olimpo, pero con la cabeza inclinada con estudiada deferencia, para escucharla.

—Deseaba hablar con usted. Soy la esposa de Juan Bausá, y quisiera hablarle de mi esposo. Ya sabe usted...

—¡Ah!, sí, sí... Lo siento mucho, pero en este momento no puedo atenderla. Tal vez luego...-Y se alejó sin más, caminando de prisa por el corredor.

Mari Juana tragó el nuevo sorbo del amargo brebaje que le servían esos días, y esperó. El ordenanza se le acercó para aconsejarle piadosamente que lo mejor que podía hacer era volver otro día, aunque dándole a entender que lo mejor para ella tal vez fuera no volver más. Ella no dijo nada.

Pasó una larga hora. El jefe apareció por fin por el fondo del largo corredor. Vio a Mari Juana y se puso a hojear con gran interés los papeles que llevaba, afectando cierta preocupación. Por detrás de él avanzó otro señor; debía de ser el jefe de otro

departamento. El señor Arderiu le esperó como a un salvador, y avanzó hacia allí charlando con el otro, muy pegado a él. Mari Juana le vio clara la intención de pasar sin detenerse, como si ignorara la presencia de ella. Dominando su sentimiento, se adelantó.

—Perdone...

—Ah, ¡es verdad! Tendrá que volver otro día. Me es imposible recibirla...

—Es que sólo deseaba...

—No puedo; no tengo un momento... —Y sin haber terminado aún, se metió en su despacho, cerrándole la puerta en su misma cara casi de golpe. El ordenanza estaba ya allí, junto a la puerta. ¡No fuera a pretender entrar! Él ya se lo había dicho.

Lágrimas de indignación le brotaron de los ojos a Mari Juana. Tenía deseos de gritar, de golpear la puerta, de sublevarse, pero no hizo nada. Se volvió lentamente, anonadada, sin oír al ordenanza que le reprendía aún que él ya se lo había dicho, y se alejó por el largo corredor, a ciegas, tambaleándose.

Entonces, Mari Juana tomó una resolución aún más heroica, y fue la de hablar con el jefe superior, abajo, como alguien le había aconsejado.

Al día siguiente madrugó; preparó los desayunos; se compuso como cada día y se dirigió de nuevo al Olimpo, pretendiendo, en su ingenuidad, ver al dios mayor. Esta vez, no obstante, y a pesar de las seguridades que le habían dado, Mari Juana temblaba un poco más y había perdido buena parte de la confianza que la guiaba la primera vez. A pesar de ser muy temprano, había ya mucha gente esperando, y Mari Juana se desalentó.

Aquí el ordenanza estaba de pie junto a la puerta, como el cancerbero a la entrada del Infierno: para lamer los pies a los que se acercaban con el ramo de oro, a los que ostentaban cargos importantes; para mostrar los dientes de sus tres cabezas a todos los otros sin distinción, y para ladrar, como los perros, a los miserables, también visibles a la legua. Éste era distinto del de arriba; éste era un humorista, un socarrón, que bromeaba con la impaciencia de los visitantes y se divertía con sus prisas. Había gente que llevaba allí un mes y hasta dos esperando, acudiendo día tras día. Muchos habían trabado allí amistad, y se consolaban mutuamente de no ser recibidos y se animaban mutuamente a volver.

A algunos los recibía el segundo secretario, y si se conformaban, los despedía con promesas. A Mari Juana se le encogió el corazón. Los había de toda condición; desde el obrero sin trabajo, en busca de colocación, al escultor, pintor o poeta, que solicitaba protección para que no se malograra su genio; viudas que solicitaban pensiones, amnistiados en busca de la recompensa. Había una mujer, vestida humildemente, que iba a participar al Gran Jefe, pero sólo a él, el nacimiento de su hijo.

Ella, ante la sonrisa de los otros, aseguraba que la noticia le alegraría, y hasta

imaginaba que tal vez le hiciera un regalo. Al paso que iba, sin embargo, le comunicaría, no su nacimiento, sino su primera comunión o su casamiento.

De vez en cuando pasaban los jefes de Departamento, presidentes de comisiones, secretarios, secretarios de secretarios; a veces pasaba un diputado de nuevo cuño. Iban directos hacia la puerta, con la cabeza erguida, entre las miradas de todos y seguidos por un murmullo de voces; llegaban a ella, y sin mirar al ordenanza, colocado a un lado, ya inclinado y manteniendo con una mano la puerta abierta, pasaban al interior. Entraban y salían sin estorbo, visiblemente halagados por el murmullo que se levantaba a su alrededor, pero sin mirar a nadie. Casi todos eran nuevos en sus cargos, especialmente los cargos políticos; procedían en su mayoría de situaciones humildes, a veces de los pueblos, y se movían en ellos como con trajes nuevos; pasaban envanecidos de la facilidad con que lo hacían, de la reverencia del ordenanza, allí donde tantos no podían pasar. Algunos funcionarios, especialmente los inferiores, que necesitaban exagerar su importancia, salían con fajos de papeles y afectaban grandes prisas, retrocediendo rápidos a veces, como si se hubieran olvidado la receta de la inmortalidad, y se alejaban como si llevaran entre manos la salvación del mundo, cuando, en realidad, llevaban la de su familia. Era una pequeña comedia; los espectadores eran en número crecido y dispuestos a la admiración, y el hombre, sea del partido que sea, así que tiene espectadores, se siente inevitablemente con aptitudes de comediante.

A veces, muy pocas, se producía una disputa. Acudía el ordenanza; amenazaba con hacerles echar, y se restablecía el sosiego. Eran pequeñas erupciones del mal humor, engendradas por la larga espera, pero en general se esperaba el turno con paciencia, y hasta con humor. Todo se necesitaba.

Mari Juana, pequeña, temblando un poco, se dirigió al ordenanza. Éste se rió de su pretensión. ¿El jefe superior? ¡Caramba...! Le obligó a explicarle de qué se trataba. Ella se resistió, pero no tuvo más remedio que explicárselo, temerosa de que la echara. Él le dijo que aquello era asunto del jefe de Negociado. Ella le contestó que ya lo sabía, pero que deseaba hablar con el jefe superior.

—Bueno —repuso él—, espere ahí a que le llegue el turno. Todos éstos esperan. —Y añadió con sorna—: Si no tiene usted prisa tal vez consiga verle.

Mari Juana sintió que volvía a su boca el amargo sabor de estos días, y que las lágrimas pugnaban por asomar a sus ojos. No obstante, esperó. Estando allí, vio al jefe del Departamento; llevaba su fajo de papeles, y pasó entre la gente, también él engreído, sintiéndose importante, ante las zalemas del cancerbero abriéndole la puerta ante aquella multitud de infelices que no podían pasar y que le miraban calculando qué cargo debía de tener, quién sería. Mari Juana notó que la había visto y se sintió avergonzada. El jefe se dio cuenta de su presencia. El jefe superior no carecía de sentimientos, y sobre todo, sustentaba aún la idea un tanto ingenua de hacer justicia.

Era difícil que Mari Juana lograra verle, pero, dada la obstinación que mostraba, todo entraba en lo posible. Si lograba verle aquella mujer podía desbaratárselo todo. Arderiu habló con el secretario, con quien se entendía perfectamente, pues eran tal para cual, y se volvió satisfecho. Mari Juana ya podía esperar. A la hora de cerrar, todavía quedaba mucha gente, casi siempre los mismos. El ordenanza anunció, con evidente satisfacción, que el jefe superior no recibiría a nadie más, y, con cierto aire de sorna, añadió que volvieran al día siguiente que tal vez les recibiría.

Mari Juana acudió todavía dos días más. En estos días no vio al Gran Jefe, pero presencié algunas escenas que la instruyeron un poco más sobre cómo iban las cosas. Trabajó amistad con una pobre mujer de un pueblo de la costa. La mujer, entre otras cosas, le explicó que hacía un mes que acudía allí día tras día; le dijo que el jefe superior la conocía, pues en su juventud había estado de maestro en el pueblo de ella, y su hijo había ido a la escuela con él. Entonces, decía, estaban ellos en buena posición, y el actual jefe había comido algún domingo en su casa, invitado por ellos. Últimamente las cosas les habían ido mal y ella quería hablarle, para ver si colocaba a su marido. Estaba convencida que, de haberla visto, la hubiera hecho pasar en seguida, pero, según explicó, le desagradaba pasar ante los otros, y procuraba que no la viese. Que cada cual entrase cuando le correspondía. Cuando Mari Juana se fue al fin, para no volver, a su amargura de antes se había añadido un sentimiento de casi asco. Se acercó a la mujer y se despidió de ella amablemente; parecía muy buena, y tan ingenua, por lo menos, como ella. Le deseó suerte, y la dejó con su temor de que la viese un día su antiguo invitado y la hiciera pasar delante de todos.

Mari Juana sentía en su alma una inmensa fatiga; se sentía herida en sus íntimos sentimientos. Al llegar a su casa no pudo más: tendióse sobre el lecho y se puso a llorar. Lisa, que estaba en su cuarto, la oyó y corrió a su lado a ver qué le pasaba. Mari Juana dominó su llanto, pero se sentía tan triste, tan abatida, que acabó por explicárselo todo a su hija; desahogó en ella su corazón.

—Si me lo hubieras dicho te hubieras ahorrado este disgusto. Yo te lo habría desaconsejado. Le conozco. Ahora te lo puedo decir todo. Hasta ahora te lo oculté. Si abandoné la oficina, no fue porque se terminara el trabajo, fue por ese hombre. ¿Recuerdas que mi padre me vio un día en la calle con un muchacho? Era el hijo de él. Fuimos bastante tiempo juntos; lo suficiente para que lo llegara a conocer. Demasiado tiempo. Él habló a su padre para que me colocara en la oficina. No quiero explicarte lo que sufrí en aquellos días. No quiero recordarlo. A raíz de esto, reñí también con él. Fue un horrible desencanto. Pero, ¿a qué hablar de cosas tristes? Ahora ya está olvidado. Es preciso que papá renuncie definitivamente a este cargo. Creo que él se alegrará también. Acaso yo le encuentre algo mejor, por lo menos algo que a él le guste más. No te desesperes. Estos días...-Y Lisa calló de pronto, arrepentida de haber hablado tanto. Mari Juana la miró. Lisa no dijo nada más. Era su

secreto.

QUINTA PARTE

Capítulo I

POR LA NOCHE, después de cenar, Juan Bausá volvía al refugio de su salita. La chimenea estaba apagada. Él se sentaba en su sillón y quedaba inmóvil largos ratos. Juan Bausá parecía una sombra de sí mismo. Desde aquel horrible día parecía haber envejecido. Tenía el rostro arrugado, los cabellos blancos, y andaba con un ligero temblor de incipientes achaques. Pasado el primer momento de dicha, descendido poco a poco a la realidad de su situación, se había sumido en un estado de continua tristeza, en un silencio sombrío, nuevo en él, del que nadie lograba sacarle. «Papá no es el mismo —decía Lisa preocupada—, todavía lleva encima aquel recuerdo. En un solo día se ha hecho viejo. Se le ve preocupado, nada le distrae.»

No, ahora nada le distraía, o si lo hacía, era sólo pasajeramente, y los esfuerzos de ellas apenas conseguían sacarlo de aquella dolorosa apatía. Parecía aturdido, más aturdido que nunca, pero ahora había en sus ojos una gravedad reflexiva, dolorosa; en su rostro oscurecido, arrugado, flotaba una vaga sombra angustiosa. La vida había asumido ante él una expresión más adusta, más cruel; la veía sembrada de engaños, y él parecía en todo momento estar contemplándola, con ojos asustados, como si contemplara un abismo. Cuando salía de su ensimismamiento, era para encontrarse con ellas, más enternecido, acaso con un principio de ira y de amargura de no poderlas ayudar, viéndose cada vez más inútil.

Mari Juana no disponía apenas de tiempo para ocuparse de él; ahora trabajaba desde el amanecer hasta la noche, y continuaba después de cenar hasta que terminaba. Abajo, a la entrada, habían colgado un rótulo, escrito a mano por Lisa, con el anuncio:

PLANCHADORA
2º piso

Lisa había encontrado trabajo para hacer copias a máquina. Trabajaba doce horas al día sin apenas levantar la cabeza de la máquina y ganaba un mísero jornal; de momento era lo único que se presentaba. Por las noches, después de cenar, Lisa, a veces, doliéndole la espalda, ayudaba todavía a su madre. Con esto, Mari Juana apenas podía salir a hacerle compañía, y la radio permanecía muda en su rincón, pues no estando ella, a Juan no se le apetecía escuchar nada. Muchas noches, Mari Juana, casi con la plancha en la mano, tenía que irse a acostar, rendida de sueño y de fatiga. Además, ahora tampoco ella era la misma de antes, y el trabajo agotador de estos días

hacía crujir su fortaleza como bajo un peso excesivo. A veces temía incluso caerse al suelo y no poder ya levantarse, y sólo a fuerza de pensar en su marido y en Lisa encontraba energías para continuar. Mari Juana sentía, sin embargo, que aquello no podía durar.

Él se levantaba de su sillón; salía, las miraba un momento, con su aire grave, doloroso. No podía ayudarlas en aquel trabajo, y se volvía a su rincón, donde, sentado, permanecía inmóvil, en su silencio sombrío, sin hacer nada.

Uno de estos días, Lisa les comunicó que la colocación de su padre iba por buen camino, que podía ya casi darse como segura; sin embargo, Lisa lo dijo sin alegría, cada vez más misteriosa y extraña. Él se animó un momento con las palabras de su hija. Entonces serían felices, completamente felices, porque, ¿qué les habría de faltar? Pero su animación duró poco; volvió a sumirse en su silencio, sombrío y retraído. Ahora habla poco; mira a Lisa, mira a Mari Juana, casi siempre en silencio. También Lisa aparece preocupada. La preocupación de Lisa no es la misma de antes, pero él es incapaz de advertir nada extraño en la nueva actitud de su hija. Se acuerda todavía de aquel muchacho, y se entristece también por ella.

Lisa entra en el saloncito; arregla unos libros en el mueble. Hay momentos — ahora mismo, mientras sacude el polvo— en que Lisa parece feliz; trabaja con viveza, animada. Pero él no lo ve.

—Hola, papá. ¿Qué haces? ¿Quieres el periódico?

Él se sobresalta.

—No...

La presencia de ella le reanima poco a poco.

—¿Quieres que te ayude, Lisa?

—Pero, papá, ¡si no hago nada! Descansa, que muy pronto tendrás que trabajar.

—¿De veras? —pregunta, sin interés, siempre distraído.

—Ya verás, ya... Estarás muy bien, ¿sabes?

Un pensamiento parece ensombrecer, de repente, la alegría de Lisa. La muchacha calla, y con la cabeza baja, como ocultando el rostro, continúa su trabajo.

Él la mira, y como siempre que la mira, se siente poco a poco conmovido, ahora más que nunca, porque se nota viejo e inútil. De fuera, del comedor, llega de vez en cuando el golpe intermitente de la plancha al ser depositada sobre el pequeño soporte de hierro. Mari Juana plancha en silencio. Él mira de nuevo a su hija. «Ya es una mujer —se repite para sí—. ¡Cómo ha crecido!... Es buena, como su madre... pero estos días se la ve un poco seria, preocupada.» Se entristece aún más por ella; no tiene motivo, pero él no lo sabe. Si lo supiera se entristecería por sí mismo y por Mari Juana. Juan Bausá se acuerda de aquella noche infernal, cuando en medio de su agonía la oyó que le llamaba. Parecía imposible que él pudiera huir aún después de oír su voz. La ve después correr a él, como loca, con los brazos abiertos. ¡Con qué

alegría, con qué fuerza le apretó contra su pecho y cómo lloró él entre sus brazos! ¡Qué lástima que riñera con aquel joven! ¡Pobre Lisa! Cuando menos que tenga suerte en la vida. ¡Que Dios la proteja!

Juan Bausá se siente más enternecido a cada momento; poco a poco surge en su espíritu un recuerdo. Se ha caído de una silla y se ha lastimado el pie. Después anda cojo por la casa, y a veces se apoya en el hombro de Lisa. Apoyado así en ella, mientras anda por la casa, a Juan Bausá, siempre lleno de aquel recuerdo, se le representaba la imagen de Nieleta conduciendo a su hermano. «Sí, ella sería como Nieleta, capaz de conducirlo por las calles», se repite una vez más. «Mira, Lisa, ¿sabes? Tal vez no me cure ya; tal vez me echen de la oficina.»

Juan Bausá se estremece. ¡Cuán lejos estaba entonces de pensar que un día sería verdad! Ahora, recordándolo, se le nublan los ojos; se le hace un nudo en la garganta...

—Lisa.

—Papá, ¿qué quieres?

—Nada. Quería oírte la voz. Te estaba mirando y me decía a mí mismo, ¿será la misma? No sé por qué me parece como si te hubiesen cambiado...

—Papá...

—Sí, me lo ha parecido. Acércate. Sí, me lo parece. Pero veo tus cabellos negros cayéndote sobre los hombros; te veo los ojos claros, como los de tu madre; te veo esta pequeña peca junto al ojo izquierdo; y me digo: es ella. No me cabe duda; es mi hija... Pero, ¿qué tienes, Lisa, lloras?

Lisa se había echado en los brazos de su padre, llorando.

—Pero, Lisa, hija mía... ¿Te he ofendido acaso? ¿Qué tienes?

Lisa continuaba sollozando, con fuertes sollozos, que le sacudían las espaldas, inconsolablemente. Él no sabía qué hacer. Se desesperaba, y no sabía más que pronunciar su nombre y volverlo a pronunciar:

—Lisa, hija mía, Lisa... Pero, Lisa...

La acarició. Luego pensó: «Ya sé por qué llora», y se sintió también él con deseos de llorar. Pero, como siempre, estaba lejos de adivinar la verdad.

Lisa tenía el propósito de hablar, por fin, esta noche misma, con su madre, de explicárselo todo. De aquí su fácil ternura, su propensión de esta noche al llanto.

Lisa ayudaría a su madre a planchar y luego, una vez su padre acostado, le haría aquella confesión que le pesaba en el alma, que ya no podía ocultar. Tampoco podía ya esperar; el tiempo, por otra parte, apremiaba. Esta noche se lo diría.

Capítulo II

ESTABAN solas las dos; planchaban las últimas piezas. Él, Juan Bausá, cansado de esperar, se había ido a acostar; esperó a Mari Juana, pero al fin se había quedado dormido.

Era ya muy tarde y la casa estaba envuelta en silencio Lisa levantó los ojos varias veces de la labor; estaba inquieta, nerviosa, sin poder concentrarse en el trabajo. Mari Juana sentía que aquella noche algo muy importante para su vida se cernía en el aire en la actitud de Lisa. Su corazón temblaba; esperaba ansiosamente y, a la vez, temerosa, y tampoco ella se aplicaba con atención al trabajo. Por fin, Lisa le habló:

—Quisiera decirte algo, mamá...

Ella la miró asustada, interrumpiendo un instante la labor. Su corazón palpitaba con fuertes latidos. Hacía tiempo que lo adivinaba, que veía que Lisa le ocultaba algo. ¿Qué le diría? Mari Juana pensaba lo peor. Apenas podía hablar, pero procuró suavizar la voz, parecer natural.

—Cuando quieras, hija mía.

—¿Vamos a la salita? Estaremos mejor. Aquí podría oírnos papá, y, aunque al fin lo tendrá que saber, prefiero que no sea ahora.

Temblaba visiblemente. El tono de su voz era extraño y las palabras le brotaban entrecortadas, inseguras.

—Entremos.

Se sentaron una frente a la otra. Reinó un silencio largo, un silencio angustioso, en el cual parecía percibirse el doloroso palpitante de sus corazones. Lisa, con la cabeza baja, sin atreverse a mirarla, empezó a hablar:

—Perdóname, mamá. Me habéis querido tanto, habéis sido tan buenos para mí, y es tan importante lo que tengo que decirte, que no sé cómo empezar...

—Pero, ¿qué te sucede, hija mía? Habla. ¿Qué tienes? Me asustas, Lisa... No me dejes en esta angustia.

—Tengo que pedirte perdón, mamá, a ti (y a mi padre también) por lo que voy a decirte, por no haberte dicho nada hasta hoy... Pero, es que... ¡Temía tanto este momento! Sobre todo, después de lo de mi padre...

Las palabras en el alma de Mari Juana eran como puñales que la traspasasen. Una terrible congoja la oprimía; se le hacía un nudo en la garganta y en aquel momento hubiera sido incapaz de pronunciar una palabra. Por fin Lisa estalló:

—Me cuesta decírtelo; sé que voy a darte un gran disgusto, y se me parte el alma pensándolo, pero lo tengo que decir: voy a casarme, mamá.

Ya había dicho lo que tanto le costaba, sin rodeos, atropelladamente, torpemente.

Faltaba lo peor, es verdad; ya tenía el camino allanado. Ahora seguirían las explicaciones.

—¿A casarte? —pudo articular a duras penas Mari Juana, levantando los ojos, pero con un destello en ellos de esperanza... Comprendió, sin embargo, que faltaba algo, y esperó de nuevo angustiada. Lisa con la misma nerviosidad, atropelladamente, prosiguió:

—Sí, mamá. Voy a casarme. Pero el hombre con quien me caso no puede vivir en Barcelona. Se tiene que ir y yo... —Tragó saliva, como si lo hiciera con un bocado amargo, y prosiguió—: Y yo he decidido irme con él...

Después de un silencio, Mari Juana preguntó por fin:

—Pero... ¿ha sido ahora?... así...

No sabía qué preguntaba. Sentía sólo una amargura de hiel que le subía a la garganta, que le ardía en los ojos, y le parecía como si una mano la empujara hacia una soledad aterradora.

—He hecho mal, ¿verdad, mamá? Te disgusta.

—No, no; no es eso lo que quiero decir... Perdóname, Lisa... Es que... Ha sido tan de repente... No lo esperaba.

—También para mí es muy doloroso, mamá. He sufrido mucho por tener que decírtelo. Pensar que he de dejaros, y sobre todo, en estas circunstancias, me parte el alma, pero tengo que hacerlo. De todos modos, a papá le hemos encontrado una colocación. Estará muy bien. Es un trabajo sencillo en un almacén; estoy segura que le gustará. A primeros de mes podrá ya empezar. Además, nosotros, desde fuera, os ayudaremos en todo lo que podamos. Él me lo ha prometido. —Hizo una breve pausa; miró a su madre y se echó en sus brazos llorando—: ¡Perdóname, mamá!...

Lloraba sobre su falda, y Mari Juana no hacía nada para consolarla. Estaba como una estatua, aturdida por la revelación de su hija. Un hálito frío la penetraba. Lisa levantó la cabeza de nuevo y la miró entre las lágrimas:

—No sabes cómo lo siento, mamá... Cómo me hace sufrir.

Mari Juana siguió todavía unos instantes sin hablar. Hizo un esfuerzo por dominar su sentimiento, y le habló; habló dulce y maquinalmente, casi sin voz:

—No tienes por qué... Lo que has hecho es natural. Es tu vida, Lisa. Nosotros ya nos las compondremos... Dios nos ayudará... Claro, que nuestra ilusión hubiera sido que continuaras con nosotros... Pero, si tienes tu vida en otro lugar, si te parece que has de ser feliz...

Le hablaba de labios afuera; pero en el fondo se preguntaba cómo era posible aquello, cómo había hallado valor para decírselo. Lisa repuso:

—Por mi padre es por quien me apena; temo por él, más que por ti, mamá... Perdóname, pero le veo tan abatido... Tú eres fuerte, mamá. Además, él no me comprenderá... —Y, como ante un pensamiento repentino, cambiando de tono,

suplicante, le dijo—: Perdón, mamá. Acaso, a veces, ahora mismo, hayamos abusado de ti, precisamente por esto, porque te consideramos fuerte. A veces pienso que es terrible.

—No te preocupes por mí, Lisa. En cuanto a él, se disgustará, ¡qué duda cabe! Pero acabará por comprenderlo, acabará por conformarse. —Y viéndola de nuevo a punto de llorar, la consoló aún—. No te apenes, Lisa. Es natural. Yo también dejé a mis padres. —Calló, y en seguida le preguntó—: Pero, ¿cuándo partiréis?

—En seguida, mamá. Vamos a la Argentina. Nos casaremos dentro de poco y embarcaremos en el primer vapor. Teníamos que haberlo hecho ya, pero yo le supliqué que esperara por lo de mi padre. Él accedió, pero no puede ya esperar más. Perdería una magnífica oportunidad, aparte de que aquí no puede estar... De todos modos, él me ha prometido volver; no sabemos cuándo, pero volveremos. Yo no podría acostumbrarme a la idea de no veros más, de no volver a ver Barcelona...

Después de un breve silencio, Mari Juana levantó los ojos.

—Sólo quisiera hacerte una pregunta: ¿estás segura de lo que haces?

Ella lo esperaba desde hacía rato, lo temía. No obstante, le contestó sin vacilación, casi contenta:

—Sí, mamá. Segurísima, no sabes cuánto le quiero, lo bien que me encuentro con él. Cuando le conozcáis...

—¿Le conoces desde hace tiempo?

—No; desde hace muy poco. Apenas un año. Tú también le conoces y también papá.

Mari Juana levantó los ojos, y esperó. Sus sospechas se iban haciendo certidumbre, certidumbre y temor.

Para Lisa se acercaba el momento más temido, pero tampoco esta vez vaciló.

—¿Te acuerdas que una noche llamó un herido a nuestra puerta? Es él, mamá.

Mari Juana bajó la cabeza.

Lisa la acarició. Había dicho, por fin, lo que tenía que decir, lo que tanto le había costado. Lisa se sentía sosegada, tal vez triste por ellos en el fondo, pero sosegada.

—Ahora ya lo sabes, mamá. Vuelvo a pedirte perdón. ¿Se lo dirás tú, mamá? Yo no podría. —Ella asintió con la cabeza. Lisa se levantó para irse—. Díselo bien, mamá. Anímale. —Y besó a su madre. Pero ella estaba fría como una estatua.

Más tarde, ya sola en su cuarto, después de la confesión, Lisa se sentía ligera; sollozaba, con una mezcla de alegría y de pena, pero en sus lágrimas había, sobre todo, alegría. Lisa había cortado el último lazo que la ataba allí, y esperaba ya impaciente que se hiciera de día para correr a él y explicárselo todo. Lisa, sola en la cama, rememoraba su existencia de estos últimos días, transcurrida como un sueño. Un mundo nuevo, insospechado, parecía abrirse ante ella.

Capítulo III

HACÍA YA DE ESTO algún tiempo. Era por los meses que siguieron a la proclamación de la República. Largos días, semanas largas llevaba Lisa buscando a él. Desde el día en que le conoció, herido en el lecho de sus padres; desde el día en que la subyugó y la ofendió —la subyugó al fin, con sus palabras—; desde la hora sombría en que después, al volver a su casa —temerosa, y ansiosa a la vez por encontrarle—, se halló con que él no estaba ya en ella, Lisa había vivido sólo con aquel pensamiento.

La lectura del periódico la había sumido al principio en un mar de temores e inquietudes que le privaron de dormir; una poderosa y súbita reacción la había levantado al fin sobre sus temores; su decisión de verle se hizo firme y todas sus dudas quedaron desvanecidas.

Al día siguiente, Lisa, apenas se levantó, se dirigió al hospital. Ahora se acuerda de aquel día. Llegó anhelante, agitada por un fuerte temblor. La estancia estaba situada en el fondo de un largo corredor, y a la entrada había dos guardias de vigilancia. Lisa les suplicó que la dejaran ver al herido; se había puesto a llorar, y por fin, había echado a correr por entre los guardias. Pero no pudo llegar hasta él. Ya a punto de conseguirlo, ante el mismo cuarto donde estaba, ya casi viéndole, había sido detenida; había sido arrastrada afuera, sin que pudiese decirle: «Estoy aquí», sin que pudiera dirigirle un simple saludo.

Lisa supo, después, que le habían trasladado a la cárcel; apenas se enteró de ello, fue a la cárcel, intentando de nuevo verle; pero tampoco esta vez lo pudo conseguir; no pudo obtener de él la menor noticia. De este modo llegó el día de la proclamación de la República.

Aquel día Lisa se sintió estremecida de gozo, alentada de nuevo en su esperanza. «Ahora saldrá», se dijo, y la imagen de él, en la alegría de aquella jornada, no se apartó un instante de su mente, y toda su alegría procedía de su esperanza.

Al día siguiente, Lisa se enteró de que los presos habían sido liberados. Corrió desalada a la cárcel; pero cuando llegó no quedaba ya nadie en ella. Las puertas de la cárcel estaban abiertas; las celdas vacías.

Lisa desesperó de encontrarle. Continuaba pensando en él; su alma, a pesar de todo, no se resignaba a decirle adiós definitivamente; pero la esperanza se fue debilitando en ella a medida que pasaban los días. La había casi perdido totalmente, cuando una mañana, al salir de su casa para ir al trabajo como cada día, Lisa se lo vio de súbito ante ella, como una brillante aparición, como brotado de la tierra. Un breve grito —sorpresa y alegría a la vez— brotó del fondo de su alma, pero quedó ahogado en su garganta. Estaba frente a ella, de espaldas contra la pared de la iglesia,

esperándola, y Lisa no pudo dominar su impulso de correr a su encuentro. No obstante, al llegar ante él se había detenido avergonzada.

Él se adelantó hacia ella sonriendo; se apoyaba en un bastón y estaba pálido; se pasó el bastón a la izquierda y con sencillo ademán, le tendió la mano.

—¿Cómo estás?

Había en él, en su voz, en sus ademanes, algo grave, dulce, que le hacía aparecer un poco distinto de como lo vio la vez primera. Ella no supo responderle. Le miraba, y sus ojos le decían mucho más que no podían decirle sus palabras.

—¿Cómo estás? —logró decir al fin—. ¿Te encuentras bien? ¿Estás curado?

—No del todo. Pero estoy mejor, sobre todo vivo más holgado... Todavía tengo que ir con esto. —Le mostró el bastón, que había ocultado detrás—. Pero eso no es nada. Para lo que me temía, estoy muy bien.

—Pero, todavía...-dijo ella, mirando el bastón.

—Tuve una recaída. El hospital es siempre el hospital, y la cárcel... es la cárcel. —Sonrió.

Lisa le miró. Estaba pálido, pero algo más grueso que el día en que ella le vio, con la cara un poco más llena. Todo su aspecto y hasta su voz eran del hombre que convalece aún de una larga enfermedad. Vestía un traje azul marino, nuevo, de corte casi elegante; bajo el paño se adivinaba aún la dura elasticidad de sus miembros. Llevaba la cabeza descubierta, y el cabello peinado, pero revuelto en rizos y rebelde. El color de la tez se había suavizado y también sus facciones habían perdido rudeza. En la nueva expresión de su cara se había fundido casi por completo aquel algo de fiereza, tal vez de odio, que, a pesar de su postración, reflejaba su rostro la vez anterior. Era el mismo, con la misma expresión viril y el hermoso perfil, y, sin embargo, parecía otro hombre, más humano, más asequible. La voz sonaba también más dulce, casi sin ironía ni amargura, y hasta su mirada parecía dulcificada. Se expresaba con cierta fatiga.

—Estoy contenta de verte —dijo ella, al fin, ya tranquila.

—Por eso he venido —contestó él, sonriente.

—¿Lo sabías?

—Lo adivinaba.

—¿Todo?

—Casi.

Ella desvió la mirada, y se sonrió, ruborizada.

—Ahora me ruborizo, ¿ves? Como si fuera una chiquilla. —Se atrevió a mirarle.

—Sí, eres una niña.

—¿Te parece?

Lisa iba sintiéndose tranquila en su presencia, segura. Las dudas que no pudo abrigar iban desvaneciéndose en su alma. Lisa no pensaba ya, como tantas veces, que

tal vez habría robado, que habría matado tal vez. Mirando a sus ojos, ahora no lo creía posible, o tal vez en aquel momento, en medio de la dicha que colmaba su alma, le fuese todo indiferente.

—¿Adónde ibas? —le preguntó él.

—Al trabajo.

—¿Trabajas?

—Sí, hago copias a máquina. Diez horas al día, treinta duros.

—Mándalos a... —repuso, casi interrumpiéndola. Su rostro había asumido la expresión dura de sus momentos de cólera, aquella expresión que ella recordaba tan bien. Pero se dominó, y dulcificando la voz, terminó—: Bueno; díles que irás otro día; excúsate. Tenemos que hablar...

—Pero...

Lisa sentía que no podía oponerse a su deseo; que su mirada, su presencia la subyugaba con la misma fuerza irresistible del primer día en que le vio tendido en la cama. Lisa parecía vacilar ante su demanda, pero en el fondo lo deseaba más que él. No iría a la oficina, aunque perdiese su colocación. Lisa sentía que, ante aquel encuentro, todo lo demás de su vida carecía de sentido; todo le daba igual. Aquél se le antojaba un día excepcional de la vida, y le parecía como si en la oficina hubiesen de sentirlo también así. La mañana, además, estaba clara; el aire transparente, y el cielo, de un azul límpido, sereno, tenía una pureza de cristal. Hacía muchos días que no había levantado la cabeza hacia aquel cielo —también ella caminaba esos días inclinada, como bajo un peso invisible—; hacía mucho que no había podido gozar de la belleza que reinaba en la tierra, mientras ella inclinaba la espalda, mañana y tarde, sobre la máquina de escribir, todo el día con el monótono tecleto en los oídos, donde se levantaba ya anochecido con la espalda dolorida. Lisa, por encima de la masa de la iglesia, sobre la línea de los tejados, miró el cielo claro, aspiró con ansia el aire fresco, y sintió que una oleada de dicha se difundía por su alma. Era una mañana suavísima de primeros de septiembre, y a Lisa le parecía como si allá en el fondo de su alma percibiese un eco remoto, muy vago, de campanas de fiesta, y el cielo azul, de color de esmeralda, y el aire transparente, y la belleza de la mañana, los sentía también en su alma con aquel eco de fiestas soñadas, esperadas tal vez.

—No, no iré; iré contigo. —Como si se tratase de emprender un largo viaje, como si hubiera de irse para siempre. «Iré contigo.» Y era así, porque allí empezaba el nuevo camino, por el que había de caminar ya hasta el fin—. Pero antes debo telefonar, para que no me esperen. Es triste, pero debo hacerlo. Ya ves, a pesar de todo, no estaría tranquila. ¿Me esperas un instante?

—Bueno; te espero. No tardes, que tenemos que hablar.

Lisa salió corriendo, ligera, viva, animada. Volvió al cabo de poco.

—Ya está.

—¿Adónde quieres que vayamos?

—Adonde tú quieras.

Le miraba sonriente, feliz.

—Vamos, pues.

Poco a poco se iban animando; parecían dos colegiales acabados de salir de vacaciones. La conversación iba adquiriendo una mayor franqueza, una espontaneidad confiada, como si se conocieran ya de tiempo; hablaban en un tono de dulce camaradería. Sentíanse felices.

Echaron a andar juntos; sólo que él tenía que hacerlo apoyándose en su bastón, con esfuerzo, y en sus ojos, a pesar de todo, quedaba una sombra, un algo indefinible, tal vez triste, que toda la alegría del día y de la compañía de ella no lograba disipar. En el fondo, era muy posible que el motivo radicara en la misma dicha de su compañía, en la alegría de aquel día, a causa de un recuerdo que ensombrecía su alma.

—He de ir despacio. Tendrás que acomodarte a mi paso. ¿Ves? Soy un inútil. —
Rió.

Ella estuvo a punto de decirle: «Apóyate en mi brazo». No sabía qué necio escrúpulo le había trabado la lengua; ahora ya no se lo diría, y, no obstante, le pesaba, y hasta mucho después le quedó un resabio de disgusto.

—Tomaremos un taxi, y si te parece, iremos a Montjuich. No me conviene andar mucho. Además, los jardines están todavía floridos y en los árboles cantan los ruiseñores —sonrió—; o ¿prefieres, acaso, que vayamos a otro sitio, a un café, por ejemplo? —La tristeza volvió a ensombrecer su mirada, le veló la voz en la última pregunta: era aquel algo que ella había advertido ya, que volvía a asomar ahora, y que a Lisa le impedía gozar plenamente de la felicidad de aquel día.

—Como te guste más. Me da lo mismo. Si quieres que vayamos a Montjuich, vamos a Montjuich; si quieres que nos quedemos aquí en un café, quedémonos aquí.

Hallaba un extraño placer en abandonarse a la voluntad de él, en mostrársele sumisa, agradecida, en decirle que sí, aun antes de que él terminara de hablar, antes de saber lo que quería.

—Tal vez será mejor que vayamos a un café; a esta hora no habrá nadie. Estaremos solos y podremos hablar tranquilos. De paso, me desayunaré; todavía no he tomado nada. Supongo que no nos harán falta los ruiseñores...

—No, no nos harán falta. Vayamos al café.

Caminaron uno junto al otro; él apoyándose en su bastón.

Lisa volvió a pensar: «Le ofreceré mi brazo, para que se apoye». Pero también esta vez sintió que ya no lo haría.

—¿Quieres que entremos aquí?

Estaban frente a un café, en la parte baja de la Rambla. Aquí, la mañana aparecía

aún más bella. Los plátanos juntaban en lo alto sus grandes ramas, formando sobre el paseo una tupida bóveda; por entre el espeso follaje se veían pedazos de cielo de un azul intenso, en hermoso contraste con el verde de las hojas. Una abigarrada multitud pasaba por debajo de los grandes árboles; subían y bajaban por el ancho paseo, oreado por la brisa que llegaba del cercano mar, en la gran frescura de la mañana. Parecía día de fiesta, y tranvías y coches subían y bajaban ruidosamente; en los breves espacios de calma se oía el vocerío de la gente y el confuso guirigay de los gorriones ocultos entre el follaje verde. En los cafés había mesas en las terrazas, casi todas ocupadas. En algunos se oían las gramolas desgranando pieza tras pieza. Se detuvieron un instante a la entrada del café. Frente a ellos, el interior aparecía casi vacío; sólo había una pareja en un rincón, un viejo y una joven que estaban muy juntos; él le hablaba, mientras ella iba devorando su desayuno, más atenta a comer que a las palabras del viejo, por más que fingiese lo contrario.

—Entremos, ¿no? Estaremos mejor.

Entraron. Se sentaron más al interior, en un rincón tranquilo. Estaban solos, en una atmósfera íntima y sosegada, confortable. Fuera, contra los cristales, cerrados en parte, resonaba el eco del tráfico, como un sordo, un apagado rumor de marea, como de olas muriendo en una playa lejana, arrullando dulcemente sus palabras. Esperaron al camarero, para quedar ya solos definitivamente y para poder hablar a sus anchas, pues los dos lo deseaban con ardor. Lisa, en este momento, sentía por primera vez un vago temor; acaso empezaba a comprender la tristeza de él por lo que iba a decirle. Acudió el camarero; volvió después al mostrador; les trajo lo que habían pedido y se alejó.

—Bueno, ya estamos solos. ¡Nos volvemos a ver! —Ella le estrechó la mano—. ¿Qué? —sonrió—. ¿Cómo está la señorita? ¿Te acuerdas?

Ella hizo un ademán afirmativo.

Callaron. Él, con voz firme, continuó:

—Sé que fuiste a verme al hospital.

Ella se sonrojó.

—Sí, fui a verte. ¡Estaba tan inquieta por lo que pudiera sucederte! ¡No sabes lo que pensé en ti, cuando al llegar a casa me encontré que ya no estabas en ella! Fui al hospital, mas no pude llegar hasta ti.

—También lo sé.

—¿Lo sabes?

—Lo supe después, ya tarde... Bueno, tarde no, ya que, al fin, he dado contigo.

—Primero, no me dejaron verte; después no supe encontrarte. Fui torpe; no acerté con el camino, y, no obstante, sentía un ansia mortal por saber de ti.

—¿A pesar de lo que te dije? —le preguntó él, mirándola a los ojos.

—A pesar de lo que me dijiste.

—¡Qué estúpido fue todo aquello! ¿No?

—¿Estúpido? No sé. Sin embargo, ¡cuántas veces lo recordé!

—¿A pesar de lo de tu abuelo?

—A pesar de él...

Se sonrió.

—La verdad es que tu abuelo tenía una... tenía una figura...

—No le conocí... Murió antes de nacer yo.

—Bueno; dejémosle que descanse. Y ahora, otra cosa. ¿Por qué interés...? — vaciló todavía un momento—, ¿por qué ibas allá, qué interés te guiaba?

—No sé... Necesitaba saber de ti...

La voz de él sonó ahora apagada, con una sombra de preocupación. Por fin, le dijo:

—¿Sabías ya quién era? ¿Lo sabes?

Ella se sobresaltó ligeramente.

—No sé —balbuceó, mirándole, como si tratara de adivinar aquel secreto.

—¿No leíste el periódico?

—Sí, lo leí... Pero...

—No lo creíste —dijo él, entre irónico y desolado.

—No sé cómo decírtelo...

—Y, a pesar de todo, ¿deseabas verme?

—Sí, a pesar de todo... —Pero dejó la frase así, como un balbuceo, sin firmeza...

Callaron. Él la miró de nuevo, como tomando una resolución, y le habló sin reservas:

—óyeme, Lisa. La vida me ha enseñado a no forjarme ilusiones, a no alimentarme de quimeras. Sin embargo, por una vez me he dejado arrebatar por un sueño. La culpa no ha sido del todo mía; la culpa ha sido de aquel día en que, encerrado en una oscura celda del hospital, vigilado estrechamente, me dijeron que una muchacha había ido allí para verme; me dijeron que había llorado ante los guardias para que la dejaran pasar, que se había lanzado entre ellos corriendo y había llegado ante mi misma puerta; la culpa fue de aquel momento en que, al decírmelo, adiviné al instante que eras tú.

Ella le miró, entre conmovida y avergonzada. Él prosiguió:

—En aquel momento sentí horror del destierro o la cárcel, o tal vez, la muerte, que me amenazaban; y sólo por ti deseé ardientemente vivir, recobrar mi libertad. Desde entonces no hubo nada más en mi pensamiento. El día en que se proclamó la República, creí enloquecer de alegría, y cuando se abrieron las puertas de la cárcel y un grito de libertad hizo estremecer hasta los cimientos de la sombría mansión, yo, a pesar de mis heridas, me lancé como un loco a la calle, con tu imagen en el pensamiento. Y nunca la vida, el cielo, el campo, las calles con sus árboles, me

habían parecido tan hermosos como en aquel momento. —Calló. Ella, conmovida, le estrechó la mano en silencio. Él prosiguió—: Había andado apenas cien pasos cuando, en medio de mi loca carrera, caí al suelo desvanecido. Mis heridas, apenas cicatrizadas, se habían abierto otra vez, y tuve de nuevo que guardar cama.

»Ahora, escúchame: La vida me ha enseñado también a no andar con rodeos. Has dicho que leíste el periódico. Todo lo que decía allí de mí es verdad. —Calló y la miró a los ojos—: Sí, es verdad —añadió, con un esfuerzo—. Sostuve tiroteos con la policía; incendié tranvías; puse, con otros, una bomba al paso de un tren y, afortunadamente, no llegó a estallar. No es cierto que tomara parte en el atraco a un banco, aunque muy bien lo hubiera podido ser. Fue pura casualidad. En cambio, es verdad que coloqué un petardo en una de las cocheras... —Su voz se tornó más grave, dolorosa, y, de repente, enmudeció.

Ella se acordó al punto de lo que había leído sobre el niño muerto, lo que más la había atormentado; le buscó los ojos angustiada, anhelante, y exhaló la pregunta:

—¿Aquel niño...?

—Sí. Iba con su madre. Yo había colocado el artefacto, y oculto tras unos árboles esperaba el efecto de la explosión. De pronto vi a una mujer que, con un niño de la mano, avanzaba hacia allí. El niño iba jugando, cogiéndose a la mano y volviendo a soltarse para jugar. Les grité; me lancé hacia ellos como un loco. Pero ya era tarde...

Calló. Estaba pálido y los labios le temblaban.

—Es horrible —pronunció ella al fin.

—Sí, es horrible. Es mi negro secreto; es la sombra que me persigue; desde aquel suceso llevo oscurecida el alma.

—Es horrible —volvió a pronunciar ella, como un soplo. Pero, ¡cosa extraña! Ahora, tras la confesión, Lisa se sentía más atraída hacia él. Tal vez, en el fondo, en este momento alentara en ella el mismo sentimiento que, muchos años atrás, en una noche clara de verano, empujó a su madre hacia el bueno de Juan Bausá.

Él, con la misma voz grave, prosiguió:

—De niño me crié en los barrios extremos, entre el ruido de los talleres y el humo de las fábricas. De mis padres no tengo recuerdo; perecieron los dos en un pueblo de Murcia en una inundación. Yo, todavía muy niño, quedé solo, y un tío mío me trajo consigo a Barcelona. De mi infancia no quisiera hablarte. Apenas me tuve en pie, entré de aprendiz en una fábrica. La fábrica es horrible. Es un invento infernal, al menos la que yo padecí. Hay humo, ruido, sombra; veis hombres silenciosos, verdaderos fantasmas, inclinados sobre la tarea; veis mujeres, veis niños, y piensa uno en el cielo, y en los niños que juegan afuera, en alguna parte, bajo el cielo; pensáis en los que van a sus colegios y pueden formar su destino, mientras nosotros lo tenemos ya determinado: destino mísero, incambiable, y en el que no se tienen en cuenta nuestros méritos ni nuestros sentimientos, y a veces, ni siquiera nuestra

dignidad. Esto nos va envenenando el alma, como el humo, el ruido, la atmósfera cerrada y llena de fétidas emanaciones nos van envenenando el cuerpo. Pero todo se soporta: o se muere uno y le entierran, o se soporta. Entonces en la fábrica empezaba a fermentar esta sórdida agitación que se ha manifestado ahora. Estaban ya organizados los centros anarquistas con sus cuadros de acción. En mí prendió en seguida el espíritu de rebeldía. Apenas conté la edad, ingresé en el Centro; me aficioné a leer, y en la lectura alimenté mi alma con nuevos odios, con una indignación más ardiente ante las injusticias del mundo, y la idea de una vida mejor, de aquel mundo en el cual todos habíamos de ser hermanos, de que se nos hablaba a todas horas, me arrebató el espíritu, y juré consagrarme en cuerpo y alma a aquel hermoso ideal. No había hombre más puro que yo, más sincero, y más dispuesto al sacrificio.

»Entonces los discursos, los libros, los periódicos, eran como aceite que alimentaba el fuego de mis iras. Si entonces hubieran vivido mis padres y, en bien del ideal, me hubiesen dicho que tenía que atentar contra mis padres, creo que no habría vacilado. Entonces hice lo que ya sabes. Sostuve luchas con la policía y disparé sin vacilar. Incluso tomé gusto a la lucha. No sabes cómo arrebatara este jugar con el peligro... Hasta que un día... No lo quiero recordar. Perdóname. Pero te juro que no hubo en mí intención, y que aquel día empecé a vacilar. Ahora puedo decir que en aquel acto estuvo mi salvación.

»El hecho se produjo en un momento crucial para mí. Mis ojos, casi sin que yo lo advirtiese, se habían abierto a nuevas verdades; había leído también mucho, pero de una manera nueva, más abierta, sin fanatismo y sin pasión, y también esto me aclaró muchas cosas que no veía. Había mirado en torno mío, y mi fe en los hombres había empezado a vacilar, y con ella había vacilado mi fe en la idea. Aquel hecho precipitó dentro de mí el lento proceso de mis inquietudes. Todo lo que no acababa yo de decirme se descubrió ante mis ojos con brutalidad.

»Fue como un derrumbamiento, aquella noche no dormí, y a la madrugada me sentía como un hombre nuevo.

»Era poco antes de conocerte. Parecía como si todo se preparase ya en mi alma para aquel momento. Me sentí aterrado y miré en torno mío. No había nadie junto a mí. Junto a mí, entonces, sólo vi ejemplos de envidia, de egoísmo, de maldad. Vi las mismas pasiones que había visto en todas partes. Vi egoístas, envidiosos, hombres que por la más mísera ambición lo sacrificarían todo; vi hombres, en suma. Los hombres, en su mayoría, me parecieron igualmente despreciables. Sólo que unos pocos sabían esconder sus sentimientos bajo hermosas palabras. Era la única diferencia que existía. Había excepciones, pero éstas ya no podían devolverme mi fe. Mis actos se me aparecieron inútiles, de una estúpida crueldad. “Pensamos matar una idea —me dije entonces—, un prejuicio, y destruimos una vida inocente.” De

momento nos estremecemos de horror, cuando menos yo, tal vez porque era la primera vez. Después nos decimos que era necesario. ¿Qué importa una vida—pensamos —ante la felicidad de tantos? Al fin comprendemos, si lo queremos comprender, si no nos obstinamos en nuestra ceguera, que lo único seguro, de momento, es que hemos matado un niño. Uno mira a su alrededor, y se pregunta: “¿A quién defiendo? ¿Por quién lucho y arriesgo de continuo mi vida, en una existencia de desesperado?” Y siente horror del vacío en que se mueve, de la inutilidad espantosa de sus acciones. Pero el paso está dado, y ¿cómo retroceder?

»En ese momento te conocí a ti. Era ya un desengañado; obraba por pura inercia. El conocerte fue para mí como un toque de clarín, un grito que me llamaba de nuevo a la vida. Entonces aquel delito mío, que dormía en mi fondo, se me presentó de nuevo con todo su horror. Nada me sirvió ya para atenuar mi falta, nada pudo borrar de mi alma el terrible recuerdo. Había creído que acabaría por olvidarlo; entonces vi que no; ahora veo que no lo olvidaré nunca; toda la vida me perseguirá.

Lisa guardaba silencio.

Él levantó la cabeza, como si se sacudiese aquellos pensamientos, tomando una resolución, y tras una pausa, dijo:

—Y ahora una cosa, Lisa. Lo que está hecho, hecho está. Escúchame con calma. Seré muy breve. —Hablaba solemne, como si le costase pronunciar las palabras, como si se hallara ante el trance supremo de su vida—. El tiempo apremia. Ni yo he nacido para perder el tiempo yendo detrás de ti, dedicándote flores, ni tú, a pesar de tu edad, eres ya una niña. Ahora ya sabes quién soy, y sabes cuáles son mis pensamientos. Si te dijera que tú eres para mí lo más sagrado que hay en el mundo, lo único por lo cual la vida se me aparece aún como deseable, te diría poco. Pero basta con eso. Si eres como yo pienso, habrás sabido comprenderme. Después de esto, te repito la pregunta: reflexiona, Lisa, y dime si tú, una niña como tú, podrías querer, podrías unirte a un hombre como yo, a pesar de todo, pero un hombre que aspira a cambiar de vida, a ser un hombre nuevo.

Lisa no tenía ya nada que reflexionar. Se levantó; le dijo que sí con sencillez ademán, y se dispuso a salir, como si no tuvieran ya nada que decirse. Pero él la asió de la mano y la obligó a sentarse de nuevo.

—Espera. Todavía no he terminado. Ya sabes quién soy, quién era; ahora te diré el que pienso ser. Aquí, a pesar de la amnistía, no puedo vivir. He dudado ya de todo, y sin fe no podría continuar. Ahora he puesto mi fe en otra cosa. Hace tiempo un amigo mío se fue a América; siempre me había rogado que fuéramos juntos, pero el ir a América no ofrecía para mí el menor aliciente. Tal vez presentía que mi bien estaba todavía aquí. Este amigo se estableció; la suerte le ha favorecido y me ha escrito repetidamente ofreciéndome un puesto a su lado. Sé que al aceptarlo le daría contento. Ahora te toca a ti responder: si yo aceptara, Lisa, ¿me acompañarías?

Esta vez Lisa le miró reflexiva, asustada de la proposición.

Pensaba en sus padres, ya ancianos. El viaje con él a aquella tierra, que se le antojaba la tierra prometida, le tentaba poderosamente, pero dejar a sus padres le parecía una crueldad. Además, quería a Barcelona.

—¿No podríamos quedarnos aquí?

—Imposible. Lo he pensado muy bien. Uno no puede librarse de golpe de una existencia de años y años, como si cambiase de vestido. No puede evitar verse con las antiguas amistades, que le tratarían de traidor, sin comprender que la traición la haría ahora continuando aquella vida. Soy demasiado sincero conmigo mismo; no podría obrar contra mis sentimientos. Te repito que es imposible; hay demasiadas cosas, y lo he pensado todo. Si quiero cambiar de vida tengo que irme, empezar de nuevo, como si acabara de nacer, o mejor, como si resucitara. A tu lado, no faltándome tú, me siento con fuerzas para todo.

—Pero, ¿nos iremos para siempre?

—Tal vez sí, tal vez no. ¡Quién sabe!

—Tengo a mis padres; son ya ancianos, y siento que, a pesar de todo, sufriré por ellos; no los podré olvidar. ¡Hemos vivido siempre tan unidos y me quieren tanto! Sólo la idea de tener que decirles que me voy me parte el alma.

—Explícales. Convénceles. Diles que les escribirás... Tampoco puedes sacrificar así tu vida.

—Es cierto, pero...

—Piénsalo bien. Ya lo sabes. Yo no puedo continuar aquí.

Ella estuvo un momento silenciosa.

—Prométeme, cuando menos, que un día volveremos. Déjame esta esperanza. No podría irme sin pensar que un día he de volver. Además, ¡quiero tanto a Barcelona!

—Te lo prometo.

Tras un silencio, él la miró, con una larga y tierna mirada. Sentíase como un hombre nuevo, como si desde lo profundo de su ser se levantase un poderoso impulso de resurrección, una promesa de nueva vida.

—¡Qué descanso he conseguido, Lisa! ¡Qué bien me siento! Ahora sólo hace falta esperar... Someterme al trabajo; sujetarme a una obligación determinada, sé que me costará, pero lo haré, y cuanto más me cueste, mejor. En ello hallaré una suerte de expiación por el crimen que cometí, si es que puede haber expiación para mí hallándome a tu lado.

—También yo compartiré tus sentimientos. No he hecho nada, es verdad, y me siento aún horrorizada. Pero, en nombre de este horror, ¿no me hago un poco culpable con quererte, con abandonar a mis padres por ti, con irme de mi tierra acaso para siempre? Además, me sentiré culpable ante mis padres. También para mí será una especie de expiación, sólo que también yo la cumpliré a tu lado, y a tu lado,

¿cómo podrá haber expiación?

—Lisa, ¡soy feliz! No te digo más. Ahora podemos irnos. —La miraba con el rostro radiante, rebosante de gozo.

—Vámonos.

—Parece que empezamos ya nuestro camino. No sé qué nos reserva el destino, pero sea bueno o malo, a tu lado no temo nada. —Se puso a andar, y retrocedió de pronto—. Espera. Todavía ando un poco mal; necesito mi bastón.

—No hace falta. Apóyate en mí.

—Lisa, ¡qué hermoso es este día! Vamos.

Capítulo IV

SE APROXIMABA el día de la partida. Hacía una semana que Lisa y Pedro se habían casado. El casamiento se celebró casi en secreto. Él, fiel con sus ideales, no quería casarse por la Iglesia, pero accedió al fin, para no disgustar a Lisa. La ceremonia fue sencilla y asistieron sólo los testigos y los padres de Lisa, que, llorando, siguieron el desarrollo de la ceremonia. Fueron a comer los cuatro en un restaurante modesto. Después de comer, Juan y Mari Juana, fatigados y tristes, se retiraron a su casa. Pedro y Lisa emprendieron una breve excursión por Cataluña, mientras esperaban la llegada del transatlántico. Tenían ya los pasaportes y los billetes; el dinero para el viaje y para los gastos les fue mandado desde América con una carta en que pudieron ver el agrado con que se les esperaba.

Al regreso de su viaje se instalaron en una pensión en la calle del Hospital. Fueron para Lisa días felices en que pudo ver a sus padres casi a diario, y resarcirse del largo tiempo en que no los podría ver; sus conversaciones respiraban ternura y tristeza a la vez, porque sobre ellos pesaba ya la nostalgia anticipada de la larga ausencia. A veces hablaban de él. Lisa estaba cada día más enamorada, más entusiasmada con su esposo. «Ya lo ves, mamá: donde pensaba hallar nobleza y comprensión hallé cinismo y brutalidad; donde esperaba hallar brutalidad, odio y cinismo, he hallado ternura y comprensión. ¡Qué extraña es la vida y cómo nos engañamos! No sabes lo bueno que es, lo afectuoso y comprensivo, ¡quién lo había de decir!»

Un día, Lisa y Pedro fueron con el padre de ella al almacén en donde le habían de emplear. A él le gustó; el empleo era fácil y, sobre todo, había poca gente. Apenas tendría que tratar con nadie, salvo en el momento en que fuesen a buscar las mercaderías. Fuera de él había sólo una muchacha, encargada de la venta al detalle y de la limpieza del almacén. La oficina estaba instalada en uno de los pisos superiores, de manera que abajo estarían casi siempre los dos solos. Él habría deseado empezar en seguida el trabajo, pero tenía que esperar a fin de mes.

Pedro estaba optimista; se sentía fuerte, completamente restablecido, pero impaciente ya por partir, con un ardiente deseo de hallarse lejos.

Un día Lisa le explicó toda la historia del despido de su padre del cargo, y de su breve paso por la oficina donde trabajaba él. Le explicó sus relaciones con el hijo del jefe —lo cual ensombreció un poco a Pedro—, le explicó cómo aquél había hablado a su padre para que le colocara, y cómo había sabido que el suyo trabajaba a las órdenes de él, y la alegría de ellos al encontrarse juntos en el trabajo.

Lisa tuvo que explicarle después, aun a pesar suyo, la conducta del jefe para con

ella, y la baja manera cómo se vengó. Era una historia de bajeza, de cinismo. Él, a pesar del velo que ponía ella ante los hechos, la adivinó en toda su crudeza, en toda su vileza y brutalidad. Los labios le temblaban, los ojos le chispeaban de ira.

—¿Pero él sabía que su hijo iba contigo?

—Lo ignoro, pero creo que lo sabía. Los dos son iguales: dos cínicos, dos canallas. ¡Cuando pienso lo que mi padre debió de sufrir allí!

Él quiso entonces ir en busca de aquel hombre; esperarle una noche tras una esquina por los alrededores de su casa. Esto era fácil.

—¡Con qué gusto, para un tipo así, volvería a empuñar el arma! ¡Con qué gusto le vería temblar y suplicar, y con qué gusto dispararía contra él, a pesar de todo! Tipos así justifican todas las violencias. Si me lo permites, tu padre volverá a su puesto. Te lo juro.

Ella, asustada, le suplicó que no lo hiciera; le convenció de que su padre sería muy feliz con su nueva ocupación, pero más aún de no tener que volver allí.

—Parece imposible que haya sido capaz de hacer con él lo que ha hecho, ¿verdad? Pero no es él sólo. Cuando murió mi abuelo le dejó en herencia una finca. Mi madre me lo explicó; era, según ella, una finca magnífica. En dos días se la robaron; le entregaron algún dinero; pero dos amigos de él, o que se llamaban sus amigos, se encargaron de dejarle en pocos días sin un céntimo. Cuando se casó con mi madre no tenía más que su empleo...

Hubo un silencio. Él estaba más pálido; los ojos le fulguraban y tenía las mandíbulas tensas, apretadas.

—Pero, ¿es que no habrá un lugar donde uno se vea libre de tales seres, lejos de sus garras? Cada vez me siento más extranjero en este mundo. —Volvió a bajar la cabeza, sumido un instante en amargas reflexiones; la volvió a levantar—. Cuando pienso en lo que me dices; cuando me acuerdo de mi niñez en la ciudad; en las bajezas, los crímenes contra la inocencia, las bestialidades que he presenciado, me entra un asco que me impide casi respirar. Sólo me faltaba conocer esta pequeña historia de canallas que tú me has referido. ¡Ah, con qué gusto me iré de esta ciudad y qué impaciencia siento ya por irme! Ahora pienso en ella y me invade una sensación de náuseas; me siento rodeado de una atmósfera de asfixia. Me parece que toda la ciudad es un inmenso estercolero que humea, humea, y cuyo humo nauseabundo llega a ensuciar el propio cielo. Si pienso en ti, que estabas en ella, si pienso en tantos como tú, que luchan o lucharon en un batallar heroico para ir por el camino derecho, es sólo para hacer más viva mi repugnancia, para que la odie más, para que desee aún más ardientemente irme lejos de aquí, respirar un poco de aire puro. Pienso en el vapor; en el mar libre... ¡Buenos Aires! Hasta el nombre parece que nos trae una bocanada de aire puro, un olor de sal y algas marinas, un soplo fresco y vivificante; pienso en ello, y el pecho se me ensancha, como si lo respirase ya a pleno pulmón. Y,

cuando ya embarcado, doble la punta de Montjuich, cuando la pierda por última vez de vista, ¡ah!, entonces, ¡qué adiós le voy a dar! Te lo diré con una frase catalana. Será un poco fuerte para ti, pero no encuentro otra que diga mejor esta violencia de sentimiento. —Le acercó los labios al oído. Ella se apartó instintivamente, como herida por la crudeza de la expresión, pero, no obstante, sonriendo, por la pasión que había puesto en las palabras—. Te juro que lo voy hacer.

—¿Pero tú crees que en Buenos Aires, que en las otras ciudades del mundo, no debe de suceder algo parecido? —dijo ella, con aquella visión suya de las cosas, llena de buen sentido.

—Seguro que sucede, ¡quién lo duda! —le contestó él sin vacilar—; pero existe la diferencia de que en Buenos Aires, en las otras ciudades del mundo, no he pasado, de niño, por sus calles como un perro perdido; en aquellas ciudades no me habrán robado lo mejor de mi vida; no me habrán pisoteado, ni exasperado; en ninguna de ellas habré dejado mis ilusiones entre rastros de sangre; no, allí no habré sufrido los más amargos desengaños. Los hombres, la vida, allí, ni donde sea, no pueden ya engañarme. Ellos serán tal vez iguales, pero yo no seré el mismo hombre, y, además, te tendré a ti. —Hizo una pausa, y mirándola a los ojos, prosiguió—: Parece imposible, tan pequeña como eres, tan insignificante y tan sencilla, y que hayas producido tanto trastorno en mí. Hallarte a ti ha sido para mí como si estuviera muerto y hubiese resucitado. Ahora, casi casi creo en milagros. ¡De qué manera más hermosa ha sucedido todo!; todo como preparado de antemano. Que fuese allí aquella noche a vigilar, donde no debía ir, pues lo hice en lugar de otro que enfermó; que me hiriesen; que me refugiase, no en la casa de al lado, adonde fui, sino en la tuya, saltando por el tejado, y que llamase por fin a tu piso. ¡Qué hermoso! Parece como si un secreto designio me hubiera ido guiando los pasos.

»Ahora tengo prisa por irme. Lo deseo tanto, que temo como si algo imprevisto me lo pudiera aún estorbar, algo así como si hubiesen de quitármelo. No sé cómo quién podría, porque te cogería entre mis brazos, como en las zarzuelas —sonrió—, ¿te acuerdas?, y al que se me presentase, fuera quien fuese, le diría: “¡Ven, si te atreves!” Así te cogería. —Y la estrechaba casi hasta hacerle daño, mientras ella reía halagada—. ¿Qué final, eh? Parece que se oyen los aplausos.

—Eres un loco —le dijo ella, sonriendo.

—Loco y más que loco, pero a causa de ti. Tanta dicha me parece imposible, y quisiera que fuera ya mañana y sentirme en el vapor a tu lado, y sentir el aire fresco y salobre del mar, el aire fuerte contra el rostro, cogido a tu brazo, apretado contra ti, y sentir el último grito de la sirena como un canto de libertad. —Calló. Tenía lágrimas en los ojos; temblaba todo él, y su rostro parecía iluminado de una dicha interior inexplicable, y terminó—. Luego, ya lo sabes, cuando pierda de vista a Montjuich... Bueno, ya lo sabes. Te juro que lo haré.

Ella le miró y se estrechó contra él; pensaba en sus padres; se decía: «¡Cómo te acompañaría en tu alegría si pudiese! Si no fuera por ellos, mi alegría sería completa. En cambio, ahora...» Pero calló, para no ensombrecerle la alegría. Sin embargo, él le leyó en los ojos el pensamiento.

—Piensas en tus padres. Es natural. También yo llevo una sombra conmigo, que me priva de ser feliz. ¡Ah, si no fuera por esta sombra!

Ella se estrechó más fuerte contra él.

—Tú y yo estamos igual —repuso ella—; a los dos nos queda una pena, y los dos sentimos la misma alegría. Para siempre. —Y le abrazó.

—Sólo tres días, sabes, tres días, y luego... ¡Buenos Aires!... Sólo tres días.

Capítulo V

EL TRANSATLÁNTICO, alto, imponente, con sus dos puentes y sus enormes chimeneas, con centenares de luces iluminándole de popa a proa, se yergue en el muelle, cubriendo por completo el cielo. El sol se ha puesto ya tras las alturas de San Pedro Mártir, después de haber iluminado al cielo sobre la ciudad con un postrer reflejo deslumbrante, y las sombras han empezado a invadirlo todo. Ahora, abajo en la ciudad, brillan millares de luces, y en el cielo suavísimo del anochecer, arriba, sobre las alturas negras, van encendiéndose las estrellas.

Aquí, a la sombra del vapor, en el muelle se amontona una densa multitud que ha acudido a despedir a los que se van a tierras lejanas. Hay abrazos, despedidas, idas y venidas apresuradas, voces, ojos llorosos, gritos, llamadas a los que están ya a bordo y que contestan desde arriba. La sirena lanza su agudo clamor, largo, sostenido y profundo, como el aullido de un animal apocalíptico, se dilata en ondas sobre la ciudad, resuena en las alturas cercanas donde parece despertar remotos ecos; luego, en el profundo silencio, en la breve suspensión anhelante, se eleva de nuevo el rumor de los gritos y las voces.

Abajo, junto a la pasarela, hay un pequeño grupo formado por cuatro personas. Los jóvenes visten gabardinas; los viejos, sus abrigos sobre los trajes nuevos, pasados de moda. Lisa se acerca a su padre. Juan Bausá va con su mejor traje. Se ha vestido de fiesta para acompañar a su hija, por más que en su alma todo solloza por ella. Piensa: «Cuando me encuentre en la desgracia —es como un presentimiento—, ella estará lejos de mí. No podré oír su voz, y ¿qué será de mí, entonces?» La vida, después, le asustará más.

—Papá. —Lisa se le acerca sonriente. Le toca ahora a ella mantenerse fuerte y dominar este sollozo que le sube a la garganta. Toda su alma es un sollozo, sobre el fondo de su alegría. Él, su padre, la estrecha también, torpemente.

—Lisa... Lisa. —La mira, y tiene los ojos llenos de lágrimas, y en su voz, en sus lágrimas, parece preguntarle: «¿Qué haré sin ti?»

Ella le estrecha con fuerza, y oculta su rostro contra el hombro de él, para que no la vean llorar. Se domina, sin embargo; levanta la cabeza, y, sonriendo con un esfuerzo, le habla:

—Adiós, papá. No pases pena; no te aflijas. Volveremos. Entonces —le dice bajo— no nos separaremos ya nunca. Pensaré mucho en ti, papá.

—Nunca, Lisa, nunca... ¿Verdad?...

La mira como un niño, aturdido, sin saber bien lo que le pasa, con aquella actitud estúpida que conserva desde la tarde terrible.

—Nunca, papá. —Y le repite aún—. Me acordaré mucho de ti.

Él le toca la cara con los dedos, como si fuera una niña todavía, como cuando jugaba sobre sus rodillas o salía al balcón con él en el día del Sábado Santo. Pero ahora es ya una mujer; se ha casado y se va con su esposo. Es la vida. Los dedos de él han tropezado con una lágrima, cálida, ardiente...

—¿Lloras, Lisa?

—No, no, papá...

Lisa se vuelve hacia su madre, para que el llanto no la venza. La mira:

—Mamá...

Mari Juana se deja abrazar; es un cuerpo inerte, sacudido, sin embargo, por los sollozos, que ella no ha podido dominar. Es que hoy no es ella: se siente débil; sus fuerzas flaquean de un modo alarmante, y el porvenir sin su hija le aterra. Ella, sí, tiene conciencia de todo; ella siente que no la verá más, y un temor angustioso se ha apoderado de su alma. Ellos creen que es fuerte; tal vez lo fue, pero hoy sabe que no es lo que era; hoy Mari Juana se siente abatida, enferma, sin fuerzas para nada, como llegada ya al último extremo. Mari Juana hoy, desde el fondo de su angustia, se levantaría hasta ella, allá arriba a la luz de su felicidad, y le gritaría: «¡No te vayas!» Pero no dirá nada, pues, ¿qué habría de conseguir? Es la vida. Mari Juana se siente cada vez más desolada. Detrás de ella no ve más que la casa vacía, la casa que Lisa alegró con su voz y con su presencia durante tantos años: la casa vacía y la vejez de los dos, y el sombrío invierno que se acerca. ¿Qué será de ellos? Mari Juana la mira... La mira y tiembla; estos días se siente mala. Hoy mismo, si no hubiera sido porque ella se va, tal vez se habría quedado en cama. Es posible incluso que tenga fiebre. No, no se siente buena. ¡Ha tenido que trabajar tanto estas noches! Y siempre con el pensamiento en esta despedida. Un temblor extraño la agita, con una angustia de presentimientos; rápidos escalofríos la estremecen. Lisa la mira. Entre la fiebre de los preparativos, en la agitación de estos días, apenas la ha visto; ahora se sorprende viéndola tan pequeña, tan arrugado el rostro sin color, y con los cabellos blancos asomándole por debajo del sombrero. «Mamá se ha hecho vieja como él —piensa—; son dos ancianos.» Quiere atribuirlo al dolor de esta partida, a la emoción del momento, pero siente que el alma se le oprime y que algo la advierte, también a ella, de que no les verá ya más, aunque ella se resista a creerlo.

—Adiós, mamá.

La estrecha, la siente sollozar entre sus brazos, y vuelve a decirse: «No, no es la misma».

Pedro, vestido con su gabardina, elegante, fuerte y macizo en su delgadez, se adelanta sonriendo.

—Bueno, diríase que nos vamos al otro mundo. Total doce días de mar, y a las próximas Navidades todos juntos.

El viejo sonríe, como un niño; y piensa en aquellas Navidades que no llegarán. En su alegría ingenua se vuelve hacia Mari Juana:

— Oyes, Mari Juana? Vendrán por las Navidades.

Mari Juana no le oye.

Ella adivina la verdad, y la verdad es que él lo ha dicho porque s , tal vez para dejarles con la esperanza.

—Bueno, hasta la vista. Van a retirar la pasarela, Lisa. No nos vayamos a quedar en tierra. —La coge por el brazo; se la lleva, como si la arrancase de all . Pedro est  sonriente, rebosante de fuerza y de optimismo. Les tiende la mano por última vez. Estrecha en la suya, grande y fuerte, la mano inerte, blanda de él, la pequeña mano huesuda, nerviosa de Mari Juana—. Adiós. Hasta la vista. —Ella se desprende de su madre, se arranca de su madre, como en un sueño, y se aprieta ahora contra el brazo de su marido, fuertemente, como amparándose de su debilidad de este momento. Ya en la pasarela, se vuelve con los ojos inundados de lágrimas. Ellos se ven pequeños, perdidos all  entre la multitud, muy cerca de la pasarela, rodeados de gentes que dan voces, que agitan los brazos, que gritan con la mano en la boca a modo de bocina, pero más solos que si estuvieran perdidos en una inmensa selva.

—Adiós, papá... Mamá... Adiós.

Por última vez, Pedro se vuelve también y levanta su brazo, saludando. A los padres les falta ya fuerza para responder.  l, Juan, se ha acercado a Mari Juana, como buscando refugio en ella contra esta noche que empieza a envolverlos; ahora, los dos juntos miran atontados hacia arriba para descubrir las dos cabezas entre la hilera apretada de cabezas que asoman por la barandilla. Es una búsqueda angustiosa, sin ver.

Han soltado las amarras; desde proa y desde popa se ha escuchado el estrépito de las maquinillas que recogen los cabos; en la proa, el ancla es también izada lentamente. Los remolcadores se ponen en marcha, echando humo por sus chimeneas, y el transatlántico ha empezado a alejarse del muelle. Lento, majestuoso, con su inmensa mole, con sus miles de luces encendidas, semejante a una ciudad flotante, va adentrándose en las aguas, va alejándose. A lo largo de las barandillas, en los dos puentes del buque, se agitan pañuelos; se oye todavía una voz, que el ruido no deja entender... El barco se aleja.

Ellos, Juan y Mari Juana, est n en el mismo lugar, solos, pequeños, más solos que nunca, con los ojos all  enfrente, como ciegos, buscándolos, como asi ndose desesperadamente a aquella última ilusión. De pronto, un grito, lejano, apagado, casi inaudible, llega hasta ellos; les sacude con un hondo estremecimiento: « Pap ...!  Mam ...!» Los ojos se abren desmesurados, buscando. Pero es inútil: sólo el volar de centenares de pañuelos; los brazos agitándose... Nada.

— Los ves, Mari Juana? Yo no puedo verlos.

—No: no los veo.

Mari Juana siente frío; se estremece con un escalofrío y se coge al brazo de él, como si se fuera a caer. Todavía buscan un momento con los ojos, allá lejos. El vapor ha dado una vuelta sobre sí mismo, y arrastrando el remolcador de proa, se aleja ya decididamente derecho a la salida del puerto. Poco a poco, majestuoso y solemne con su soberbia masa sobre el mar, con sus luces reflejándose en las aguas, va perdiéndose tras el brazo del muelle de enfrente hasta desaparecer del todo. Tras él queda sólo la noche, la noche inmensa, la noche fría y desolada que se extiende sobre el mar, llegando hasta ellos y envolviéndolos.

Mari Juana se recobra, como emergiendo de un pesado sueño.

—¿Vamos, Juan?

Él se coge a su brazo, y por entre la multitud, que va ya desfilando, solos, empiezan a caminar lentamente, con torpeza. El último aullido de la sirena llega aún hasta ellos, largo, intenso y profundo, como un grito prolongado y aterrador, como una amenaza que lo llena todo, y ellos avanzan más juntos, más pequeños, anonadados bajo el intenso clamor, aplastados.

La ciudad ante ellos era como una sombría selva, y ellos, bajo el aullido atronador de la sirena, se alejaban por ella muy juntos, como amparándose mutuamente:

—Lisa será feliz, ¿verdad, Mari Juana?

—Sí, será feliz.

Un silencio.

—Y un día volverán a buscarnos, para estar juntos para siempre. Lo ha dicho Lisa, Mari Juana, ¿lo has oído?

—Sí.

—Tal vez vengan por las Navidades, Mari Juana, lo ha dicho él. ¿Lo has oído?

—Sí.

En la barandilla, hacia la parte de popa, Pedro y Lisa habían encontrado un pequeño espacio. Desde allí había lanzado Lisa su grito y había levantado el brazo en su último adiós; desde allí vio levantar el rostro a los dos, como rostros de ciego, buscándola, sin poderla encontrar. Así debían de buscarla aún, así continuarían buscándola... En vano Lisa, con ademán desesperado, agitó el brazo frente a ellos.

—No nos han visto.

—No.

Lisa se coge de nuevo al brazo de él, y solloza un momento con la cabeza contra su brazo. Él le acaricia el cabello, dulcemente, pero de una manera maquinal, abstraído ya en sus pensamientos, arrullado ya por aquel principio de canto que parece levantarse en su corazón. El vapor se desliza majestuosamente, insensiblemente, sobre las aguas quietas del puerto, llenas de reflejos de luces; atrás quedan los muelles con las siluetas de los navíos atracados; con las altas grúas,

inmóviles, como extraños monstruos, con las raras cabezas levantadas, alineados a lo largo de los muelles; con la mancha oscura de los cobertizos.

La ciudad va alejándose. Aquí enfrente, a la sombra de Montjuich, por encima de la masa de los Docks, se yergue negra la alta chimenea de una fábrica; un poco más atrás, las tres chimeneas de la central eléctrica, confundidas casi en una sola, negra y enorme, van destacándose, simétricas, iguales; una de ellas humea lentamente en el cielo gris. Por encima, entre la alta torre férrea de San Jaime, con su cúpula iluminada, y la montaña de Montjuich, por el lado de Miramar, palpitante de luces, van y vienen sin cesar los transbordadores, con su luz semejante a una estrella deslizándose por un cielo negro. Más atrás, sobre el enorme edificio de la Aduana, se yergue diminuto el monumento a Colón, con la figura del descubridor en lo alto, señalando al mar, confundido casi con la sombra. Aquí cerca, en el muelle, se ve un barco de guerra atracado; con sus luces blancas, claras como estrellas, reflejándose en el agua entre las sombras del anochecer, es de un efecto maravilloso.

A la izquierda, sombrío, amenazador, imponente, Montjuich adelantado sobre el mar, y la silueta del castillo, con su recinto amurallado, con su torrecilla como el puente de un gigantesco navío coronando la cumbre, recortándose contra el cielo sombrío. Tal vez para hacerlo aparecer más tétrico y siniestro, se cierra sobre él el recuerdo de los fusilamientos cumplidos en su recinto, de la sangre derramada allí en las pugnas feroces de los hombres.

Arriba, al pie del recinto amurallado, frente al mar, como el ojo despierto del monstruo velando su sueño, el ojo luminoso del faro, desde un saliente de la montaña, hace girar su luz blanca sobre las aguas, proyectándola en un amplio espacio; la luz resbala sobre la negra superficie, taladrando la sombra; se acorta de repente sobre los muelles, ilumina con ráfaga veloz barcos y almacenes; ilumina más rápido aún la montaña a su alrededor, que ya conoce, poblada de oscura vegetación, y como impaciente, se vierte de nuevo en el mar, en un haz deslumbrante, y toda la noche sigue infatigable el mismo juego. Ahora le parece a Pedro que cuando doble ese muro de sombra maciza, traspuesta esta nube pesada que oculta el cielo, con su ojo siniestro y vigilante, el horizonte se despejará; sentirá ya el soplo del mar libre, el sentimiento de la libertad.

Desde el remolcador de proa han soltado el cabo; ha funcionado de nuevo con fuerte estrépito la maquinilla; las hélices han empezado a azotar el agua y el navío se ha estremecido como un cuerpo vivo, con el hondo trepidar de sus motores. El buque ha entrado ya en el mar libre. Montjuich ha quedado atrás, con las luces de Bonavista y de Miramar perdidas en la sombra. A sus espaldas han surgido las luces de Casa Antúnez y las instalaciones de la Campsa, con sus grandes depósitos vagamente iluminados, al pie del cementerio. Arriba el ojo móvil del faro continúa lanzando su haz de luz blanca sobre el mar, recogiénola por el lado opuesto y volviéndola a

lanzar; le ven deslizarse sobre las aguas, ven agitarse las ondas bajo su luz; se detiene un momento en el vapor, iluminándolo como un relámpago, y desaparece de nuevo sobre el mar, libre de obstáculo.

Poco a poco, Pedro, asomado a la borda, ve surgir ante sus miradas el llano de Sants, la Torrassa, la Bordeta, Collblanch, con las chimeneas de sus fábricas erguidas en la sombra, con sus calles, que tanto conoce, adormecidas bajo el centelleo de las luces. Desde allí, la ciudad, rodeando a Montjuich, desciende casi sin interrupción hasta el mar en suave declive, detenida en la orilla en el hervidero de luces de Casa Antúnez al pie mismo de la montaña. Frente a Casa Antúnez, montaña arriba, la ciudad de los muertos, sumida en la oscuridad. Más allá de Sants, el vasto hormiguero de luces que tiemblan en la noche se extiende sin cesar; llena las alturas de Sarriá, de San Gervasio, con sus torres lujosas y sus jardines, del Putxet con sus calles tranquilas, sus plazas sosegadas; muere como un oleaje contra las alturas de San Pedro Mártir y Vallvidrera, contra el Tibidabo, en cuya cumbre se yergue la alta torre de la atalaya, iluminada al pie de la cima, y brillan las luces del hotel, y de las atracciones, confundidas con las estrellas. De arriba abajo se ven dos hileras de luces del funicular. El mar de luces sigue dilatándose hacia el fondo, hacia las alturas de Horta y hacia San Andrés, Por encima de Sants, las dos hileras de focos eléctricos de la Diagonal se adentran paralelas hasta muy lejos, en pleno campo.

Es un espectáculo grandioso, impresionante; es un vasto temblor de luces dilatándose bajo la noche, siguiendo las ondulaciones de la tierra, descendiendo hasta el mar, y escalando, a veces, las alturas, como en Vallvidrera, en cuya cumbre parece surgir una nueva ciudad, y cuyo resplandor sube hacia el cielo. Kilómetros y kilómetros de luces centelleando bajo la noche; debajo de las luces, kilómetros y kilómetros de asfalto y de piedras grises y entre el asfalto y las piedras, bajo las luces, lejos del cielo y de la tierra, los hombres luchando, agitándose, corriendo de un lado a otro, como condenados, en un infierno de desesperación. Sus ojos se detienen por último en el lugar donde transcurrió su infancia: Sants, la Torrassa, la Bordeta, Collblanch... Por las calles de estas barriadas podría ir con los ojos cerrados. Por ellos pasó muchas veces de niño; pasó los primeros días mirándolo todo con ojos asustados. Buscaba cariño y halló solo reproches, golpes e injurias. Allí estaba la oscura fábrica, con sus sótanos casi sin luz, con el aire impregnado de fétidas emanaciones, donde se movían como sombras; allí consumió él sus mejores años y allí, en el siniestro recinto, sintió germinar los primeros brotes de rebeldía oyendo hablar a los mayores. Allí estaba la sórdida vivienda donde habitó, donde comió el pan duro de la orfandad, en una casa ajena, sin cariño, sin calor de hogar; allí estaba también el Centro, encendido en disputas, en entusiasmos, en blasfemias, donde con otros compañeros, tan ilusos como él, soñó con una humanidad mejor, en cuyo nombre empuñó el arma lleno de una noble indignación y se lanzó a la lucha

enloquecido, borracho de cólera y de ideal. ¡Cuánta miseria y cuánta locura! Y, sin embargo, ¡qué hermoso era su sueño y qué fácil le parecía en la ingenuidad de su corazón! Pero allí estaba la realidad horrible, siniestra, bajo el espectáculo maravilloso de aquel inmenso centelleo de luces. Era como un manto resplandeciente de pedrerías, bajo el cual se desarrollaba el duro combate de la existencia: la lucha sorda e implacable, la asechanza, el engaño; la lucha más despiadada, en la cual, ¡ay del que caía! Nuevos niños continuaban andando desnudos en invierno, sin cariño, sin hogar; nuevas víctimas eran ofrecidas a diario al horrible Moloch moderno, en los cabarets y en los prostíbulos, en la miseria hórrida de los barrios bajos; nuevos ilusos se lanzaban en pos de sus quimeras; nuevos inocentes soñaban sin pensar en el despertar. Sobre todos ellos, a Pedro, en esta noche, por encima del amplio palpitar de luces hasta el cielo sombrío, le parece que flota una gigantesca figura; una figura siniestra, satánica, que, con risa sardónica, sentada sobre la ciudad, va pesando y midiendo, con su medida y sus pesos falsos, traficante de almas y de cuerpos.

Poco a poco, sus facciones se habían ido endureciendo; se habían ido inmovilizando en una tensa rigidez; su cara, en la oscuridad, era una mancha blanca; en las mandíbulas se señalaban, duros, los músculos, con una dureza de piedra, y sus ojos, fijos aún en las luces lejanas, brillaban con destellos de ira. Entonces, casi de manera inconsciente, se irguió un poco junto a la borda y de sus labios, muy bajo, como si recitase una oración en un leve murmullo, fueron brotando las palabras: «Por el niño que fui y que anduvo por sus calles como un perro perdido; por mis años negros de aprendizaje; por mis sueños estúpidos; por las cosas en que puse fe; por los hombres en quienes creí; por las alegrías que pude gozar y no gocé; por las amarguras que padecí; para los que abusaron de mi inocencia; para los que no se apiadaron de mi desamparo; para los que envenenaron mi juventud; para los ladrones, los chanchulleros, los políticos, los negociantes del ideal y los otros; para los hipócritas; para los malvados». Y lentamente, como quien cumple un extraño rito, de cara a las luces que se iban perdiendo en la lejanía, levantó el brazo para trazar el gesto canallesco. Pero una sombra se había deslizado hasta él y le contuvo. Era Lisa.

Ella, un poco apartada, había estado también abstraída en sus pensamientos, completamente diferentes de los de él. Lisa, allá, en la remota lejanía, en la noche, buscaba todavía el reflejo de las últimas luces de Barcelona. No había salido nunca de su ciudad; allí tenía a sus padres, allí se dejaba sus recuerdos, bellos y amargos, pero más bellos que amargos, y ahora incluso éstos le parecían bellos, todos llenos de encanto y de ternura. Un presentimiento le decía que no los volvería a vivir, que no vería más a sus padres, a su querida ciudad; y una sombra de nostalgia empezaba a atormentar su corazón. Él, en cambio, no se dejaba nada allí, ya se lo había dicho; a sus tíos, así que tuvo uso de razón, los dejó para no verlos más; un amigo que tenía se le murió; lo demás no quería recordarlo; una parte de su felicidad procedía en él de

verlo perderse para siempre en la oscuridad, con las últimas luces de la ciudad aborrecida.

Lisa estaba junto a él, apretada contra su costado. Pedro, maquinalmente, le había pasado el brazo en torno al cuerpo. La estrechó contra sí, sin hablar. Permaneció todavía un momento en la misma actitud.

La ciudad se había perdido ya; aquí y allá, en la costa invisible se veían amontonamientos de luces que señalaban la presencia de un pueblo. El mar estaba oscuro; el cielo estaba claro, estrellado; la brisa había refrescado y el transatlántico avanzaba en la noche, con el hondo trepidar de sus motores, dando impulso a las hélices, con el ruido de las aguas en los costados, en la alta proa que cortaba las olas agitadas, y dejaba a ambos lados un amplio abanico de espumas. El mar estaba picado, y el buque avanzaba con un lento cabeceo sólo visible en el movimiento de los mástiles, de las antenas contra la inmovilidad del cielo estrellado. Las siete estrellas de la Osa Mayor, brillantes, claras, se inclinaban sobre los montes del fondo. Desde el amplio silencio de la noche; desde el murmullo suave de las aguas en torno a la proa cortadora; desde este sonoro avanzar bajo el nocturno, sobre la soledad del mar, desde el cálido contacto del cuerpo de ella —la sentía callada aquí a su lado—, una alegría inmensa, una alegría de libertad parecía invadir en oleadas su corazón, inundarle todo como la música de un himno. Volvió a apretarla contra sí y le habló sin mirarla:

—¡Qué feliz soy, Lisa! ¡Dios! ¡Qué feliz soy!

Estaba completamente cambiado; parecía surgir de un largo sueño en un ruidoso, en un turbulento y gozoso despertar. Hablaba con exaltación y parecía completamente transfigurado. El rostro, en la sombra, parecía resplandecerle de nuevo de un ardor interior. Lisa le miró con asombro; parecía que hubiese bebido, que estuviese embriagado, y lo estaba: embriagado por la felicidad de verse en pleno mar, lanzado hacia su nuevo destino, de verse al lado de ella, arrancado de su vida, como de una lóbrega cárcel, al lado de ella, a tanta altura sobre su vida pasada, que quedaba allá como el despojo de un vestido viejo, sucio y harapiento. Se sentía nuevo, como acabado de nacer, y parecíale como si hubiesen de brotarle alas; parecíale que desde que había nacido respiraba ahora por primera vez el aire puro; y el ruido de las aguas, el hondo trepidar de las máquinas, el avanzar de la nave rompiendo las olas con la quilla en un brioso cabeceo, resonaban en su alma como un himno. Repitió aún:

—¡Qué feliz soy, Lisa! —con la mirada puesta en la noche, en una remota lejanía, en el vacío poblado de maravillosas promesas y en las estrellas que brillaban por encima de la ancha extensión marina—. Parece imposible que se pueda ser tan feliz. —Hizo una pausa y en voz más baja, más cerca de ella, prosiguió—. Me parece como si me hubiera despojado de un vestido pesado, sucio y repelente que hubiera llevado durante muchos años adherido a mis carnes, como una piel costrosa; sí, soy como un

leproso que una noche se bañó en una agua milagrosa y a la mañana siguiente amaneció con la piel blanca y resplandeciente y con el alma también blanca y resplandeciente. Era una cosa que me privaba de respirar, de vivir; ahora todo yo me siento ligero como el aire. Me parece que con poco esfuerzo podría volar. Ven, Lisa, ponte junto a mí, que te sienta contra mi costado. ¡Qué feliz soy!

Lo estaría repitiendo toda la noche, lo repetiría hasta la mañana, y todavía no lo diría bastante, para expresar la dicha que siento. Mi alma entera es como un canto; toda ella resuena de notas de libertad.

Y de pronto, cambiando de tono, pero sin subir la voz se puso a cantar:

*Libre el pájaro en la selva
libertad cantando va;
y, al correr al mar, el río
va cantando libertad,
libertad cantando va...*

Y como ausente, como si hablase con la noche o consigo mismo, con voz impregnada de fervor:

—Parece un canto de guerra. —Y a ella—: Toda mi alma la siento estremecida como si en ella me llamaran a un combate glorioso. —Y cambiando de tono, alegremente—: Soy zarzuelero, ya lo sabes. ¿Te acuerdas?

—¡Sí, me acuerdo!, ¡como que me hiciste llorar!

—Perdón, Lisa; no me lo recuerdes ahora; no turbemos esta felicidad. —Poco a poco iba descendiendo hasta ella, centrándose en ella, y ella, a la vez, iba olvidándose en él de su pena, iba también centrándose en él, consolada, segura—. Dame un beso y dime que los has olvidado. Quiero verte feliz, como yo lo soy. Contigo me siento con fuerzas para todo. No tengo miedo de nada. ¡De nada! ¿Me oyes, Lisa? ¡De nada! ¡Ay del que se ponga en mi camino! No, no seré como tu padre.

Libre el pájaro en la selva libertad cantado va; y, al correr al mar, el río va cantando libertad, libertad cantando va...

Soy zarzuelero, ya lo sabes. ¡Ah!, aquella Verbena de la Paloma, aquellos Bohemios, aquellas Carceleras... ¿Te acuerdas? Soledad, cuando salga de presidio, ¿serás mía...? ¡Y qué aplausos! ¡Qué entusiasmo! Una noche fui al Liceo. ¡Cómo me aburrí, Dios! En cambio, en el Nuevo, ¡cómo gocé! ¡Ah, aquellos domingos del Nuevo! ¿Quién dijo que antes no fui feliz? Bueno, lo fui un domingo. Soy zarzuelero, ya lo ves. No tengo remedio. ¡Qué casamiento has hecho, Lisa! ¿Lo has pensado bien?

Ella se estrechó contra él.

—Me he casado con un loco, lo veo.

—Loco a causa de ti, de tu felicidad. Abrázame.

Permanecieron un instante abrazados en la sombra, percibiendo el ruido de las

aguas contra los costados del buque; el soplo fresco de la brisa, el avanzar de la nave en la noche, el canto secreto, dulcísimo, de su corazón, mezclado a las armonías de la noche.

—¡Qué feliz soy!... —Y en seguida, con voz temblorosa, emocionado—. ¡Tan pequeña que eres, Dios, y tan grande que has sido para mí! A veces me pregunto cómo puede ser que en toda mi vida no encontrase más que miserias, y en un instante, cuando menos lo esperaba, en un instante feliz, te encontrase a ti. Y todo tan maravillosamente. Como en un cuento. Ya lo sabes: yo, de vigilancia, que no tenía que ir, ser herido, para que en mi mal encontrara mi bien; refugiarme, no en la primera casa adonde fui, sino en la tuya y llamar precisamente a tu puerta. ¿No parece un milagro?

—Sí; se diría un hermoso cuento.

—Ya te lo dije: ahora creo en milagros. Estaba muerto y he resucitado, Lisa. Todo lo malo que en mí había lo he dejado allí, bajo aquellas luces. ¿Ves? Ya no se divisan. Todo lo bueno lo tengo aquí, contigo: todo lo llevo aquí. Y siento en mí una fuerza inmensa, una seguridad absoluta, terrible, y no temo nada ni a nadie, te lo repito. ¡Tan pequeña que eres, Dios! Mira: te coloco así: con tu cabeza bajo mi barbilla, así —la colocó—; te rodeo con mis brazos y nadie adivinaría que somos dos. Y sin embargo, toda mi fuerza, todo mi entusiasmo, toda mi fe resucitada estaban en ti: todo te lo debo a ti.

Callaron.

La nave avanzaba ya en alta mar, con todas sus luces encendidas, como una ciudad en marcha sobre las aguas; aquí y allá en la costa, se veían grupos de luces que señalaban la presencia de un pueblo, una luz, que indicaba una masía, los focos de una estación; acaso un tren se deslizaba por la orilla del mar, con sus ventanales iluminados. Los hombres se movían en la noche, de un punto a otro, sobre la vasta tierra. El cielo se extendía, claro; las estrellas parpadeaban sobre la infinita inmensidad, como en los primeros días del mundo, sobre el ir y venir de los hombres. Las siete estrellas de la Osa Mayor, claras, resplandecientes, se inclinaban cada vez más sobre la línea oscura de los montes.

Él se repitió:

—¡Qué feliz soy y cuánto te quiero! Ven. —La estrechó de nuevo contra sí, con la mirada puesta ante él, aspirando el aire anhelosamente, gozosamente.

Capítulo VI

AL DÍA SIGUIENTE, Mari Juana se sentía enferma. Todos los sufrimientos de aquellos días últimos; el esfuerzo sostenido para disimular sus amarguras, el trabajo hasta altas horas de la noche y el poco descanso; la preocupación por su hija y por la situación en que quedaban: todos los sentimientos, todas las angustias de estos días parecieron abatirse de golpe sobre ella. Una terrible laxitud agarrotaba sus miembros; la atravesaban escalofríos; sin duda tenía fiebre; pero no quería decírselo a sí misma, porque la idea de caer enferma en este momento la horrorizaba. Dejó la cama, a pesar de su estado, y se esforzó en cumplir las tareas del día, pero en la cocina, preparando el desayuno, tuvo que apoyarse para no caer. Él, en cambio, se mostraba animado; tal vez presintiera el estado de ella, y, en el fondo, en su animación, hubiera sólo un deseo de engañar y engañarse.

—Verás, Mari Juana, verás... El lunes empezaré el trabajo; tú podrás dejar de planchar, y volveremos a nuestras veladas. ¡Estábamos tan bien allí, hablando, o escuchando la radio! Quitaremos el letrero de abajo, que cada vez que lo veo me da pena. Tú te ocuparás sólo de la comida y de la casa. Para nosotros dos, con poco bastará. Verás, Mari Juana, verás... —Después, quedaba ensimismado, y al fin no podía contenerse y se lo decía—. La verdad es que uno la echa de menos, ¿verdad, Mari Juana? ¡Era tan cariñosa y tan buena! ¡Nos quería tanto! Y llega la noche, y uno piensa que ha de volver de su paseo, que de un momento a otro la oírás llamar a la puerta, que oírás sus pasos por el corredor... Uno se resiste a creer que está fuera; y llega la noche y Lisa no viene, y luego se pone uno allí, y parece que el mundo se ha vuelto de repente un desierto. Luego espera aún que ella venga a besarlo y a decirle «Buenas noches, papá», y tampoco viene. ¡Eran tantos años de oírla llamar a la puerta, de verla entrar antes de ir a acostarse, y recibir su beso y sus «Buenas noches»! Y ella no viene, y uno tiene que irse a dormir sin que ella le bese, sin que ella le diga «Buenas noches, papá» y uno no duerme bien; parece que le falta algo... La verdad es que sí que uno la echa de menos; la verdad es que uno encuentra que la casa se ha hecho muy grande, que está muy vacía... ¿verdad, Mari Juana?

Hubo un silencio. Mari Juana habló por fin, con un esfuerzo.

—Tenía que ser así. Es la vida, Juan. También yo me casé y dejé a mis padres, y todos hacen lo propio. La lástima es que se haya ido tan lejos.

—Es eso... Tan lejos... ¡Si por lo menos se hubiera quedado aquí! Con sólo que hubiese venido a vernos una vez por semana, una vez al mes, ¿verdad, Mari Juana?

—Dios lo ha querido así. Tenemos que resignarnos.

—Es cierto; tenemos que resignarnos. Además, él dijo que volverían.

—Sí, dijo que volverían.

Callaron.

Todavía el tercer día Mari Juana consiguió levantarse, pero el cuarto, a pesar de poner en ello toda su voluntad, ya no pudo hacerlo. Por la mañana le dijo a él que permanecería un poco más en el lecho. No debía asustarse. No era nada; simple fatiga. Descansaría un poco y por la tarde se levantaría. Él la miró angustiado.

—¿Te sientes mala, Mari Juana?

—Si, me duele un poco la espalda, me siento débil; es como si me hubieran apaleado. Pero no será nada. No te preocupes. Un poco de fatiga; descansaré y esta tarde me encontraré buena. —Él se levantó y empezó a preparar el desayuno. Entraba y salía sin cesar; la miraba; volvía a salir y a entrar.

—¿Te duele mucho, Mari Juana?

—Un poco. Pero no será nada. Esta tarde ya...

—Bueno, descansa. Eso debe de ser de estos días. La marcha de Lisa... El dinero... Tampoco yo me he encontrado nada bueno. Si quieres iré al mercado, Mari Juana. No te preocupes...

—No hace falta que vayas tú. Puedes ir abajo, a la señora Isabel, y rogarle que haga subir a su nieta. Ella tiene que ir al mercado para los suyos; le encargaremos lo que necesitamos. Ya lo he hecho otras veces, cuando he estado demasiado ocupada. Después puede limpiar la casa. Es lista y trabajadora, y lo hará de buen grado. Dile que le pagaremos. La verdad es que tenemos tan poco dinero...

—No te preocupes, Mari Juana, querida. No sufras. Mañana mismo iré a ver a Jaime Aranda; ya le conoces. Cuando él estaba necesitado, le ayudé; mientras no lo necesité no le pedí nada, pero ahora se lo recordaré, y él no podrá negarse. Además, le diré que tú estás enferma.

Mari Juana se sintió apenada por él. Le diría que ella estaba enferma. ¡Pobre Juan! ¡Como si le importara algo a aquel feroz egoísta el que ella estuviese enferma o que se muriera! Juan creía que todos eran como él, que diciéndole que tenían los hijos enfermos, se habría dejado despojar, hasta de sus vestidos. ¡Pobre Juan! No tiene remedio. Mari Juana, sin embargo, dominó su amargura.

—No olvides que yo se la fui a reclamar. Me pagó una parte; no lo olvides. Además, ¡hace tanto tiempo!

—Es verdad. Pero, de todos modos, él se acordará del favor que le hice. Yo le pediré que me preste un poco más. No podrá negarse. Y menos estando tú enferma. No te preocupes, Mari Juana, no sufras.

Eterno niño, volvía a caer siempre en su estado de buena fe respecto a los hombres. Pensar mal representaba para él una violencia, y apenas pasaba el motivo, volvía en seguida a su estado de ilusión y de noble confianza.

Juan Bausá fue abajo a avisar a la muchacha; ésta le prometió subir antes de ir al

mercado. Luego, él volvió a la cocina. Volvía como antes a entrar y salir, mientras preparaba el desayuno. Permanecía un momento fuera, pero al cabo de poco volvía a estar allí. Se le veía hondamente preocupado, invadido por el temor. No sabía qué hacer. La miraba y no cesaba de repetirle que no se preocupara.

—No te preocupes, Mari Juana. El lunes empezaré a trabajar.

—Pero si no estoy preocupada, Juan, por esto...

No, no lo estaba sólo por aquello: lo estaba por aquello y por lo demás, lo estaba por todo. Lisa les había dejado algún dinero, pero si ella no podía trabajar, pronto se terminaría. Mari Juana se sentía más aterrada que nunca ante la vida, y pensaba, sin querer, en la posibilidad de que su enfermedad durase, de que pudiese incluso morir y dejarle solo en la vida. La verdad es que ella se sentía muy enferma, y sin ella, ¿qué haría él solo?

Por la tarde, Mari Juana no se levantó. Él le repitió una vez más que no se preocupara. Llamó a la muchacha de abajo, pues se sentía incapaz, con su preocupación por su mujer, de fijar la atención en lo que hacía. La muchacha preparó la cena. Mari Juana no quiso cenar. Tomó un poco de leche. Tenía las mejillas encendidas; los ojos brillantes y la mirada turbia. Subió a verla la señora Isabel; trató de quitarle importancia a la cosa, de animarlos, pero una vez fuera, ya sola con él, le aconsejó que fuese a avisar al médico. Él se arregló como pudo; se puso el sombrero sobre sus cabellos despeinados, y salió, mientras la muchacha quedaba al cuidado de la enferma. El médico no estaba; dejó el encargo y suplicó que, sobre todo, no se olvidara de hacer la visita. Imploraba como un niño; casi lloraba. El médico no fue, y Mari Juana empeoraba. Él no se movía de su cabecera, siempre a punto para lo que pidiese.

Ya muy tarde, Mari Juana se amodorró; él fue al saloncito; se llevó su sillón allí, lo colocó junto a la cabecera; se puso una almohada en el respaldo; apagó la luz y se recostó junto a ella sin desnudarse.

Al día siguiente Mari Juana continuaba en el mismo estado. La fiebre persistía y persistían el abatimiento y el dolor de cabeza, con vértigos y frecuentes desvanecimientos. Le sonrió.

—Parece que me encuentro mejor. Ya veremos; tal vez me levante mañana. — Pero ella ya sabía que no se levantaría mañana, ni quizá pasado. A él apenas podía mirarlo; viéndole, se hubiera puesto a llorar.

—Mira, Mari Juana, haré subir a la muchacha, y yo me iré a ver a Jaime Aranda. Cogeré el tranvía, y si lo encuentro en casa, estaré de vuelta en seguida.

Mari Juana pensaba en lo que le había costado a ella cobrar aquella parte de la deuda; estaba segura de que él no conseguiría nada y sufría de nuevo por su buena fe.

Volvió cerca ya del mediodía. Entró abatidísimo, agotado, sin aliento; dejó el sombrero sobre la silla y se sentó junto a ella. Jaime Aranda —ella ya lo sabía— no

podía ayudarle; ni siquiera pagarle el resto de la deuda.

—Nada, Mari Juana. No me ha dado nada. Jaime me ha dicho que no puede. Dice que tuvo a su hija enferma, que pasa una mala época.

Casi no podía hablar: se le veía disgustado; de nuevo aquella sospecha sobre la bondad de los hombres, de la que se olvidaba cada vez, volvía a resucitar en su alma y le llenaba de amargura.

—De casa de él me he ido a ver a Roda. También él me debió dinero, ya te lo dije. Le fui a ver al banco, donde trabaja, y tampoco él me pudo prestar nada.

Mari Juana calló.

Tanto al uno como al otro los conocía. A este último, ella ni siquiera habría ido a verle. Era un cínico, un libertino, y un tramposo, que enredaba a todo el mundo sin escrúpulo alguno y no ganaba para sus vicios. Juan había ido al banco a verle. Roda había salido en seguida, saludándole muy amablemente. Tal vez pensó que había cobrado alguna herencia; quizá salió ya preparado para proponerle un nuevo negocio como los que le había propuesto la otra vez. Tuvo ganas de reír oyéndole. ¡Caramba! —pensó—. ¡Qué memorión! Y el pobre tenía a su mujer enferma. ¡Qué tristeza! Además, la hija se le casó y se fue a América. Tampoco estaba mal. Buena idea. ¡Buen final de película! Era una pena, sí, pero la cosa en sí no estaba mal. En cuanto a ayudarle... Se rió para sí. Sí, sí. De no encontrarse él tan apurado, lo hubiera hecho con gusto, ¡caray! No, no se olvidaba él, no, del favor que le hizo. Además, ya sabía cuánto le apreciaba, y no de ayer. Pero no podía. Se despidió rápidamente; le deseó que se aliviara su mujer, y que su hija y su yerno fuesen muy felices, y se fue, dejándole aturdido, sin saber qué hacer, pensando dolorosamente en Mari Juana y en la triste situación en que estaban.

—No se acuerdan ya de cuando les ayudaste. Son así. Pero, no te apures —dijo ella—. Dios nos ayudará.

La situación, entretanto, empeoraba. El dinero se terminaba. Pasaban los días y Mari Juana estaba cada día peor.

Él estaba abatido, sin saber qué hacer, y cada vez más preocupado por ella, más aterrado y sin ánimo de hacer nada. Hasta ahora, enferma y todo, sería ella la que tendría aún que darle ánimo. ¡Ah! Por qué habría permitido Dios que cayese enferma en este momento. La idea de que pueda morir, cada día más hincada en su alma, de que pueda dejarle solo en este mundo de egoísmo y de impiedad, la desespera, y sin embargo, la muerte la siente dentro de ella como algo fatal, inevitable. No la engañan sus presentimientos. El médico le había dicho a él, a escondidas de Mari Juana, que el caso era grave. Se lo ocultaron, pero ella lo sabía mejor que ellos, lo sentía y se angustiaba y desesperaba por él; habría querido rogarle a Dios que se los llevara juntos. Ahora es ella la que intenta a su vez animarle.

—No te inquietes, Juan. No sufras. Ya verás cómo me pondré buena, ya verás. Tú

trabajarás. Lisa volverá de América. ¿Te acuerdas que dijeron que volverían? —Ella no lo había creído; siempre pensó que no la vería más, y sin embargo, ahora se lo recordaba ella.

—Si, por Navidad...

—No, esta Navidad no. Él se refería a la otra, naturalmente. Para ésta no había tiempo; será la otra, sí. Vendrán por Navidad. Tal vez nos traigan un nietecito. ¡Quién sabe! ¿Qué bien estaríamos, verdad, todos juntos? —Y Mari Juana le acaricia la mano—. Ya verás.

A veces, en esta obsesión, en su deseo de hacérselo creer a él, se engañaba ella misma. Parece que a medida que se siente más enferma, a medida que flaquea su voluntad, Mari Juana tiende más a aquella esperanza, se sugestióna más fácilmente. Piensa en si Dios hiciera este milagro; si pudiesen aún verse todos reunidos en una noche de Navidad, como las pasadas, cuando tañían las campanas del Pino y estaban los tres en torno a la mesa, y se ponían a rezar, y la bendición de Dios parecía descender sobre sus cabezas; piensa en si pudiese ver a Lisa de nuevo, dejarle a él en sus manos antes de morir. Entonces se iría feliz. No le pediría nada más a Dios.

Ella tal vez se engaña un momento. Pero él continúa igual, mirándola, como si estuviese lejano.

El día siguiente el médico se mostró aún más pesimista. Él, Juan, se puso a su lado, mientras la auscultaba. Ella inspiraba piedad; parecía adivinarlo, y se resistía a descubrir la pobreza de su cuerpo consumido. No tenía más que la piel y el hueso.

El médico se retiró, con él detrás, que le seguía como un perro. Se despidió de él diciéndole que había que esperar; pero, luego, a la señora Isabel, que le detuvo en el rellano, le confirmó la pésima impresión; le dijo que la enferma estaba grave, que no sólo no creía que se salvara, sino que ni siquiera que durara mucho.

Por la tarde ella pareció algo animada. Él le habló.

—¿Sabes que he pensado, Mari Juana? —le dijo, lleno de súbito entusiasmo, como si hablara con una niña—. Venderemos la radio.

—¿Y tú qué harás por las noches sin la radio?

—No, no, Mari Juana. Si no deseo escucharla. Ahora no sirve más que de estorbo. Cuando tú te levantes ya compraremos otra.

Ella se sentía triste. Su gesto la conmovía como siempre, pero estaba triste, primero por vender la radio, que era un regalo de sus padres; luego, por el sacrificio de él, y, por último, porque también esta vez le engañarían.

—¿Por qué no vas con la señora Isabel?

—¿Para qué, Mari Juana? Ya iré yo solo. No hace falta que molestemos a nadie.

Volvió, como siempre, desolado.

—No me han dado más que cien pesetas, Mari Juana. Me han dicho no sé qué de las lámparas. No la querían. Yo les he dicho que tenía a mi mujer enferma, pero no

han querido dar más. ¿Qué tenía que hacer? La he vendido.

Un robo, un escándalo. Lágrimas de indignación le asomaron a Mari Juana a los ojos. En el fondo se preguntaba por qué había de indignarse, si lo sabía de antemano. Además, era muy dudoso que la señora Isabel hubiera sacado más. Ir a vender una prenda era ir a indignarse y a sufrir.

—Ya está bien, Juan. No te preocupes. Con esto tendremos para pasar unos días. Después Dios proveerá.

Y cerró los ojos.

A la radio siguieron los libros; la colección de la *Ilustración Española*, la del *Patufet*, por cuya pérdida casi lloró, por haberlo leído tantas veces junto con Lisa, por haber gozado tanto con sus cuentos. Pero nada les sacaba de aquella situación. El dinero se esfumaba rápidamente. Un día él llegó más abatido que de costumbre, más silencioso y triste. Al cruzar la plaza había visto el coche de los muertos frente a la iglesia. Se había enterado de que el muerto era el hermano de Nieleta, que acababa de fallecer de una pulmonía. Parecióle como si se tratara de uno de su familia, y en el estado en que se encontraba, con Mari Juana en la cama, Juan Bausá se sintió aún más impresionado, con una sensación más viva de frío y de abandono. A pesar del estado de ella, no pudo contenerse:

—¿Sabes quién ha muerto, Mari Juana? —Mari Juana le miró—. El hermano de Nieleta.

—¿El hermano de...?

—Sí. He visto el coche en la plaza. ¡Me ha dado una tristeza!

—En el fondo no es nada triste. Él descansará y ella también.

—Es verdad. Y sin embargo, me siento triste.

Ella seguía empeorando; se hacía cada vez más pequeña, como si se alejase; parecía fundirse poco a poco, mientras él, cada vez más aturdido, no se apartaba de su lado. Parecían repetirse los días lejanos, a poco de casados, cuando ella estuvo enferma por primera vez. Pero él no era el mismo. Entonces, inclinado sobre ella, sin moverse apenas de su cabecera, parecía suplicar que no se le muriera, que no le dejara solo. En aquellos días había una tristeza en él, una ansiedad que ya no tenía; no sabía de amarguras, de necesidades, ni de engaños, y su alma era pura como la de un niño. Ahora no, ahora no hay ansiedad, sino terror; un vago horror de no sabe qué. Tiene momentos de animación, cuando ella experimenta alguna mejoría, pero vuelve a recaer siempre en este silencio sombrío, doloroso.

El día siguiente el cielo se despertó nublado. Ya muy de madrugada empezó a llover. Juan Bausá estaba sentado al lado de ella; de pronto, en medio del temor, del total aturdimiento en que vivía, le asaltó una sospecha terrible. Recordó las palabras de Mari Juana con ocasión de la muerte del hermano de Nieleta y se sintió aterrado. Ella lo había dicho sin el menor asomo de intención; pero en el alma de él sus

palabras se juntaron a sus viejas sospechas y despertaron el temor que le había atormentado ya otras veces, aunque más vivo, más intolerable. Ella había dicho que Nieleta podría ahora descansar. ¿No hablaría también por ella, Mari Juana? Una duda punzante se le clavó en el alma y no le dejó ya sosegar. ¿No era un inútil él, que no había sabido defenderlas, que no había hecho nada para ayudarlas? ¿No estaría disgustada con él Mari Juana? En el fondo, ¿no desearía también ella morir, irse a descansar? Empezó a sugestionarse con la idea, y hasta llegó a parecerle que su mujer en estos tiempos últimos no le había tratado con el mismo cariño. Se sintió invadido de un malestar atroz. Se le acercó temblando.

—Mari Juana...

—¿Qué tienes?

—¿No estás disgustada conmigo?

Ella le comprendió; desde el fondo de su postración y de su dolor, sonrió amargamente.

—Pobre Juan, acércate —cogiéndole la mano.

Pero él no podía ya desechar de su alma aquella duda. Él no había sabido ayudarla; Mari Juana había acabado por enfermar, lo que estuvo temiendo siempre, sin saberlo evitar: todo era culpa de él. La vida de ella había sido una continua lucha. Morir le sería un bien. Iría a descansar.

—Es que no sé, Mari Juana. ¡He sido tan torpe! No he sabido defenderos, ni ayudaros. ¡He sido tan torpe, tan desgraciado!, y luego, ¡perder de aquel modo mi colocación! Es verdad que era un hombre sin entrañas, que no tuvo piedad de nosotros, pero yo me comporté como el peor de los hombres.

—No digas esas cosas, Juan. Me haces daño. ¡Si supieses!

—¿De veras que no estás disgustada?

—¿Cómo puedes pensarlo?

—A veces pienso incluso que la muerte será un bien para ti, que descansarás, que aquí nunca has podido hacerlo. Y la culpa...

—¡No, no! ¡Juan, no hables así, que me desesperas!

Estaba horrorizada de oírle. ¿Cómo había podido llegar a aquello? Ella hubiese querido, de haberlo podido hacer, decirle toda la ternura que alimentaba por él en su pecho. ¿Cómo le veía, cuando le comparaba con los otros, con los que le habían engañado, o habían abusado de él, con los que le habían humillado y le habían hundido sin la menor piedad en la miseria! ¿Cómo podía pensar aquellas cosas! «¡No lo creas!» —le habría gritado—. «¡No lo creas!» —Y hubiese continuado hasta decírselo todo en esta hora suprema; todo—. «¡No lo creas! Te quise como nunca pudiste sospechar, pero hoy, en esta hora, te quiero más que nunca, y cuando te comparo con otros, con algunos de los que brillan en la vida, te quiero todavía más. Mi afán, mi misión en la tierra ha sido velar por ti, cuidarte y quererte; a mí me ha

bastado con tu cariño y tu bondad, sobre todo, con tu bondad; esta bondad que te ha servido sólo para hacerte desgraciado, para que todos abusaran de ti. Y si mañana muriera, y Dios me concediera ir al cielo, aun en el cielo me atormentaría la idea de no poder bajar a ayudarte; de no poder bajar por las noches cuando estés solo a consolarte, como si volviera de la cocina, después de terminar mi trabajo, a hacerte compañía, como en aquellas noches que fuimos tan felices.»

—No, no lo creas, ¡por Dios! ¡No me hagas sufrir! Ven, Juan, acércate. No te alejes de mí. Quiero estar siempre contigo. Te quiero más que nunca, ¿sabes?, más que nunca, ¿lo oyes?...

Se abrazaba a él desesperada, para caer rendida, bruscamente, sobre la almohada, sudorosa, lejana, con la mirada extraviada. Y luego empezaba a delirar. Él, entonces, se inclinaba sobre ella, la llamaba; le enjugaba el sudor de la frente, la acariciaba... Se movía de un lado a otro, sudaba él a su vez; deseando con toda su alma salvarla, y sin saber qué hacer...

—Te creo, Mari Juana. ¿Ves? Ya estoy contento. Perdóname. No sé hacer más que atormentarte. Yo también te quiero más que a todo lo del mundo... Mari Juana... Mari Juana... querida... Mari Juana... —Pero ella estaba ya lejos, sin verle, sin poderle oír.

Se sentó junto a ella, como si se dejase caer en un abismo, y las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. Fuera continuaba lloviendo; desde la madrugada no había cesado de llover.

Poco a poco fue cesando en su llanto; fue pensando en su vida; se acordó de los días de la oficina: se acordó de su jefe, de los que habían abusado de él, de los que le habían engañado, y la vida asumió ante él, por última vez, un rostro despiadado y feroz, ante el cual se encontraba indefenso; como si estuviese solo en el ancho mundo, como en una selva y por todas partes se adivinase la presencia de fieras. Se levantó, se inclinó sobre ella y volvió a llamarla, llorando, con terror casi, con un oscuro y misterioso terror. Ella se agitaba apenas en su lecho; no lograba ya ni abrir los ojos, y volvía a quedar inmóvil, con la mano inerte abandonada en la de él, sin fuerzas ya para estrecharla.

Por la noche subió la señora María, y poco después la señora Isabel. Mari Juana había entrado en la agonía. El pulso se le apagaba; la enferma movía continuamente la cabeza; respiraba anhelosamente, como si le faltase aire. Cada vez parecía más pequeña; su piel casi resplandecía, y estaba con los ojos cerrados.

Hacia las diez la enferma pareció reanimarse un momento. Fuera continuaba lloviendo. Mari Juana abrió todavía los ojos; vio a su marido a su lado y le sonrió dulcemente. Él sintió una alegría inmensa. «¡Si Dios lo hiciera!»

—Mari Juana... Mari Juana... querida... Prenda, Mari Juana... —Estaba sudando, inclinado sobre ella, casi sin respirar, y llamándola.

Se la vio agitarse angustiosamente en el lecho; pareció como si quisiera mover el brazo, pero no pudo; sin embargo, en un esfuerzo supremo logró levantar un poco la cabeza y la abatió de nuevo sobre la almohada. Él, inclinado sobre ella, volvió a llamarla, más angustiosamente aún, su alma entera, toda su ansiedad puesta en aquella esperanza:

—Mari Juana... Mari Juana...

Pero la enferma ya no se movió; ya no le veía. Sus labios secos, sin color, murmuraron algunas palabras; se vio claramente que decía algo, pero no lo pudieron entender. Un leve estremecimiento agitó de nuevo el cuerpo consumido, y después quedó con el rostro inmóvil, blanco, sobre la almohada. El pulso se había hecho lento, casi imperceptible; movió dulcemente la cabeza, dos, tres veces; abrió la boca, como buscando aire, como un niño, y expiró.

El día amaneció también lluvioso, sombrío, con nubes bajas y pesadas, rasando los pararrayos, las antenas y las altas cúpulas. El mes de diciembre tocaba a su fin, y en los paseos los árboles desnudos levantaban sus ramas negras bajo la lluvia, hacia el cielo sombrío. Juan Bausá no se cuidaba ya de nada; parecía haberse desprendido totalmente de todo lo que le ataba a la vida, como si también él hubiese terminado con todo. Ahora no recordaba nada; no se preocupaba de nada: ni del dinero, que no tenía, ni del porvenir. Se estaba sentado horas y horas al lado de su muerta, sin hablar, casi sin moverse; se levantaba a veces, iba a su saloncito, se sentaba y permanecía también allí largos ratos, inmóvil, con la mirada en el vacío, con su rostro sin expresión, con sus ojos vueltos hacia dentro, pero con un no se sabía qué de dureza que nunca había tenido. De repente, se acordaba de ella; se levantaba, salía a la alcoba, arrastrando los pies, tambaleándose, y volvía a sentarse a su lado, como si la tuviera todavía como en estas noches, como en tantas noches, en que había velado junto a ella inútilmente, como si hubiese también ahora de despertar; como si, de pronto, hubiera de verla agitarse dulcemente, abrir los ojos y sonreírle, sin sorpresa, segura de que estaba allí. Estaba, sin embargo, más grave, más sombrío que nunca, y no hablaba para nada. A veces entraba la señora Isabel, o la señora María, que también había ido. Él las miraba con sus ojos de idiota, y con su extraña y sombría severidad. Si le mandaban algo, obedecía; salía a comer un bocado cuando una de las dos mujeres se lo indicaba; pero, de pronto, se levantaba sin terminar y volvía a sentarse al lado de ella.

En la casa no quedaba nada; no había un céntimo, y si podía comer, era gracias a las dos mujeres, pero él no se preocupaba. No pensaba en nada, a todas horas con su muerta, con su dolor, acaso con su ira recóndita, fuera del tiempo y del espacio.

Las dos mujeres se cuidaron de vestir a la difunta, lavarla y peinarla. No tenía más que la piel y los huesos y parecía aún más pequeña. Vestida y arreglada, tendida sobre la cama, con un cirio encendido junto a la cabecera, parecía, en efecto,

dormida. Su rostro tenía una expresión tal de dulzura, que hacía pensar en algo sobrehumano y celestial. Lo tenía muy blanco, de una blancura de lirio, y sobre él se le había impreso un reflejo de serenidad, tan dulce, que trascendía casi a santidad. Su rostro blanco, con aquella expresión de inefable beatitud, bajo el reflejo de la llama, parecía casi resplandecer; parecía como si a cada momento fuera a dilatarse en la más dulce de las sonrisas, como si estuviese a punto de sonreír de no se sabía qué secreto guardado en el fondo de su alma. Para ella había llegado el día del descanso. La ciudad podía rugir ya en torno a ella; estaba alta, inalcanzable ya. Tal vez por esto, parecía querer sonreír; y también por algo que hubiese ya entrevisto más allá, por la lectura de algún misterioso mensaje, hecho ya claro para ella.

La señora Isabel y la señora María se cuidaron de ir al Ayuntamiento para los trámites del entierro. Ella sería enterrada junto a sus padres, en un nicho, en el Cementerio Nuevo. Se encargó un ataúd sencillo; dos hombres lo llevaron, ya muy avanzada la tarde. Continuaba oyéndose el rumor de la lluvia. Ayudado por las mujeres, los dos hombres la colocaron en la caja. Poco después se oyó abajo el coche de los muertos. La señora Isabel dio a los hombres las indicaciones sobre el nicho en el que había de ser enterrada, pues no iría nadie al cementerio. Él no había despegado los labios. Lo miraba todo con la misma actitud de atontado, con los ojos fijos en ella, hasta que cerraron la caja. Los hombres, sosteniendo el ataúd —era como si lo llevaran vacío—, avanzaron por el corredor. Fuera se oía llover. No la acompañaba nadie. No había carruajes, ni autos; no tenía parientes, ni amigos. Sólo lo tenía a él. Habían soñado con irse juntos; pero ella se iba y él se quedaba aquí. Llovía. Era como si la Naturaleza llorase por la muerte de ella o por la soledad de él, era como si el día llorase. Un alma piadosa debió de recordarla a la iglesia, y las campanas del Pino empezaron a doblar fúnebremente, y era también como si las campanas llorasen.

Los hombres avanzaron por el corredor. Entonces las mujeres, llorando las dos, vieron al viejo, que los seguía pegado a la caja. Iba con zapatillas, cayéndole, como siempre, el pantalón; con una americana muy vieja y arrugada, y muy grande, pues había enflaquecido hasta casi desconocersele, avanzaba dando tumbos, débil y achacoso, sin poder apenas sostenerse. Iba despeinado, sin nada en la cabeza; llevaba una barba crecida, sucia y descuidada, y su aspecto era el del más mísero mendigo. Llovía. No tenía carruaje que le llevara, pero él no se preocupaba de nada, y avanzaba pegado a la caja donde iba ella dormida. Las mujeres trataron de retenerle; él las rechazó con una violencia desacostumbrada, y las miró de tal modo, que casi les infundió terror. Bajaron la escalera; él, cogido a la barandilla, les iba siguiendo fatigosamente. Estuvo a punto de caer y, cosa extraña en él, profirió una blasfemia. La señora María bajó detrás de ellos. Era su intención buscar un taxi y acompañarle ella al cementerio, pero él se opuso y suplicó a los hombres del coche que le dejaran ir con ellos. Ellos iban envueltos en anchas esclavinas negras, calzados con altas

botas; él iba casi desnudo. Los caballos piafaban impacientes. Los hombres le miraron, a punto de reír de su facha, sin saber qué hacer, pero, al fin le dejaron un pequeño espacio en la parte de detrás, casi tocando el ataúd, y le ayudaron a subir. La señora Isabel le bajó una manta, para que se envolviera. Él la rechazó y quedó como iba, bajo la lluvia, que continuaba cayendo. El coche partió, pero no había andado cien pasos, cuando Juan Bausá les pidió que pararan, que quería bajar, y se volvió a su piso. Tal vez debió de parecerle, de pronto, que ella continuaba allí, que allí estaban su espíritu, sus recuerdos, su sombra querida deslizándose entre los muros; debía tal vez parecerle que la tenía más allí que en el ataúd, que acaso volvería a encontrarla, y tambaleándose, como un borracho, pero con prisas, se alejó hacia su casa bajo la lluvia.

El coche se perdió entre el tráfico, Ramblas abajo.

Epílogo

EL tiempo se ha aclarado; hace frío. Es el anochecer, ya oscuro. Sobre la plaza del Pino brillan claras las estrellas en un cielo azul, despejado. Se acercan las Navidades. Hace dos días que el viejo Juan está encerrado en su piso sin salir, sin querer ver a nadie. Con la barba crecida, vestido con trajes holgados, sucios y arrugados, cada día más flaco, cada día más viejo y achacoso, parece un fantasma, una aparición de ultratumba. El día anterior llamaron a la puerta. Él estaba dentro, sentado en su sillón, de donde apenas se movía, sin radio, sin periódico, sin revistas, sin fuego en la chimenea, sin su Mari Juana. Dejó que el timbre sonara dos veces; luego se levantó con esfuerzo; de vez en cuando entraba la señora Isabel y dejaba algo de comida; tal vez fuera ella, o tal vez la señora María. Él cogía el plato y volvía a cerrar. Abrió un poco la puerta, mirando quién era. Por suerte, el cartero subió con la señora María; de lo contrario no le habría abierto. Era una carta de América, con un cheque que le mandaba Lisa. Juan Bausá firmó en la libreta; trazó unos signos ilegibles. El cartero se fue. La muchacha de abajo leyó la carta. Lisa escribía para los dos, pues nada sabía de la muerte de su madre; se interesaba por su salud; les comunicaba que había tenido un viaje feliz, y les mandaba ya una cantidad, anunciándoles que seguiría mandándosela todos los meses. Él pareció no oír nada. No se alegró. Tenía la misma expresión estúpida, pero dura, sombría. Lo dejó en manos de la señorita María y se retiró a su salita, sin pronunciar palabra.

La señora Isabel y la señora María se pusieron de acuerdo; harían gestiones para cobrar; pagarían las deudas; le comprarían ropa y le guardarían el resto para sus comidas. Al paso que iba no tardaría mucho en morir. Él parecía desearlo; irse a reunir con ella, huir de los hombres.

Es el anochecer; la noche clara, despejada, y las estrellas brillan con claro centelleo en el cielo puro de diciembre. Hace frío; los transeúntes pasan envueltos en sus abrigos. La señora María, bien abrigada en su mantón, está en la esquina junto a su hornillo, en su puesto de castañas. Al lado de ella hay sacos viejos, y una manta.

Nieleta llega hasta ella; huye de la soledad de su casa, del frío.

—¿Me deja sentarme aquí, señora María?

—Hola, Nieleta. Siéntate, en gracia de Dios.

Nieleta se sienta en el suelo, sobre los sacos y la manta. Hace dos noches también lo hizo, porque en su casa se encontraba sola. Anteayer enterraron a la señora Juana; Nieleta vio el coche en la plaza. Era una buena mujer. Hoy ella, en su casa, se sentía más sola.

—¿Quieres una castaña, Nieleta? Toma, dos.

Ella, sentada en el suelo, dice que sí con la cabeza.

La joven las toma y le da las gracias. Sentada en el suelo, Nieleta las monda, dulcemente, como lo hace todo, y las come, sin prisa.

—¿Quieres más, Nieleta? ¿Quieres un boniato? —Ella deniega con la cabeza—. Hace frío esta noche, ¿verdad?

Ella dice que sí de nuevo con la cabeza.

—Ven, caliéntate las manos. Las tienes ateridas.

—Sí, las tengo ateridas.

Nieleta tiende las manos sobre el hornillo.

La señora María le acerca el capacho, donde, dentro de un pedazo de manta, envuelve las castañas asadas para que se conserven calientes.

—Ponías aquí, Nieleta.

Nieleta hunde las manos en la manta, cerca de las castañas calientes.

—¡Oh, qué bien! —Nieleta sonríe ante la grata impresión del calor en sus manos, y repite—: ¡Qué bien!

Después, sentada allí, sosegada, mirando a los compradores, mientras la señora María sirve las castañas, permanece largo rato sin hablar.

La señora María termina de despachar y se sienta.

—¿Y ahora qué harás, Nieleta?

—Todavía me dan los números. Si me los quitan, me buscaré trabajo. De todos modos, me buscaré trabajo. Soy joven y fuerte. Dejaré los números, y me pondré a servir de criada, o tal vez me haga monja.

—¡No, por Dios, Nieleta! Té buscaré un novio.

—¿Un novio, yo? —repite ella, y sonríe con su dulzura acostumbrada. Y en seguida—: ¿Por qué no quiere que me haga monja?

—No, no. Me da mucha pena pensar que estarías encerrada, que no te veríamos.

—A mí me gusta. Estoy sola. No tengo a nadie a quien cuidar... —Hace una breve pausa, sonríe a un pensamiento y dice alegremente—: ¡Qué bien me estaría yo, con mi hábito de paño azul hasta los pies, con mis zapatitos negros, con mi toca blanca, y cuidando a mis enfermos, que me querrían! ¡Oh, qué bien me estaría y cómo me querrían! Me llamarían hermana, hermana Daniela. ¡Qué bonito! Sí, sí, me haré monjita, señora María; me haré monjita de la Caridad, y me llamarán hermana, hermana Daniela. Y un día dejaré a mis enfermos, los dejaré un momento, sólo un momento, y vendré a verla aquí, con mi hábito de paño azul, mi toca blanca y mis zapatitos negros. No me olvidaré de usted y me sentaré a su lado y usted me hablará y me dará de sus castañas. Luego, me volveré, con mis enfermos. Sí, sí. Me haré monjita. ¡Qué bien me estará!

—No me hables así, Nieleta. ¿Ves? Ya estoy llorando. ¡Por Dios, no me hables así...!

Y de pronto, a la señora María se le ocurrió una idea, y la quiso poner en plan en

seguida.

—Óyeme, Nieleta. Anteayer enterraron a la señora Juana, ¿sabes?, la que vivía aquí mismo.

—Sí, sí; ya sé quién es. Vi el entierro. Su marido iba detrás sentado en el coche. Me dio mucha pena.

—Sí, es cierto. Pues bien, de él quiero hablarte. Su hija se fue a América; su mujer, ya lo viste, la enterraron anteayer. Él es anciano; está medio enfermo; se ha quedado solo y no tiene nadie que le cuide. ¿Por qué no vas con él? Él te conoce.

—¿Y cree usted que me querrá?

—Estoy segura. Él está como atontado. La quería mucho, y la desgracia le ha dejado casi sin entendimiento. Tal vez al primer momento te reciba mal, pero tú insiste.

—¿Cree usted que me querrá?

—Sí, sí. Ve ahora mismo, llama a la puerta, y dile que le quieres ayudar, que estás sola, que quieres ser su hija... Está solo, Nieleta, y no tiene a nadie que le cuide. Su hija, ya lo sabes, se fue a América; tú la debes de recordar. ¿No?

—Sí, la recuerdo.

—Pues bien; su hija le ha mandado dinero, y le dice que continuará mandándole todos los meses. Yo le guardo el cheque; irás tú a cobrarlo con él; entretanto, yo te daré el dinero que necesites. Pero, primero sube al piso; habla con él, y cuando estéis ya de acuerdo, vuelve y te lo daré, para que compres lo que necesite.

Nieleta se levanta; se envuelve en su viejo mantón y va decidida hacia la casa. La señora María la mira. Tiene los ojos inundados de lágrimas. Piensa en el dinero cobrado; en el que ha de venir. ¡Qué bien vivirían! Y espera impaciente.

Nieleta traspasa el umbral; sube sin prisa las escaleras, tal vez un poco atemorizada. Ya está ante la puerta; dentro no se oye nada. Dijérase un piso deshabitado. Mira el botón del timbre, pero no lo toca. Nieleta llama con los nudillos. Escucha un instante. Dentro no se oye nada; Nieleta vuelve a llamar. Escucha de nuevo. Ahora oye un ruido de pasos. Nieleta se siente contenta: su corazón palpita un poco más fuerte.

Los pasos se acercan, lentos, pesados, como de uno que apenas puede andar, que arrastra los pies por el suelo. Ya está allí. Ahora abre la puerta. La mira. Ella se asusta un poco al principio; luego sonrío. Él la mira, como haciendo un esfuerzo para reconocerla. En su rostro se pinta la sorpresa.

—¿Tú?

—Sí, vengo a ayudarle.

—¿A ayudarme?

—Sí, a ayudarle. Estoy sola; no tengo a nadie en el mundo. Sé que usted está solo. Sea usted mi padre y yo seré su hija.

Mientras hablaba fue adentrándose por el piso. Él cerró la puerta; parecía no comprender aún. La siguió hacia el saloncito, donde estaba la luz encendida. Por todas partes reinaba desorden, suciedad, abandono; del interior salía un olor apestoso.

Él se sentó en su sillón. Parecía un mendigo; el más miserable de los mendigos.

—Siéntate aquí, si quieres. ¿Y tu hermano? —Se había olvidado ya de que había visto su entierro.

—En el cielo.

—¿Murió?

—Murió de una pulmonía. Hace sólo ocho días.

—Es verdad; ahora recuerdo que vi el coche, allí en la plaza... Feliz él.

—¿Por qué feliz?

—¿Todavía lo preguntas?

—Sí, no lo sé.

—Porque no sufre ni hace sufrir.

—Pero yo le quería, y le lloro, y ruego por él.

—¿Y no has tenido bastante con él, Nieleta?

—Pero yo le quería.

—Y ahora vienes a mí.

—Sí, sea usted mi padre, yo seré su hija, o mejor, su criada. Le serviré.

—Y, ¿qué haremos?

—Vivir.

—¿No sería mejor morir? ¿Irnos con ellos?

—Dios no lo quiere.

—Dios. ¿Dónde está Dios?

—En todas partes. En el Cielo y en la Tierra.

—Sólo veo gentes que me han pisoteado, gentes que se han burlado de mí; tenía una mujer que me quería, y me la han quitado; tenía una hija y se fue. A Dios no lo veo.

—No le vemos, pero Él nos ve. Él quiere que vivamos. Él ha hecho que la señora María me mandara aquí. Le ayudaré; le serviré; le lavaré la ropa, para que pueda salir a tomar el sol los domingos, limpiaré el piso; prepararé la comida. Todo lo sé hacer; compraremos leña y encenderé el fuego en el hogar, para que pueda calentarse en las noches de invierno. Déjeme que me quede.

—Quédate, si éste es tu gusto. Puedes barrer, lavar, vestirme a mí, calzarme los zapatos, lavarme los pies...

—Todo esto haré.

Él la miró. La vio atravesando la plaza, como tantas veces, al lado de su hermano, conduciéndole, día tras día, siempre igual; la vio de niña, vestida con galas hermosas, de paseo con su criada; la vio alargando la mano «con su vestido de los buenos

tiempos, pero que le iba ya corto y estaba estropeado», y descalza en la puerta de la iglesia de Santa María, junto a su madre y a su hermano; la vio de nuevo, atravesando la plaza, como la había visto tantas veces, cuando al verla se le llenaban los ojos de lágrimas. Toda su dureza superpuesta, toda su desesperación se hundían bajo los recuerdos, y su ternura y su bondad resucitaban violentamente, saltaban en su fondo como un manantial oprimido al que se da suelta de golpe. Los ojos empezaron a llenársele de lágrimas, y las lágrimas corrían por sus mejillas: «Quién, mirándote a ti, osaría quejarse de su suerte». «Un día la vi caminar por el Paraíso...» Y ahora, ha venido a buscarme a mí... Las lágrimas le corrían cada vez más abundantes.

—Sí, quédate, Nieleta. Yo seré tu padre y tú serás mi hija, sí, como en un cuento. Y no me vestirás, ni me calzarás mis zapatos, ni me lavarás los pies. En todo caso sería yo el que te los habría de lavar, quien habría de besarte los pies, esos pies que te llevaron conduciendo a tu hermano, esos pies que te han guiado hasta aquí, esos pies con los que yo te vi caminar un día en el Paraíso, donde está tu patria. Tú saldrás a la calle, cuando nos falte algo, y yo te esperaré, y después, por la noche, cenaremos juntos. No veremos a nadie. No habrá edificios grandes en nuestra vida, ni calles con ruido, ni gentes, ni coches, ni tranvías; no habrá falsos amigos, ni superiores que nos manden y que hagan sangrar nuestro corazón, ni oficinas donde se humilla a los hombres, no lugares de trabajo, sino cárceles. No hablaremos de nada de lo que sucede en el mundo; no quiero saber nada. Hablaremos de ellos, de nuestros muertos, que nos esperan; tú lo harás de tu padre y de tu madre y de tu hermano; yo de mi Mari Juana, que sólo de ella me acuerdo, a ella quiero ver la primera. No hablaremos de nadie más. Viviremos, soñaremos, y por las noches, después de haber cenado, sentados junto al fuego, nos contaremos cuentos, como los niños... Después hablaremos de nuevo de ellos, y nos animaremos a esperar. Aquí no haremos más que soñar y esperar... Esta será nuestra vida.

—¿Esperar qué?

—Esperar a irnos con ellos. Tú, en el Paraíso, donde él te espera, donde te esperan ellos. Un día, Nieleta, soñé que te veía con él; te he visto con tu hermano en el Paraíso. Él será como en mi sueño; será alto, apuesto, hermoso, andará con gallardía, sonriendo y llevará bellos vestidos. Cuando te vea, se acordará de los días en que le llevabas del brazo, aquí abajo, en la tierra, donde todo es feo y miserable, y correrá a tu encuentro... Sólo le pido a Dios que ese día me deje verte desde un rincón oculto, para llorar yo también de alegría. Tú irás así hacia él, y yo hacia ella, hacia mi Mari Juana. Ella estará igual que en la tierra, menuda, como era, dulce, hasta con sus arrugas, y sobre todo, con su sonrisa de aquí, y con su voz, con aquella voz que me hablaba por las noches, cuando, después de cenar, venía y se sentaba a mi lado, con aquella voz que me consolaba, cuando yo me sentía triste. Yo la veré de lejos, sentada, esperando. Estoy seguro de que ya me espera, y lo primero de todo, me

arrodillaré y le pediré perdón. Ella me abrazará, sonriendo, y yo me pondré a llorar en sus brazos. Ahora, contigo, Nieleta, ya puedo esperar. Sólo tengo esto que hacer.

—Sí, sí. Ahora voy a buscar leña; la tienda todavía está abierta. Compraré leña y encenderemos fuego, porque aquí hace un frío horrible; limpiaré un poco el piso, pondré orden; haré la comida y cenaremos. Después nos sentaremos aquí junto a la llama y hablaremos, nos contaremos cuentos. Ahora voy abajo.

Él la miró de pronto, casi agitado, temeroso tal vez de que ella no volviera.

—¿Volverás, Nieleta?

—Claro que volveré; volveré, padre. —Lo acarició y le vio llorar de nuevo, mirándola, porque le había llamado padre y le había acariciado como su Lisa, y se acordó también de su hija.

Ella bajó las escaleras y salió a la calle. Las estrellas brillaban claras sobre la plaza, en torno a las torres de la iglesia; hacía frío, pero Nieleta ya no lo sentía. Más allá, hacia las Ramblas, se oía el fragor del tráfico, el rugir de la ciudad alborotada, sumida siempre como en una tempestad. Pero ella, en la ciudad, tenía un hogar. Se acercaban las Navidades y tenía hogar y un anciano a quien cuidar. La señora María la esperaba ya ansiosamente, de pie, junto a su hornillo.

—¿Qué, Nieleta?

—Me quedo. Deme el dinero; voy a comprar leña; encenderé el fuego en la chimenea. Él está aterido. Compraré también comida, para hacer nuestra cena, ¡qué contento estuvo!

—Gracias, Nieleta.

—Gracias yo a usted, señora María, ¿sabe? Creo, de todos modos, que él está mal. Dice cosas extrañas. Parece un niño y hay que hablarle como a un niño. Me parece que está enfermo. Al principio me asusté, no le reconocí. Después vi que era él. Viviré con él, y le cuidaré hasta que muera. Después, ya lo sabe; me haré monja de la Caridad y me iré con mis enfermos, no me diga que no... Pero no me olvidaré de usted...

Y se alejó.

FIN



SEBASTIÁN JUAN ARBÓ. (Sant Carles de la Ràpita, 1902 - Barcelona, 1984) Novelista y biógrafo español. Apenas contaba ocho años cuando su familia se trasladó a Amposta, ciudad agrícola de las márgenes del Ebro, donde permaneció hasta que, en 1927, fijó su residencia en Barcelona.

Sus primeras obras *Tierras del Ebro* (1931), *Caminos de la noche* (1935) y *Tino Costa* (1946), escritas en catalán, son de ambiente rural y tienen por escenario las tierras bajas del citado río. Su trama está bordada sobre los trabajos, costumbres, tradiciones y hombres de su comarca. *Tino Costa*, una de sus más logradas novelas, fue muy bien recibida por la crítica y mereció cumplidos elogios por parte de Pío Baroja.

Entre su producción posterior destacaremos *Sobre las piedras grises* (1947), galardonada un año más tarde con el Premio Nadal; *María Molinari* (1951), *Nocturno de alarmas* (1957) y la novela de tipo picaresco que lleva por título *Martín de Caretas* (1955), en la que el autor cuenta las travesuras y andanzas de un muchacho a quien la severidad de su familia le impulsa a huir a la ciudad. Publicó otras obras, de más difícil clasificación, como *La hora negra* y *Los hombres de la tierra y el mar*, en la que los recuerdos de la infancia afloran emotivamente y confieren al libro un carácter de íntima confesión.

Sebastián Juan Arbó cultivó con mucha fortuna el ensayo biográfico, como el magistral sobre Cervantes (1946), obra que traducida a todos los principales idiomas

ha sido difundida por el mundo entero; *Verdaguer, el poeta, el sacerdot i el món* (1952), *Oscar Wilde* (1961) y, más recientemente, tras largos años de intensa labor, ha culminado su ensayo sobre la vida y la obra de Pío Baroja (1963), libro capital para el conocimiento de este gran novelista español.

La producción de Arbó es muy diversa; aparte de lo mencionado, le han tentado otras manifestaciones literarias, sin excluir el teatro. Su tono, en general, es realista, si bien su realismo no excluye un soplo de poesía vivificante. En ciertos momentos se le ha censurado una cierta irregularidad de estilo y la tendencia a usar un lenguaje reiterativo que resulta, a veces, fatigoso. Con todo, no se le pueden negar su honda humanidad, la ternura, ni el vigor de muchos de sus personajes. El fondo, no obstante, es pesimista, como creado por una filosofía amarga y, en ocasiones, desesperada. Mario Verdaguer escribió de él, a propósito de su *Tierras del Ebro*: «Es uno de los escritores que siendo muy de su tiempo y muy de su tierra, dejan de moverse en los estrechos límites del localismo, para moverse en los amplios espacios de la universalidad».

El tiempo y las obras que siguieron confirmaron plenamente esta aseveración hecha en los comienzos de su carrera literaria. Durante la década de 1950 realizó numerosas colaboraciones en la prensa de la Ciudad Condal. De sus últimas obras publicadas destacan los siguientes títulos: *L' hora negra* (1961); *Narracions del delta* (1965); *Entre la tierra y el mar* (1966); *L'espera* (1967); *Hechos y figuras* (1968); *L'inútil combat* (1969); *Camins de nit* (1973); *La masia* (1977); *El segundo Apocalipsis* (1981) y *Hores en blanc* (1983). En 1961 publicó el volumen de memorias *Los hombres de la tierra y el mar*. Dos años antes de fallecer editó la segunda parte, titulada *Memorias: los hombres de la ciudad*.